



Leni Zumas

Relojes de sangre



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Nació en 1841 en una granja de ovejas...

La biógrafa

De niña, la exploradora Eivør Mínerudottír...

La curandera

Se necesita un bote para llegar al faro...

La hija

Al principio la exploradora iba al faro...

La esposa

Cielo rojo al alba: cuidado, que el cielo se enfada...

La biógrafa

A la exploradora polar le gustaba estar en la azotea...

La curandera

Cómo preparar frailecillo hervido...

La hija

La familia de Eivør Mínerudottír vivía de pescado...

La esposa

Cuando la exploradora polar cumplió seis años...

La biógrafa

De niña me encantaba (¿por qué?) ver el grindadráp...

La curandera

¿Por qué podía soportar que mataran a las ballenas...

La hija

Cómo hacer skerpikjøt...

La esposa

Traje a bordo conmigo un saco de skerpikjøt...

La biógrafa

La piel moteada del narval...

La curandera

Un faro bañado por el mar...

La hija

salta del cielo (el rayo)...

La esposa

La mano de su madre sobre la suya en el cuchillo...

La biógrafa

Pasé dieciocho meses en la casa de mi marido...

La hija

Cómo hacer tvøst og spik...

La curandera

La mañana roja presagia naufragio...

La esposa

ancla...

La biógrafa

Llevé mi fisa descompuesta a Aberdeen...

La hija

Entre los diferentes nombres para el hielo polar...

La curandera

Al hielo que me perseguirá los inupiaq...

LA ESPOSA

Primero, prensadora en la lavandería...

La biógrafa

Quería estudiar el hielo marino...

La hija

Un bloque de hielo puede atrapar...

La curandera

La piel de las manos de la exploradora...

La esposa

En el verano de 1868...

La hija

Gritó «Ayuda» en tres lenguas...

La biógrafa

Niebla de hielo = pogonip...

La esposa

Cuando Londres era más frío...

La curandera

25 de enero de 1875...

La biógrafa

El capitán no comprendió...

La biógrafa

He sido desprendida de la tierra...

La hija

Su destino era degollar carneros...

La curandera

Una «vía» es un dedo de agua...

La esposa

En noviembre de 1875...

La biógrafa

El hielo es un suelo sólido...

LA HIJA

El Oreius estará atrapado en el hielo siete meses...

La esposa

¿A qué sabe la carne humana?...

La curandera

El herrero arponeó a un oso polar...

La hija

Mínervudottír vio que un narval salía...

LA BIÓGRAFA

La importancia de la investigación de Eivør Mínervudottír...

La esposa

Odio la carne chiclosa...

La curandera

Los dedos me duelen...

La biógrafa

El doctor informó de que le robaron el botiquín...

La hija

La piel congelada...

La esposa

Tras el regreso del Oreius a Copenhague...

La curandera

19 de febrero de 1878...

La biógrafa

La exploradora le escribió al tutor...

La curandera

En el primer cuento de hadas...

La hija

El lema de la Real Sociedad de Londres...

La biógrafa

El gobierno canadiense...

La hija

Por la costa de Groenlandia...

La esposa

Los hombres de Greely les dispararon...

La biógrafa

El hielo es demasiado duro...

La curandera

Empaquetó el anemómetro...

La hija

Encontraron a Mínervudottír bajo una fina placa de hielo...

La biógrafa
Agradecimientos
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

En esta feroz e imaginativa novela el aborto es, una vez más, ilegal en Estados Unidos, la fertilización in vitro está prohibida y la Emmienda de Humanidad da derecho a la vida, libertad y propiedad a todos los embriones. En un pequeño pueblo pesquero de Oregón, cinco mujeres navegan a través de estas nuevas barreras acompañadas de las perpetuas preguntas sobre la maternidad, la identidad y la libertad.

Relojes de sangre es a la vez un drama cuyo misterio se desenvuelve con una energía magnética y una devastadora novela de ideas. En la vena de Margaret Atwood y Eileen Myles, Leni Zumas explora los contornos de la experiencia femenina, evocando *El cuento de la criada* para un nuevo milenio.

Relojes
de sangre

Leni

Zumas

Traducción de
Mariana Hernández Cruz

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín

Volumen 1440

Para Luca y Nicholas
per sempre

«Porque nada era sencillamente una sola cosa.
También el otro era el faro.»

VIRGINIA WOOLF

~~Nació en 1841 en una granja de ovejas de las islas Feroe,~~

~~La exploradora polar creció en una granja cerca~~

En el océano Atlántico Norte, entre Escocia e Islandia, en una isla con más ovejas que gente, la esposa de un pastor dio a luz a una niña que crecería para estudiar el hielo.

El hielo a la deriva representaba tal peligro para los barcos que cualquier investigador que ~~conociera la personalidad de dicho hielo~~ pudiera predecir su comportamiento era valioso para las compañías y los gobiernos que financiaban expediciones polares.

En 1841, en las islas Feroe, en una cabaña con el techo cubierto de hierba, en una cama que olía a grasa de ballena, de una madre que había parido nueve hijos y enterrado a cuatro, nació la exploradora polar Eivør Mínervudottír.

La biógrafa

En una habitación para mujeres de cuerpos averiados, la biógrafa de Eivør Mínerudottír espera su turno. Lleva pantalones. Su piel es blanca y sus mejillas pecosas; no es joven, no es vieja. Antes de que la llamen para poner los pies en los estribos y sienta que le pinchan la vagina con una varita que muestra en una pantalla fotografías negras de sus ovarios y útero, la biógrafa observa cada anillo de matrimonio de la sala. Piedras de verdad, gruesas alianzas con brillos. Viven en los dedos de mujeres que tienen sofás de piel y esposos solventes, pero cuyas células, conductos y sangres están fracasando en su destino animal. Sea como sea, ésta es la historia que le gusta a la biógrafa, una historia simple y fácil que le permite no pensar en lo que ocurre en las cabezas de las mujeres o en las de los esposos que a veces las acompañan.

La enfermera Crabby lleva una peluca rosa neón y un artilugio de tiras de plástico que deja al descubierto casi todo su torso, incluida buena parte del pecho.

—Feliz Halloween —dice.

—Igualmente —responde la biógrafa.

—A ver cómo están esos descendientes.

—¿Disculpe?

—Es una manera de decir que vamos a sacar sangre.

—Hum —murmura la biógrafa amablemente.

Crabby no encuentra la vena de inmediato; tiene que hurgar, y duele.

—¿Dónde está, señora? —le pregunta a la vena. Meses de agujas han

manchado y oscurecido la parte interna de los codos de la biógrafa. Afortunadamente, las mangas largas son comunes en esta parte del mundo.

—La regla ha vuelto de visita, ¿verdad?

—Con furia.

—Bueno, Roberta, el cuerpo es un acertijo. Vamos ahí..., ya te tengo. — La sangre entra en la jeringa de golpe. Les dirá cuánta hormona foliculoestimulante, estradiol y progesterona produce el cuerpo de la biógrafa. Hay números buenos y malos. Crabby deja el tubo en una gradilla junto con otras pequeñas balas de sangre.

Media hora más tarde, alguien llama a la puerta de la consulta: es una advertencia, no una solicitud de permiso. Entra un hombre que lleva pantalones de cuero, gafas de aviador y una peluca negra de rizos bajo un sombrero recto.

—Soy el tipo de esa banda —dice el doctor Kalbfleisch.

—Guau —dice la biógrafa, molesta por lo sexy que el médico se ha vuelto.

—¿Echamos un vistazo? —Deja en un banco alto frente a sus piernas abiertas la piel que viste, dice «¡Ups!» y se quita las gafas de sol. Kalbfleisch jugaba al fútbol americano en una universidad de la Costa Este y sigue teniendo cara de novato. Tiene la piel dorada, no sabe escuchar. Sonríe mientras cita estadísticas desoladoras. La enfermera sostiene el expediente de la biógrafa y una pluma para apuntar las mediciones. El doctor enunciará cuán grueso es el revestimiento, el tamaño de los folículos, cuántos hay. Sumando a estos números la edad de la biógrafa (42), su nivel de hormona foliculoestimulante (14,3), la temperatura exterior (13) y el número de hormigas en el metro cuadrado de tierra que hay directamente debajo de ellos (87), obtendrán las probabilidades. La posibilidad de que tenga un bebé.

—Muy bien, Roberta, vamos a ver —dice poniéndose los guantes de látex con un chasquido.

En una escala de uno a diez, donde diez es el hedor penetrante de un queso viejo y uno ningún olor, ¿cómo calificaría el de la vagina de la

biógrafa? ¿Cómo se compara con las otras vaginas que pasan por esta consulta todos los días, años de vaginas, una multitud de fantasmas vúlricos? Muchas mujeres no se bañan antes, están combatiendo un hongo o sencillamente apestan. Kalbfleisch ya se ha encontrado con algunos olores fétidos.

Desliza dentro la vara del ultrasonido, untada con gel azul neón, y presiona hacia arriba, contra su cérvix.

—Tu revestimiento está bien, es delgado —dice—. Cuatro coma cinco. Justo donde lo queremos. —En el monitor, el revestimiento del útero de la biógrafa es un tablero de tiza blanca en un mar negro, difícilmente algo que pueda medirse, le parece, pero Kalbfleisch es un profesional entrenado en cuya experiencia ella deposita su confianza. Y su dinero; tanto, que los números parecen virtuales, míticos, pormenores de una historia sobre dinero más que el dinero que alguien tenga realmente. La biógrafa, por ejemplo, no lo tiene. Utiliza sus tarjetas de crédito.

El doctor va hacia los ovarios, empuja e inclina la varita hasta que obtiene el ángulo que quiere.

—Éste es el lado derecho. Buen montón de folículos...

Los óvulos son demasiado pequeños para verse, incluso ampliando la imagen, pero pueden contarse los sacos, hoyos negros en la pantalla grisácea.

—Hay que seguir cruzando los dedos —dice Kalbfleisch, sacando la varita.

«Doctor, ¿de verdad mi montón es bueno?»

Se aleja de su entrepierna con un giro y se quita los guantes.

—Durante varios de tus últimos ciclos —comenta mientras mira el expediente, no a ella— has tomado Clomid para estimular la ovulación.

Ella no necesita que se lo digan.

—Desafortunadamente, también ocasiona un encogimiento del revestimiento uterino, así que les recomendamos a las pacientes que no lo tomen durante periodos prolongados de tiempo. Tú ya lo has tomado durante un periodo largo.

«Espere, ¿qué?»

Ella debería haberlo investigado.

—Así que en esta ronda tenemos que probar con un protocolo diferente. Otro medicamento que sabemos que mejora las probabilidades en algunos casos pregrávidos de edad avanzada.

—¿De edad avanzada?

—Es sólo un término clínico. —No levanta la mirada de la receta que está escribiendo—. Ella te explicará el tratamiento y nos veremos aquí en nueve días. —Le entrega el expediente a la enfermera, se levanta y se acomoda la entrepierna del pantalón de piel antes de marcharse rápidamente.

Imbécil, en feroés: *reyvarhol*.

—Tienes que comprar esto hoy mismo y empezar a tomártelo mañana por la mañana, con el estómago vacío. Cada mañana, durante diez días. Mientras lo tomes, es posible que notes un olor desagradable en tus secreciones vaginales —dice Crabby.

—Genial —contesta la biógrafa.

—Algunas mujeres dicen que el olor es bastante, eh, sorprendente —continúa—. Incluso inquietante, en realidad. Pero, pase lo que pase, no te hagas una ducha vaginal, pues podría introducir químicos en el canal que, si avanzan por tu cérvix, podrían, ya sabes, poner en riesgo el pH de la cavidad uterina.

La biógrafa no se ha hecho una ducha vaginal en su vida, ni conoce a nadie que lo haya hecho.

—¿Preguntas? —dice la enfermera.

Ella mira la receta entornando los ojos.

—¿Qué hace el Ovutran?

—Estimula la ovulación.

—¿Cómo?

—Tendrías que preguntarle al doctor.

Ha sometido su zona a todo tipo de invasiones sin comprender ni una fracción de lo que le están haciendo. De repente le parece terrible. ¿Cómo se puede criar a un hijo sola sin siquiera averiguar qué le hacen a su zona?

—Me gustaría preguntárselo ahora —dice.

—Ya está con otra paciente. Lo mejor será que le llames a la consulta.

—Pero estoy aquí, en la consulta. ¿No puede, o hay alguien más que...?

—Lo siento, hoy es un día superocupado. Es Halloween, y eso.

—¿Por qué tendría que estar más ocupado en Halloween?

—Es un día festivo.

—No es exactamente un día festivo. Los bancos están abiertos, se entrega el correo.

—Tendrás que llamar a la consulta —dice Crabby lenta y cuidadosamente.

La biógrafa lloró la primera vez que no funcionó. Estaba en la cola de la caja para comprar hilo dental, pues se había comprometido a tener mejor higiene bucal ahora que sería madre, cuando sonó su teléfono: era una de las enfermeras. «Lo siento, corazón, pero la prueba ha salido negativa.» La biógrafa dijo gracias, está bien, gracias, y pulsó el botón de colgar antes de que se le empezaran a escapar las lágrimas. A pesar de las estadísticas y de que Kalbfleisch le dijo «Este tratamiento no funciona para todas», la biógrafa había pensado que sería fácil. Le chorrearon millones de espermatozoides de un graduado en Biología de diecinueve años, cronometrados precisamente para estar presentes cuando se desprenda el óvulo; el esperma y el óvulo colisionan en el cálido túnel; ¿cómo es posible que no ocurra la fecundación? «No seas estúpida», escribió en su cuaderno después de «Acciones inmediatas necesarias».

Conduce en dirección oeste por la carretera 22 hacia las colinas oscuras llenas de cicuta, abetos y píceas. Oregón tiene los mejores árboles de Estados Unidos, inmensos y de ramas despeinadas, siniestros en las alturas. Su gratitud por los árboles transforma el resentimiento que siente hacia el doctor. A dos horas de la consulta, el coche llega a la cima de la ruta y aparece ante su vista el campanario de la iglesia. Le sigue el resto de la ciudad, agazapada en los pliegues de las colinas que descienden hacia el agua. Sale humo de la chimenea del bar. Las redes de pesca se apilan en la playa. En Newville el mar parece engullir la tierra, una y otra vez, sin detenerse. Millones de

hectáreas de profundidades abisales. El mar no pide permiso ni espera instrucciones. No sufre por no saber qué demonios, exactamente, tiene que hacer. Hoy sus muros son altos, espuma blanca rasgada que golpea con fuerza los farallones. «Mar furioso», dice la gente. Sin embargo, la biógrafa considera que asignar emociones humanas a un cuerpo tan inhumano es en sí mismo incorrecto. El agua se alza por razones para las que los hombres no tienen nombre.

«Escuela Central Coast busca profesor de historia (Estados Unidos/Universal). Licenciatura requerida. Ubicación: Newville, Oregón, pueblo pesquero en tranquilo puerto oceánico, ballenas migratorias. Director con estudios en Ivy League comprometido con crear ambiente de aprendizaje dinámico e innovador.»

La biógrafa envió su solicitud por lo de «tranquilo puerto oceánico» y porque no se mencionaba que fuera necesaria experiencia en la enseñanza. Su breve entrevista consistió en que el director, el profesor Fivey, resumiera el argumento de sus novelas de navegación favoritas y mencionara dos veces el nombre de la universidad a la que asistió. Le dijo que podría hacer el curso de certificación como profesora en dos veranos. Durante siete años la biógrafa ha vivido bajo el abrigo de montañas verdes y neblinosas, acantilados de trescientos metros que se zambullen directamente en el mar. Llueve y llueve y llueve. Los camiones que transportan troncos detienen el tráfico en la ruta del acantilado, la gente local pesca o hace cosas para los turistas, el bar tiene una lista de viejos naufragios, la sirena de tsunamis se prueba una vez al mes y los estudiantes aprenden a decir «señorita» como si fueran sirvientes.

Empieza las clases siguiendo su plan diario, pero cuando ve que las barbillas caen sobre los puños decide abandonarlo. La Historia Universal de primer año, el mundo en cuarenta semanas con un estúpido libro de texto que tiene que usar por contrato, resulta insoportable si no se toman algunos desvíos. En realidad, estos chicos todavía no están perdidos. La miran con sus facciones

todavía infantiles, y están a punto de que todo les importe una mierda. Aún les importa un poco, pero para la mayoría de ellos no será por mucho tiempo. Les indica que cierren sus libros, y ellos lo hacen felices. La observan con una nueva quietud. Les contará una historia, pueden volver a ser niños, niños a los que no se les pide nada.

—Boudica era reina de la tribu celta de los icenos en lo que ahora es Norfolk, Inglaterra. Hacía algún tiempo que los romanos los habían invadido y gobernaban la tierra. Su esposo murió y les dejó su fortuna a ella y a sus hijas, pero los romanos ignoraron su testamento, tomaron la fortuna, azotaron a Boudica y violaron a las hijas.

Un chico: «¿Qué es azotar?».

Otro: «Dar escobazos».

—Los romanos le dieron por todos lados. —Alguien se ríe suavemente al oír esto, por lo que la biógrafa se siente agradecida—. En el año 61 de nuestra era, Boudica condujo a su pueblo a la rebelión. Los icenos pelearon con ganas. Hicieron que los romanos se replegaran en Londres. Sin embargo, pensad que los soldados romanos tenían muchos incentivos para ganar, porque si no lo hacían podían esperar que los cocinaran en pinchos o los hirvieran después de ver cómo se les sacaban los intestinos.

—Lo máximo —dice un chico.

—Finalmente, las fuerzas romanas fueron demasiado para los icenos. Boudica se envenenó para evitar ser capturada, o enfermó; sea como sea, murió. La victoria no es lo importante. Lo importante es... —Se detiene, consciente de las veinticuatro pequeñas miradas.

En el silencio, la que se ha reído en voz baja aventura:

—¿No te metas con una mujer?

Eso les gusta. Les gustan los eslóganes.

—Bueno —dice la biógrafa—, más o menos. Pero, sobre todo, también debemos considerar...

El timbre.

Un estallido de chasquidos, deslizamientos, cuerpos felices de irse.

—¡Adiós, señorita!

—Buenos días, señorita.

La que se ha reído un poco, Mattie Quarles, se queda cerca del escritorio de la biógrafa.

—Entonces ¿de ahí viene la palabra en inglés *bodacious*?

—Ojalá pudiera decirte que sí —responde la biógrafa—, pero *bodacious* se originó en el siglo XIX, me parece. Es una mezcla de *bold*, valiente, y *audacious*, audaz. De todos modos, me gusta.

—Gracias, señorita.

—De verdad que no hay necesidad de que me llaméis así —dice la biógrafa por enésima vez.

Después de la escuela se detiene en el Acme, que es una mezcla de colmado, tienda de herramientas y farmacia. El ayudante del farmacéutico es un niño —ahora un joven— al que le dio clases en su primer año en Central Coast, y ella odia el momento de cada mes en que le entrega la bolsita blanca con el frasquito naranja dentro. «Sé para qué es», dice su mirada. Aun si su mirada en realidad no dice eso, le es difícil mirarle. La biógrafa lleva otros artículos al mostrador (cacahuets sin sal, bastoncillos para las orejas) para disfrazar de algún modo el medicamento para la fertilidad. La biógrafa no recuerda su nombre, pero sí se acuerda de que en clase, siete años atrás, admiraba sus largas pestañas negras; siempre parecían un poco húmedas.

Mientras espera en una sillita de plástico, con música de ascensor y luz fluorescente, la biógrafa saca su cuaderno. En ese cuaderno todo tiene que estar en forma de lista, y cualquier lista es válida. «Cosas que comprar en el súper.» «Diseños de las corbatas de Kalbfleisch.» «Países con más faros per cápita.»

Empieza una lista nueva: «Acusaciones del mundo».

1. Eres demasiado vieja.

2. Si no puedes tener un hijo de manera natural, no deberías tenerlo.
3. Todos los niños necesitan dos padres.
4. Los niños criados por madres solteras son más propensos a violaciones/asesinatos/consumo de drogas/notas bajas en exámenes.
5. Eres demasiado vieja.
6. Debiste pensarlo antes.
7. Eres egoísta.
8. Estás haciendo algo antinatural.
9. ¿Cómo se sentirá tu hija cuando comprenda que su padre es un masturbador anónimo?
10. Tu cuerpo es una cáscara seca.
11. ¡Eres demasiado vieja, pobre solterona!
12. ¿Estás haciendo esto porque te sientes sola?

—¿Señorita? Su receta está lista.

—Gracias. —Firma en la pantalla del mostrador—. ¿Qué tal estás?

Pestañas vuelve las palmas de las manos hacia el techo.

—Si te hace sentir mejor —dice la biógrafa—, este medicamento hará que tenga secreciones vaginales fétidas.

—Por lo menos es por una buena causa.

Ella se aclara la garganta.

—Son ciento cincuenta y siete dólares con sesenta y tres centavos —añade él.

—¿Perdón?

—Lo siento mucho, de verdad.

—¿Ciento cincuenta y siete dólares por diez pastillas?

—Su seguro no lo cubre.

—¿Por qué co... ronas no?

Pestañas niega con la cabeza.

—Ojalá pudiera dárselo a escondidas, pero hay cámaras de seguridad en cada rincón de este puto local.

De niña, la exploradora Eivør Mínervudottír pasó muchas horas en el faro bañado por el mar cuyo vigilante era su tío.

Sabía que no debía hablar cuando él escribía en su libro de registros.

Que nunca debía encender una cerilla sin supervisión.

Sol poniente y el cielo grana, buen tiempo para mañana.

Mantener la cabeza gacha en la sala de la linterna.

Orinar en el recipiente y dejarlo, y, si hacía caca, envolverla en papel para pescado para tirarla a la basura.

La curandera

La gallina tullida pone dos huevos, uno cuarteado y uno entero. «Gracias», le dijo la curandera a la gallina, que era una Brahma negra con cresta roja y plumas pintas. Como cojea bastante —no es del club de las ganadoras—, es la favorita de la curandera. Es una felicidad diaria darle de comer, protegerla de los zorros y de la lluvia.

Con el huevo entero en el bolsillo, vierte el grano para las cabras. *Hans* y *Pinka* andan vagando por ahí pero regresarán pronto a casa, saben que ella no puede protegerlas si se van demasiado lejos. Se han desprendido tres tejas del techo del cobertizo de las cabras, necesita clavos. Bajo el cobertizo solía dormir una liebre que cambiaba de color: café en verano, blanca en invierno. Odiaba las zanahorias y le encantaban las manzanas; la curandera se aseguraba de quitarle las semillas, que eran venenosas para los conejos. La liebre era tan adorable que no le importaba si robaba alfalfa de las cabras o si dejaba bolitas de caca en su cama cuando le permitía entrar. Una mañana encontró su cuerpo destripado, un saco de sangre peludo. Le subió a la garganta la furia contra el zorro o el coyote, el gato montés, «vosotros os la habéis llevado», pero ellos sólo se alimentaban, «no os la tendríais que haber llevado», las presas son escasas durante el invierno, «pero ella era mía». Lloró mientras cavaba. Colocó a la liebre junto al viejo gato de su tía, dos pequeñas tumbas bajo el madroño.

En la cabaña, la curandera revuelve el huevo con vinagre y mostaza salvaje para una clienta que vendrá más tarde, una que sangra demasiado. La bebida contendrá su flujo, doloroso y lleno de coágulos. No tiene trabajo ni seguro médico. «Te puedo pagar con baterías», decía su nota. El huevo con vinagre queda guardado en un frasco de vidrio en el fondo de la nevera, al lado de un trozo de queso cheddar envuelto en papel de aluminio. La curandera quiere el queso ahora mismo, en este momento, pero es sólo para los viernes; los dulces de regaliz negro son para los domingos.

Se alimenta principalmente del bosque. Berros y mastuerzo, diente de león, llantén. Salicornia y hierba pajarera, hierba de oso; asada es deliciosa. Raíz de bardana para hacer puré y freírla. Lechuga de minero y ortiga, y en pocas cantidades, pipa de indio (le encantan sus blancos tallos hervidos con limón y sal, pero demasiada te puede matar). Y de los huertos y campos recoge avellanas, manzanas, arándanos y peras. Si pudiera vivir sólo de la tierra, sin cosas hechas por la gente, lo haría. Todavía no ha descubierto cómo, pero lo averiguará. Les mostrará cómo lo hacen las Percival.

Su madre era una Percival, su tía era una Percival y la curandera ha sido una Percival desde los seis años, cuando su madre dejó a su padre porque él se iba casi todos los viernes por la tarde y no regresaba hasta el lunes, sin decir jamás por qué. «Una mujer quiere saber por qué —decía la madre de la curandera—, ¡al menos dime eso, sinvergüenza! ¡Lugares y nombres! ¡Edades y ocupaciones!» Condujeron hacia el oeste cruzando el alto desierto de Oregón, sobre la cordillera de las Cascadas, la madre fumando y la hija escupiendo por la ventana, hacia la costa, donde la tía de la curandera tenía una tienda en la que vendía velas, runas y cartas del tarot. La primera noche, la curandera preguntó qué era ese ruido y supo que era el océano.

—Pero ¿cuándo se detiene?

—Nunca —respondió su tía—. Es infinito, pero temporal.

—Qué pretencioso, ¿no? —dijo la madre de la curandera.

La curandera prefería parecer pretenciosa que drogada.

Se acuesta desnuda con el gato, cerca del calor de la estufa; la lluvia intensa y constante en el techo, el bosque negro y los zorros en silencio, los polluelos de búho duermen en su caja-nido. *Malky* salta de su regazo y araña un poco la puerta. «¿Te quieres mojar, malvado?» Ojos salpicados de dorado la miran solemnemente, los flancos grises tiemblan. «¿Tienes alguna novia a la que necesitas ir a ver?» Se quita la manta de encima y abre la puerta, él sale como un rayo.

Siempre que venía Lola de visita, *Malky* se escondía; ella pensaba que la curandera vivía sola en esa cabaña. «¿No te da miedo —preguntó Lola— estar ahí arriba, en medio de la nada?»

Perra tonta, los árboles no son la nada, y tampoco los gatos, las cabras, las gallinas, los búhos, los zorros, los gatos monteses, los venados de cola negra, los murciélagos de orejas grandes, los halcones de cola roja, los juncos de ojos oscuros, las avispas de cabeza calva, las liebres que cambian de color, las mariposas negras ni los gorgojos de la vid. Tampoco las almas que han dejado sus receptáculos mortales.

Sola en cuanto a humanos se refiere.

No había sabido de Lola desde el día de los gritos. No hubo notas en el buzón ni visitas. Fueron más que gritos, una pelea. Lola, con su adorable vestido

verde, peleó; la curandera no. La curandera apenas dijo una palabra.

Ya ha pasado el mediodía, pero las cabras no han regresado a casa. Un retortijón de preocupación. El año pasado destruyeron un campamento cerca del camino. No fue su culpa: algún turista tonto dejó comida esparcida por el bosque. Cuando la curandera las encontró, el tipo apuntaba a *Hans* con su rifle. «Más te vale que a partir de ahora las mantengas en tu terreno —dijo— porque me encanta el estofado de cabra».

En Europa alguna vez se enjuició a los animales que se portaban mal, no sólo colgaban a las brujas. Enviaron a un cerdo al patíbulo por comerse la cara de un niño, asaron una mula viva por ser penetrada por su dueño humano. Por el hecho antinatural de poner un huevo, quemaron a un gallo en la hoguera. A las abejas declaradas culpables de picar a un hombre y matarlo, las sofocaron en su panal y destruyeron su miel, no fuera que esa miel asesina infectase las bocas que la probaran.

La mujer con miel asesina en sus dientes sangrará sal de donde se encuentran las dos curvas de la piel de los muslos. El sangrado salado se iniciará al probar la miel de una abeja con la cara del diablo. Las caras de las abejas que han cometido un asesinato se parecen a las de los perros muertos de hambre, cuyos ojos se asemejan cada vez más a los de los humanos conforme mayor hambre pasan. *Apis mellifera*, *Apis diabolus*. Si un pueblo fuera invadido por una nube de esas abejas con cara de diablo y éstas dejaran caer gotas de miel en las bocas abiertas, el cuerpo de una mujer con un diente de miel, que sangra sal entre los muslos, habrá de ser atado a cualquier hoguera que la contenga. El enjambre de abejas se meterá en un barril que se arrojará al fuego que devora a la mujer. Los dientes de miel son los que se encienden primero, chispas azules en lo blanco antes de que el rojo de su lengua también se encienda, como los labios. Cuando se queman, los cuerpos de las

abejas huelen a tuétano caliente; el olor hace que los que miran vomiten, pero no por ello dejan de mirar.

Se necesita un bote para llegar al faro, a cuatrocientos metros de la playa, y si azota una tormenta, pasas la noche en un saco de reno sobre el suelo inclinado de la sala de vigía.

Durante las tormentas, la exploradora polar se paraba en la galería de la linterna, aferrándose a la barandilla como si su vida dependiera de ello, porque así era. Le encantaba cualquier circunstancia en que la supervivencia no estuviera asegurada. La amenaza de que el agua la arrastrara por encima de la barandilla la despertaba del estado de ~~letargo~~ modorra que sentía en casa picando ruibarbo, rompiendo huevos de frailecillo, desollando ovejas muertas.

La hija

Creció en una ciudad que nació del terror a la vastedad del espacio, donde las calles forman una apretada cuadrícula. Los hombres que construyeron Salem, Oregón, eran misioneros metodistas blancos que seguían a los cazadores blancos del comercio de pieles hacia el noroeste del Pacífico, y los misioneros se mostraban menos entusiasmados que los cazadores con la naturaleza que brotaba en todas direcciones. Establecieron su ciudad en un valle en el que el pueblo kalapuya había pescado, cosechado y acampado en invierno durante siglos; en la década de 1850, el gobierno de Estados Unidos obligó a los indios a vivir en reservas. En el valle que robaron, los blancos se amontonaron y se encogieron, lo hicieron todo más pequeño. El centro de Salem es una caja de calles con nombres de estilo británico: Church, Cottage y Market; Summer, Winter, East.

La hija conocía cada centímetro de su ordenado vecindario urbano. Aún se está aprendiendo cada centímetro de Newville, donde los humanos son menos y la naturaleza es más.

Se detiene en la sala de la linterna del faro de Gunakadeit, al norte del pueblo, adonde fue después de la escuela con la persona a la que espera nombrar oficialmente su novio. Desde ahí puede ver unos acantilados enormes que emergen del océano, con vetas de óxido y musgos verdes; en el borde se reúnen como soldados unos pinos gigantescos, y árboles enanos se proyectan en la pendiente de la superficie rocosa. Puede verse espuma de un blanco plateado azotar los tobillos de los acantilados. El puerto, los botes anclados y el océano más allá, una pradera azul drapeada que se extiende

hasta el horizonte, cortada por barras de verde. Lejos de la playa: una aleta negra.

—Esto es aburrido —dice Ephraim.

«¡Mira la aleta negra! —quiere decirle ella—. ¡Los árboles enanos!»

—Sí —dice, y le toca la mandíbula, manchada con una barba nueva. Se besan un rato. A ella le encanta, excepto por los empujones de lengua.

¿La aleta es de un tiburón? ¿Podría ser de ballena?

Ella se aparta de Ephraim para ver el mar.

—¿Qué?

—Nada.

Ya no está.

—¿Quieres saltar? —pregunta él.

Corren por la escalera de caracol; las suelas de sus botas resuenan contra la piedra, y se suben al asiento trasero de su coche.

—Creo que he visto una ballena gris. ¿Tú...?

—No —responde Ephraim—. Pero ¿sabías que las ballenas azules son los animales que tienen el pito más grande de todos? Miden entre dos y tres metros.

—Los de los dinosaurios eran más grandes.

—No jodas.

—Sí, mi padre tiene un libro... —Se detiene: Ephraim no tiene padre. El padre de la hija, aunque es molesto, la quiere más que a todo el oro del mundo—. En fin —dice—, un chiste: un esqueleto le dice a otro esqueleto: «¿Quieres que te cuente un chiste?». Y el segundo esqueleto responde: «No, hoy no me encuentro de buen húmero».

—¿Cuál es el chiste?

—Pues, «de buen húmero». Son huesos.

—Es un chiste para niños.

Era el chiste favorito de su madre. No es culpa suya que él no sepa que el húmero es un hueso.

—Basta de hablar. —Va a besarla, pero ella lo esquiva y le muerde el hombro a través de la sudadera de algodón tratando de hacerle daño, pero también de no hacerlo. Él le baja las bragas tan rápido que parece un

profesional. Sus pantalones ya están tirados en algún rincón del coche, a lo mejor sobre el volante, a lo mejor bajo el asiento delantero; también los tejanos de él y su sombrero.

Ella alcanza su pene y le envuelve la cabeza con la palma de la mano, como si la estuviera puliendo.

—Así no... —Ephraim le mueve la mano para que se la agarre toda. Arriba abajo arriba abajo arriba abajo—. Así.

Él se escupe en la mano, se moja el pene y lo guía dentro de su vagina. Empuja adelante y atrás. Ella se siente bien, aunque no es maravilloso; definitivamente no tan maravilloso como dicen que se debería sentir, y tampoco ayuda que no deje de golpearse la nuca con la manija de la puerta. Sin embargo, la hija también ha leído que requiere tiempo volverse bueno en el sexo y que te guste, en especial para la mujer. Él tiene un orgasmo con el mismo gemido agitado que al principio le pareció raro pero al que se está acostumbrando, y a ella la alivia dejar de golpearse la cabeza con la manija de la puerta, así que sonrío; Ephraim sonrío también, y a ella le da un escalofrío ver la leche pegajosa que se escurre de su cuerpo.

Al principio la exploradora iba al faro siempre que se lo permitían, y una vez pudo manejar el bote sola, iba incluso cuando se lo prohibían. A su tío Bjartur le daba pena que su padre estuviese muerto, así que la dejaba aunque le molestaran sus preguntas; era el encargado de un faro, Dios lo sabía, porque prefería estar solo, pero su maltrecho corazón le permitió que esta pequeña, esta Eivør, la hija más pequeña de su hermana favorita, corriera por las escaleras de caracol y rebuscara en su baúl de escombros de barcos y observara el tiempo sobre las empapadas puntas de los pies.

La esposa

Entre el pueblo y la casa hay un camino largo y sinuoso que abraza el acantilado, que se eleva y desciende y vuelve a elevarse.

En la curva más cerrada, con un mísero muro de contención, la mandíbula de la esposa se tensa.

¿Qué pasaría si quitara las manos del volante y se dejara ir?

El coche saldría disparado entre las ramas superiores de los pinos de la costa, abriendo una considerable estela verde; daría una voltereta antes de ganar velocidad, volaría sobre las rocas y caería al agua, hundiéndose para siempre y...

Después de pasar la curva, relaja la mandíbula.

Ya casi está en casa.

Esta semana es la segunda vez que se lo imagina.

Tan pronto guarde en la despensa lo que ha comprado, se permitirá pasar unos minutos arriba. No los matará ver una pantalla.

¿Por qué ha comprado carne ecológica? Son doce dólares más por kilo.

Es la segunda vez esta semana.

Dicen que la carne ecológica tiene las mejores grasas.

Puede que sea totalmente normal, quizá todo el mundo se lo imagine, quizá no dos veces por semana, pero...

Al otro lado del camino hay un animalito que sufre. Oscuro, como de treinta centímetros de largo.

¿Una zarigüeya? ¿Un puercoespín? Trata de cruzar.

Tal vez incluso sea sano imaginárselo.

Más cerca: negro como de quemado, chamuscado, casi como caucho.
Tiembla.

Ya muerto, todavía intentándolo.

¿Qué lo ha quemado? ¿O quién?

—¡Harás que choquemos! —dicen desde el asiento trasero.

—No chocaremos —responde la esposa, su pie es capaz y firme. Nunca chocarán con su pie en el freno.

¿Quién ha quemado a ese animal?

Convulsionándose, temblando, ya tan muerto. El pelo chamuscado, la piel negra como caucho.

«¿Quién te ha quemado?»

Ahí cerca: una bolsa negra de plástico.

Pero ella no puede borrar la imagen de esa cosa temblando, quemada y muerta. E intentándolo.

En casa: desabrochar el cinturón, desenredar, levantar, cargar, bajar.

Desempaquetar, guardar.

Rallar el queso.

Distribuir el queso rallado.

Colocar a Bex y a John frente a unos dibujos animados supervisados.

Arriba, la esposa cierra la puerta del cuarto de costura y se sienta con las piernas cruzadas sobre la cama. Fija la mirada en el muro blanco lleno de rasguños.

Sus dos niños gritan y aúllan. Ruedan y saltan, golpean y hacen el tonto, aporrean la alfombra pelada con sus pequeños puños y talones.

Son suyos, pero no puede entrar en ellos.

Ellos no pueden regresar a su interior.

Blanden los puños: Bex con más energía, John con valentía.

¿Por qué le pusieron John? No es un nombre de nadie de la familia y es casi tan aburrido como el de la esposa. Bex dijo: «Al bebé le pondré

Yarnjee».

¿John es valiente o tonto? Se retuerce a propósito mientras su hermana lanza puñetazos. La esposa no les dice «¡Sin pegar!» porque no quiere que se detengan, quiere que se cansen.

Recuerda la razón por la que es John: porque todo el mundo puede escribirlo y decirlo. John, porque su padre detesta corregir la pésima pronunciación en inglés de su propio nombre; los errores burocráticos. John es a veces *Jean-voyage*, y Ro lo llama Plinio el Joven.

A última hora, los niños:

Han rodado y saltado.

Han comido palomitas del día anterior, mezcladas con yogur de limón.

Han preguntado a la esposa si pueden ver más televisión.

Lo cual les ha sido negado.

Han molestado.

Han tirado la lámpara de pie.

Y han roto la bombilla.

Han preguntado a la esposa por qué Urano está en el espacio si debería estar entre sus nalgas.

Se han pegado y han hecho el tonto.

Han preguntado a la esposa qué hay de cenar.

Les ha respondido que espaguetis.

Han preguntado a la esposa qué tipo de burro es el mejor para hacer pasta con burrata.

La carne ecológica supura sangre dentro de la bolsa de plástico. ¿Estar en contacto con el plástico anula sus cualidades? No debería desperdiciar carne cara en una salsa para espaguetis. ¿Marinarla esta noche? Hay un tarro de salsa comercial en la...

—Sácale el dedo de la nariz.

—Pero le gusta —responde Bex.

Y brócoli. Esos bollitos preheados son deliciosos, aunque pan con pasta no servirá.

Por favor, tableta de chocolate con almendras y sal marina guardada en el cajón de la cocina, debajo de los mapas, por favor, sigue estando ahí.

—¿Te gusta tener el dedo de tu hermana metido en la nariz?

John sonríe, se agacha y asiente con la cabeza.

—Joder, ¿cuándo estará lista la cena?

—¡¿Qué has dicho?!

Bex sabe cuál es su crimen; le lanza a la esposa una mirada astuta.

—Quería decir «jolín».

—Pues has dicho otra cosa. ¿Sabes lo que significa?

—Es malo —responde Bex.

—¿Alguna vez usa Mattie esa palabra?

—Hum...

¿Qué elegirá su niña: proteger o incriminar?

—Creo que tal vez sí —dice Bex con angustia.

Bex adora a Mattie, la niñera buena, preferida de largo a la señora Costello, la mala. La niña, cuando miente, se parece mucho a su padre. Los ojos hundidos que a la esposa alguna vez le parecieron cautivadores no son los que habría deseado para su hija; dentro de no mucho, los ojos de Bex tendrán ojeras.

Mas ¿qué importa el aspecto de la niña si es feliz?

Al mundo le importará.

—Respondiendo a tu pregunta, la cena estará cuando me dé la gana.

—¿Cuándo te dará la gana que esté?

—No lo sé —responde la esposa—. Quizá hoy no cenemos.

Tableta de chocolate. Con almendras. Y sal marina.

Bex frunce de nuevo el ceño, pero esta vez sin malicia.

La esposa se arrodilla sobre la alfombra y presiona sus cuerpos contra el suyo, los aprieta y abraza.

—¡Ay, duendecillos! No os preocupéis, claro que vamos a cenar. Era broma.

—A veces haces bromas muy malas.

—Es verdad, lo siento. Calculo que la cena estará a las seis y cuarto de la tarde, Hora Estándar del Pacífico. Predigo que la cena consistirá en espaguetis con salsa de tomate y brócoli. Entonces ¿qué tipo de duendecillos sois hoy?

—De agua —dice John.

—De madera —responde Bex.

Hoy es la fecha marcada con una pequeña «P» negra en el calendario de la cocina. La «P» significa «preguntar».

Preguntarle de nuevo.

Desde la ventana voladiza, cuyo marco tiene pintura descascarillada posiblemente llena de plomo —se le sigue olvidando pedir hora para que les hagan pruebas a los niños—, la esposa observa a su esposo caminar con pesadez por la entrada con las piernas cortas dentro de unos tejanos demasiado ajustados para él, demasiado juveniles. Le provocan horror los pantalones de su padre e insiste en vestirse como cuando tenía diecinueve años. Su bandolera golpea contra uno de sus delgados muslos.

—Ya ha llegado —anuncia.

Los niños corren para saludarlo. Antes adoraba imaginarse este momento: el hombre llega a casa del trabajo y los niños le dan la bienvenida; constituye un momento perfecto porque carece de pasado o futuro, no importa de dónde viene o qué pasará después de la recepción, solamente importa el alegre encuentro, el «¡Ya has llegado, papi!».

—¡Fi fai fo fu! ¡*Je sens le sang* de dos niñitos estadounidenses-quebequenses blancos de clase media! —Sus duendecillos montan barullo a su alrededor—. ¡A ver, a ver! ¡Calmaos de una vez, eh! —exclama, pero está contento con John colgado encima del hombro y Bex abriendo su bolsa para ver si hay golosinas de la máquina expendedora. A ella le gusta lo salado, como a él. ¿Lo ha sacado todo de él? ¿Qué hay en ella de la esposa?

La nariz se escapó de la nariz de Didier.

—Hola, *meuf* —saluda agachándose para bajar a John al suelo.

—¿Cómo ha ido el día?

—El infierno de siempre. Bueno, de hecho no ha sido el de siempre: han despedido a la maestra de música.

«Qué bien.»

—¡Hola, infierno! —dice Bex.

—Nosotros no decimos «infierno» —responde la esposa.

«Estoy contenta de que se haya ido.»

—Papi...

—Quería decir «invierno» —dice Didier.

—Niños, recoged esos bloques del suelo. Alguien puede tropezar. ¡Ahora mismo! Pero yo pensaba que todos adoraban a la maestra de música...

—Crisis presupuestaria.

—O sea que no la sustituirán.

Él se encoge de hombros.

—Entonces ¿ya no habrá clases de música?

—Tengo que ir al baño.

Cuando sale, ella está apoyada en la barandilla de la escalera, escuchando a Bex darle órdenes a John para que recoja los bloques del suelo.

—Deberíamos buscar a alguien que haga la limpieza —comenta Didier, por tercera vez este mes—. Acabo de contar los vellos púbicos en el borde del váter.

Y la costra de jabón en el lavabo.

El polvo negro del rodapié.

Bolas suaves de cabello rubio en cada esquina.

Tableta de chocolate con almendras con sal marina en el cajón.

—No podemos pagarlo —responde la esposa—, a no ser que ya no contratemos a la señora Costello, pero no voy a renunciar a esas ocho horas.

Ella mira sus ojos grises y azules, al nivel de los suyos. Muchas veces ha deseado que Didier fuera más alto, ¿su deseo es consecuencia de la socialización, o de una adaptación evolutiva de los tiempos en que poder alcanzar comida de un árbol más alto era una ventaja de vida o muerte?

—Pues alguien necesita empezar a limpiar—responde él—. Esto ya

parece una central de autobuses.

No le preguntaré esa noche.

Anotaré una «P» de nuevo, en otra fecha.

—Por cierto, había doce —dice Didier—. Ya sé que tienes cosas que hacer, no digo que no, pero ¿podrías limpiar el váter de vez en cuando? Doce pelos.

Cielo rojo al alba: cuidado, que el cielo se enfada.

La biógrafa

No puede ver el océano desde su apartamento, pero sí lo puede oír. La mayor parte de los días, entre las cinco y las seis treinta de la mañana, se sienta en la cocina a escuchar las olas y a trabajar en su estudio sobre Eivør Mínerudottír, una hidróloga polar del siglo XIX cuya investigación pionera sobre el hielo a la deriva se publicó bajo el nombre masculino de un conocido. No existe un libro sobre Mínerudottír, sólo menciones tangenciales en otros libros. Ahora la biógrafa ya tiene una multitud de notas, un esquema, algunos párrafos. Una maraña de borrador, más huecos que palabras. En la pared de la cocina ha pegado una foto del estante de la librería de Salem donde vivirá su libro. La foto le recuerda que lo terminará.

Abre el diario de Mínerudottír, traducido del danés. «Admito que temía el ataque de un oso polar; y los dedos me duelen todo el tiempo.» Una mujer hace mucho tiempo muerta que vuelve a la vida. Sin embargo, ese día, mientras observa el diario fijamente, la biógrafa no puede pensar. Se siente confusa y nota un doloroso latido en las sienes por el nuevo medicamento para los ovarios.

Se sienta en el coche con la radio encendida, la garganta le tiembla debido a las arcadas; ya llega lo suficientemente tarde a la escuela como para que le importe si el Ovutran hace más lenta la reacción ojo-pie-freno. Los caminos tienen muros de contención. La frente le late con fuerza. Ve una especie de

raya negra cruzar a lo largo del parabrisas y parpadea hasta hacerla desaparecer.

Dos años atrás, el Congreso de Estados Unidos ratificó la Enmienda de Estatus de Persona, que da derecho constitucional a la vida, la libertad y la propiedad a un óvulo fertilizado desde el momento de la concepción. Ahora el aborto es ilegal en los cincuenta estados. Quienes practican un aborto pueden recibir cargos de asesinato en segundo grado; quienes lo solicitan, cargos de conspiración para cometer un asesinato. La fertilización *in vitro* también se prohibió a nivel federal, porque la enmienda proscribía la transferencia de embriones del laboratorio al útero. (Los embriones no pueden dar su consentimiento para que los transfieran.)

Cuando ocurrió, ella daba clases de historia. Una mañana despertó con un presidente electo al que no había votado. Ese hombre pensaba que las mujeres que interrumpían un embarazo tenían que pagar por el funeral del tejido fetal y que un técnico que tirara accidentalmente un embrión durante una transferencia *in vitro* era culpable de homicidio imprudente. Había oído que hubo manifestaciones de alegría en los jardines de la residencia de su padre en Orlando. Marchas en las calles de Portland. En Newville: una calma salobre.

A falta de sexo con un hombre con el que no habría querido acostarse en otras circunstancias, el Ovutran, las varitas vaginales lubricadas y los dedos mágicos del doctor Kalbfleisch son el único camino biológico que le queda. Inseminación intrauterina. A su edad, no es mucho mejor que una jeringa para pavos.

Hace tres años que está inscrita en la lista de espera para adoptar. En su perfil de madre adoptiva describió ansiosa y prolijamente su trabajo, su departamento, sus libros favoritos, a sus padres, a su hermano (omitiendo su adicción a las drogas) y la belleza salvaje de Newville. Añadió una fotografía en la que se veía amigable pero responsable, divertida pero estable, relajada pero de clase media alta. Después echó el cárdigan rosa coral que se había comprado para esa foto en el contenedor de donaciones de ropa que había en

la iglesia.

Al principio, claro, le advirtieron: las madres biológicas tendían a elegir parejas heterosexuales casadas, en especial si la pareja era blanca. Sin embargo, no todas las madres biológicas hacían esa elección. Le dijeron que cualquier cosa podía suceder. El hecho de que estuviera dispuesta a aceptar un niño de más edad o que necesitara cuidados especiales significaba que las probabilidades estaban a su favor.

Supuso que tomaría un tiempo, pero que finalmente ocurriría.

Pensó que por lo menos llevaría a cabo un periodo de acogida que, si iba bien, podía conducir a una adopción.

Entonces el nuevo presidente se mudó a la Casa Blanca.

Tuvo lugar la Enmienda de Estatus de Persona.

Una de las oleadas que tuvo como consecuencia la Ley Pública 116-72.

El 15 de enero, en menos de tres meses, la ley, también conocida como «Todo Niño Necesita Dos», tendría efecto. Su misión: «Restaurar la dignidad, fortaleza y prosperidad de las familias estadounidenses». Las personas solteras estarían legalmente impedidas para adoptar niños. Además de licencias de matrimonio válidas, todas las adopciones requerirían aprobación por medio de una agencia bajo regulación federal, lo que haría que las transacciones privadas fueran delito.

Atontada por el Ovutran, al subir pesadamente las escaleras de la escuela Central Coast la biógrafa recuerda su paso por el equipo de atletismo del instituto. «¡Mueve las piernas, Stephens!», gritaba el entrenador cuando sus músculos estaban a punto de rendirse.

Informa a los alumnos de primer grado de que deben eliminar de sus ensayos la frase «La historia nos dice».

—Es un tic retórico obsoleto. No significa nada.

—Pero sí nos dice algo —comenta Mattie—. La historia nos dice que no repitamos sus errores.

—Es posible que lleguemos a esa conclusión por medio del *estudio* del pasado, pero la historia es un concepto; no habla con nosotros.

Las mejillas de Mattie —blancas, frías, con venas azules— se ponen rojas. No está acostumbrada a que la corrijan, se avergüenza con facilidad.

Ash levanta la mano.

—¿Qué le ha pasado en el brazo, señorita?

—¿Qué? ¡Ah! —La biógrafa lleva la blusa remangada por encima del codo. Se la baja—. He donado sangre.

—Parece que haya donado litros. —Ash se frota su nariz de cerdito—. Debería demandar al banco de sangre por difamación.

—Por *desfiguramiento* —dice Mattie.

—Sí que la desfiguraron, señorita.

Hacia el mediodía la pulsación turbia que sentía detrás de las cejas ha disminuido. En la sala de profesores come ganchitos y observa cómo el profesor de francés pincha unos aros rosados de una caja de comida china para llevar.

—Algunas especies de camarones producen luz —le dice—. Son como antorchas que flotan en el agua.

¿Cómo se puede criar a un hijo sola cuando lo único que almuerzas son ganchitos de la máquina expendedora?

Él gruñe y mastica.

—Estos camarones no.

Didier no tiene un interés particular por el francés, pero, como primera lengua en su Montreal de origen, puede hablarlo hasta en sueños. Es como ser maestro de caminar o de sentarse. Culpa a su esposa de esa situación. Durante su primera conversación con la biógrafa, hace años, mientras comían galletas y queso cremoso en la sala, le explicó: «Ella me dice: “Además de cocinar no tienes otras habilidades, pero por lo menos puedes enseñar francés, ¿verdad?...”. Entonces, pues, *ici. Je. Suis*». La biógrafa se imaginó entonces a Susan Korsmo como un enorme cuervo blanco que oscurecía la vida de Didier con sus grandes alas.

—Los camarones tienen muchísimo colesterol —dice Penny, la maestra de literatura, mientras quita las semillas a unas uvas en la mesa.

—Esta sala es donde muere mi alegría —dice Didier.

—Uy, qué triste. Ro, necesitas nutrirte. Toma un plátano.

—Es del profesor Fivey —comenta la biógrafa.

—¿Cómo podemos saberlo?

—Ha escrito su nombre.

—Fivey podrá soportar que se le pierda una fruta —dice Penny.

—Uy. —La biógrafa se agarra las sienes.

—¿Estás bien?

—No pasa nada, me he levantado demasiado rápido —responde tambaleándose de vuelta a la silla.

Los altavoces cobran vida con un chisporroteo, tosen dos veces.

—Atención, estudiantes y maestros. Atención. Éste es un anuncio de emergencia.

—Por favor, que sea un simulacro de incendio —suspira Didier.

—Tengamos todos al director Fivey en nuestros pensamientos durante el día de hoy. Su esposa está ingresada en el hospital en situación crítica. El director estará fuera del campus hasta nuevo aviso.

—¿De verdad tiene que anunciarlo a todo el mundo? —pregunta la biógrafa.

—Repito —dice la voz de la prefecta—: la señora Fivey está en situación crítica en el hospital Umpqua.

—¿En qué habitación?! —le grita Didier al altavoz montado en la pared.

La esposa del director siempre acude a la reunión navideña con vestidos de coctel ajustados. Y cada Navidad, Didier dice: «La señora Fivey se está poniendo sexy».

La biógrafa conduce a casa y se acuesta en el suelo en ropa interior.

Su padre la llama otra vez. Han pasado días, ¿semanas?, desde la última vez que le contestó.

—¿Qué tal Florida?

—Tengo curiosidad por tus planes para Navidad.

—Faltan meses, papá.

—Pero es mejor que reserves el vuelo con anticipación. Las tarifas se pondrán por las nubes. ¿Cuándo empezáis las vacaciones en la escuela?

—No lo sé, ¿el veintitrés?

—¿Tan cerca de Navidad? Por Dios.

—Ya te lo confirmaré, ¿de acuerdo?

—¿Tienes planes para el fin de semana?

—Susan y Didier me han invitado a cenar, ¿y tú?

—A lo mejor voy al centro comunitario para ver a los nabos humanos que alimentan. A no ser que mi espalda me lo impida.

—¿Qué te ha dicho la acupuntora?

—Ése fue un error que no cometería dos veces.

—A mucha gente le funciona, papá.

—Es un maldito vudú. ¿Llevarás un acompañante a la cena con tus amigos?

—No —contesta la biógrafa, y se prepara para la siguiente sentencia de su padre; la cara se le pone tensa de tristeza porque él no puede evitarlo.

—Ya es hora de que encuentres a alguien, ¿no crees?

—Estoy bien, papá.

—Bueno, pues yo me preocupo, niña. No me gusta la idea de que estés tan sola.

Ella podría repetir la lista de siempre («Tengo amigos, vecinos, compañeros de trabajo, gente del grupo de meditación»), pero la aceptación de su soledad —una aceptación ordinaria, sin heroísmo— no necesita justificación ante su padre. El sentimiento es de ella. Simplemente, puede sentirse bien y no explicarse o disculparse por eso, o elaborar argumentos contra el argumento de que en realidad no se siente contenta y se está engañando para protegerse.

—Bueno, papá. Tú también estás solo.

Sabe que cualquier referencia a la muerte de su madre le callará.

Estuvo con Usman seis meses, en la universidad. Con Victor, un año en Minneapolis. Relaciones esporádicas. No es una persona de largos plazos. Le gusta su propia compañía. Sin embargo, antes de su primera inseminación, la biógrafa se obligó a consultar las webs de citas. Navegó y apretó los dientes. Navegó y sintió que la depresión le aplastaba el pecho. Una noche lo intentó de verdad. Eligió la web que le pareció más apropiada y empezó a escribir.

¿Cuáles son tus tres mejores cualidades?

1. Independencia.
2. Puntualidad.
- 3.

¿El mejor libro que has leído recientemente?

Actas del Tribunal de Investigación del «Proteus» sobre la expedición de rescate de Greely de 1883.

¿Qué te fascina?

1. Cómo el frío detiene el agua.
2. Los patrones que el hielo traza en la piel de un perro de trineo muerto.
3. El hecho de que Eivør Mínervudottír perdiera dos dedos a causa de la congelación.

Sin embargo, la biógrafa no tenía ningún interés en contarle eso a alguien. Borrar, borrar, borrar. Por lo menos podía decir que lo había intentado. Al día siguiente, pidió una cita en la clínica de medicina reproductiva de Salem.

Su terapeuta pensó que iba demasiado rápido. «¿Acabas de decidir hacerlo y ya has elegido un donante?», preguntó.

Ay, terapeuta, ¡si supieras lo rápido que puede elegirse un donante! Enciendes el ordenador. Seleccionas las casillas de raza, color de ojos, educación, estatura. Aparece una lista. Lees algunos perfiles. Haces clic en COMPRAR.

En el espacio de comentarios de Maternidad sin Pareja por Elección, una

mujer escribió: «Pasé más tiempo podando mis rosas que seleccionando un donante».

Sin embargo, como le explicó la biógrafa al terapeuta, no eligió rápidamente. Leyó con cuidado. Se esforzó. Se sentó durante horas a la mesa de la cocina a mirar los perfiles. Había hombres que habían escrito verdaderos ensayos. Enumeraban sus puntos fuertes. Recordaban momentos felices de su infancia y describían los rasgos de sus abuelos que más les gustaban. (Por cien dólares la eyaculación, hablaban con gusto de sus abuelos.)

La biógrafa tomó notas de decenas y decenas...

Pros:

1. Se llama a sí mismo «lector ávido».
2. «Pómulos fantásticos» (descripción del personal).
3. Disfruta con «los desafíos mentales y los acertijos».
4. Para un hijo futuro: «Espero saber de ti en dieciocho años».

Contras:

1. Mala caligrafía.
2. Evaluador comercial de bienes raíces.
3. De su propia personalidad: «No soy demasiado complicado».

... después los redujo a dos. El donante 5546 era un entrenador deportivo que el personal del banco de esperma describió como «guapo y encantador». El donante 3811 era un graduado en Biología con respuestas bien escritas en los textos; la manera afectuosa en que describió a sus tías hizo que le cayera bien a la biógrafa; pero ¿y si no era tan guapo como el primero? Los historiales de salud de ambos eran perfectos, o eso indicaban, al menos. ¿La biógrafa era tan superficial como para que el aspecto físico influyera en su decisión? ¿Pero quién querría a un donante feo? Sin embargo, el 3811 no tenía por qué ser necesariamente feo. ¿La fealdad era un problema? Lo que ella quería era una buena salud y un buen cerebro. El donante 5546 afirmaba rebosar salud, pero ella no estaba segura de su inteligencia.

Así que compró muestras de los dos. No se topó con el 9072, el tercero perfecto, hasta un par de meses después.

—¿Sientes que no mereces una pareja? —preguntó el terapeuta.

—No —respondió la biógrafa.

—¿Te sientes pesimista acerca de encontrar una pareja?

—No necesariamente quiero una pareja.

—¿Es posible que tu actitud sea una forma de autoprotección?

—¿Quiere decir que me estoy engañando a mí misma?

—Es otra manera de expresarlo.

—Si digo que sí, entonces no me estoy engañando. Y si digo que no, es la mayor prueba de engaño.

—Dejémoslo aquí —dijo el terapeuta.

A la exploradora polar le gustaba estar en la azotea cubierta de hierba de la cabaña de dos habitaciones y pensar que sus pies quedaban justo sobre la cabeza de su madre, que estaba mezclando o cortando o aporreando, y en cuántos centímetros de hierba y tierra había entre ellas; y cómo ella estaba arriba y su madre abajo, revirtiendo el orden, poniendo el mundo cabeza abajo, sin que nadie pudiera decirle que no era posible.

Después la llamaban para que ayudara a hervir el frailecillo.

La curandera

Regresa a casa desde la biblioteca por el camino largo, pasando por la escuela. La campanada de las tres de la tarde resuena enorme sobre el puerto, hay copos de bronce que gotean lentamente sobre el agua, campana en su boca, campana en su vagina. Se abren las puertas azules de la escuela: botas, bufandas y gritos. Medio escondida detrás de un cerezo amargo, la curandera espera. Un hilo de linternas de Aristóteles —los puntiagudos dientes de los erizos de mar— cuelga de su cuello como protección. La semana pasada estuvo aquí durante una hora hasta que salió el último niño y las puertas se cerraron, pero la chica a la que esperaba no apareció.

A la curandera no le fue muy bien en la escuela Central Coast, que abandonó quince años atrás sin un certificado. «No logra cumplir con los estándares mínimos. Actúa deliberadamente con desinterés hacia lo que sucede en las clases.» ¡Qué idiotas! No actuaba, su mente ni siquiera estaba en el aula. La curandera se aseguró de no hablar nunca en las clases, excepto con almas perdidas o con la luna bulbosa que bajaba hacia el estómago del océano. Sus neuronas tamborileaban dentro de su cráneo, huían por el camino que va al bosque, donde la madre topo yacía abierta y desgarrada por el búho, sus crías desperdigadas como semillas rojas; o a las franjas de algas marinas que los cangrejos habían convertido en laberintos. Su cuerpo estaba en el aula, pero su mente no.

Pequeños y mayores atraviesan las puertas azules, bien arropados para el clima: hijos de pescadores, hijas de tenderos, hijos de camareros; chicas maquilladas con colorete, párpados oscuros y labios escarlata, pero ninguna es la chica a la que espera. La chica a la que espera no usa maquillaje, al menos no uno que la curandera pueda distinguir. Huele a humo de cigarrillo, el humo al que olía su tía Temple. ¿Acaso ella está cerca? ¿Temple ha vuelto? ¡Tonta! ¡Tonta! Ellos no regresan. Es el hurón rubio que da clases en la escuela; su cabello y sus dientes apuntan a todos lados. Ella lo ha visto con su hija y su hijo por el camino que va al acantilado, señalando el agua.

—¿Busca a alguien? —pregunta él.

Ella lo mira de reojo.

El hurón rubio da el golpe y exhala.

—Eso parece.

—No —responde ella, y se va.

No debería dejarse ver tratando de divisar a la niña. La gente ya cree que está loca, que es un bicho raro del bosque, una bruja. Aunque es más joven que las brujas que la gente conoce por la tele, eso no impide que cuchicheen.

Sube por la calle empedrada hacia el camino del acantilado, después regresa hacia los árboles. Un pino Douglas fue derribado sobre la colina, dividido en troncos, llevado en un camión a un aserradero. Lo cortaron en tablas, que secaron y alisaron; un hombre las compró y las clavó para hacer una cabaña. Dos habitaciones y un baño con puerta, estufa de leña, fregadero doble, una alacena al norte y otra al sur. Las lámparas y la nevera funcionan con baterías; una regadera fuera clavada arriba, durante el invierno se da baños de esponja, o apesta. El cobertizo para las cabras y el gallinero están detrás de la cabaña, a cada lado de un espino negro muerto, partido por un rayo. En esa grieta, la curandera ha construido cajas-nido para los búhos, las golondrinas, los mérgulos jaspeados y los reyezuelos de moño dorado.

Debe tener más cuidado, no puede dejar que la gente la vea observando. El hurón de cabello amarillo y dientes torcidos parecía albergar sospechas. No es un crimen observar a alguien, pero a los humanos les gusta llamar normales a estas cosas y peculiares a aquellas otras.

Clementine llega a la puerta de la curandera con una nevera de pícnic y un dolor. Su molestia anterior fue un ardor tremendo al orinar, la dolencia de hoy es nueva. «Quítate los pantalones y acuéstate», dice la curandera, y Clementine se desabrocha los pantalones y se los quita con las piernas. Sus muslos son blancos y muy suaves, sus bragas apenas un cordoncillo. Se acomoda sobre la cama de la curandera y abre las rodillas.

Una ampolla en el labio inferior de Clementine, en el pliegue interno, blanco y rojo sobre el rosa café: ¿Te duele mucho?

—¡Ay, Dios! Me duele mucho. A veces en el trabajo estoy así de «¡Ayyy!», y creen que estoy... Bueno, como sea, ¿tengo sífilis?

—No, es sólo la típica verruga.

—Mi vagina no está teniendo un buen año.

El ungüento: emulsión de verdolaga, salvia y garra del diablo en aceite de sésamo. Unta un par de gotas en la verruga, vuelve a cerrar el recipiente y se lo da a Clementine. «Ponte esto dos veces al día.» Es probable que le salgan más verrugas, posiblemente muchas más, pero no ve la necesidad de decírselo.

Cuando Clementine se marcha, la curandera la echa de menos, quiere que regresen esos suaves muslos blancos. Le gusta que los cuerpos de sus chicas

sean grandes, como sirenas terrestres que se aprietan y serpentean en cuerpos carnosos.

Fuera, en el cobertizo, sirve una ración de grano y espera a que *Pinka* y *Hans* lleguen galopando. *Hans* frota su nariz en la entrepierna de la curandera y *Pinka* levanta una pezuña para saludarla. «Hola, bellezas.» Sus lenguas son duras y limpias. La primera vez que vio la pupila de una cabra —rectangular, no redonda— sintió de golpe una sensación de reconocimiento. «Te conozco, rareza.» Nunca las apartarán de su lado. Ahora saben cómo comportarse, después de su travesura cerca de la vereda.

Clementine le trajo como pago un pez de roca negro, sus hermanos son pescadores. La curandera lo saca de la nevera, lo pone en un plato hondo y coge el cuchillo pequeño. Le da la carne a *Malky* y ella mastica las espinas, lanza los ojos al bosque. *Malky* necesita proteína para poder cazar como lo hace, se va durante días y regresa flaco. No hay que temer a las espinas de pescado, sólo hay que masticarlas bien para que no te perforen la garganta o el recubrimiento del estómago.

«Tu profesor de ciencias te lo dirá —dijo Temple—, las espinas de pescado son calcio puro y el cuerpo humano no las puede digerir, pero te aseguro que ahí no termina el asunto.» Una de las cosas que más le gustaban a la curandera de su tía era su «pero te aseguro que», eso y que cocinaba de manera clásica. Ni una sola vez durante el tiempo que vivió con Temple tuvo que cenar comida precocinada. Temple se responsabilizó de ella después de que la madre de la curandera dejara una nota que decía: «Hestarás mejor con tu tía no te preocupes te escribiré!». La curandera tenía sólo ocho años y no era particularmente buena en ortografía, pero supo que la primera palabra no estaba bien escrita.

Temple decía que las cosas que vendía en su tienda, Goody Hallett's, eran baratijas para los turistas, pero que si a su sobrina llegaran a interesarle las verdaderas propiedades de la alquimia, ella le podía enseñar. Existían dos tipos de magia: la natural y la artificial. La magia natural no era más que el conocimiento preciso de los secretos de la naturaleza. Armada con ese conocimiento, una podía hacer maravillas que a alguien ignorante le parecerían milagros o ilusiones. En una ocasión, un hombre curó la ceguera de su padre con la vesícula biliar de un pez mandarín; el ritmo de un tambor hecho con la piel de un lobo destrozaría un tambor hecho con la piel de un cordero.

La curandera embotelló su primera tintura poco después de que su madre la dejara. Por instrucción de Temple, reunió decenas de varas de gordolobo en flor, amarillas y de formas alegres. Recogió las flores y las puso a secar sobre una toalla; las colocó en un frasco de vidrio con dientes de ajo y llenó el frasco con aceite de almendras, dejándolo reposar en el alféizar de la ventana durante un mes. Después coló el aceite y llenó con él seis frasquitos de vidrio ámbar que colocó en fila sobre la barra de la cocina —ya era lo suficientemente alta— y avisó a Temple para que los viera. Su tía se acercó, miró por encima de ella, con su vivaz melena rojiza, todo ese cabello largo, fibroso y destellante, y dijo «¡Bien hecho!». Y ésa fue la primera vez en la vida de la curandera, hasta donde podía recordar, que había recibido un cumplido por hacer algo en lugar de recibirlo por no haberlo hecho (por no hablar, por no llorar, por no quejarse cuando su madre tardaba más de seis horas en regresar de la tienda). «La próxima vez que te duela el oído —dijo Temple— usarás esto.» La promesa de arreglar y sanar provocó en la curandera unas oleadas calientes que le atravesaron el estómago. «Muéstrales cómo lo hacen las Percival.»

Cuando se despierta, la cabaña está muy oscura por la lluvia y los árboles, no

sabe que ya es de mañana, pero lo es, y *Malky* está escarbando y alguien llama a la puerta.

Ella toma té de Ashwagandha que sabe a caballo y come pan integral. La nueva clienta sólo quiere agua. Se llama Ro Stephens y tiene el rostro seco y preocupado, el cabello seco y opaco (¿sangre débil?), el cuerpo delgado (aunque no excesivamente). La curandera siente que Ro ha perdido seres queridos. Un ligerísimo olor, como una cucharada de humo.

—Lo he intentado durante mucho tiempo con el doctor Kalbfleisch, en la clínica de Medicina para la Fertilidad Hawthorne.

La curandera ha oído hablar del doctor Kalbfleisch a otras clientas, una lo describió como un NQMF: Nazi Que Me Follaría.

—Así que has tomado sus medicamentos.

—Una maldita tonelada, sí.

—¿Cómo está tu mucosa cervical?

—Bien, creo...

—¿Cuando se acerca tu ovulación, parece clara de huevo?

—Uno o dos días, aunque mi periodo no es muy regular que digamos. Ha mejorado con la medicación, pero aun así no es que funcione como un reloj.

Está muy preocupada, y trata de esconder su preocupación. Su rostro se contorsiona, se sale de sus líneas de expresión, se descompone con los «¿Y qué pasaría si?», los «Pero ¿y entonces qué?», para luego alisarse y obedecer de nuevo. En el fondo no cree que la curandera pueda ayudarla, no importa cuánto tanto quiera creerlo; es una persona que no está acostumbrada a que la ayuden.

—Déjame ver tu lengua.

Una pasta blanca encima de lo rosado.

—Tienes que dejar de beber leche.

—Pero yo no...

—¿Crema de leche en el café? ¿Queso? ¿Yogur?

Ro asiente.

—Deja todo eso.

—Lo haré —responde Ro, pero parece pensar: «No he venido a buscar consejos de nutrición».

Come alimentos calientes y que calienten: boniatos, alubias rojas, judías negras, caldo de huesos. Come más carne roja, las paredes del reloj necesitan sustancia. Menos lácteos: tu lengua retiene humedad. Más té verde: las paredes todavía están débiles. ¡Todo está en lo más elemental, perras! Todo el mundo quiere amuletos, pero los treinta y dos años que lleva aquí han convencido a la curandera de que son puro espectáculo. Cuando el cuerpo es lento para hacer algo o galopa demasiado rápido hacia la muerte, la gente quiere que se pongan en acción las varitas mágicas. «¿Caldo? ¿Eso es todo?» La curandera le enseña a hervir los huesos de la carne durante días. A hervir a fuego lento semillas, tallos y algas fucus secas, luego se cuelean y se bebe. El té para el útero tiene un olor atroz.

Baja el frasco de té de la alacena norte. Desliza un poco en una bolsa de café, la cierra con un trozo de cinta y se la entrega a Ro.

—Calienta esto en una olla grande con agua. Cuando hierva, baja la llama y déjalo hervir a fuego lento durante tres horas. Tómate una taza cada mañana y cada noche. No te gustará el sabor.

—¿Qué contiene?

—Nada que pueda hacerte daño, raíces y hierbas. Harán más denso tu recubrimiento uterino y más fuertes tus ovarios.

—¿Qué hierbas y raíces concretamente?

Es una de esas personas que piensan que entenderán algo si escuchan su nombre, cuando en realidad lo único que hacen es escuchar su nombre.

—Flor de vellón seca, raíz de cardencha malaya, moras goji, licopus, semilla de cuscuta china, agripalma, dong quai, raíz de peonia roja y tubérculo de corocillo.

El té sabe a agua enterrada durante meses en una cubeta de madera podrida en la que nadan gusanos y a la que le escupió un ratón de campo (la curandera lo ha probado).

El vello sobre el labio superior de Ro, su sangrado irregular, su lengua pastosa, la sequedad.

—¿El doctor Kalbfleisch te ha hecho estudios de SOP?

—No, ¿qué es eso?

—Síndrome de ovario poliquístico. Afecta a la ovulación, así que podría contribuir. —Al ver que Ro reacciona con miedo, agrega—: Muchas mujeres lo padecen.

—Pero ¿no lo hubiera mencionado? Llevo más de un año viéndolo.

—Pide que te hagan la prueba.

Ro tiene un rostro amable, con pecas, arrugas de haber reído mucho, tristeza en las comisuras de los labios. Pero sus ojos están furiosos.

Cómo preparar frailecillo hervido
(mjólkursoðinn lundi):

1. Desollar el frailecillo; enjuagar.
2. Quitar patas y alas; tirar.
3. Quitar los órganos internos; dejar aparte para el puré de cordero.
4. Rellenar el frailecillo con pasas y masa de pastel.
5. Hervir en leche y agua una hora o hasta que los jugos se aclaren.

La hija

Lleva siete semanas de retraso, más o menos.

Mira fijamente el suelo del aula, juntando mosaicos de linóleo en grupos de siete. Uno siete. Dos siete.

Pero no se siente embarazada.

Tres siete. Cuatro siete.

Para esos días ya habría sentido algo, cinco siete, si lo estuviera.

Ash le pasa una nota: «¿Quién es mejor, Xiao o Zakile?».

La hija escribe su respuesta en la nota: «Ephraim».

«No está en la lista, babosilla.»

—Entonces ¿de qué estamos hablando? —dice el profesor Zakile—. Tenemos la blanca. La ballena blanca. ¿Por qué es blanca?

—¿Dios la hizo blanca? —responde Ash.

Seis siete.

—Bueno, a ver, eso no era realmente lo que yo estaba... —El profesor Zakile hojea sus notas, probablemente sacadas de internet, en busca de esas frases copiadas y pegadas para las que no le da el cerebro con el que nació.

«Tú has estado —dijo el capitán Ahab— donde jamás llegó campana o buzo.»

«Se ha movido entre los cimientos del mundo.»

La hija quiere hundirse a la deriva en las manos asesinas de la fragata *Tierra*.

«Tú has visto bastante para desgajar los planetas.»

Siete siete.

«Y no dices una sílaba.»

Ya se ha retrasado otras veces. Todas se han retrasado. Las anoréxicas, por ejemplo, se saltan periodos constantemente, ya que el hambre suspende la sangre; o si no has consumido suficiente hierro; o si fumas demasiado. La hija ayer se fumó tres cuartos de un paquete. La hermana de Ash, Clementine, dice que las adictas a las metanfetaminas tienen sexo sin miedo porque la droga evita la concepción.

El año pasado, una de las alumnas de último año se cayó por las escaleras del gimnasio, pero incluso después de romperse una costilla seguía embarazada, y la señorita/Ro dijo en clase que esperaba que comprendieran a quién había que culpar por esa costilla: a los monstruos del Congreso que aprobaron la Enmienda de Estatus de Persona y a los lobotomizados ambulantes de la Suprema Corte que revirtieron Roe vs. Wade.

—¡Hace apenas dos años —dijo, o en realidad gritó— el aborto era legal en este país, pero ahora tenemos que tirarnos por las escaleras!

Y, por supuesto: Yasmine.

La que se hizo sola un raspado. La mutiladora.

Yasmine, la primera persona de quien la hija se convirtió en hermana de sangre (en segundo año).

Yasmine, la primera persona a la que la hija besó (en cuarto año).

Yasmine, que lo obligó a usar condón, pero de todas formas se quedó embarazada.

La hija desearía poder hablar con su madre al respecto. Para que le dijera «¡Siete semanas de retraso no son nada, palomita!».

En la mayoría de los temas, su madre es sensible y sabia...

—¡Mi caca tiene pelos!

—No te preocupes. Es por esa limpieza verde que te hiciste. Es la placa mucosa que se desprende de las paredes intestinales.

... pero no en todos los temas.

¿Me puedes decir de qué color eran los ojos de mi abuela?

¿De qué color era el cabello de mi abuelo?

¿Todas mis tías abuelas eran sordas?

¿Todos mis tíos abuelos estaban locos?

¿Vengo de una larga línea de matemáticos?

¿Sus dientes estaban tan torcidos como los míos?

No, no me lo puedes decir, ni tampoco papá, ni tampoco la agencia.

Fue una adopción cerrada. Cero rastro.

«¿Eres mía?»

Ephraim no tiene un orgasmo, se detiene después de un par de minutos diciendo que no tiene ganas. Quitaba su peso de encima de ella. Lo primero que ella siente es alivio. Lo segundo es miedo. Ningún adolescente varón deja pasar la oportunidad de tener relaciones, según su madre, que el año pasado le dio La Charla, que gracias a Dios no incluyó detalles anatómicos, pero sí advertencias sobre la mente de los chicos, esclava del sexo. Y, sin embargo, aquí está Ephraim, de dieciséis, casi diecisiete años, rechazando una oportunidad. O deteniéndose a media oportunidad.

—¿He hecho... algo mal? —pregunta en voz baja.

—Na. Sólo es que estoy muy cansado. —Bosteza como para demostrarlo. Se echa hacia atrás el cabello con mechones rubios—. Estamos haciendo dos entrenamientos diarios de fútbol. ¿Me pasas mi sombrero?

A ella le encanta su sombrero; hace que parezca un detective guapísimo.

Pero su propia ropa: *leggings* de lana negra. Falda de tubo roja. Manga larga blanca con brillitos. Bufanda morada. Un atuendo patético; con razón ha parado.

—¿Quieres que te deje en casa de Ash?

—Sí, gracias. —Ella espera que él diga algo sobre la próxima vez, que haga un plan, que aluda a su futuro juntos, aunque sea sólo «¿Vas al partido el viernes?». Llegan a casa de Ash y no ha dicho nada. Ella habla—: Entonces...

—Nos vemos, chica de septiembre —dice él, y la besa, más bien la

muerde, en la boca.

En el baño de Ash, tira la bufanda morada a la basura y la cubre con un montón de papel de baño arrugado.

La familia de Eivør Mínervudottír vivía de pescado, patatas, carnero fermentado, frailecillo hervido en leche y ballena piloto. Su comida favorita era el *fastelavnsbolle*, un pan dulce de carnaval. ~~En 1771, el rey sueco se comió catorce *fastelavnsbolle* con langosta y champán, y luego murió al instante de indigestión.~~

La esposa

Bex no quiere ponerse el impermeable. Estarán casi todo el tiempo dentro del coche y a ella no le importa si se le moja el cabello al ir del coche a la tienda y odia la sensación del plástico en el cuello.

—Bueno, pues mójate —es la respuesta de Didier, pero la esposa no lo aceptará, llueve a cántaros y Bex se pondrá el impermeable.

—¡Pón-te-lo! —le dice con un rugido.

—¡No! —grita la niña.

—¡Sí!

—¡No!

—Bex, nadie subirá al coche hasta que te lo pongas.

—Papá ha dicho que no me lo tengo que poner.

—¿No ves que está lloviendo muy fuerte?

—La lluvia es buena para mi piel.

—Eso no es cierto —responde la esposa.

—¡Por Dios! ¡Vámonos ya! —grita Didier.

—Por favor, apóyame en esto.

—Lo haría si estuviera de acuerdo contigo, pero ya llevamos aquí parados diez malditos minutos. ¡Es ridículo!

—¿Obedecer las reglas es ridículo?

—Yo no sabía que teníamos una regla sobre...

—Pues sí, la tenemos —responde la esposa—. ¿Bex? ¿Quieres tenernos a todos aquí parados o ya estás lista para comportarte como una niña de seis años y ponerte el impermeable?

—No tengo seis años —contesta cruzada de brazos—. Soy un bebé, necesito que me cambien el pañal.

La esposa echa abruptamente el impermeable sobre los hombros de Bex, coloca la capucha en su lugar y ata los cordeles bajo su barbilla. Levanta el cuerpo rígido de la niña y la carga hasta el vehículo.

El esposo coge el volante con las dos manos en la posición de las diez y las dos, un hábito que sorprendió a la esposa en sus tiempos de noviazgo: él había tocado en bandas, consumido drogas, golpeado a su padre en la cara a los catorce años; y, sin embargo, cogía —coge— el volante como una abuelita.

Se alegra de no estar conduciendo: no hay decisiones que tomar en la curva de la carretera.

Un animalito negro se contorsiona, calcinado hasta la muerte pero no completamente muerto.

Un trozo de neumático intentando cruzar.

Animalito, bolsa de plástico.

Pero tal vez no era una bolsa de plástico.

Tal vez lo que vio primero era lo correcto.

Alguien le prendió fuego, algún chico malo, un adulto malo. Newville no carece de maldad...

«... pero este sitio es hermoso y tu familia ha venido aquí durante generaciones y el aire marino está lleno de iones negativos que levantan el ánimo. ¿Recuerdas?»

Para cuando llegan a la tienda, Bex ya está parloteando de nuevo.

Dónde está la sección de muñecas.

John es tan flojo.

La madre de alguien, que es higienista dental, vino a la clase y dijo que

había que cepillarse incluso el bulto de un diente adulto que se asoma a la encía.

—Los Perfect a tu derecha —musita Didier, dando un ligero codazo al codo de la esposa.

Ellos no. Hoy no.

—¡Shell! —grita Bex con voz chillona—. ¡Dios mío, es Shelly!

Las niñas se abrazan de manera teatral, como si encontrarse por casualidad en el pueblo donde ambas viven fuera la sorpresa más increíble del mundo.

Bex: «Tu vestido es tan bonito».

Shell: «Gracias, me lo ha hecho mi mamá».

—¡Hola, amigos! —trina Jessica Perfect—, ¡qué alegría veros!

—Igualmente. —La esposa se inclina hacia ella para saludarla con un beso en el aire—. ¿Habéis traído a toda la banda, eh?

Los bronceados y esbeltos hermanos de Shell están parados en fila detrás de sus bronceados y esbeltos padres.

—Sí, es uno de esos días.

«Esos días» en la familia de los Perfect probablemente son un poco distintos de «esos días» en la colina.

Además de hacer vestidos, Jessica teje suéteres de lana Shetland local para sus cuatro hijos.

Envasa mermelada de las moras silvestres que recogen.

Cocina en casa sus comidas libres de trigo y de lácteos.

Nunca entran en su casa los *nuggets* de pollo y el queso rallado.

Su esposo es un nutricionista que alguna vez le dio un sermón a Didier sobre la importancia de dejar las nueces en remojo por la noche.

—Blake —saluda Didier con la cabeza.

—¿Cómo estás, amigo?

—Grande y fuerte —responde el esposo, apenas con un ligero destello de sonrisa.

—¡Pero mira a este muchacho! ¡Qué mayor está! ¿Qué edad tienes ya? —Blake se agacha un poco hacia John, que se retuerce en el carrito del supermercado y esconde la cara contra el abdomen de Didier.

—Tres y medio —contesta la esposa.

—¡Guau! Sí que pasa el tiempo, ¿verdad?

—Así es —dice Jessica—, ¡y ha pasado una eternidad desde que vinisteis a nuestra casa! Tenemos que repetirlo. Es difícil encontrar una noche para eso con los chicos, que tienen tantas ocupaciones después de la escuela. Tenemos fútbol, esquí de fondo, violín... ¡Dios! ¿Qué me falta?

—Mi clase para dotados y alumnos con talento —responde su hijo mayor.

—Sí, eso, es cierto, querido. El año pasado, este muchacho —dice acariciando la cabeza del niño— sacó unas notas increíbles, así que se clasificó para un programa avanzado de matemáticas, lectoescritura y artes. Vosotros no sois vegetarianos, ¿o sí? Estamos consiguiendo una carne divina de nuestros amigos que viven en la siguiente calle. Su ganado es ecológico; no tiene ni un solo antibiótico, es pura carne de animal feliz.

—¿Quieres decir feliz antes de que lo lleven al matadero —pregunta Didier— o una vez que se convierte en comida?

Ella ni siquiera parpadea.

—Así que cuando nos visitéis prepararé filetes, y las acelgas ya están casi listas. ¡Dios, tenemos hectáreas de acelgas este año! Afortunadamente, a los niños les encantan.

Sigue lloviendo con fuerza camino a casa; los limpiaparabrisas, furiosos.

—¿A balazos? —pregunta Didier.

—Demasiado rápido —responde la esposa—. ¿Qué veneno surte efecto lentamente?

—La cicuta, creo —contesta, quitando la mano del volante para acariciarle la nuca—. No, espera, ¡de inanición! Que les salga el tiro por la..., bueno, lo que sea.

—Culata —termina ella.

—¿Y qué se supone que eran las culatas?

—No me acuerdo, pero voto a favor de la inanición.

—«Noto que tenéis algunas nueces sin remojar en este lugar y estoy un poco consternado. Honestamente, yo no soñaría con darles a mis hijos una

sola nuez sin remojar.»

—¿De qué habláis? —pregunta Bex.

—De un programa que vimos en la tele —contesta Didier—, se llamaba *La culata más pequeña del mundo*. Te habría gustado, Bex. Hay un episodio donde cada vez que alguien se tira un pedo puedes ver el pedo: hay nubecitas de color café detrás de los personajes.

Bex suelta una risita.

La esposa pasa la mano de su nuca a su muslo y cierra los ojos, sonriendo. Él aprieta su carne envuelta en vaqueros.

Ella recuerda lo que ama.

No los chistes sobre pedos, sino la dulzura. La solidaridad frente a los Perfect de este mundo.

Se lo preguntará mañana.

En la ventana empañada del auto dibuja una «P».

La última vez que él se negó fue muy difícil, sí. Se prometió a sí misma que no se lo volvería a preguntar.

Pero los niños lo adoran.

Y a veces es verdaderamente dulce.

«Tengo el nombre de una persona de Salem —le dirá— que se supone que es fantástica, no tan cara, y da citas tarde. Le podemos pedir a Mattie que los cuide...»

Y ella se ha visto a sí misma echando el coche por el acantilado con los niños en el asiento de atrás.

Cuando la exploradora polar cumplió seis años, le enseñaron la mejor manera de sostener un cuchillo y hacer un corte en la garganta de un cordero: sólo uno, no lo sienten, hazlo con fuerza, mira a tu hermano. Pero cuando ella agarró el cuchillo con su madre en cuclillas a su lado sujetando el animalito, no quiso hacerlo. Se le ordenó dos veces a Eivør que lo cortara y las dos veces respondió: «*Nei, Mamma*».

Su madre puso una mano sobre la suya y el cuchillo bajo la cara del cordero; se le cayó la cara; Eivør cayó con ella, gritando; y su madre alzó al animal sobre una tina para que sangrara.

Le pegaron a Eivør en los muslos con una correa de cuero que usaban para colgar tiras de cordero en la choza de secado. Y esa Navidad no comió *ræst kjøt* ni *skerpikjøt* esa primavera, aparte de un bocado ocasional que su hermano Gunni le guardó en su zapato.

La biógrafa

No sabe con seguridad si Gunni le guardó pedazos de cordero fermentado en el zapato cuando se suponía que Eivør no podía comer, pero lo escribe en su libro porque su propio hermano le escondía galletas en su servilleta cuando su madre le decía que no debía comer más postres a no ser que quisiera ponerse gorda. Archie dejaba las galletas en su cajón para que ella las cogiera. Cada vez que abría el cajón y veía la servilleta oscurecida por la grasa entre sus calcetines, se le encendía una llama de felicidad en la garganta.

Escribió las primeras frases de *Mínervudottír: Una vida* hace diez años, cuando trabajaba en un café en Minneapolis y trataba de ayudar a Archie a rehabilitarse. Cuando no lo llevaba a las reuniones o a las citas como paciente ambulatorio, echaba verduras en *smoothies* que él no se tomaba. Buscaba signos de inyecciones en sus pupilas, jeringas en sus cajones, revisaba su propia cartera por si le faltaba efectivo. A veces le pedía que leyera el manuscrito. A él le gustaba la parte donde la exploradora polar observaba a los hombres que conducían a las ballenas a su muerte en una caleta poco profunda.

Archie, que odiaba las tradiciones, habría aplaudido sus esfuerzos por embarazarse en solitario. También habría intentado que sus amigos le proporcionaran esperma gratis. (Una dosis de semen de Athena Cryobank cuesta ochocientos dólares.)

La biógrafa no le ha hablado a su padre de sus esfuerzos.

Cierra el ordenador y deja el diario de Mínervudottír encima de una pila

de libros sobre expediciones al Ártico en el siglo XIX. Gira la cabeza sobre un hombro y luego sobre el otro. ¿La rigidez en el cuello es otro síntoma del síndrome de ovario poliquístico? Ha investigado acerca del síndrome en internet, un poco, lo máximo que puede tolerar. Las estadísticas de embarazo no son buenas.

Sin embargo, es posible que Gin Percival no sepa de qué está hablando. Según Penny, que ya daba clases en Central Coast cuando Gin se marchó, ni siquiera terminó el bachillerato. La visita que le hizo no fue mal, ni particularmente bien. Aunque Gin Percival le caía bastante bien. Ella salió con una bolsa de un té horrendo.

Hablando de eso: la biógrafa saca una cacerola. Mientras calienta el té, se prepara para el sabor de una boca humana que no se ha cepillado los dientes en muchas lunas y se pregunta si debe cambiarse para la cena. Son sólo Didier, Susan y los niños; pero, para ser franca, hace tiempo que no se lava los pantalones.

Su taza blanca tiene rayas de café dentro. ¿Sus dientes están así de manchados? Seguramente. Años de cafés frecuentes. Largas ausencias del dentista. ¿Una mala higiene dental podría ser causa del síndrome de ovario poliquístico? ¿La inflamación provoca filtraciones de las encías al torrente sanguíneo, como un veneno lento, y hace que sus hormonas se mareen y sean poco efectivas?

Si tiene el síndrome, quizá Gin Percival pueda darle otro brebaje para reducir sus niveles de testosterona y reparar su sangre. Sus células se pondrían a trabajar, se esponjarían, engordarían y espesarían, su hormona foliculoestimulante caería a un solo dígito, la enfermera Crabby la llamaría con los resultados de sus análisis de sangre y diría «Guau, simplemente, guau», e incluso Fleischy movería la cabeza por la sorpresa. Meterían dentro el esperma del escalador de rocas o del entrenador deportivo o del graduado en Biología o del mismo Kalbfleisch, y la biógrafa, por fin, se quedaría embarazada.

Será una tontería, desde luego. Corteza de árbol, saliva de rana y encantamientos. Mézclale unas cuantas moras y semillas y llámalo solución.

Pero ¿y si funciona? Miles de años de proceso, afinados por mujeres en

los pliegues oscuros de la historia, ayudándose unas a otras.

Y en este punto, ¿qué más podría hacer?

«Podrías dejar de esforzarte tanto.»

«Podrías amar tu vida tal como es.»

La casa de los Korsmo, hermosa sobre su colina como en una película de terror, pondría celosa a la biógrafa si fuera alguien que desea una casa, pero no lo es, pues las casas la hacen pensar en alguien endeudado hasta el cuello con la hipoteca; sin embargo, admira sus cristales emplomados y la enredadera atigrada recortada en el porche. El bisabuelo de Susan la construyó como casa de verano. En invierno ponen aislante en las ventanas y tapan con suéteres los huecos bajo las puertas.

Didier fuma en los escalones del porche; el cabello rubio como la paja se le escapa bajo el gorro. Tiene los ojos hundidos y los dientes torcidos, y sin embargo consigue ser atractivo (la biógrafa no puede descifrar cómo). Guapo de tan feo. Levanta una mano hermosa y fea para saludarla.

—¡ROOOOOO! —grita Bex, y atraviesa corriendo el césped para llegar hasta la biógrafa.

—Baja la voz —dice su padre. Aplasta el cigarro con el tacón de la bota, lo mete entre las hojas de un arbusto seco y camina hacia la niña para darle vueltas en el aire—. Bexi, acuérdate de qué va en la caja especial. ¿Tienes hambre, Robitussin? Ah, hemos invitado a Pete.

—Estoy eufórica. ¿Cuál es la caja especial?

—La caja de palabras que nunca le explicamos a mami —responde Bex.

—Ni siquiera cerca de mami. —Didier baja a la niña y regresa a la casa—. Veo que no has traído nada, lo cual es sensacional.

—¿Cómo?

—Mi esposa se adhiere a la creencia del siglo XX de que la gente civilizada llega con pequeños regalos o contribuciones cuando la invitan a comer. Y, una vez más, esto demuestra que se equivoca, porque eres civilizada pero, como siempre, no has traído nada.

La biógrafa prevé la punzada de desaprobación que se archivará contra

ella. Susan llevará la cuenta hasta la tumba.

Plinio el Joven la atropella desde atrás mientras Bex le hace a la biógrafa una visita guiada más a su cuarto. Está muy orgullosa de él. Las paredes moradas están llenas de hadas, leopardos, alfabetos y narices de Pinocho. Cuando su hermano se atreve a mover un conejo de la cama, Bex le da un manotazo; él aúlla.

—No deberías hacer eso —dice la biógrafa.

—Sólo ha sido un golpe suave —dice la niña—. Mira, tengo una repisa para los monstruos y otra para los peces. Ésta es una momia de ardilla.

—¿Es una ardilla de verdad? —La biógrafa la mira de cerca.

—Sí, pero se murió. Que es como cuando... —Bex suspira, se retuerce las manos y alza la vista hacia la biógrafa—. ¿Qué es morirse?

—Ay, ya sabes —responde la biógrafa.

Rubios castaño, encantadores, absorbentes, a veces bastante molestos: de qué manera tan extraña se parecían a Susan y a Didier. Era mucho más que el color: estaban moldeados como sus padres. Bex con las ojeras de Didier, John con la barbilla delicada de Susan; pequeños rostros grabados por dos linajes rastreables. Son los productos del deseo: sexual, sí, pero de forma más importante (por lo menos en la era de los anticonceptivos) provienen del deseo de reiterarse. Dame la oportunidad de repetirme. Dame una vida que vuelva a vivir, y más grandiosa. Dame un ser para cuidar, y mejor. ¡Otra vez, por favor, otra vez! Se dice que estamos programados para querer la repetición. Para querer semillas y suelo, huevos y cascarones, o eso se dice. Dame una cubeta y dame una campana. Dame una vaca con ubres hinchadas. Dame un ternero de ojos grandes, lengua grande, que se aferre al pezón y succione.

Abajo, tropieza con un camión de plástico y se golpea el codo con una mesa lateral. El piso está abarrotado de juguetes. Patea un tren azul contra la pared.

—Viven en la mugre —dice Pete Xiao.

—Creo que me he torcido el codo.

—Aparte de eso, ¿cómo estás? —Pete llegó a la escuela Central Coast hace dos años para dar clases de matemáticas, y anunció que sólo se quedaría un año porque no estaba hecho para el interior del país. Se supone que este año, también, será el último; y el año siguiente será el último sin duda.

—Genial —dice. Genialmente hinchada. El Ovutran inflama.

Se reúnen en el comedor, que los antepasados de Susan montaron con estilo: vigas gruesas de roble en el techo, paneles tallados, aparador empotrado. El pequeño asado negro está cortado y servido. Masticaciones y sorbos.

—Los padres de este año son aún más racistas que los del anterior —dice Pete—. Un tipo me dijo: «Me da gusto que mi hijo por fin estudie matemáticas con alguien de su tendencia».

—Calma el cañón, Pete-on —dice Didier.

—¿Tengo un cañón?

—Está en tu pantalón, acurrucado como un ratoncito.

—Qué blanco de tu parte cambiar el tema de los estereotipos de las minorías modelo.

—Oye, Roosevelt, ¿tú usas sólo esperma de blancos por racismo?

—Didier, por Dios —dice Susan.

—El blanco es el color estatal de Oregón —dice Pete.

—El niño ya se sentirá raro por las circunstancias de su concepción — responde la biógrafa— y no quiero contribuir más a la confusión.

—Una vez que tengas a ese niño, no podrás ir a cagar sola. Y te volverás aún menos *cool* de lo que ya eres. Como dicen: «La heroína nunca dañó mi colección musical, pero la paternidad desde luego que sí».

—Nadie dice eso —comenta Susan, estirándose para agarrar otro panecillo.

—Una vez hice un texto sobre la historia de las palabras usadas para decir «pene» —dice Didier—, y «cañón» era el término preferido hasta hace un par de siglos.

—¿Eso se consideraba un tema de investigación en tu universidad de cañas y adobe, ese centro de pacotilla? —pregunta Pete.

—Ni cañas ni adobe —dice Susan—, más bien bloques de cristales opacos y ventanilla de atención para coches.

—¿Qué quiere decir universidad de cañas y adobe? —pregunta Bex.

Didier se rasca el cuello.

—Incluso si hubiera ido a una universidad local, que no fui, ¿qué pasa? O sea, literalmente, *meuf*, ¿importaría?

—¿Por qué ahora todos dicen tanto «literalmente»?! —grita Pete.

—«A remo y vela parte a la ligera, que es el viento de amor el que lo inflama, y deseoso de gozar de su dama afondó aquella noche en su ribera —recita Didier—. El cañón de la cruxía se dispara, y al descargar las perlas que traía quedó la nave de sus ojos rota.» «Ribera» se refiere al coño, por cierto.

—Y sin embargo no puede recordar el nombre del pediatra de los niños —dice Susan.

Didier observa a su esposa un largo rato, se levanta de la mesa y va a la cocina.

Regresa con un plato de mantequilla.

—No necesitamos mantequilla —dice Susan—. ¿Para qué has traído la mantequilla?

—Porque quiero poner mantequilla a mis patatas —responde él—. Están un poco secas.

—Papi —dice Bex—, acabas de poner cara de culo. —Risitas—. ¡No seas culinski, culinski!

—Dilo con tu voz de radio, *chouchou* —dice Didier.

—¡Odio la radio!

—Lo que tu padre quiere decir es que tienes que hablar más bajo o te vas de la mesa.

Bex le susurra algo a su hermano y luego cuenta hasta tres.

—¡Aaaaaahhhhh! —gritan.

—Ya basta —dice Susan bruscamente—. Fin. Fuera de la mesa.

—¡Pero John no ha terminado! Si no nos dais de comer, eh, es maltrato infantil.

—¿Dónde has oído eso?

—Por Dios —dice Didier—, seguro que lo ha sacado de la tele. Relájate.

Susan cierra los ojos. Durante unos segundos no se mueve nada. Después vuelve a abrirlos y su voz suena serena.

—Vámonos, duendecillos, es hora del baño. Dad las buenas noches.

Pete y Didier no dejan de abrir cervezas y de ignorar a la biógrafa. Sus temas de conversación incluyen el fútbol europeo, el whisky artesanal, famosas sobredosis de drogas y un juego de ordenador de varios jugadores cuyo nombre suena como «Damasco». Después, al parecer, Didier la recuerda de repente.

—En lugar de conducir miles de kilómetros hasta Salem, ¿por qué no vas con la bruja? La vi el otro día esperando fuera de la escuela. Por lo menos creo que era ella, aunque parece menos brujil que la mayoría de las niñas de Central Coast.

—No es una bruja. Es... —Alta, pálida, con cejas pobladas. Ojos enormes y de color verde estanque. Con una tela negra enrollada en el cuello—. Poco común.

—Da igual, ¿por qué no lo intentas? —pregunta Didier.

—Na. Me daría una taza de corteza de árbol. Y ya tengo una deuda enorme. —La biógrafa no está segura de por qué miente. No le avergüenza haber visitado a Gin Percival.

—Una razón de más para evitar ser madre soltera —dice Didier.

¿Siente vergüenza?

—Entonces ¿sólo las parejas sin deudas enormes deben tener hijos? —alza la voz.

—No, quiero decir que no tienes ni idea de lo difícil que será.

—De hecho, sí lo sé —responde ella.

—Claro que no. Mira, yo soy el producto de una madre soltera.

—Exacto.

—¿Qué?

—Tú saliste bien —dice la biógrafa.

—Eres una prueba humana —añade Pete.

—Espera a que sean las cuatro de la mañana —continúa Didier— y el

niño esté vomitando, cagando y gritando y no sepas si lo tienes que llevar a urgencias y no haya nadie que te ayude a decidir.

—¿Por qué necesito que alguien me ayude a decidir?

—Vale, ¿y si el niño tiene un concierto de guitarra y no puedes ir por el trabajo y todos se ríen de él porque llora?

La biógrafa hace como que toca un violín diminuto.

Didier se palpa el bolsillo de la camisa.

—¿Dónde diablos están mis cigarros? Pete, ¿tú...?

—Yo tengo, tío. —Salen juntos.

Ella piensa en empezar a recoger la mesa, sería algo agradable, cortés y útil, pero se queda en su silla.

Susan, desde la puerta:

—Por fin se han dormido. —Su rostro delgado, enmarcado por rizos rubios, vibra de ira. ¿Hacia los niños, por no dormirse más rápido? ¿Hacia su esposo, por no hacer nada? Merodea detrás de una silla, inspeccionando el desastre de la mesa. Incluso enfadada está resplandeciente, cada haz de luz del comedor se prende y se unta en sus mejillas.

Los hombres regresan con fuertes pisadas, olor a cigarro y frío, Didier se ríe.

—¡Eso fue lo que les dije a los de último año!

—Clásico —dice Pete.

Susan recoge los platos. La biógrafa se levanta y coge la fuente del asado.

—Gracias —le dice Susan a la fuente.

—Yo lavo.

—No, está bien. ¿Puedes sacar las fresas de la nevera? Y la crema.

La biógrafa enjuaga, sacude y corta las cabezas.

—Las he comprado especialmente para ti —dice Susan.

—¿Por si necesito ácido fólico?

—¿Estás...?

—Tengo otra inseminación la semana que viene.

—Bueno, distráete si puedes. Ve al cine.

—Al cine —repite la biógrafa.

Susan es experta en compadecerse del sufrimiento que no ha sufrido. Lo que no se siente como compasión o empatía, pero ¿por qué no? Aquí está una amiga que trata de conectar por medio de los problemas. Sin embargo, la biógrafa decide que el esfuerzo es insultante en sí mismo. La primera vez que Susan se quedó embarazada no fue planeado. La segunda vez (se lo contó a la biógrafa), acababan de empezar a tratarla de nuevo; debe de ser una de esas diosas de la fertilidad; ella esperaba que tardara más, pero mira y asómbrate. Si le contara a Susan que ve a la bruja, se mostraría favorable y seria, y después se reiría de ello a espaldas de la biógrafa. Con Didier. Ay, pobre Ro, primero compra esperma por internet y ahora vagabundea en el bosque para consultar a una indigente. Ay, pobre Ro, ¿por qué lo sigue intentando? No tiene idea de lo difícil que será.

Con su salario de maestra, morirá recogiendo notificaciones de las agencias de crédito mientras Susan y Didier, que también viven con salarios de maestros, están libres de deudas, hasta donde ella sabe, y no pagan alquiler. Sin duda, Bex y John tienen fideicomisos creciendo y creciendo gracias a los padres de Susan.

«La mente que compara es una mente desesperada», dice la maestra de meditación.

Bueno, la biógrafa ya verá cómo mandar a la universidad al bebé que todavía no existe. Es decir, si el bebé elige ir a la universidad. Ella no lo presionará. A la biógrafa le gustó la universidad, pero ¿quién puede decir lo que le gustará al bebé? Podría decidir ser pescador y quedarse justo ahí, en la costa, y cenar con la biógrafa todas las noches, no por obligación sino por gusto. Harían sobremesa y se contarían uno al otro cómo les había ido el día. Para entonces la biógrafa ya no dará clases, sólo escribirá; después de la publicación de *Mínervudottír: Una vida* y la aclamación de la crítica, estará trabajando en una historia integral de las exploradoras del Ártico; y el bebé, aun cansado después de horas en el barco de pesca, le prestará atención, le hará preguntas inteligentes sobre la menstruación a veintiséis grados bajo cero.

De niña me encantaba (¿por qué?) ver el *grindadráp*. Era una danza de la muerte. No podía dejar de mirar. El olor de las fogatas encendidas en los acantilados llamando a los hombres a la caza. Ver los botes conducir la manada hacia la caleta, las ballenas agitándose más rápido conforme sentían el miedo. Hombres y muchachos entrando en el agua con cuchillos para cortarles la médula espinal. Tocan el ojo de la ballena para asegurarse de que está muerta. Y la espuma del agua se vuelve roja.

La curandera

Malky ha estado fuera de casa desde hace tres días; es mucho tiempo para él, a ella no le gusta. El sol está bajando, hay depredadores en el bosque. *Malky* también es un depredador, pero no puede medirse con los coyotes, los zorros y los halcones de cola roja. Cada criatura es presa de otra. La chica se va de la escuela en el coche de un chico que lleva un sombrero pasado de moda (¿acaso creerá que le queda bien?). El chico del sombrero camina empujando la cadera: *bum* contoneo contoneo, como un pirata.

No hay modo de que la curandera pueda advertir a la chica. Se ha mantenido alejada del pueblo por temor a que la muchacha la sorprenda observando.

Limpia el fregadero, la barra de roble de la cocina. Pone orden en el cajón de las semillas. Coloca frascos limpios junto a una cesta de cebollas sin ojos.

Bum contoneo *bum*.

Un pirata durmió en una taberna de Cape Cod para reponerse de sus terribles hazañas. Conoció a la muchacha guapa del pueblo, que aún no tenía dieciséis años. Maria Hallett se enamoró perdidamente de ese bandido. Luego, Black

Sam Bellamy volvió al mar y ella se quedó esperando un bebé. El pequeño murió la misma noche que nació: escondido en un granero, ahogado con un poco de paja.

O al menos así lo cuenta la historia. Pero se equivocaban. No sabían que la esposa de un granjero crio al recién nacido y no se lo dijo a nadie más que a su diario.

A Goody Hallett la encarcelaron o la expulsaron del pueblo. Se convirtió en una ermitaña, vivía en la choza de un terreno abandonado. Con sus mejores zapatos rojos, esperó en el acantilado a Black Sam Bellamy. Montó en el lomo de ballenas, ató linternas a sus aletas, atrajo barcos para que encallaran en los bancos de arena. Se hizo una reputación: bruja.

Black Sam era el Robin Hood de los piratas. Ellos roban a los pobres al amparo de la ley, dijo, y nosotros saqueamos a los ricos bajo la protección de nuestra propia valentía. En 1717, tras algunos saqueos en el Caribe, el capitán Bellamy navegó de vuelta por el Atlántico con su banda de bucaneros. Su barco robado, el *Whydah*, se encontró con la peor tormenta del noreste en la historia de Cape Cod. La nave quedó destrozada, había piratas muertos por toda la playa. El cuerpo de Black Sam nunca fue recuperado.

En 1984 encontraron los restos del *Whydah* en la costa de Wellfleet, Massachusetts. Ese mismo año Temple Percival compró en Newville, Oregón, una vieja tienda de equipamiento de pesca en bancarrota, colocó en los estantes algunas baratijas y la llamó Goody Hallett's.

Ahora las uñas de los dedos de Temple viven en un frasco en un estante de la

cabaña; sus pestañas, en un sobre de papel encerado. Cabello y vello púbico en cajitas de cartón separadas, ambas ya casi vacías. El resto de su cuerpo está en el congelador, tras el comedero del cobertizo de las cabras.

Rasguños en la puerta. *Malky* se desliza dentro sin saludar ni disculparse. Ella trata de parecer contundente: «¡No vuelvas a quedarte fuera tanto tiempo, listillo!». Él ronronea con ansiedad, exigiendo su cena, y ella saca un plato de salmón de la nevera. Es una alegría ver cómo lame con su lengua rosa. Feliz, feliz, el rey del bosque.

Dos golpes breves en la puerta. Pausa. Dos más y pausa. Uno más. *Malky*, que conoce bien este ritmo, continúa comiendo.

—¿Eres tú?

—Soy yo.

Abre la puerta, pero se queda en el umbral. Cotter es su único amigo humano, la persona más amable que conoce, aunque eso no significa que lo quiera dentro de la cabaña.

—Una clienta nueva —dice mientras sostiene en alto un sobre blanco. Sus pobres mejillas llenas de espinillas están peor que nunca; las toxinas tratan de salir, deberían hacerlo a través del hígado, pero lo hacen por la piel.

La curandera guarda el sobre en el bolsillo.

—¿Has hablado con ella?

—Trabaja en la planta de celulosa de Wenport. Tiene diez semanas.

—Está bien, gracias. —Necesita surtirse de tusilago y marimonia, y revisar cuánto poleo le queda—. Buenas noches.

Cotter frota su gorro de lana negro.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Estoy bien. ¡Buenas noches!

—Ginny, una cosa más. —Se quita el gorro y se palmea la frente—. La gente anda diciendo que tú hiciste que volviera el dedo de hombre muerto.

La curandera asiente.

—Sólo te lo digo —agrega Cotter.

Ella quiere sentarse junto a la estufa con *Malky* en las piernas y con la mente vacía, sin vigilancia, sin miedo.

—Estoy cansada.

Cotter suspira.

—Entonces vete a la cama temprano. —Se da la vuelta y se lo lleva el bosque.

Cotter trabaja en la oficina de correos. De lo que sea que hable la gente, él se entera; pero ella lo sabía desde antes de que se lo dijera. Ha recibido cartas de los pescadores, de las esposas de los pescadores; están espantados por la plaga de algas marinas.

Es cierto que en su cabaña tiene un cordón de algas dedo de hombre muerto secas colgando de una ventana, sí. ¿Será que Clementine les dijo algo a sus hermanos pescadores? Los pescadores odian el dedo de hombre muerto porque ensucia los cascos en el muelle, porque envuelve los ostiones y se los lleva.

«¿Crees que es gracioso? Es así como nos GANAMOS LA VIDA.»

Pone más ramas de pino en la estufa. ¿Dónde está *Malky*? «Ven aquí, listillo.» No convence al gato para que se suba a su regazo, a pesar de que él sabe cuánto lo ha extrañado.

«¡Deja de echarle maleficios al agua, puta!»

Su propio gato no la obedece, ¿por qué habrían de hacerlo las algas marinas?

¿Por qué podía soportar que mataran a las ballenas, pero no a los corderos?

La hija

Pensó que las cosas ocurrirían de una manera diferente. No pensó que sería bajando por las escaleras de la izquierda hacia el comedor y viendo la mano de Ephraim dentro de la camiseta de Nouri Withers, que tenía los ojos cerrados y temblorosos.

La hija no hace ruido. Se arrastra escaleras arriba.

Pero no puede respirar.

«Respira, babosilla.»

Se sienta en el descansillo y expande la caja torácica para hacerle espacio al aire.

«Respira, niña blanca ignorante.»

Todavía tiene que terminar el día. Soportar el latín y las matemáticas. Recoger su nuevo aparato dental.

¿Nouri Withers? Quizá, si te gustan el pelo enmarañado, la sombra de ojos negra y el pintaúñas hecho de mierda de nutria.

Nunca había extrañado tanto a Yasmine como en ese preciso momento.

Yasmine, amante de las fresas, reina de la nata montada.

Cantante de himnos y fumadora de hierba.

Que habría dicho: «Olvídate de ese guarro de Transilvania».

Que habría dicho: «¿Tú crees que en cinco años te acordarás de su culo?».

Yasmine, que era más inteligente que la hija, pero que sacaba peores notas por su «actitud».

Yasmine salió del baño con el palito donde acababa de orinar.

Un mes antes había entrado en vigor la prohibición federal del aborto.

La hija pensaba: tenemos que llevarte a Canadá. Todavía no les habían cerrado la frontera a quienes querían abortar. El Muro Rosa era apenas una idea.

Un año y medio después, la patrulla fronteriza de Canadá arrestaba a las estadounidenses que cruzaban para acceder a un aborto y las devolvía a Estados Unidos para que las procesaran.

—Tenemos que gastarnos el dinero de los contribuyentes en criminalizar mujeres vulnerables, ¿es así? —dijo la señorita/Ro en clase.

—Pero si se están saltando la ley son criminales —dijo alguien.

—Las leyes no son fenómenos naturales —respondió la señorita/Ro—. Tienen historias particulares, y a menudo horrorosas. ¿Alguna vez habéis oído hablar de las Leyes de Núremberg? ¿De Jim Crow?

A Yasmine le habría caído bien la señorita/Ro, que habla de la historia de un modo que la hace recordable y que usa ropa de niño: pantalones de pana de color café, sudaderas verdes, zapatillas de deporte.

Dentro de ella se multiplica una carnosidad de células. Mitad Ephraim, mitad ella.

«No puedes estar segura.»

Lleva la prueba encerrada en su bolso.

Si lo está...

Podría no estarlo. Su cuerpo se siente casi igual que siempre.

Pero si lo está, ¿qué demonios hará?

«No te preocupes por las cosas de los demás»: mamá.

«Métete en tus asuntos»: papá.

Al fin y al cabo podría no estarlo.

En matemáticas, Nouri Withers golpea la pata de la silla con la bota, probablemente de emoción; está pensando en su próximo encuentro con Ephraim. ¿Adónde irán? ¿Qué harán? ¿Qué han hecho ya? Ash no está ahí para consolarla; la hija no tiene amigos en esa clase; es cálculo, todos son alumnos de segundo y tercero, menos ella. Los de primero creen que es una esnob porque se mudó ahí desde Salem y va a clases avanzadas y su padre no es pescador y una vez dijo que le parecía tonto llamar «señorita» a las maestras. Para demostrar su falta de esnobismo, ahora ella también la llama «señorita».

Después de la clase, el profesor Xiao la llama para «hablar un momento». Ya está bastante alterada por la combinación de ocho semanas de retraso más la mano de Ephraim dentro de la camiseta de Nouri; la idea de que la regañe su segundo maestro favorito hace que se le llenen los ojos de lágrimas.

—¡Eh! No pasa nada. Por Dios, Quarles, todo está bien.

—Perdón —dice frotándose los ojos.

—¿Estás bien?

—Tengo la regla. —Los maestros varones no tocan esa excusa.

—Bueno, pues tengo buenas noticias. ¿Has oído hablar de la Academia de Matemáticas de Oregón?

La hija asiente.

Como si hubiera dicho que no, el profesor Xiao le explica:

—Es un programa de residencia de una semana en Eugene, el campamento académico más prestigioso y competitivo del estado. Nunca han seleccionado a nadie de Central Coast. Pero yo te propondré.

Ella escucha las palabras, aunque no expresa ningún sentimiento.

—Muchas gracias.

—Creo que tienes posibilidades. Eres lista, eres mujer, y como pequeño bono extra, hice la licenciatura con uno de los tipos de las admisiones. — Espera que ella se sienta impresionada.

La Matilda Quarles del año pasado —del mes pasado— estaría eufórica en ese mismo instante. Se moriría por llegar a casa para contárselo a sus padres.

—La fecha límite es el 15 de enero —añade el profesor Xiao, que no es bueno para percibir cómo se siente la gente a no ser que llore o grite, así que cree que la hija se siente tan feliz como debería.

—Esperaré ansiosa para enviar la solicitud —dice ella.

En realidad, la hija sabe bastante de la Academia de Matemáticas de Oregón. Ha querido ir desde que estaba en primero de secundaria. Yasmine y ella tenían planes para presentarse juntas. En segundo, Yasmine tuvo la calificación más alta de la escuela en la sección de matemáticas del examen del estado; la hija quedó dos puntos detrás de ella.

Ir a la academia la ayudaría a entrar en las universidades con mejores departamentos de Biología Marina.

Sus padres no cabrían en sí de felicidad.

La residencia es en abril, durante las vacaciones de primavera.

Si ahora está embarazada de tres meses, para entonces estará de ocho.

Cómo hacer *skerpikjöt* («carne de cinturón»):

1. Colgar las patas traseras y el lomo del cordero en la choza de deshidratación (en octubre).
2. Cortar el lomo y comerlo como *ræst kjöt* («carne semiseca») (en Navidad).
3. Cortar las piernas y trinchar para servir (en abril).

La esposa

Juntar las migajas en la palma.

Rociar la mesa.

Limpiar la mesa con el trapo.

Enjuagar las tazas y los platos.

Colocar las tazas y los platos dentro del lavaplatos.

Abrir el sobre con la factura del seguro dental de Didier.

Abrir el sobre con la factura del fontanero, que ni siquiera arregló el grifo que gotea.

Abrir el sobre con el aviso de la factura vencida de la visita de John a urgencias, donde todo lo que hicieron fue darle una pastilla contra el mareo, pero que aun así costó seiscientos dólares.

Rellenar el cheque para el seguro dental porque es de sólo 49.84 dólares.

Guardar las facturas del fontanero y del hospital en la carpeta etiquetada como PAGAR EL MES QUE VIENE.

Hacer una lista en la parte de atrás de un sobre: «Por qué tenemos que ir a ver a un terapeuta».

Pensar en qué poner primero: no la razón más fuerte, ni la más débil.

En la facultad de Derecho te enseñan a terminar cualquier discurso con el argumento más convincente y a enterrar el más débil en medio.

La primavera pasada, la respuesta de Didier consistió en cinco variaciones de

«Porque no quiero».

A las once se detiene el sedán violeta.

La señora Costello molesta menos a John que a Bex; el dulce John nunca se queja cuando los martes y los jueves el sedán deja a la señora Costello con su bolsa de punto. La esposa siempre está lista con su cartera al hombro, las llaves en la mano. Cuatro horas, dos veces por semana, son suyas y sólo suyas.

—Hay barritas de pescado rebozado en el congelador y zanahorias *baby*, también le he conseguido más bolsas de té PG...

—Estaremos perfectamente bien —responde con tristeza la señora Costello.

Y John deja que ella le acaricie el cabello rubio. John, que es más guapo que el resto de los que viven en la colina, que va a acurrucarse con la señora Costello a pesar de que huele a dentadura de anciano. Bex fue un accidente, pero le llevó diez meses concebir a John; la esposa se empezó a desesperar, lloraba todas las mañanas después de que Didier se fuera a la escuela, pero finalmente funcionó. John llegó murmurando al mundo, goteando lo que parecía ser leche; se le formaban en los pezones gotitas blancas, leche de bruja.

La esposa tiene hasta las 2.45, cuando debe recoger a Bex.

¿Qué debería hacer hasta la hora de recogerla?

No está muy contenta con la maestra de primero de primaria, la tarea que les ha puesto es una hoja donde hay que rellenar las líneas en blanco o alguna pregunta sencilla que deben responder usando una enciclopedia digital.

No tiene ganas de ir de compras ni de hacer ningún encargo, puede hacer esas cosas con los niños.

Pero qué se puede esperar de un distrito escolar rural que no puede ni costear las clases de música.

No le gusta quedarse en casa, escondiéndose de John, porque se pasa todo el maldito tiempo en casa.

La escuela privada más cercana está a una hora y es católica, y aunque es

más barata que el promedio de las escuelas privadas, sigue siendo demasiado cara para los Korsmo. Los padres de la esposa no tienen mucho para darles. La madre de Didier trabaja media jornada en un bar y a su padre no lo ha visto desde que tenía catorce años.

Elige la biblioteca. Alguna vez fue una buena investigadora, se siente tranquila y cómoda entre los estantes, buscando, juntando, hojeando, escogiendo.

La lluvia arrecia.

La esposa tuvo su propio cubículo en la biblioteca de Derecho con ventanales de nueve metros que de noche eran espejos negros.

En un banco bajo cerca del estante de los periódicos se encuentra a la sobrina de Temple Percival; apesta a cebolla y tiene ramitas en el cabello. Ése es su banco preferido.

La esposa sonríe, como siempre.

Se siente culpable de que le parezca repulsiva, pero es que es repulsiva.

Una vez, Temple Percival le leyó las cartas del tarot en su tienda: «El castillo caerá».

En una de las dos mesas de madera clara, la esposa abre el periódico.

—Disculpe, ¿ya ha terminado la sección de deportes?

Axilas y crema de afeitado. Ella se vuelve. Él da clases en la escuela, ¿cómo se...?

—Oh, hola —la saluda—. Eres la esposa de Didier, ¿verdad?

—Susan. Creo que nos conocimos en el pícnic de verano. ¿Cómo estás?

—Le duele el cuello de mirarlo hacia arriba, es tan largo.

—Sudado. Discúlpame —dice empujando la silla a su lado—. Los chicos están haciendo pruebas de opción múltiple, así que estoy libre hasta el entrenamiento de fútbol y se me ha ocurrido correr un rato; no ha sido una gran idea.

—¿Qué enseñas?

—Lengua, como penitencia.

Es grande, todo en él es grande: cuello, brazos, hombros, cabeza, húmedos y brillantes mechones de cabello negro, hoyuelos cuando sonríe.

—Perdona, pero se me ha olvidado tu...

—Bryan Zakile.

—¡Claro! Mi esposo dice que eres un, eh, excelente maestro.

—Didier es un buen tipo, los chicos lo adoran.

—Eso es lo que siempre me dice.

—¿Asumo que no estás leyendo la sección de deportes, entonces? — pregunta mientras señala la esquina del periódico.

—No puedo decir que me interese.

—Sí, es basura frívola, pero mantiene ocupado el cerebro reptil de los hombres.

La esposa ve que Bryan Zakile no le quita los ojos de encima.

—Entonces, ¿qué te interesa? —le pregunta a la esposa en voz más baja.

—Mmm —responde—, varias cosas.

Van a la heladería Cone Wolf, que está a dos puertas. Mientras comen una bola de helado de chocolate, ella se entera de algunas cosas de Bryan.

Jugó en la primera división de fútbol universitario y lo invitaron a presentarse para el equipo olímpico, pero una lesión en la rodilla puso fin a su carrera.

Ha viajado por Sudamérica.

Está comenzando su tercer año en la escuela, donde consiguió trabajo porque el director está casado con su prima segunda.

—¿La señora Fivey es tu prima? ¿Cómo está?

—Hablando y moviéndose por ahí. Todavía en el hospital, pero ya pronto podrá regresar a casa.

—Oh, qué bien. Didier me dijo que tuvieron que inducirle un estado de coma...

—Se golpeó la cabeza muy fuerte en esas escaleras, tuvo una inflamación cerebral. No podían despertarla hasta que hubiera disminuido la inflamación.

—¿Cómo se cayó?

Bryan se encoge de hombros. Lame su cuchara, la arroja sobre el mostrador y cruza los brazos.

—Esto ha sido satisfactorio.

La esposa no se ha quedado satisfecha con la canica diminuta que ha resultado ser su bola de helado.

—Exquisita —dice, y se sonroja. El reloj de la tienda marca las 2.38—. Tengo que recoger a mi hija.

—¿Qué edad tiene? —Es la primera pregunta que le hace desde la biblioteca.

—Seis años. También tengo un hijo de tres.

—¡Guau! Eres una mujer ocupada.

La esposa se da cuenta de cómo debe de verla: cabello rubio peinado en un moño, una blusa ancha para esconder la tripa, pantalón de yoga negro, zapatos de madre.

A lo largo de la evolución humana, ¿los hombres han aprendido a sentirse atraídos por las mujeres flacas porque no estaban visiblemente embarazadas? ¿Acaso la voluptuosidad era una señal de que ese cuerpo ya protegía la supervivencia del material genético de otro hombre?

Cuando Bex se sube al asiento para niños está muy enfadada. La esposa ha llegado a temer ese semblante particular de después de la escuela: rojo, ceñudo.

—Shell es muy tonta.

—¿Qué ha pasado?

—La odio.

—Cinturón de seguridad, por favor. ¿Tú y Shell os habéis peleado?

—Yo no me peleo, mamipli. Va contra las reglas.

—Quiero decir, ¿habéis discutido? —La esposa apaga el coche, los vehículos que están detrás, en la fila para recoger a los niños, tendrán que esquivarla.

La niña respira profunda y trémulamente.

—Ha dicho que le he robado su monedero, pero yo no he sido.

—¿Qué monedero?

—Tenía unas monedas en una bolsa que se supone que no debía tener, porque no se puede traer dinero a la escuela, pero lo ha traído, y después no

lo encontraba y ha dicho que yo se las he robado. ¡Y yo no he sido!

—Claro que no has sido tú.

Pero es posible que lo haya hecho.

Es hija de su padre.

La esposa y Didier se burlan de los donadores de esperma de Ro, pero ¿qué hay de los genes de Didier? Tal vez depositaron en Bex un interés pueril por las drogas y la disposición a robar dinero de una tienda de donuts.

Dos conjuntos de instrucciones libran una batalla dentro de la niña: ojos de color café bien formados contra ojos azul grisáceos hundidos, dientes bien alineados contra dientes enormes y torcidos, buenas notas en los exámenes de aptitud contra nunca haber hecho exámenes de aptitud.

Cuando se quedó embarazada de Bex, a los treinta, la esposa sintió como si se hubiera deslizado por debajo de la puerta automática de un garaje que se cerraba.

¿Por qué los «treinta» acechaban como una fecha de caducidad?

Ella y Didier no lo habían planeado; no se habían casado y llevaban siete meses de noviazgo. Sin embargo, la esposa se sentía vieja. Fue en agosto, su último año en la facultad de Derecho estaba a punto de comenzar, la prueba de embarazo mostró una cruz. «¡Esto es lo que quiero! ¡Esto!» La facultad de Derecho no era nada comparada con eso.

—Ella ha dicho que se lo he robado —dice Bex—, y que por eso ya no es mi amiga.

—Dale una oportunidad a Shell para que se calme.

—Pero ¿y si nunca se calma?

—Yo creo que sí se calmará —responde la esposa—. Y tenemos que hablar de tu proyecto de investigación. ¿Ya has escogido un tema?

Una sonrisita.

—Estoy entre dos opciones.

—Oh, ¿ya tienes dos opciones? —La esposa arranca el coche y pone el intermitente. Punzada en la garganta: se le ha olvidado sacar libros nuevos para Bex de la biblioteca.

—El duendecillo de madera o el chile fantasma, el chile más picante que conoce el ser humano.

—Son buenas opciones, corazón.

—La mamá de Shell tiene chile fantasma de India en su casa. Tienen setenta y tres tipos diferentes de especias en su especiero.

—¡Oh! No tienen tantas.

—Sí, sí que las tienen, las contamos. ¿Cuántas especias tenemos nosotros, mamipli?

—Ni idea.

Por el retrovisor, una tarada le está haciendo señas para que avance.

La esposa se tomará su tiempo.

Si construye un argumento sólido, lo convencerá.

«Pero entonces tendrías que ir a la terapia con él.»

¡Puede funcionar!

Lo cual sería el caso, precisamente.

Sentirse normal de nuevo, incluso sentirse bien.

Que deje de dolerle la garganta cuando Bex le pregunta: «¿Papi y tú os queréis?».

Dejar de leer artículos en línea sobre los mecanismos de ajuste nocivos que tienen los niños de hogares rotos.

Detener la letanía «hogarrotohogarrotohogarroto» que le da vueltas en la cabeza.

Dejar de mirar fijamente los guardarraíles.

Traje a bordo conmigo un saco de *skerpikjöt* que les interesaba probar a los marineros canadienses. Dijeron que tenía un sabor «horroroso». Les expliqué que si el cordero se secaba durante una temporada inusualmente húmeda o cálida, podía fermentar hasta el punto de la descomposición.

La biógrafa

La biógrafa quiere a Penny en la escuela, cuando comparten bocadillos en la sala de maestros; pero la quiere más los domingos por la noche, cuando ven *Grandes misterios* en su casita con papel de pared de puntitos rosas, chimenea de piedra y alfombras de lana, al tiempo que la lluvia golpea contra las ventanas voladizas.

Penny le da una servilleta, un tenedor y un trozo de pastel de cordero.

—¿Quieres agua del grifo o un refresco de lima?

—Refresco de lima. Pero ¿no es hora ya?

—¡Ay, maldición! —Penny va corriendo hacia el televisor. (Siempre se le pierde el mando a distancia.) Se acomoda con su propio plato al lado de la biógrafa y se mete una servilleta en el cuello del suéter de olor turquesa.

—A ver qué habilidades puede mostrarnos hoy, sargento Hathaway. —Empiezan los créditos del inicio, el tema musical de la serie cobra intensidad con las tomas de los capiteles durmientes de Oxford, un débil sol inglés tiñe la piedra caliza de Cotswold de color albaricoque.

—¿Quién morirá esta noche? —pregunta Penny.

—Deberías escribir misterios en lugar de folletines eróticos —dice la biógrafa.

—Pero prefiero el corazón palpitante. ¿Te he dicho que voy a ir a una convención de escritores de novelas románticas? Pueden ponerte en contacto con agentes.

—¿Cuánto te cobran por ese privilegio?

—Bueno, bastante. ¿Y por qué no? Traen a los agentes desde Nueva

York.

—¿Puedo leer tu anuncio?

—Cariño, me lo sé de memoria. «*Arrebato en Arenas Negras* comienza a finales de la primera guerra mundial. Euphrosyne Farrell es una joven enfermera irlandesa tan devastada por la muerte de su amante en la batalla de Somme que emigra a Nueva York. Después de comprometerse con un viudo de mediana edad, descubre que se siente atraída por Renzo, el sobrino del viudo, cuyos magnéticos ojos napolitanos resultan irresistibles.»

—¿Dónde entra la arena negra? —pregunta la biógrafa.

—Euphrosyne y Renzo hacen el amor por primera vez en una calita de Long Island.

—¿Pero no sería más interesante y, eh, a lo mejor menos tópico si se comprometiera con el sobrino y después fuera el tío el que le pareciese irresistible?

—¡Dios, no! No es *Mujercitas*. Renzo es un semental de Brooklyn y su culo está bueno hasta decir basta.

Penny es maestra de literatura e inventora, dice, de entretenimientos. «Son una fiesta», contestó cuando la biógrafa se atrevió a preguntarle por qué quería escribir telenovelas que consideraban el amor romántico como el único fin de la vida femenina. Penny ha escrito nueve novelas, todas a la espera de una portada que muestre hombres de entrepierna abultada que liberan a mujeres de pecho abultado de sus corsés. Su intención es tenerlas publicadas para su septuagésimo cumpleaños. Le quedan tres años para lograrlo.

—Bueno —dice—, ahí está el detective sargento Hathaway. No se pueden comprar pómulos como los suyos.

El inspector Lewis y Hathaway intercambian bromas sobre un cadáver envuelto en una sábana; toman cervezas en The Lamb & Flag y persiguen a un titiritero asesino en medio de una fiesta de una facultad, dejando una estela de catedráticos de Oxford con la boca abierta.

Después aparece una carne rosada en la pantalla. «Nunca es demasiado pronto para reservar la alegría. ¡Pide hoy tu pierna de Navidad!» Como la cadena pública de televisión perdió la financiación del gobierno porque la administración actual no aprueba la tendencia liberal de los programas de

repostería y los documentales de montañismo, ahora presenta largos bloques de anuncios. Un anuncio de unas medias de contención («Mami, estás maravillosamente hermosa esta noche, ¿es tu pelo?») «No, son mis Ajusta Abdomen.») hace que a la biógrafa le pique la nariz.

—¡Oye, estás llorando! —dice Penny cuando regresa de la cocina con vasos de refresco de lima.

Penny aprieta una servilleta contra la mejilla de la biógrafa.

—No. Es la nueva medicina para mis ovarios ancianos —solloza la biógrafa.

—Suénate la nariz —dice Penny—. Usa la servilleta, la puedo lavar. ¿Los anuncios con niños hacen que...?

—No. —La biógrafa se suena, se limpia y se pone la servilleta entre las rodillas—. Me hacen pensar en mi madre.

Inspira profundamente.

Que se compadecería de los esfuerzos solitarios de su hija, de su vida sin un hombre.

Espira profundamente.

Sin embargo, su madre, que se marchó de la casa de su padre al dormitorio universitario y de allí a la casa de su esposo sin vivir sola ni un único día, nunca conoció los placeres de la soledad.

—¿Qué dice tu terapeuta? —pregunta Penny.

—He dejado de verlo.

—¿Ha sido una decisión inteligente?

«El veneno es un arma de mujer —les dice una mujer sombría a Lewis y Hathaway—. Me gusta más la manera antigua, la sencillez del veneno, cuando nosotras también somos fuertes como los hombres.»

—¡Medea! —grita la biógrafa.

—Deberíamos inscribirte en un programa de concursos —dice Penny.

Cinco y media de la madrugada, el aire es frío y áspero por la sal. La biógrafa no puede hacer frente sin café al esfuerzo de ir a la cita de su noveno día de revisión de óvulos, aunque la cafeína está en el folleto «Qué evitar» de la

información de Medicina para la Fertilidad Hawthorne. Con los dientes en la taza conduce colina arriba, bajo los enormes abetos balsámicos y píceas de Sitka, y se aleja de su pueblo. Newville recibe más de dos metros cúbicos de lluvia al año. Los campos del interior son lodazales difíciles de sembrar. Los caminos del acantilado son peligrosos en invierno. Las tormentas son tan tremendas que hunden botes y destrozan los techos de las casas. A la biógrafa le gustan estos problemas porque mantienen lejos a la gente; es decir, a la gente que de otro modo se mudaría ahí, no a los turistas, que entran en el asfalto seco del verano y a quienes les importa un bledo la agricultura.

Un anuncio en la autopista 22 presenta la figura de una persona con falda y un globo en lugar de barriga, acompañada por la leyenda:

NO DETENDREMOS NINGUNO,
NO HAREMOS NINGUNO.
¡CANADÁ DEFIENDE LA LEY DE ESTADOS UNIDOS!

Las agencias de inteligencia de Estados Unidos han de saber algo sucio del primer ministro canadiense. De otro modo, ¿por qué estarían de acuerdo con el Muro Rosa? La patrulla fronteriza puede detener a cualquier mujer o joven de la que sospechen «razonablemente» que ha cruzado a Canadá con el fin de terminar un embarazo. Las devuelven (escortadas por la policía) a su estado de residencia, donde el fiscal de distrito puede procesarlas por intentar practicarse un aborto. Los empleados de salud de Canadá también tienen la obligación de negar una fertilización *in vitro* a los ciudadanos estadounidenses.

El año pasado, al revelar estos términos en una conferencia de prensa, el primer ministro canadiense dijo: «La geografía nos hizo vecinos. La historia nos hizo amigos. La economía nos hizo socios. Y la necesidad nos hizo aliados. Aquéllos a quienes tanto ha unido la naturaleza, que el hombre no los separe».

Kalbfleisch dice que su ultrasonido es «alentador». La biógrafa tiene cinco folículos que miden doce y trece, además de un montón más pequeños.

—Creo que estarás lista para la inseminación justo a tiempo. El día 14, que es... —Se inclina hacia delante, espera a que la enfermera abra el calendario y cuente los recuadros con el dedo—. Miércoles. ¿Tenemos por lo menos un par de frascos aquí? —Como siempre, no la mira a ella, ni siquiera cuando le hace una pregunta directa.

Cuatro, de hecho, reposan en el congelador de la clínica, cuatro botellas diminutas de eyaculación del escroto de un estudiante universitario del segundo año de posgrado en Biología (3811) y un entusiasta de la escalada que describió a su hermana como «extremadamente hermosa» (9072). También tiene un poco de semen del 5546, el entrenador personal que le horneó un pastel a los empleados del banco de esperma; pero los frascos que le quedan siguen en el banco en Los Ángeles.

—Empieza a usar el equipo de predicción de ovulación mañana o pasado mañana —dice Kalbfleisch—. Cruza los dedos. —Se frota desinfectante espumoso en las manos.

—Por cierto. —Ella se sienta sobre la mesa de exploración, se cubre la entrepierna con una hoja de papel—. ¿Cree que podría tener el síndrome de ovario poliquístico?

Kalbfleisch se detiene a medio frotamiento. Un maravilloso fruncimiento de ceño.

—¿Por qué preguntas eso?

—Una amiga me habló al respecto. No tengo todos los síntomas, pero...

—Roberta, ¿estuviste buscando en internet? —Suspira—. En internet te puedes diagnosticar de todo y de nada. En primer lugar, la mayoría de las mujeres con el síndrome también tienen sobrepeso, y tú no.

—Okey, entonces usted no cree...

—Aunque... —La está mirando, aunque no a los ojos. Más bien a la boca—. Sí que tienes mucho vello facial. Y, pensándolo bien, excesivo vello corporal, es un síntoma.

«¿Pensándolo bien?»

—Pero ¿qué parte podría ser por genética? Ciertos grupos étnicos son naturalmente más velludos. Las dos abuelas de mi madre tenían bigote.

—No puedo hablarte de ello —dice Kalbfleisch—. No soy antropólogo. Yo sé que un vello excesivo en la mujer es una señal del síndrome.

¿Eso no sería biología humana, en lo que todos los médicos tienen formación, y no antropología?

—Cuando vengas el... —Mira a la enfermera.

—Miércoles —dice ella.

—... revisaré más cuidadosamente tus ovarios, e incluiremos una revisión de testosterona en tus análisis de sangre.

—¿Qué significaría que tuviera el síndrome?

—Que las posibilidades de que concibas por medio de la inseminación intrauterina son extremadamente bajas.

Para justificar que llega tarde al trabajo, en ocasiones tan a menudo como dos veces a la semana, ha esparcido rumores de una enfermedad mortal. El director Fivey está molesto: ha abordado el tema de una baja sin paga. Sin embargo, no ha estado muy pendiente de ello desde que su esposa se encuentra en el hospital.

Mientras saca nuevos cuadernos de notas del armario de suministros, la biógrafa le pregunta a la jefa de personal cómo está la señora Fivey.

—La pobrecita sigue en estado muy crítico.

¿«Crítico» es un adjetivo que puede llevar un modificador de intensidad?

—¿Qué le pasó exactamente?

—Se cayó muy mal de las escaleras.

—¿De qué escaleras? —pregunta la biógrafa imaginándose los escalones de *El exorcista*, sus diez minutos favoritos de un viaje familiar a Washington DC.

—De su casa, creo. Estamos escribiéndole una tarjeta.

La señora Fivey siempre se ve bien con sus vestidos de Navidad. Estridente, es verdad, pero bien. Además, ¿por qué estridente? Probablemente

sólo porque la biógrafa creció en los suburbios de Minnesota. Un dicho de su madre era «No te quites la ropa antes que ellos». La gramática confusa siempre ha molestado a la biógrafa. ¿No debía quitarse la ropa antes de que ellos se quitaran su *propia* ropa? ¿O debía dejarse la ropa hasta que los hombres se la quitaran a ella?

—Aquí está la tarjeta —dice la jefa de personal—. ¿Podrías escribir algo personal? La mayoría sólo han firmado.

—No sé...

—Shhh, yo te digo qué poner: «Deseo de corazón una pronta recuperación», ¿es tan difícil?

—¿Difícil? No. Pero mis deseos no son de corazón.

Los dos largos carrillos de la cara de la jefa de personal tiemblan un poco, como por la brisa.

—¿No quieres que se mejore?

—Sí en mi mente, no en mi corazón.

En su mente, quiere que la señora Fivey salga del hospital. En su corazón, quiere que su hermano vuelva a estar vivo. En un lugar que no es ni su mente ni su corazón, o en ambos al mismo tiempo, quiere una línea difusa en el centro de un vientre redondo; quiere náuseas. Las marcas de maternidad de Susan: venas de araña tras las rodillas, la piel floja en el abdomen, los senos caídos. Afrentas a la vanidad que se llevan como insignias del máximo logro.

Pero, en realidad, ¿por qué las quiere? ¿Porque Susan las tiene? ¿Porque la gerente de una librería de Salem las tiene? ¿Porque siempre supuso vagamente que ella las tendría? ¿O el deseo proviene de algún lugar salvaje previo a la civilización, de alguna pulsión biológica que inunda sus venas con el mensaje «¡Haz más de ti!»? Para repetir, no para mejorar. A la pulsión atávica no le importa si hace buenas obras en su breve vida; por ejemplo, si publica un libro magnífico sobre Eivør Mínerudottír que dé a la gente placer y conocimiento. La pulsión sólo quiere otra máquina humana que, a su vez, pueda hacer otra más.

Esperma, en feroés: *sád-*.

Tres donantes entran a un bar.

—¿Qué les ofrezco? —pregunta el encargado.

El donante 5546, tonto, arrogante y guapo, dice:

—Whisky.

El donante 3811, que mira el tiempo en su teléfono, dice:

—Espera.

El donante 9072, que se da cuenta de que el encargado está bebiendo una copa, dice:

—Lo que estés tomando tú.

El cantinero señala al 5546 y dice:

—Tú eres ligeramente demasiado caliente.

—Tú eres demasiado frío —dice al 3811.

—Pero tú eres perfecto —dice al 9072.

De acuerdo con su naturaleza humilde, el 9072 se sonroja, lo que sólo intensifica la percepción del encargado de que este hombre sería un proveedor de primera de material genético. A lo largo de la tarde, el 9072 se muestra sociable y sereno, se siente a gusto consigo mismo y con los demás. Mientras tanto, el 5546 trata de ligarse a cuatro mujeres diferentes antes de la última llamada, y el 3811 se queda en su banco viendo su teléfono, distante y solitario.

La menos segura de las cuatro mujeres se lleva al 5546 a su casa, donde tienen sexo sin protección; y casualmente ella está ovulando, pero como el esperma es demasiado débil para penetrar su óvulo, no se queda embarazada.

El donante 3811 se va después de dos cervezas sin haber hablado con ningún ser humano.

El donante 9072 entabla una conversación con la más segura de las cuatro mujeres con las que el 5546 ha tratado de ligar. Ella se siente atraída por la buena salud y el cerebro del 9072. Hablan sobre sus habilidades para la escalada y de su hermosa hermana. Él acompaña a la mujer a su coche, donde

ella le dice que quiere tener sexo, pero él niega con amabilidad con la cabeza.

—Soy donante de esperma —le explica—, y mi esperma es excepcionalmente vigoroso, lo que significa que es probable que embarace cualquier cuerpo que lo reciba, ya sea por relación sexual o por inseminación intrauterina. Así que no puedo ir por ahí teniendo mucho sexo. Si se conciben demasiados niños de la mantequilla de mis entrañas, en especial en la misma zona geográfica, algunos de ellos podrían conocerse y enamorarse. Y sería malo.

La mujer lo comprende y se separan como amigos.

Pero ¿cómo puedes criar sola a un niño cuando no puedes resistirte a trescientos mililitros de café?

¿Cuando sabes que has cenado crema de cacahuete con una cuchara?

¿Cuando a menudo te vas a la cama sin lavarte los dientes?

Ab ovo. Los huevos gemelos de Leda, a quien Zeus embarazó en forma de cisne: uno se abrió y surgió Helena, que haría zarpar barcos. Empieza por el comienzo. Pero no hay un comienzo. ¿La biógrafa podría recordar cuándo fue la primera vez que pensó, sintió o decidió que quería ser madre de alguien? ¿El momento original en que anheló dejar que un bulbo de liquen creciera dentro de ella hasta convertirse en un ser humano? El anhelo está sumamente respaldado. Legisladores, tías y anunciantes lo aprueban. Lo cual hace del anhelo, piensa ella, algo un tanto sospechoso.

Alguna vez los bebés fueron abstracciones. Fueron «A lo mejor quiero, pero no ahora». La biógrafa solía burlarse de las conversaciones sobre fechas biológicas límite, creía que lo de volverse loca por un bebé era una mierda de las revistas. Las mujeres que se preocupaban por el paso del tiempo en el reloj eran las mismas que intercambiaban recetas de salmón y que les pedían a sus esposos que limpiaran los canalones. Ella no era y jamás sería una de ellas.

Después, de repente, era una de ellas. No por lo de los canalones, sino por lo del reloj.

La piel moteada del narval se ha comparado con la de un marinero ahogado. Su estómago tiene cinco compartimentos. Puede contener la respiración bajo el hielo durante increíbles periodos de tiempo. Y del cuerno del macho, por supuesto, podría decirse mucho.

La curandera

Mataría por no tener que volver a hacer jamás otro viaje al Acme, pero el bosque, los huertos, los campos o las clientas que le pagan con pescado y baterías no pueden satisfacer completamente sus necesidades; para ciertos productos esenciales tiene que usar billetes verdes. Sin embargo, las luces de la tienda le lastiman los ojos y el suelo es muy duro. Además, nota que la gente del Acme se la queda mirando (porque aunque sus maestros de Central Coast decían que era estúpida, no lo es); cuando la ven, toman a sus hijos de la mano.

Busca jengibre, aceite de sésamo, tiritas, hilo y una caja de dulces de regaliz. Al pasar por el mostrador de la carne, siente náuseas al ver los trozos prensados con máquina, montones de carne. Los aceites de la carne de cerdo y vaca y cordero destellan en el aire. Tiene un largo camino por delante, bajo la lluvia, y la noche se acerca. Se apura hacia el pasillo de los dulces, donde está su regaliz...

«Sé lo que hiciste», masculla alguien casi imperceptiblemente.

La curandera continúa.

Más alto: «Dolores Fivey casi se muere».

Ella sigue andando, mirando al final del pasillo, donde doblará a la derecha.

Más alto todavía: «¡Está en cuidados intensivos! ¿No te importa? ¿Acaso te importa siquiera?». La voz se eleva hasta las vastas lámparas fluorescentes,

pero la curandera no se vuelve, no les dará el gusto de echarles una mirada.

—¿Ha encontrado todo lo que buscaba? —pregunta la cajera.

La curandera asiente con la cabeza, mirando hacia abajo.

—Por cierto, bonito collar.

Ella siempre se pone su collar de linternas de Aristóteles cuando va al pueblo.

Lola no estuvo a punto de morir. Habría salido en el periódico del estante de la biblioteca.

«Ignóralos —le dice Temple desde el congelador—. La gente se cree cualquier mierda.»

Para cuando llega a casa, su capa está empapada, las medias de lana chapotean en sus sandalias. En el cobertizo de las cabras, mientras vierte el grano y la acarician los hocicos de sus bellezas, le dice a Temple: «Los odio a todos». Pasa la mano por la tapa del congelador, escuchando, aunque sabe que Temple no regresará.

Salem, Massachusetts, 1692: se horneó un «pastel de bruja» con harina de centeno y orina de las muchachas que dijeron estar afectadas por hechizos. Se dio de comer este aromático pastel a un perro. Según la «sabiduría» popular, cuando el perro se lo comiera, la bruja sufriría y sus aullidos de agonía la incriminarían.

—¿Cómo consiguieron la orina de las muchachas? —quiso saber la curandera más joven.

—Es irrelevante —respondió Temple—. Lo importante es que la gente se cree cualquier mierda. Nunca lo olvides, ¿sí? Cualquier. Mierda.

La curandera extraña a su tía todos los días.

No es verdad que los odie a todos, pero decirlo hace que se sienta mejor.

No odia a la muchacha a la que vigila.

Y no odia a Lola. Echa de menos sus cumplidos: «¡Tienes los ojos más increíbles que he visto nunca!». Los paquetitos de azúcar y los saleros que Lola robó de los restaurantes para ella. Extraña el dedo de Lola en su sexo, los carnosos pechos de Lola en su boca.

No hubo notas ni visitas durante más de un mes. La curandera ha considerado regresar a la casa grande de piedra caliza cuando el esposo esté en el trabajo para llevarle un rociador con aroma de lilas rojas, pero puede que Lola se vuelva a confundir.

Lola llegó a la cabaña con una quemadura. La curandera se dio cuenta de que mentía sobre cómo se había quemado.

Pone algunos leños en la estufa. Se come el tallo blanco y frío de una pipa de indio. Se quita la ropa mojada y se queda desnuda de pie frente a la estufa hasta que se seca.

¿Quién era la persona que le gritaba en el Acme? ¿Qué le ha estado diciendo Lola a la gente?

La última vez, Lola llevaba puesto un vestido verde con los hombros descubiertos. La cicatriz de la quemadura sanaba bien, ya estaba menos rugosa, pero la tendría en el antebrazo el resto de su vida. La curandera le frotó la herida con aceite de flor de sauco con infusión de limón, lavanda y fenogreco.

—Qué bien —dijo Lola.

—Bueno —respondió la curandera mientras se limpiaba las manos con un trapo viejo. Guardó la botella y el trapo en su bolsa—. Nos vemos.

—¡Pero si acabas de llegar!

La curandera parpadeó mirando el sillón floreado, la bolsa de palos de golf, las fotos de la familia a lo largo de la escalera. A través de las suelas de corcho de sus sandalias sintió el suelo repleto de larvas de escarabajo de alfombra.

—Él no regresará antes de las cinco. ¿Podríamos...? —Torció insinuante una cejita depilada—. No te he visto en dos semanas —agregó Lola, acercándose—. Te he echado de menos. Tengo una amiga en Santa Fe que vende kokopellis artesanales de piñón —dijo mientras daba unos golpecitos en el dedo grande del pie de la curandera con su brillante bota negra—. Podríamos ir allá un tiempo, él nunca se enteraría...

—No voy a dejar a mis animales.

—Entonces tal vez podría quedarme contigo —propuso, acariciando torpemente el bíceps de la curandera.

Un golpe de calor en la garganta.

—No te puedes quedar.

—¿Por qué no? —Lola dio un paso atrás, frunciendo el ceño—. Creía que te gustaba, Gin.

Los humanos siempre quieren más.

—Me gustas —respondió la curandera.

—Pero... —Una sonrisa de pánico—. Espera, ¿me estás...?

—Es que... —comenzó la curandera.

Flores demoniacas bailaban en el sillón, saltando, nublando las cosas.

—¿Qué? ¿Qué?

Pero algunos sentimientos no están atados a las palabras.

—Es que..., no es..., yo no... —La lengua de la curandera era como un dedo del pie aceitoso.

—¿No puedes hablar? ¿No puedes siquiera decir una frase? —Lola se frotó los muslos de arriba abajo, arrugaba el vestido verde, lo alisaba y lo arrugaba de nuevo—. Sabes que todo el mundo cree que estás loca, ¿verdad?

—No estoy loca.

—Estás loca de remate —dijo Lola entre dientes.

La curandera sacó de su bolsa la botella de aceite para cicatrizar y la puso sobre la mesa de café.

—Puedes quedarte con toda la botella, gratis.

—Sal de mi casa y vete a la mierda —respondió Lola.

Lola no podía entender —y la curandera no era nada buena para ayudarla— hasta qué punto la curandera prefiere estar sola. En lo que a los humanos se refiere.

Un faro bañado por el mar, construido con:

granito de Aberdeen
álamo tolerante a la sal
cal hidráulica

Campanas y mazo = señal de niebla

La hija

Por favor, que tenga sangre. Por favor, que tenga un torrente de moco oscuro, rojo con cuerdas negras.

Se baja la ropa interior.

Blanca como un pastel.

—¿Dónde está la maldita extensión de la mesa?! —grita su padre, bajando las escaleras a pisotones.

Los primos de Salem vienen a cenar en una hora.

Busca la caja de tampones bajo el lavabo y saca lo que está escondido entre los regulares y los superabsorbentes.

—Cállate —le dice al niño rubio feliz de la caja.

Con los muslos plantados sobre el inodoro, rompe la envoltura de plástico del palito para orinar.

«Hay un hogar amoroso en alguna parte para todos los bebés que vienen al mundo.»

No llora ni hiperventila ni le manda una foto a Ash del signo de más que brilla en el palito. Envuelve la caja de la prueba y su contenido en una bolsa de papel marrón que embute en una bota para lluvia que guarda al fondo del armario. Se viste.

La bruja tiene un tratamiento si está todavía a tiempo. Y no cobra dinero. La

amiga de la hermana de Ash, que se hizo un aborto con la bruja el año pasado, dice que sólo funciona antes de una semana determinada del embarazo. La bruja usa hierbas silvestres que no te incriminan si te agarran con ellas, porque la policía no sabe qué son. Y la hija no planea que la atrapen.

Yasmine habría podido ir a Canadá a que le practicaran un aborto, porque aún no existía el Muro Rosa. O habría podido darle el bebé a alguien.

Yasmine le preguntó qué se sentía al ser adoptada.

—Normal —respondió la hija.

Lo cual era y no era verdad.

Yasmine sabía que la hija tenía curiosidad sobre su madre biológica.

A lo mejor ella

era demasiado joven.

Era demasiado vieja, no tenía la energía.

Ya tenía seis hijos.

Sabía que pronto moriría de cáncer.

Era una sinvergüenza.

Simplemente no tenía ganas de lidiar con ello.

Fue una adopción cerrada. No hay manera de encontrarla, dejando de lado un detective privado que la hija aún no puede pagar.

Así que sueña.

Que la madre biológica se hace famosa por la creación de una cura para la parálisis y aparece en la portada de una revista que la hija ve en la cola del

súper, y en la que reconoce su cara de inmediato.

Que su madre biológica la encuentra a ella. La hija baja los escalones de la escuela, el timbre de las tres de la tarde suena y una mujer con gafas oscuras la alcanza corriendo y grita: «¡Eres mía!».

Con su abuela biológica, a quien a lo mejor le encanta hornear. Ve los tazoncitos de porcelana que su abuela usa para las natillas. Un juego de seis, blancos con borde azul, uno desportillado. Quizá su madre biológica siempre elige comer en ése.

Los tazoncitos están destrozados en el fondo de un pozo del patio de la casa donde todos murieron, la abuela y el abuelo, los primos, y su madre biológica. Ésta, que había seguido muy débil después de dar a luz y abrumada de tristeza, había decidido ir a la agencia al día siguiente para recuperar a su bebé. Tenía un margen de cuarenta y ocho horas, sólo habían pasado treinta; iría al día siguiente, ahora necesitaba descansar un poco, pero ¿qué era ese olor? Era humo, porque había fuego por un calentador estropeado, pero nadie le prestaba atención porque se habían emborrachado, y su madre biológica, aunque no estaba ebria, se sentía demasiado exhausta por el dolor del parto como para dar la alarma. Así que murieron.

Una tía, que llegó más tarde a buscar entre los escombros, echó al pozo todo lo que no era valioso. Si ese pozo existía —y la hija lo podía encontrar—, bajaría con una cuerda para rescatar los pedazos de tazoncitos blancos, las cucharas y los cuchillos, los recipientes de hojalata con cartas de amor, los relicarios de acero llenos de cabello. Ese cabello tendría el ADN de su madre biológica, sellado a salvo del fuego y la humedad.

Hace dieciséis años el aborto era legal en todos los estados.

¿Por qué se pasó nueve meses haciendo crecer a la hija si después iba a darla en adopción?

Los primos de Salem gritan en el recibidor. Después de ver a la hija, la tía Bernadette dice:

—¿Qué les pasa a estos adolescentes que se visten de manera tan *incontratable*? —Y papá se ríe.

Mamá, sin reírse, le responde a la tía Bernadette:

—Mattie se puede vestir como quiera. La última vez que la supervisé, vivíamos en Estados Unidos.

Madre e hija se escapan a la cocina.

—¿Lavas las patatas?

La hija las echa en un colador y empieza a lavarlas bajo el chorro de agua.

—Por cierto... —Hay una nota de alegría forzada en su voz—. Me llamó Susan Korsmo.

—¿Ah, sí? —dice la hija, cortando con más fuerza.

—Francamente, fue una conversación extraña.

—¿De veras?

—Mostró cierta preocupación.

—¿Sobre qué? —Gracias a Dios las patatas están sucias. Hay que cortar tanto...

—Bueno, pues le dije que era ridículo, pero sonaba..., no sé, insistente. Aunque tiende a sonar insistente la mayor parte del tiempo.

No es posible que la señora K. sepa. No es posible.

—Matilda, mírame.

Cierra el grifo y se seca las manos en los vaqueros.

—Entonces ¿en qué fue tan insistente?

La cara de mamá es como de papel, abatida.

—Dijo que vomitaste en su casa. Cuando fuiste de canguro. Dijo que te oyó en el baño.

No.

—Y cree que tienes un trastorno alimenticio.

¡Sí!

—¿Te parece gracioso? —pregunta mamá.

—Es... no... porque está equivocada.

—¿Sí?

La hija extiende los brazos alrededor del cuello de su madre y aprieta la mejilla contra su hombro.

—Me comí en la escuela un burrito descompuesto y vomité. La señora K. tiene demasiado tiempo libre, así que...

—Crea una crisis donde no la hay —murmura mamá. Después se aparta y toma la barbilla de la hija entre los dedos—. ¿Estás segura, cariño? Si te pasara algo me lo dirías, ¿verdad?

—Te lo juro, no tengo un trastorno alimenticio.

—Gracias a Dios. —Lágrimas en los ojos.

La hija tiene suerte de tener a esta madre, aunque ya tenga sesenta años, aunque haga chistes bobos sobre mariscos. Una mamá joven, como la de Ephraim, podría haber dicho: «¿Bulimia? ¡Te he enseñado bien!».

Por razones que no puede desentrañar, la hija casi nunca sueña con su padre biológico.

Toma una cucharada extragrande de puré de patata. Mira a mamá, señala el plato, parpadea, odia lo mucho que sonrío mamá. Respira por la boca cuando pasa el plato de coles de Bruselas, el vegetal cuyo olor, cuando se cocina, más se parece a la flatulencia humana.

Los primos de Salem hablan y critican. «Bueno, ¿qué esperan los ilegales, una alfombra roja?» Blablablablablá. «Y después se niegan a aprender inglés.» Blablablablablá. «Entonces ¿por qué tengo que estudiar tres años de español?» Blablablablablá. Los invasores parecen copias unos de otros, repitiéndose, reproduciéndose en su grosor. Mientras que la hija es alta y papá es bajo. La hija es pálida y mamá cetrina.

Este grupo de células podría resultar alto, aunque probablemente no pálido. Ephraim se pone moreno en verano.

El jugo del asado se ha secado en la manga de la hija. De cualquier manera, detesta esa camiseta. A lo mejor se la regala a su tía Bernadette, que la detesta todavía más.

Mamá y papá no pueden llegar a saberlo nunca.

«¿Y si tu madre biológica hubiera decidido abortar?»

—Matilda, te toca.

—Paso —dice la hija.

«¡Piensa en todas las familias adoptivas felices que no existirían!»

Nunca jamás lo sabrán.

—¡Ay, tú!

—No seas aguafiestas.

—No se me ocurre ningún chiste —dice.

—¡Muy graciosa!

—¿Por qué los chicos se hacen tanto las víctimas?

Yasmine dijo que prefería morir antes que decirles nada a sus padres.

salta del cielo (el rayo)

gruñido de ovejas (como suenan los narvales)

aumentó un olor

golpeado por el mar, unido al hielo

que causa arrepentimiento donde no existía

La esposa

Didier tatarrea *You Are My Sunshine* mientras quita la grasa de las pechugas crudas; durante años trabajó en cocinas, desprecia las recetas y es bueno con el cuchillo. Un trabajo en un restaurante decente estaba mejor pagado que ser maestro en Central Coast, pero abandonó la comida porque se habría perdido la infancia de sus hijos. La esposa mira un calendario de tardes tristes y vacías; Didier está cocinando, los niños ya en la cama, ella a solas y sin tener que rendir cuentas a nadie.

—¿... el papel de aluminio?

—¿Qué?

—¡El papel de aluminio, mujer! —Didier trota unos pasos para agarrarlo. Está de buen humor; siempre se pone contento cuando cocina, tiene un trapo colgado del hombro. Es cuando está más feliz, aunque rara vez lo hace.

—¿Qué más? —pregunta ella.

—Estoy bien aquí. Ve y relájate.

—¿En serio? Bueno. —Limpia una mancha seca de yogur en la placa de la cocina—. ¿Hago la ensalada?

—Tú sólo siéntate.

Ella lo ve picar: con una mano junta las aceitunas y con la otra mueve el cuchillo con rapidez y precisión. Sus ojos no se apartan de las aceitunas, sus hombros no se relajan. Feliz y seguro de sí mismo. Sin embargo, la mayor parte de las comidas le tocan a ella, la que «tiene tiempo».

—Por cierto, ¿cómo es que Mattie está aquí todavía?

—Está acostando a los niños.

Didier baja el cuchillo y se vuelve a verla.

—¿Le pagamos doce dólares a la hora para que cuide a los niños en casa mientras estamos nosotros?

—Es que me gustaría, aunque sea una sola vez, cenar contigo a solas, sin preocuparme de los niños.

—Sólo digo que es un lujo, no como un servicio de limpieza...

—Es decir, ¿un lujo como vivir sin pagar alquiler?

Pasa las aceitunas de la tabla de picar a un plato hondo y toma la botella de cerveza.

—¿Y seguirás reprochándomelo seis años más?

—¿Qué te parece: «Sea como sea, estamos ahorrando mucho dinero»?

—Eso es como decir «Agradece que vives en el purgatorio, es más barato que...».

—Newville no es para nada el purgatorio —responde la esposa. La mancha de yogur es terca, se lame un dedo y la frota otra vez—. Vi algo en la carretera, un animalito quemado. Pensé que algún muchacho le había prendido fuego. Trataba de cruzar al otro lado.

—¿Al otro lado, al más allá?

—Al otro lado del camino. Estaba calcinado, a punto de morir, aunque seguía moviéndose. Me pareció, no sé, tan ¿valiente? Quise ayudarlo, pero ya había muerto.

Su esposo pone las pechugas en una bandeja para hornear cubierta de aluminio.

—Nunca he entendido esa expresión, «a punto de morir». ¿Es como si hubiera algún peligro justo al lado de su vida pero no en el punto exacto para tocarlo?

—Ese animalito... Es extraño, no puedo dejar de pensar en él.

—¿Dónde está la sal?

—Creo que era una zarigüeya. Era como si no estuviera dispuesta a morir o no se diera cuenta de que su muerte estaba próxima, simplemente trataba de seguir.

—¡Ahí estás, sal saladita! —La echa en el pollo y desliza la bandeja dentro del horno—. ¿Sabes qué es lo más jodido de los donantes de esperma

de Ro?

La esposa cierra los ojos.

—¿Qué?

—Que pueden mentir en la solicitud. ¿Y si sus cuatro abuelos murieron de cirrosis y el tipo declara que están vivos y sanos? Nadie lo confirmará. Me sorprende que alguien tan neurótica como Ro no se preocupe por eso.

—Ella no es neurótica —responde, pero le gusta escucharlo cuando él lo dice.

—Tú no trabajas con ella. —Pone el cronómetro—. Está en actitud de negación. No se da cuenta de la pesadilla que será. ¿Y ella sola? Es una pesadilla incluso cuando se hace en pareja.

—Didier, quiero ir a terapia.

Se limpia las manos con fuerza en el trapo.

—Pues ve.

—A terapia de pareja.

—Ya te lo dije —contesta, alcanzando la cerveza—. No soy de los que van a terapia. Perdón.

—¿Y eso qué se supone que significa?

—Significa que no respondo bien a que me echen la culpa de cosas que no son mi culpa.

Oh, Dios, de nuevo lo de su padre.

—He encontrado a alguien en Salem —explica la esposa—, la recomiendan mucho y además tiene consulta por la tarde...

—¿No me has oído, Susan?

—¿Sólo porque tú tuviste un terapeuta incompetente en Montreal hace treinta años? Ésa es una gran razón para no tratar de salvar... —Se detiene. Se lame el dedo de nuevo, raspa el yogur en la placa.

—¿Qué? ¿Para salvar qué?

—¿Podrías considerarlo, por favor? ¿Una sesión?

—¿Por qué la gente de Estados Unidos está obsesionada con la terapia? Hay otras maneras de resolver los problemas.

—¿Como cuáles?

—Como contratar un servicio de limpieza.

—Ah, bueno.

—Ya que está claro que tú no quieres limpiar, cosa que entiendo —dice levantando la palma y asintiendo—. Yo tampoco tengo ganas de limpiar, especialmente después de estar todo el día en el trabajo.

—Yo preferiría estar todo el día en el trabajo —contesta ella, preguntándose si es verdad conforme sus palabras se asientan en el aire.

—Entonces consigue un trabajo. Nadie te detiene. O regresa a la facultad de Derecho.

—Ojalá fuera tan fácil.

—A mí me parece bastante fácil. —Él está limpiando los traslúcidos pedacitos rosas de pollo crudo que han quedado en la tabla para cortar—. ¿Lo dices en serio, Susan? Las cosas no están tan mal. O sea, sí, algunas cosas podrían ir mejor, pero no pienso conducir ciento cuarenta kilómetros para comentar que debería haberte hecho mejores regalos de cumpleaños.

«O algún regalo, por lo menos.»

—Pero ¿y los niños? —pregunta ella—. Perciben las cosas, Bex pregunta...

—Los niños están bien.

La esposa aspira profundamente.

—¿Me estás diciendo que ellos no se beneficiarían de que nuestra relación mejorara?

—Resulta interesante que te importe un carajo mi beneficio. Ese capullo le lavó el cerebro a mi madre y ella ya nunca dejó de echarme la culpa... A mí, que era un niño.

—Sé que no fue tu culpa que él se fuera, pero...

—Al terapeuta ni siquiera le importó por qué lo golpeé, dijo que eso era «irrelevante». ¡No jodas!

—Le rompiste la nariz a tu padre.

—Pues él me hizo mucho más daño a mí. A eso me refiero. El objetivo de la terapia es hacerte sentir como una mierda de perro en nombre de la reflexión. ¿Pagar doscientos dólares a la hora para que me hagan sentir una mierda?

—¿Señora Korsmo? —pregunta una vocecita desde el vestíbulo.

—¿Sí?

—Disculpe que la moleste —dice Mattie—, pero John le ha arañado el brazo a Bex y ella está muy alterada.

—¿Le ha rasgado la piel?! —responde la esposa con un grito.

—No, pero...

—Entonces ¿podrías por favor encargarte de eso?

Mattie aparece en la puerta, nerviosa.

—Bex dice que la necesita.

—Pues no es cierto. Dile que subo en un rato a ver cómo está.

—Ya voy yo —dice Didier—. Saca el pollo del horno cuando suene la alarma.

—Pero no hemos terminado —contesta la esposa.

Él va detrás de Mattie, suben las escaleras.

La esposa pone en el lavaplatos la tabla para cortar sucia de pollo. Recoge las aceitunas de la barra de la cocina. Limpia con la mano la sal que ha quedado esparcida.

Se lava las manos.

Apaga el cronómetro pero deja el horno en marcha.

Enciende uno de los quemadores de la cocina de gas y lo pone a fuego alto.

Abre el horno, agarra una pechuga con un guante y la deja caer sobre la llama del quemador. La pechuga arde, revienta y chisporrotea, la pechuga entera está azul por el fuego.

Oscureciéndose, burbujeando.

Chamuscada y gomosa.

Un animalito calcinado.

La mano de su madre sobre la suya en el cuchillo.

La cara se desprende del cordero.

Después de probar una nueva tanda de *skerpikjøt*, su madre se jactaba de poder nombrar la colina exacta donde había pastado el cordero. Nadie la creía, pero con su madre era más prudente aplaudir la sensibilidad de su lengua.

Tan sólo dos días antes de la boda, la madre de la exploradora le informó de que se iba a casar con un hombre al que nunca había visto, un viudo de cincuenta y dos años que era pescador de salmón. Eivør era mayor para estar soltera: tenía diecinueve años.

La biógrafa

El restaurante chino está lleno de maestros gracias a un mandato federal que duplicó el número de exámenes estandarizados en las escuelas públicas. Sólo se necesita la mitad de personal para supervisar los exámenes de esa tarde.

La camarera teñida de rubio les sirve agua.

—Les doy un minuto —dice. Tiene un lunar peludo en la mejilla.

Didier estira la mano para agarrar algo del cuello de la biógrafa.

—Has comido avena en el desayuno.

Ella le aparta la mano. Él le da una patada por debajo de la mesa. Frente a Susan, la biógrafa no toca a Didier. No quiere que piense: «¿Desea a mi marido?», porque no es así, y si lo fuera, más razón para no levantar sospechas. En una ocasión Susan le contó a la biógrafa que la maestra de música había coqueteado con Didier enseñándole el trasero en el pícnic de verano, y Bex, que dibujaba en la mesa de la cocina, preguntó: «¿Y se volvió a poner el trasero después?».

«Desearía que por una vez en tu vida pudiera verte pero no oírte», había respondido Susan. A la biógrafa le gustó saber que Susan podía ser una madre inepta.

—¿Cómo va tu historia de la aventurera? —pregunta Pete.

—Ya casi he terminado.

—No lo dudo. —Agita su mantel individual vigorosamente para abanicarse—. Todos necesitamos un buen pasatiempo.

—No es un pasatiempo —dice ella.

—El pelo que le sale del lunar tiene que medir unos cinco centímetros —

dice Didier.

—Claro que es un pasatiempo —dice Pete—. Lo haces los fines de semana o en vacaciones. El acto de hacerlo te proporciona placer, pero no beneficio o ganancia.

—¿Queréis que pidamos ya? Le puedo hacer una señal a la rubia.

—Entonces, si algo no produce dinero, ¿inmediatamente se relega a la categoría de pasatiempo? —pregunta la biógrafa.

La camarera regresa. Por un momento, su pelo —bastante largo y negro — les fascina a todos. La biógrafa, que se decolora su propio labio superior cada pocas semanas, tiene un cálido sentimiento de camaradería. Ella y Pete piden lirio dorado; Didier, consolación del emperador.

Didier se inclina hacia delante y les dice en voz baja:

—¿Por qué simplemente no se saca esa puta cosa?

Hay un óvulo a punto de salir de su saco hacia la húmeda calidez falopiana. Hoy, el equipo de predicción de ovulación no le ha mostrado una carita sonriente; mañana volverá a probar. Una vez que obtenga la carita feliz, regresará con Kalbfleisch a por esperma.

—¿Me pones un poco más de té, Roanoke?

Ella le acerca la tetera quince centímetros.

—¡He dicho me pones, mujer! Por cierto, ¿me podrás acercar a casa? Hoy le he dejado el coche a Susan.

—¿Cómo planeabas volver si yo no te llevaba?

Didier sonrío, guapo de tan feo.

—Sabía que me llevarías.

Bryan Zakile camina hacia su mesa y brama:

—¡Claramente, estos tres no tienen buenas intenciones! ¿Queréis oír mi fortuna? «Dejarás un rastro de gratitud.»

—«En la cama» —añade Didier.

—Tú lo dijiste, no yo.

—Lo has dicho —masculla la biógrafa.

Bryan se encoge.

—Gracias, *Schutzstaffel* de la gramática.

Ella arrastra el tenedor por su lirio dorado.

—Yo no soy la profesora de lengua.

—En realidad, él tampoco enseña lengua —dice Didier—. Su materia es el juego bonito.

—Si esa rodilla hubiera resistido —dice Pete—, estaríamos viendo a Bryan en la tele. ¿Para qué equipo jugarías? ¿El Barça? ¿Manchester United?

—Muy gracioso, Peter, pero fui All-Conference durante tres años en Maryland.

—Eso es impresionante.

La biógrafa le sonrío a Pete. Sorprendido, él le devuelve la sonrisa.

A veces le recuerda a su hermano.

No puede usar el predictor de ovulación cuando se despierta, porque la primera orina de la mañana no es la más adecuada para detectar el aumento de hormona luteinizante que augura el desprendimiento de un óvulo. Tiene que esperar cuatro horas para permitir que se acumule suficiente orina en la vejiga, y en esas cuatro horas no puede beber demasiados líquidos a no ser que quiera diluir la orina y arruinar los resultados. En lugar de café, tuesta un gofre congelado y lo mordisquea sin mantequilla en la mesa de la cocina. Mira la fotografía de la librería. El estante donde estará su libro.

Entre la primera y la segunda clase, en una silla del baño de personal, la biógrafa inserta una tableta nueva para absorber orina en la varita de plástico del equipo de predicción de ovulación y se sienta en cuclillas sobre el retrete. Las instrucciones dicen que no necesita absorber todo el chorro, sólo cinco segundos, lo cual es bueno porque el primer chorro cae al lado del palo. Tiene que moverlo debajo de sí misma para encontrarlo. Cuenta hasta cinco. Apoya la varita en un poco de papel higiénico que ha puesto en el receptáculo de metal para tampones, en un ángulo que permita que la orina viaje a través del palo hacia el mecanismo que detecta la hormona luteinizante. Eso requiere un minuto o más.

Se limpia las manos mojadas, se sube los tejanos y vuelve a sentarse

sobre el retrete. Durante ese minuto o más, mientras la pantalla digital parpadea —se convertirá en un círculo vacío o en un círculo con una carita feliz—, la biógrafa canta la canción estimulante del óvulo: «A lo mejor estoy sola, a lo mejor soy una vieja, pero, carajo, ¡aún puedo ovular!».

Revisa: sigue parpadeando.

Una mujer delgada y fea. Una mujer marchita. Una mujer mayor cruel y fea. Una mujer como una bruja. Un personaje de segunda en un cuento de hadas. Una mujer de más de cuarenta. Del francés antiguo del norte *caroigne* («carroña» o «cascarrabias») y del holandés medio *croonje* («cordero hembra viejo»).

Sigue parpadeando.

A través del muro del baño llegan los gritos de chicas cuyos ovarios son jóvenes y jugosos, atestados de óvulos.

Sigue parpadeando.

¿Cuál es el número total de óvulos humanos en este edificio ahora mismo?

Sigue parpadeando.

¿Cuántos de los óvulos humanos que hay ahora mismo en este edificio se bañarán en esperma y se abrirán para producir otro ser humano?

Revisa: ¡carita feliz!

Un florecimiento de placer en sus costillas.

«A lo mejor tengo cuarenta y dos años, pero aún puedo ovular, carajo.»

—Hola, sí, llamo porque tengo un aumento de la hormona luteinizante; está bien, claro... —Espera, espera—. Sí, hola, soy Roberta Stephens..., sí, claro..., y ha aumentado hoy..., sí... Y usaré un donante de esperma, así que quería... Muy bien, claro... —Espera, espera, una campanita; ése ha sido el segundo timbre, llegará tarde a su propia clase—. Muy bien... Sí, tengo más de un donante en el almacén, pero me gustaría usar el número 9072.

El semen del donante se congela poco después de la recolección y se deshiela poco antes de la inseminación. Entre ambos momentos, millones de espermatozoides se mantienen inmóviles, inclinados, con el material genético en pausa. Mañana temprano, antes de que ella llegue, el personal de la clínica descongelará un frasquito del 9072 (escalador, hermana guapa) y hará girar

su contenido en una máquina de centrifugado para separar el esperma del líquido seminal, limpiar a los nadadores de las prostaglandinas y desechos.

—¡Nos vemos a las siete! —le dice a la enfermera, tan emocionada que le duele la garganta.

Mañana a las siete. A las siete mañana. Mañana, en Salem, en una calle pequeña llena de hojas cerca del mercado, de manos de un exjugador de americano, inseminarán a la biógrafa.

Si es posible que vengas a mí, pequeño, ven a mí.

Si no es posible, no vengas, y que no me quede destrozada.

Apenas puede dormir. Sostiene un frasco de alguna especie de crema facial que contiene opiáceos para cocinarla e inyectársela, y busca algodón en el baño de su madre. Tiene que esconder sus herramientas a su madre. Sin embargo, ella también es su madre, y la persona con el frasco es Archie.

—¿Dónde está el algodón? —pregunta.

—Se ha terminado. Usa un filtro.

—¡Pero se me han acabado los cigarros! —dice Archie.

—A lo mejor yo tengo —dice la biógrafa.

Se despierta antes de que suene la alarma. Vaso de agua, la vieja chaqueta verde de su hermano, la llave del candado de la bicicleta de su madre en una cadena alrededor del cuello. La biógrafa es atea, pero no descarta a los fantasmas que puedan serle útiles.

—Archie es el encantador —dice su madre—. Tú eres la lista.

Sale del edificio en la oscuridad salobre, el mar golpea, el coche está helado. No hay otros vehículos en el camino del acantilado. Sus faros barren el muro de roca, las copas de los abetos, el océano negro moteado de plata, el mismo camino y el agua que el bebé verá algún día.

7.12: Se registra en el mostrador. Ocupa su lugar entre las mujeres silenciosas de dedos como rocas.

7.58: La enfermera Jolly la lleva a una sala de exploración en la que se desnuda de cintura para abajo y se sienta cubierta por una sábana de papel. Su corazón late el doble de rápido que siempre. ¿Tener el corazón acelerado afecta a la fertilización? En el sueño de esa noche, ella —como Archie— planeaba inyectarse en el pecho, al lado izquierdo, porque le dijeron que un «directo al corazón» hace que el placer sea mayor.

8.49: Kalbfleisch se detiene al lado de las piernas abiertas y levantadas de la biógrafa y le muestra un frasco.

—¿Éste es el donante correcto?

Ella entrecierra los ojos: 9072 de Athena Cryobank. Sí.

—El recuento de este frasco ha sido bastante bueno —dice el doctor—.

Trece coma tres millones de espermatozoides móviles.

—Recuérdeme cuál es el promedio.

—Queremos que el recuento sea de por lo menos cinco millones.

Inserta un espéculo en la vagina de la biógrafa. No siente dolor exactamente, sino una presión que cuando él le abre el cérvix aumenta y le hace apretar los dientes. Guía un catéter de plástico a través del espéculo hacia el útero de la biógrafa. La enfermera le pasa a Kalbfleisch la jeringa con el semen lavado, dos centímetros de líquido amarillo pálido. Él lo inyecta por el catéter, depositando el semen en la parte superior de su útero, cerca de

las trompas de Falopio.

Todo requiere menos de un minuto.

Se quita los guantes de un tirón y dice:

—Buena suerte. —Y se va.

—Descansa un momento, corazón —dice la enfermera Jolly—. ¿Quieres agua?

—No, gracias, pero gracias.

Aspira.

Tiene tanto, tanto miedo.

Espira.

Tiene que funcionar, o tendrá que encontrar a una madre biológica en los próximos dos meses. Después del 15 de enero, cuando entre en vigor la ley Todo Niño Necesita Dos, ningún niño adoptivo volverá a sufrir la falta de tiempo de una mujer soltera, su baja autoestima, su inferior poder adquisitivo. Todo niño adoptado ahora disfrutará de los beneficios de crecer en un hogar con dos padres. Menos madres solteras, dicen los congresistas, supondrán menos criminales, adictos y beneficiarios del Estado. Menos recolectores de granadas. Menos presentadores de *talk-shows*. Menos inventores de curas. Menos presidentes de Estados Unidos.

Aspira.

«Mueve las piernas, Stephens.»

Espira.

Se queda totalmente quieta.

En el instituto corría durante horas cada día en la temporada de carreras, entonces tenía buenos músculos, tenía vigor. Compitió en las carreras de cuatrocientos y de ochocientos, y aunque no era una estrella, era aceptable, incluso ganó algunas competiciones en su último año. Archie, en primero, se apretaba contra la malla de la cerca para vitorearla. Sus padres se sentaban en las gradas y la animaban. Su madre hacía cenas de celebración con la comida favorita de la biógrafa: huevos revueltos con chile verde, pastel de crema de cacahuete. Cómo le gustaban la mesa inclinada, las lámparas, los grillos en las noches de primavera, su madre antes de que se enfermara, Archie con su camiseta de calavera agitando una cucharada de pastel sobre su cabeza.

Siendo el centro de su atención se sentía cansada y orgullosa, una guerrera que había dirigido su flecha contra cada objetivo que se marcaba.

Si es posible que vengas a mí, ven a mí y te llamaré Archie.

En el carro, abre una bolsa con trozos de piña, cuya bromelina se supone que estimula que el óvulo fertilizado se implante en la pared uterina. Pasarán cinco días antes de que el óvulo esté listo para implantarse, pero comer piña conforta a la biógrafa. Su dulzura es fuerte y buena contra el miedo amargo y ácido.

Cinco días. Dos meses. Cuarenta y dos años. Odia el calendario.

Por favor, que esta vez funcione.

No mueve la pelvis en todo el camino a casa. Levanta los dedos de los pies con cuidado sobre el freno y el acelerador, sin apretar los músculos de los muslos. «Diablos, podrías ir al gimnasio hoy si quisieras», le dijo Kalbfleisch después de la primera inseminación para minimizar la importancia de lo que hiciera el cuerpo de la biógrafa unos minutos después de permanecer quieta en la mesa de exploraciones. Sin embargo, el cuerpo de la biógrafa se mantendrá tan quieto como pueda.

Esta vez tiene que funcionar.

En clase, se sentará detrás del escritorio sin hacer movimientos de muslos o de pelvis de ningún tipo; y los óvulos flotarán en las aguas de las trompas sin sacudirse, abiertos, dispuestos; y un óvulo abierto por el esperma dará la bienvenida a un solo espermatozoide invasor, listo para fusionarse y dividirse. De una célula, dos; de dos, cuatro; de cuatro, ocho. Un blastocisto de ocho células tiene una oportunidad.

Pasé dieciocho meses en la casa de mi marido antes de que una tormenta hundiera su barco con él dentro.

Que en dieciocho meses no hubiera concebido un hijo llenaba de vergüenza a mi madre.

La mañana roja que partí a Aberdeen, me dijo: «Vete, llévate esa *fisa* descompuesta lejos de nosotros».

La hija

Sus padres no son religiosos. Dicen que sus motivos son pragmáticos, lógicos. Hay tanta gente que quiere adoptar. ¿Por qué privar a esas personas de bebés a los que criarán, querrán y llenarán de amor sólo porque otras personas no quieren estar embarazadas unos meses? Cuando se aprobó la Enmienda de Estatus de Persona, su padre dijo que ya era hora de que el país entrara en razón. No comulgaba con los locos que bombardeaban las clínicas y consideraba que hacer que las mujeres pagaran los funerales de los bebés malogrados era demasiado; pero, dijo, para cualquier bebé que llegara al mundo había un hogar amoroso en algún lado.

Su clase de estudios sociales de segundo de secundaria hizo como práctica un debate sobre el aborto. La hija preparó con viñetas las ideas para el equipo proelección. Su padre revisó su tarea, como siempre; pero en lugar de su típico «¡Buen trabajo!», se sentó junto a ella, puso la mano sobre su hombro y dijo que le preocupaban las implicaciones del argumento que sostenía.

—¿Y si tu madre biológica hubiera decidido acabar con su embarazo?

—Pues ella no lo decidió así, pero otras personas deberían poder elegir.

—Piensa en todas las familias felices que adoptaron y que hoy no existirían.

—Pero, papá, muchas mujeres seguirían dando a sus bebés en adopción.

—Pero ¿y todas las que no lo hicieran?

—¿Por qué no puede tomar cada cual su propia decisión?

—Cuando alguien decide matar a otro ser humano con un arma lo

metemos en la cárcel, ¿no?

—No si son policías.

—Piensa en todas las familias que esperan un niño. Piensa en mí y en tu madre, cuánto tiempo tuvimos que esperar.

—Pero...

—Un embrión es un ser vivo.

—También un diente de león.

—Pues no puedo imaginarme el mundo sin ti, cariño, ni tampoco tu madre.

Ella no quiere que se imaginen un mundo sin ella.

Ash le ofrece acercarla a su casa, pero la hija le dice que no, su padre irá por ella. Su jubilación hace que esté tan aburrido que puede recogerla cuando sea. Hace frío, el cielo está opaco, el césped del campo de fútbol, rígido y plateado. Hoy el equipo juega fuera. No se lo ha dicho a Ephraim. ¿Y si su reacción es «¿Estás segura de que es mío?»? O tal vez le responda: «Tú te metiste en esto, ahora te aguantas». La semana pasada se cruzaron en la cafetería y Ephraim, con su sombrero anticuado que en su día le había gustado tanto, dijo «Hey», y ella respondió «Hey, ¿cómo estás?», pero él siguió avanzando y su pregunta, que no era retórica, se volvió retórica. Probablemente estaba en camino a meter la mano en la blusa de Nouri Withers.

Quizá su madre biológica también era joven. Quizá había dirigido la escuela de Medicina, de ahí el doctorado en Neuroquímica, y luego su propio laboratorio de investigación en California. (A lo mejor está muy cerca, en este preciso momento, de encontrar la cura de la parálisis.) Quedarse con la hija habría significado tener que renunciar a su beca para la universidad.

Ella no quiere que el niño se pregunte por qué su madre no se lo quedó.

Y no quiere preguntarse qué le sucedió. ¿Se lo dieron a unos padres como los de ella, o a padres que le gritan, son racistas y no lo llevan al médico lo suficiente?

Pega un brinco por la alarma de tsunami; nunca se acostumbrará a ese alarido que le destroza los nervios.

—Es sólo una prueba, corazón —dice papá.

Ella enciende la radio del coche.

—¿Qué tal ha ido la escuela?

—Bien.

—¿Ya has terminado los trámites para la academia?

—Casi.

—Mamá está preparando tacos de pescado.

Se traga un chorrito de vómito.

—Genial.

«Hoy —cuenta la radio—, doce cachalotes han quedado varados setecientos metros al sur de Gunakadeit Point. Aún no se ha determinado la causa.»

—¡Dios mío! —exclama la hija, y sube el volumen.

«Once de las ballenas están muertas, según ha informado la oficina del *sheriff*, aunque aún no queda claro...»

—¿Te acuerdas del varamiento del setenta y nueve? —pregunta papá—. Cuarenta y cinco cachalotes sobre la playa cerca de Florence. Mi padre nos llevó para que les tomáramos fotografías de cerca. Dijo que hacían...

—Ruiditos mientras se morían. —Ella se sabe los espantosos pormenores porque a su padre le gusta repetirlos. Le ha contado muchas veces que una ballena puede morir por la presión de su propia carne. Fuera del agua, el cuerpo de la ballena es demasiado pesado para su caja torácica: se les rompen

las costillas y se les aplastan los órganos internos. Además, el calor daña a las ballenas. Los ambientalistas de Greenpeace llevaron sábanas para mojarlas con agua de mar y cubrirlas, pero fue inútil.

Pero eso fue en 1979. ¿A nadie se le ha ocurrido aún alguna forma de devolverlas al mar?

—¿Podemos ir, papá?

—No necesitan que el público se entrometa en...

—Pero hay una que todavía está viva.

—¿Y tú la empujarás de regreso al agua? No lo conviertas en una preocupación morbosa.

—El corazón de un cachalote pesa casi ciento treinta kilos.

—¿Cómo...?

—Un día yo y Yasmine hicimos una lista de cuánto pesan los corazones de algunos animales.

—Yasmine y yo —corrige papá, que se pone tenso sólo de oír su nombre—. No te preocupes demasiado por las ballenas, ¿eh, cariño? Si no, tus lindas cejitas se podrían enredar y quizá ya no se te desenreden nunca.

—No son lindas, son gruesas.

—¡Y eso las hace lindas!

—No eres objetivo. —Ella quiere un cigarrillo, pero se conformaría con un trocito de regaliz.

A Ash no le gusta la idea, está muy cansada, etcétera, pero la convence. La hija trepa al techo por la ventana de su habitación, baja a rapel por el enrejado y se queda quieta un minuto entero en la sombra del porche por si han oído sus ruidos. A una manzana está el buzón azul, su punto de encuentro, donde fuma y espera.

Alguna vez Yasmine le ha preguntado por qué la gente blanca estaba tan

obsesionada con salvar a las ballenas.

La playa está repleta de gente que grita, perros que ladran, cámaras que disparan y lluvia que llueve. Un equipo de televisión dirige luces demasiado brillantes hacia las ballenas, una fila de doce de piel gris peltre rajada con un blanco calcáreo. Parecen autobuses de piedra. La que está al final levanta y deja caer lentamente sus aletas; cada vez que una golpea contra la arena, a la hija le tiemblan los muslos.

Los humanos posan para fotografiarse con las que ya están muertas.

Un tipo se sube a una enorme cola gris.

—¡Grábame! —grita—. ¡Grábame!

—¡Bájate de ahí, demonios!

—¡Por favor, échense para atrás!

—¿El dedo de hombre muerto tuvo algo que ver con esto?

—¿Con quién debo hablar para que me guarden algunos dientes? Sería para tallarlos como marfil.

—¿Se han envenenado con las algas marinas?

—Abran paso, abran paso.

Una mujer con guantes y un cuchillo largo —¿una científica?— se pone en cuclillas junto a la primera ballena de la fila. ¿Cortará un pedazo de grasa para analizar alguna enfermedad? Quizá un tipo de demencia infectó su médula y las condujo hacia tierra firme, las doce ballenas febriles con un deseo suicida. Tal vez la infección pueda contagiarse a los seres humanos. Newville se pondrá en cuarentena.

—Chicas, tienen que irse —dice un policía no mucho mayor que ellas—. Estamos vaciando la playa. Y apagad ese cigarrillo.

—¿Por qué nadie trata de devolverlas al mar? —pregunta la hija.

El policía la observa detenidamente.

—A, porque están muertas. B, ¿tienes idea de cuánto pesan estas malditas cosas?

—¡Pero hay una que no está muerta!

—Vete a tu casa, ¿vale?

La hija y Ash pasan caminando junto a los enormes cuerpos (a uno le han pintado con aerosol un signo de interrogación naranja, a otro ¡ES CULPA NUESTRA!), hasta llegar a la última ballena. Sus aletas ya están quietas. Hay charcos de sangre en la arena, cerca de su cabeza. Tiene la boca abierta, empapada de rojo. La parte inferior de su mandíbula, afilada como un pico e ilógicamente pequeña para un cráneo tan enorme, está repleta de hileras de dientes. La hija toca uno: es como un plátano de hueso.

«Se ha movido entre los cimientos del mundo.»

—Ya se te ha contagiado la mano —dice Ash.

Se la limpia en el pantalón.

El ojo de la ballena, hundido entre arrugados labios de piel, está abierto; es negro y trémulo. «Tú has visto bastante para desgajar los planetas.» La hija se arrodilla, apoya la mejilla contra el cuerpo gris. Cuero seco, cicatrizado.

—Todo irá bien —le dice.

No puede escuchar ningún chasquido.

¿Dónde están las máquinas? ¿Los cables, las grúas?

Una ballena es una casa en el océano.

Un vientre para una persona.

El canto de las ballenas se escucha desde el lecho marino hasta las estrellas, desde Icy Strait Point hasta la península Valdés.

—Ash, dame tu sudadera.

—Tengo frío.

—Dámela.

La hija corre hacia las olas y empapa la sudadera de Ash y la suya. Corre de regreso para echárselas encima a la ballena, goteando. La única canción que se le ocurre es *I've Been Working on the Railroad*. Cuando está a la mitad de *Someone's in the Kitchen with Dinah*, se escucha un disparo.

Entonces grita.

Todos se reúnen alrededor de algo en la playa.

No ha sido un disparo, ha sido una ballena. Que ha explotado. Su panza gris, completamente desgarrada, chorrea bultos viscosos de intestino rosa y carne morada de los órganos. Jirones de carne grasienta ondean al viento. «¡Quítamela! ¡Quítamela!», grita un niño dando manotazos a las tiras de

entrañas que se le pegan al pecho.

Y el hedor, ¡Dios mío! Una explosión rancia de pedos, pescado podrido y aguas negras. La hija se quita la camiseta para cubrirse la boca.

Un líquido negro-rojizo forma espuma a sus pies.

La científica le explica al policía que estaba tratando de reunir muestras de tejido adiposo subcutáneo y de tejido adiposo visceral. Cuando ha encajado el cuchillo en la ballena, ésta ha explotado.

—El gas metano se acumula en el cadáver —le aclara—. Ésta debe de haber sido la primera en morir, posiblemente hace días. Si era la líder del grupo, murió dentro del mar y su cadáver flotó hasta la orilla, quizá el resto la siguió. Son demasiado leales, incluso cuando ello las perjudica.

—Señora, no puede andar por ahí cortando cadáveres —responde el policía.

—Esta magnífica criatura no es propiedad de nadie —responde la científica—. Tengo la intención de analizar el tejido y averiguar por qué terminaron aquí.

—¿Para qué laboratorio trabaja? Mi capitán ha dicho que la gente de OIMB no llegaría hasta el...

—Soy investigadora independiente, pero —dice levantando dos bolsas de plástico transparente llenas de carne roja— sé qué hacer con esto.

La hija se encamina hacia su ballena.

Su ojo ya no se mueve.

«Tú viste al oficial asesinado cuando los piratas lo tiraron de la cubierta a medianoche.»

Le aprieta el ojo con la punta del dedo, es húmedo y pegajoso, algo elástico, como un huevo duro.

Cómo hacer *tvøst og spik*:

1. Prepare la carne de ballena piloto de una de las siguientes maneras: hervida fresca, frita fresca, en sal seca, en escabeche o cortada en tiras largas (*grindalikkja*) y colgada a secar.
2. Prepare grasa de ballena piloto mediante ebullición, salazón o secado. (No freír.)
3. Sirva la carne y la grasa juntas con patatas hervidas y saladas. En algunos hogares feroeses, también se incluye pescado seco en el plato de *tvøst og spik*.

La curandera

Cotter informa de que Lola se cayó por las escaleras. Sufrió un pequeño coma. Ya está mejor.

Se suponía que las nuevas clientas debían dejar una nota en el apartado postal, pero Lola sólo apareció un día, empapada.

—He sabido de ti por una amiga. —La curandera la dejó entrar, le dio una toalla, inspeccionó la mancha roja que tenía en el antebrazo.

—¿Dejará cicatriz?

—Sí —respondió la curandera. Apretó hojas recién trituradas de siempreviva contra la piel dañada, esperó, parpadeó cuando vio los pechos de Lola, esos postres rollizos; después envolvió el brazo con un cataplasma de jugo de puerro y manteca—. ¿Cómo te ha pasado?

—Ha sido una tontería —dijo Lola—. Preparaba la cena y pegué el brazo a una sartén caliente.

Su esposo también le había quebrado el hueso de un dedo y le dejó un moretón de seis colores en la mandíbula.

Dos verrugas más en el coño de Clementine.

—Esto es extremadamente humillante —dice Clementine.

—Es sólo un cuerpo haciendo lo que hace.

—Pero son tan asquerosas.

—Mucha gente las tiene —dice la curandera, y sostiene una compresa de semillas de lupino húmedas y trituradas contra la vulva. El lupino blanco también es bueno para que baje la sangre —en un periodo perdido, un útero infelizmente ocupado— y para atraer gusanos a la superficie de la piel. En verano, la curandera quema sus semillas en copas de piedra para ahuyentar a los mosquitos.

—Saca la lengua.

Llagas en los bordes, como siempre.

—¿Sigues comiendo pizza?

Clementine mueve la boca de manera encantadora.

—No tanta.

—Deja todos los lácteos. Tienes demasiada humedad.

—Oye, ¿alguna vez has pensado en depilarte las cejas?

—¿Por qué?

—O sea, no es que lo necesites, porque las cejas grandes están de moda otra vez, pero una amiga mía hace depilaciones con azúcar, si alguna vez...

—No —responde la curandera. Si tiene esa amiga, ¿por qué no se quita el pelo de cinco centímetros que le sale del lunar? Es un pelo perdido, que desentona con sus rizos oxigenados y sus uñas postizas.

La curandera toma una cucharada de puré de artemisa y jengibre y la pone sobre el ombligo de Clementine; deposita una rebanada fresca de jengibre sobre el puré; sostiene una moxa ardiente sobre el jengibre hasta que la clienta se queja del calor y entonces tapa el ombligo con dos vendas para mantener el puré en su lugar por lo menos durante un día, o mejor dos.

Clementine se baja la camiseta.

—Gracias por tu ayuda, Gin. —Saca dos cajitas blancas de su mochila—. Espero que te guste el arroz frito y el camarón al ajo. No te preocupes, no son sobras de los clientes...

—No me preocupa —responde la curandera.

Tampoco está tan hambrienta como para comer comida china. Una vez que Clementine se marcha, rocía aceite de sésamo en media rebanada de pan seco. Cada jueves, Cotter deja una hogaza que él mismo hornea en el escalón de la cabaña, envuelta en un trapo.

Algunos panes de supermercado están hechos con cabello humano disuelto en ácido, parte de un acondicionador para masa que acelera el proceso industrial. La curandera no come pan del supermercado y tiene su propio abastecimiento de cabello, que en lugar de disolver en ácido tritura en sus mezclas. Mantiene el cabello de la cabeza en una caja diferente a la del vello púbico, ya que sirven para diferentes cosas: el púbico tiene más hierro, el de la cabeza más magnesio y selenio. El abastecimiento de la curandera proviene de una persona y está menguando.

Los cabellos rojos largos pueden usarse en las mezclas. El vello púbico castaño también. Sin embargo, hay algunos cabellos que no pueden usarse. Los pelos lacios bajo las axilas, el vello del bigote. Esos pelos se congelan sobre la piel del cuerpo en el congelador.

¿A qué sabe el cabello de la muchacha, su cabello oscuro lacio y brillante? La muchacha no lo engrasa ni le pone gomina. Es lo suficientemente largo como para que se le enrede en la tira del bolso, la curandera se dio cuenta cuando la vio salir por las puertas azules de la escuela; la muchacha tuvo que tirar de él y reacomodarlo. Se sintió molesta un segundo, un destello de calor en las mejillas, y después se olvidó de él, vio la curandera, porque buscaba a alguien, pero ese alguien no estaba entre el estallido de chicos. La muchacha siguió caminando, sola, y la curandera estuvo a punto de seguirla.

El pan está seco porque hoy es jueves.

La tía Temple murió un jueves, hace ocho inviernos.

Antes de Temple, cuando su madre se olvidaba de comprar comida, la curandera se preparaba ketchup, mostaza y mayonesa sobre una rebanada de pan caliente.

Antes de Temple, ella se iba a acostar sola.

Antes de Temple tomaba muchas aspirinas, porque los doctores normales eran demasiado caros y el personal de urgencias conocía demasiado bien a la madre de la curandera.

Antes de Temple nunca había ido al cine.

Tenía trenzas pelirrojas salvajes, usaba pantalones morados holgados y no estaba casada. Tenía una risa chillona. Su tienda se llamaba como una bruja que vivió en Massachusetts tres siglos antes. La gente de Newville también llamaba bruja a Temple, pero no de la misma forma que a la curandera.

Cuando era joven, Goody Hallett se enamoró de un pirata que la abandonó. La leyenda dice que mató a su bebé la noche de su nacimiento, que ahogó a la criatura en un establo, después la metieron en la cárcel y se volvió loca y atraía a los barcos para que chocaran contra las rocas de Cape Cod. La verdad, decía Temple, es que le entregó el niño en secreto a la esposa de un granjero. La esposa tenía un diario que preservó el recuerdo del hecho.

El bebé es el tataratataratatarabuelo de la curandera.

El rincón más recóndito de su oreja izquierda advierte que los escarabajos comedores de madera rascan las vigas del techo para poner huevos en las vetas de la madera.

—Nunca olvides que descienes de Black Sam Bellamy y Maria Hallett —le dijo Temple.

Sin embargo, la curandera nunca ataría una linterna a una ballena. Como los marineros y los pescadores, odia nadar.

La mañana roja presagia naufragio al
marinero y pena al ganadero, infortunio a
las aves, ventarrones y terribles
tragedias a los pastores y a los rebaños.

La esposa

Gritos gritos gritos. No lo pares no lo pares no lo pares.

—¡Dale la vuelta!

John quiere que le vuelva a poner el disco; ella no lo hará. Toda la mañana ha sido de discos: chillar gritar chillar gritar, tirarse al suelo, agitar brazos y piernas. «¡Dale la vuelta!» no lo pares no.

—Mami dale vuelta mami dale vuelta mami dale vuelta mami...

Ella ha razonado, ha implorado, ha ignorado, se ha preocupado de que se le vayan a dañar los tímpanos; y ahora dice «¡Y una mierda, cállate ya!», y a John, que sigue gritando y contorsionándose en su berrinche, le da lo mismo, pero Didier aúlla desde el comedor:

—¡No le hables así!

—Sube y arréglate tú con él —le grita la esposa—, o vete a la mierda.

Su esposo sube a saltos, levanta la tapa del tocadiscos y pone la aguja sobre el disco; libera una guitarra bulliciosa.

John se calla, agitándose entre lágrimas.

«Somos los dinosaurios, marchando, marchando.

»Somos los dinosaurios. ¿Qué te parece?»

—La lección que acaba de aprender —dice la esposa— es que si grita lo suficiente, obtendrá lo que quiera.

—Pues qué bien. Este mundo es difícil.

«Somos los dinosaurios, marchando, marchando.

»Somos los dinosaurios. ¡Ponemos la tierra al revés!»

—¿Podrías llevarlo a dar un paseo? —pregunta la esposa.

—Está lloviendo —responde Didier.

—Su impermeable está sobre la barandilla.

—No parece que quiera ir a caminar.

—Por favor, hazlo por mí —pide ella.

—De verdad, no tengo ganas.

—Nunca estoy sola.

—Pues yo tampoco. Me paso todo el día con esos *trous du cul*, cinco días a la semana.

—Didier —pide lenta y cuidadosamente—, ¿podrías, por favor, salir con él? Bex regresará en una hora y haré la comida, pero quiero estar a solas un rato.

—A mí también me gustaría estar a solas —responde, pero se dirige a la barandilla—. Vamos, *Jean-voyage*.

Juntar las migajas en la palma.

Rociar la mesa.

Limpiar la mesa con el trapo.

Enjuagar las tazas y los platos.

Colocar las tazas y los platos dentro del lavaplatos.

Poner a remojar quinoa.

Enjuagar y cortar pimientos rojos.

Meterlos en la nevera.

Enjuagar la quinoa en el colador.

Guardar la quinoa limpia y cruda en la nevera.

Regar la maceta del ficus con el agua de la quinoa.

Rociar las hojas semejantes a serpientes de la cabeza de medusa.

Sacar la ropa de la secadora en el sótano.

Doblar la ropa.

Poner la ropa sucia en el cesto.

Dejar el cesto de ropa sucia al pie de la escalera que va al segundo piso.

Escribir «detergente para ropa» en la lista que tiene en la cartera.

Plip, plip, plip, suena el grifo de la cocina.

A nadie de la colina le gusta la quinoa.

Coge las calabazas de plástico de los niños de la repisa más alta.

Hace más de un mes que pasó Halloween. Les dijo que ya se habían terminado los dulces.

En la cocina vacía o en el cuarto de costura, la esposa come azúcar sin que nadie lo sepa.

Esta vez se permite tres dulces crujientes de coco, un chicle de almendras y un paquete de caramelos con forma de maíz.

«¡Esto es lo que te hace falta, Ro! Darte un atracón de dulces rancios robados a tus hijos.»

¿Cómo es posible que la esposa pueda desear que Ro no se quede embarazada? ¿Que no publique su libro sobre la científica del hielo?

Plip, plip, plip.

Como si la vida de la esposa fuera a mejorar si Ro no tuviera un hijo o un libro.

Como si la vida de Ro fuera a resultar peor si la esposa tuviese un trabajo.

La rivalidad es tan vergonzosa que no puede ni mirarla.

Sólo parpadea y pasa el rato.

Espera.

Hace tanto frío en esta casa.

Se quita el suéter y lo mete entre la puerta trasera y el suelo de la cocina que, nota en ese momento, está arenoso de migajas.

Va a buscar la escoba pero termina yendo por su teléfono.

Sábado por la mañana: su madre ha de estar ordenando, limpiando, hojeando revistas.

Por supuesto que se ven, se visitan (el Día de Acción de Gracias es la próxima semana), pero no es lo mismo que tenerla aquí, a pellizcos, en momentos espontáneos. Ciento sesenta kilómetros son demasiados para un pellizco espontáneo.

Tiene treinta y siete años y extraña a su madre.

¿Pero acaso no le encantará, dentro de treinta años, saber que Bex y John

la echan de menos?

Puede ver la carita de John, más grande pero todavía con las emociones traslúcidas, el vaivén de sus sentimientos nítidos, su niño de las mareas. Él siempre la querrá.

Bex tiene un instinto demasiado fuerte de autosuficiencia; ella estará bien por sí misma.

—Hola, mamá —saluda la esposa—, ¿cómo está el tiempo por ahí?

—Lloviznando, ¿y allá?

—Eh, mmm, gris nada más.

—Corazón...

—Los duendecillos están bien —dice la esposa.

—Susan, ¿qué pasa?

—El grupo de Bex representará el *Mayflower* y John está obsesionado con las canciones de dinosaurios.

—Me refiero a ti.

—Nada —responde.

—¿A qué hora quieres que llegemos el jueves? —pregunta su madre—. Llevaré boniatos. Creo que serán un éxito.

En la colina todos odian los boniatos.

—Ven todo lo temprano que te apetezca. Te quiero, mamá.

Plip, plip, plip.

La perfecta madre de Shell traerá a Bex a casa en quince minutos y la niña llegará llena de elogios sobre la familia con la que se lo acaba de pasar genial: cómo recogieron zarzamoras silvestres, cómo prepararon un pastel de zarzamoras casero endulzado sólo con sirope de arce de grado B, porque el azúcar refinado es tóxico.

Luego querrá que la ayude con sus deberes. «Describe qué tiempo ha hecho cada día de la semana. ¿Ha sido soleado? ¿Ha habido niebla? ¿El mar ha estado alegre o enojado?»

En cuanto se queda dormida, sueña con cómo se la tiraría Bryan, su penetración grande y gruesa, los empujones fuertes, un leopardo

embistiéndola, ¡Dios!, no se cansa, por todo el fútbol, esos músculos extragrandes que llevan la sangre a su corazón...

—*Meuf.* —Un pellizco en la piel de las costillas.

—Mmmm.

El aliento de Didier en su cuello.

—Me ha molestado lo que le dijiste a John.

—Mmmm.

—Me ha molestado mucho.

—¿Lo dices en serio? —susurra—. Tú dices «joder» delante de ellos a cada rato. Y yo lo he dicho una sola vez.

—Pero nunca les digo que se callen. No quiero que les hables así.

—Lástima, tú no eres el que lo decide —contesta la esposa.

A la mañana siguiente la esposa sale de la casa, los pies descalzos sobre el césped frío y mojado, más allá de los arbustos de lavanda, el garaje y el columpio hecho con un neumático. Abre su teléfono y marca.

—¿Hola?

—Hola, Bryan, soy Susan. —Aire, silencio—. ¿La esposa de Didier?

—Ah, sí, sí, claro. ¿Cómo estás?

—¡Bien! Yo, eh, he conseguido tu número en el directorio de la escuela y te llamo para... saludarte. ¿Qué?

—Pues, ¡hola, Susan! —dice Bryan.

—También quería invitarte a la cena de Acción de Gracias en nuestra casa, si no tienes planes. Ro vendrá, es un poco como una huérfana; no técnicamente pero... Y mis padres, pero no es... o sea...

«Deja de hablar. ¡Tienes que dejar de hablar!»

—Qué amable de tu parte —responde él—, pero, de hecho, tengo planes.

—¡Ah! Bien, sólo quería preguntar.

—Mmmm.

—Bueno. —Tose.

—Sí —dice él.

—Pero tú y yo deberíamos tomar un café alguna vez —dice.

Aire, silencio.

Él responde por fin.

—Claro, me gustaría.

ancla
vela
deriva
rápido
hielo
grasiento
capa de hielo
viejo
paquete
bizcocho
balsa
joven

La biógrafa

Le da rápidamente la noticia a su padre, de camino a la escuela. Él no se molesta en ocultar su disgusto.

—¿Otra Navidad solo?

—Perdón, papá. Tengo muy poco tiempo libre y el vuelo me lleva un día entero...

—No debí mudarme.

—Odiabas Minnesota.

—Denme una tormenta de nieve cualquier día a cambio de este inframundo de humedad.

Siente el pliegue sobre su hueso púbico ligeramente hinchado —o dolorido—, algo diferente a los cólicos menstruales pero del mismo estilo. Ha pasado casi una semana desde la inseminación; se hará una prueba de embarazo en ocho días. ¿Son signos de implantación? ¿Un blastocisto se insertó en el muro rojo? ¿Se aferró y crece con todo su poder? ¿Sus cromosomas son XX o XY?

—¿Alguna vez volveré a verte? —pregunta su padre.

Él no volará, por su espalda. Si ella se lo pidiera, le enviaría dinero para un billete de avión, pero él no puede permitírselo más que la biógrafa. Sus ingresos son fijos y escasos. «Quizá no te deje nada de efectivo —le gusta decir—, pero puedes vender mi colección de monedas. ¡Valen mucho!»

—Claro que sí, papá.

—Me preocupo, niña.

—¡No te preocupes! Estoy bien.

—Pero quién sabe —dice él— cuántos viajes alrededor del sol me quedarán a mí.

En la clase de historia, los muchachos de primero hacen bolas de papel ensalivado y preguntan: «Señorita, en los viejos tiempos, cuando era joven, ¿había bolitas de papel?».

Los de tercero están disfrutando de los resultados de una investigación sobre términos arcaicos para decir «pene». Cuando Ephraim grita «¡Bilbo!», la biógrafa lo mira fijamente y él le devuelve la mirada. Por lo general, ella no tiene problemas con la disciplina; este estallido lo siente como un fracaso.

Bueno, ella es un fracaso. Ella y su útero, fracaso, fracaso, fracaso.

Ephraim: «¡Capullo!».

La biógrafa: «No estás diciendo más que prepucio, amigo».

Risas, sorpresa. «Ha dicho “prepucio”.»

La biógrafa y sus ovarios; fracaso, fracaso, fracaso.

—¡Fraile calvo!

Pero ha habido punzadas, dolorcitos agudos. Algo está ocurriendo ahí abajo, ella lo siente. ¿Quizá finalmente no soy un fracaso? Miles de cuerpos lo logran cada día. ¿Por qué no el de una biógrafa de Minnesota cuya ropa favorita son unos pantalones?

—Nouri, puedes ponerte el pintalabios después de clase —dice.

—No me lo estoy poniendo, estoy retocándolo.

Nouri Withers ama los libros de asesinos famosos y escribe las mejores oraciones entre todos los chicos a los que la biógrafa ha enseñado. Tiene que comprobarlas en un buscador para asegurarse de que no sean plagios.

—Te puedes retocar después.

—Pero mis labios están mal ahora.

—¡De acuerdo! —grita Ephraim, de piernas largas, jugueteón, que se cree irresistible con su sombrero *vintage* de fieltro. Un muchacho que se mueve por el mundo sin miedo. Si no fuera tan intrépido, guapo y bueno en el fútbol,

podría haberse visto obligado a crecer en direcciones más interesantes. Lo único interesante de Ephraim, en opinión de la biógrafa, es su nombre.

La biógrafa decide que ella también gritará.

—Chicos, ¿alguna vez habéis considerado cuánto tiempo de robáis de la vida de las muchachas y las mujeres debido a su sufrimiento por su apariencia?

Algunas caras sonrían, inquietas.

Aún más fuerte:

—¿Cuántos minutos, horas, meses, incluso verdaderos años de sus vidas gastan las muchachas y las mujeres angustiándose? ¿Y cuántos miles de millones de dólares de ganancias corporativas se generan como resultado?

Nouri baja su lápiz de labios con la boca abierta. Se queda varado en el escritorio como un dedo escarlata.

—¿Muchos miles de millones, señorita?

Estos chicos deben de pensar que ella es una broma.

—La institución comenzó —les dice a los de segundo— como un acuerdo fiscal en el que el patrimonio del padre transfería tierra, dinero y ganado al patrimonio del esposo junto con el cuerpo de la hija-novia. En los siglos recientes, a esta base económica la ha encubierto, algunos dirían asfixiado, el velo del amor romántico.

—¿Usted está casada, señorita? —pregunta Ash.

—Cállate —dice alguien.

—No —responde la biógrafa.

—¿Por qué no? —pregunta Ash.

—¡Cállate! —grita Mattie.

El silencio se rompe. Incluso los chicos medio dormidos de repente están atentos.

Mattie dice, más tranquila:

—¿Por qué murieron?

Desde el escritorio contiguo, Ash le frota el hombro.

—¿Te refieres a las ballenas?

—Un investigador independiente dijo que quizá su sonar se estropeó. Las señales de altos decibelios de los submarinos pueden hacer que las ballenas se queden sordas. —Mattie apoya las mejillas lunares sobre sus manos.

—Mi padre afirma que es culpa de la bruja —dice el hijo del héroe marino local—, porque atrajo el dedo de hombre muerto de regreso a Newville y las algas echaron a perder el agua.

Gritos y quejidos:

—¡Sí, las algas envenenaron a las ballenas!

—Qué tontería.

—Pero también ha habido más peces muertos en las redes...

—¡Esperad, chicos! —dice la biógrafa—. A lo mejor tu padre bromeaba.

—Mi abuela Costello dijo lo mismo —dice Ash—, y la última vez que bromeó fue en 1973.

—Y mi padre no es tonto —dice el hijo del héroe.

La biógrafa contempla el desvío hacia la biología marina y la historia de la persecución de brujas en Inglaterra y Estados Unidos, pero necesita terminar la clase cinco minutos antes para llegar a su cita en la clínica. Kalbfleisch insistió en que fuera para hablar sobre sus resultados de la prueba de síndrome de ovario poliquístico. Hará un viaje de dos horas para recibir probablemente, casi con toda seguridad, malas noticias.

—Hay un templo budista —dice— en una pequeña isla de Japón en el que solían hacer réquiems por las ballenas que mataban los balleneros. Rezaban por el alma de las ballenas. También tenían una tumba para los fetos de ballena que sacaban de los cuerpos de sus madres durante el desollamiento. Les daban un nombre póstumo a todos los fetos que enterraban y tenían una necrología que registraba las fechas de captura de sus madres. —Hace una pausa observando el aula—. ¿Ya sabéis adónde quiero llegar con esto?

—¡Viaje de campo a Japón!

—¿Las que se murieron en la playa tenían fetos dentro?

—¿Sabía que un «to» es un feto masculino?

—Haremos un réquiem —dice Mattie—. Pero primero tenemos que nombrarlas.

Buena chica. Incluso cuando está perturbada pone atención.

—Muy bien —dice la biógrafa—. Sois veinticuatro, sentaos en parejas. Cada pareja pondrá un nombre a una ballena. Tenéis tres minutos. Después nos reuniremos para recitarlos y para guardar un momento de silencio.

—Pero los tipos del templo nombraban a los fetos, no a los adultos. Ha cambiado el ritual.

—Así es, Ash. Poneos a trabajar.

Abre su cuaderno.

Cosas que hacer con el bebé:

1. Tomar un tren a Alaska.
2. Enterrarse entre mantas.
3. Llenarnos de mango deshidratado.
4. Contar historias sobre el Gran Varamiento de Cachalotes.
5. Poner los dedos de los pies en las olas el día más corto del año.
- 6.
- 7.

Sus estudiantes bautizan un *Moby Dick*, dos *Mikes*, un *Spermy*, ¡por el amor de Dios! Sin embargo, las ballenas no son exóticas para estos muchachos. La costa próxima a Newville es conocida por ser la capital de la observación de ballenas del oeste de Estados Unidos. Durante décadas, las economías locales han dependido de lo que aportan los turistas que anhelan ver a un coloso romper las aguas, arremeter, azotar, salpicar, saltar. Pagan por observar desde las cubiertas de los barcos y por los telescopios panorámicos del faro de Gunakadeit, o por nadar con guías en trajes especiales en las zonas donde se alimentan las ballenas.

La biógrafa cierra su mochila, pensando de antemano en el tráfico en la carretera 22 —puede ahorrarse la peor parte si se apura—, cuando Mattie se acerca al escritorio.

—¿Le puedo hablar de algo?

—Desde luego. O sea, justamente ahora no, tengo hora con el médico,

pero ¿qué tal mañana? —Si llega al parking en tres minutos, estará en el camino del acantilado en siete.

—Mañana es Acción de Gracias.

—Entonces el lunes.

La chica asiente y se mira las manos.

—Sé que lo de las ballenas es terrible —dice la biógrafa—, pero...

—No es sobre las ballenas.

—Buen fin de semana, Mattie. —Se sube el cierre de la chaqueta, se echa la mochila al hombro y sale rápidamente.

Leyó sobre el varamiento en el periódico, pero casi no había pensado en ello desde entonces. Bestias cubiertas de crustáceos, gordas de grasa: sólo parecían reales en su libro, cuando la joven Eivør las veía morir en el *grindadráp*.

—¿Cuánto tardará el doctor Kalbfleisch? —le pregunta a la enfermera del mostrador—. Ya llevo aquí casi una hora.

—Es un tipo muy solicitado —dice la enfermera.

—¿Podría darme una idea?

—Es el día previo a un día festivo —responde.

—¿Y?

—¿Disculpe?

—¿Por qué eso lo hace diferente?

La enfermera finge que lee algo en la pantalla de su ordenador.

—No tengo manera de saber cuánto tiempo más tardará el doctor. Si necesita cambiar su cita, con gusto puedo ayudarle.

—Vaya, gracias —dice la biógrafa, y regresa a su silla de color malva. Toca la llave del candado de bicicleta que lleva en el cuello. Su madre paseaba en bicicleta todas las mañanas, con sol o lluvia, hasta que fue al doctor por un dolor en el hombro y se enteró de que tenía cáncer de pulmón.

Acusaciones del mundo:

13. Preferir la compañía propia es patológico.
14. Los seres humanos están diseñados para la compañía.
15. ¿Por qué no te esfuerzas más para encontrar una pareja?
16. La gente casada vive vidas más largas y saludables.
17. ¿Piensas que alguien realmente cree que eres feliz sola?
18. Es extraño que te relaciones tanto con los cuidadores de faros.
- 19.
- 20.

Kalbfleisch lleva una corbata de ardillas sonrientes.

—Siéntate, Roberta.

—Ésta es su mejor corbata hasta ahora —dice ella.

—Como sabes, me preocupaba la posibilidad de que tuvieras síndrome de ovario poliquístico. Después de ver algunos signos de crecimiento ovárico y de poliquistismo, revisamos tus niveles de testosterona y me temo que los resultados confirman que sí sufres de síndrome de ovario poliquístico.

Desde luego.

Sin embargo, permanecerá tranquila y fuerte. Es alguien que soluciona problemas.

—Está bien, ¿qué significa eso?

—Significa que algunos o muchos de tus folículos no están madurando de manera adecuada y la ovulación se ve afectada de forma significativa. Incluso cuando el equipo predictor de ovulación detecta un aumento de hormona luteinizante, por ejemplo, es muy posible que no aparezca ningún óvulo. Hay que cruzar los dedos con tu ciclo actual. ¿Cuándo vas a venir para la prueba sanguínea de embarazo?

—El miércoles —dice, tratando de que sus músculos faciales sonrían. «Alguien que soluciona problemas»—. Y si es negativa, usaré un donante diferente para el siguiente ciclo. Alguien que haya reportado más embarazos que...

—Roberta. —Kalbfleisch se inclina hacia delante y la mira, por una vez,

a los ojos—. No habrá un siguiente ciclo.

—¿Qué?

—Teniendo en cuenta tu edad, tus niveles de hormona foliculoestimulante, y ahora este diagnóstico, la probabilidad de que concibas mediante inseminación intrauterina es casi nula.

—Pero si hay una oportunidad, por lo menos...

—Por «casi nula», quiero decir más bien «nula».

Dolor tirante en el fondo del paladar.

—Ah.

—Lo siento. No sería ético que continuara con las inseminaciones cuando las estadísticas no lo justifican.

«No llores frente a este hombre. No llores frente a este hombre.»

—Pero, bueno, hay que cruzar los dedos con este ciclo, ¿de acuerdo? —añade—. Uno nunca sabe. He visto milagros.

No llora hasta que llega al aparcamiento.

En la autopista oscura, piensa en el calendario.

Se hará la prueba de embarazo, la última de su vida, el primer día de diciembre.

¡Si es positivo...!

Si es negativo, tiene seis semanas y media antes del 15 de enero.

Antes del 15 de enero, aún podrían escogerla en el catálogo, una madre biológica podría elegirla y la trabajadora social la llamaría por teléfono: «Señorita Stephens, ¡tengo buenas noticias!».

El 15 de enero, la ley Todo Niño Necesita Dos restaurará la dignidad, la fortaleza y prosperidad de las familias estadounidenses.

En el vestíbulo de su edificio, revisa su buzón. Un recordatorio del dentista; un catálogo de faldas largas y blusas ligeras para mujeres de cierta edad y un

sobre de Medicina para la Fertilidad Hawthorne, que rasga para abrirlo.
CONTIENE UNA FACTURA, dice, por la cifra de 936,85 dólares.

«Es muy posible que no aparezca ningún óvulo.»

En su cocina, sobre una caja para galletas, prende fuego a la factura y observa las llamas hasta que se activa la alarma de humo. ¡UA! ¡UA! ¡UA!
¡UA!

—Cállate, cállate...

¡UA! ¡UA! ¡UA!

Arrastra una silla hacia los chillidos

¡UA! ¡UA!

se sube

¡UA! ¡UA!

y golpea la alarma con el puño («cállate, puta») hasta que la cubierta de plástico se parte en dos.

Llevé mi *fisa* descompuesta a Aberdeen.
Trabajé como prensadora en la lavandería
de un astillero.

La hija

La campanada de las tres de la tarde todavía resuena cuando sube por la calle Lupatia hacia el camino del acantilado. En su bolsillo lleva las indicaciones para llegar a la casa de la bruja, que Ash ha conseguido sacarle a su hermana.

El corazón de un conejillo de indias pesa ochenta y cinco gramos; el de una jirafa, once kilos.

«Yasmine, he agregado entradas a nuestra lista.»

¿Dónde está Yasmine en este preciso momento?

La hija puede escuchar el latido de su propia aorta mientras camina sobre crujientes agujas de pino secas, rocas y hojas, siguiendo el sendero que espera que sea el correcto. Abandonó el camino al llegar al letrero azul que decía CAMPAMENTO A 6 KM, siguió por una pista de tierra hasta el letrero que decía BOSQUE ESTATAL GUNAKADEIT y entonces tomó una vereda más pequeña, pero ¿y si había más de un letrero del bosque estatal?

«Sólo te tendrás que tomar unas hierbas silvestres», le había explicado la hermana de Ash.

Su cuerpo estará limpio otra vez.

Pero será un delito.

Mitad Ephraim, mitad ella.

Un delito menor que cruzar a Canadá para hacerlo.

Pero de todos modos la encerrarían en el correccional juvenil Bolt River.

Y puede que duela.

Menos de lo que le dolería en una clínica de abortos clandestina, donde

usan equipo oxidado...

La hija camina más rápido, le suda el cuello, le arden los muslos, siente un fuerte calambre en las costillas.

Ash se negó a acompañarla. Si las atrapaban, la policía podría pensar que ella también buscaba uno y la acusarían de conspiración para cometer homicidio; ella ya tiene dieciséis, y a los dieciséis se la procesaría como adulta.

La hija lo entiende, pero Yasmine hubiera acudido con ella.

Aparece una cabaña, un pequeño cubo de madera sin pintar con las ventanas iluminadas y humo saliendo de la chimenea. La hermana de Ash le dijo que buscara gallinas y cabras para comprobar que era la casa de la bruja y no la de un violador, aunque los violadores también podrían tener gallinas y cabras. La hija ve lo que podría ser un gallinero, pero no hay gallinas —¿estarán dormidas?—, y un cobertizo (se asoma para examinarlo) en el que hay dos cabras, una negra y una gris, que la miran con ojos robóticos. «Shhh», les dice aunque no han emitido sonido alguno. La chimenea echa humo, las luces están encendidas, la bruja está en casa, entonces ¿por qué pierde el tiempo con las cabras? Pero ¿y si la bruja odia las visitas inesperadas? ¿Y si tiene un arma? Es legal dispararle a alguien si dices que ha invadido tu propiedad.

Al subir los escalones hacia la cabaña, la hija respira profundamente, como le enseñó su madre para las presentaciones de gimnasia, cuando aún era lo suficientemente bajita para practicarla.

Mamá entendería esta situación mucho mejor que papá.

Aunque la hija no se lo contará jamás.

Toc, toc.

La persona que abre la puerta no es vieja, es incluso bonita. Grandes ojos verdes, oscuro cabello rizado alrededor de unas mejillas pálidas. Su vestimenta, un áspero vestido de tela rústica y una gargantilla de terciopelo, transmite el aspecto de una mezcla de una prostituta victoriana con un cromañón. ¿Será ella la bruja?

La mujer la mira fijamente con el ceño fruncido.

—Hola —saluda la hija.

¿Será la sirvienta de la bruja, o tal vez su hermana menor?

—Tú. —La mujer cruza los brazos sobre su pecho y se rasca los hombros cubiertos por el costal. Sus uñas hacen un sonido susurrante.

—Disculpe que la moleste, pero busco a... No sé si será usted... ¿Gin Percival?

—¿Por qué? —Mira a la hija con la cabeza ladeada, más como un animal que como un humano.

—Porque necesito ayuda ginecológica.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—He sabido de usted por Clementine.

—Clementine. —Sigue frunciendo el ceño, pero ahora también sonrío: un rostro que se divide en dos direcciones.

—Me ha dicho que le dijera, eh., ¿que su verruga desapareció?

—Vale. —La mujer retrocede y la hija entra. El cuarto está tibio y huele a madera; hilos de luces blancas diminutas cuelgan de las vigas y los estantes están repletos de frascos, botellas y libros. Hay una estufa antigua, no hay caldero.

—Soy Mattie... Matilda.

—Mi nombre es Gin Percival.

—Encantada de conocerla.

La garganta de la bruja hace un gorjeo largo y grave. Sacude sus grandes cejas; quizá realmente está loca.

—Siéntate.

—Gracias. —La hija toma una silla.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Necesito las hierbas abortivas.

—¿Estás embarazada y no quieres estarlo?

La hija asiente.

Gin Percival extiende una mano a lo largo de su frente, como si se protegiera los ojos; suelta una carcajada fuerte y breve.

—No soy una agente encubierta —agrega Mattie—, y nadie me ha seguido. —Que ella sepa.

—¿Cuántos años tienes?

—Casi dieciséis.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—En febrero.

—¿Cuándo en febrero?

—El 15, soy acuario.

Gin camina de un lado a otro; entrelaza los dedos sobre su cabeza.

—Cero-dos-uno-cinco. Vas a cumplir dieciséis.

—¿Usted no...? —La hija tose para disimular su nerviosismo—. ¿La sentencia de prisión es peor si quien lo busca es menor de edad?

Ella deja de caminar y baja los brazos, lleva las manos a los lados de su vestido de costal.

—Eso no tiene que ver con nada. ¿Quieres un poco de agua?

—No, gracias. Disculpe que no haya pedido una cita antes.

—¿Cuántas semanas?

—No estoy completamente segura, pero creo que ¿unas once o doce? Se suponía que debía tener el periodo a mediados de septiembre, más o menos.

—Entonces andas por las catorce, al final del primer trimestre. Tienes que incluir las dos semanas antes de la concepción.

—Pero todavía estoy a tiempo, ¿no?

Esas cejas, frenéticos azotadores de color café. ¿Es posible que al vivir sola no se dé cuenta de cómo se comportan sus cejas? La hija no ve ningún espejo en la cabaña.

—¿Para el tipo de tratamientos que hago? Apenas, pero sí. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

«¿Y si tu madre biológica hubiera decidido terminar el embarazo?»

—¿Dolerá... mucho? —La hija baja la vista hacia las tablas desnudas bajo sus pies.

—No mucho. Tomarás un té que sabe mal, luego sangrarás. Tendrás que quedarte en casa al menos durante un día, mejor dos. ¿Lo saben tus padres?

«Piensa en mí y en tu madre, cuánto tiempo tuvimos que esperar.»

La hija niega con la cabeza.

—Pero puedo ir a casa de una... ¡Oh! ¡Hola! —Una cosa gris brinca a su

regazo, un acordeón ronroneador.

—Es *Malky*.

—Hola, *Malky*. —Ella odia a los gatos, pero quiere caerle bien a éste y que la bruja vea que ella le ha caído bien—. Es un chico amistoso.

—No es amistoso —responde Gin—. Súbete a la cama, necesito echarte un vistazo. Quítate los pantalones y las bragas. —Va a lavarse las manos.

La hija se desviste. Gin no ha puesto nada sobre la cama, en la que probablemente duerme, ni una toalla o una sábana limpia. Hay pelos de gato por toda la manta.

—Acuéstate —dice Gin, arrodillándose. Huele un poco a leche agria. Coloca ambas manos sobre el vientre de la hija y comienza a hacer una presión suave. Sus manos se mueven metódicamente, frotan, empujan; hacen una pausa sobre su hueso púbico, como si escucharan.

Después abre un frasco y saca con los dedos una porción de una jalea transparente.

—Voy a meterte dos dedos en la vagina, ¿de acuerdo?

—Sí. —La hija cierra los ojos, se concentra en el objetivo de su visita.

Los dedos no se quedan dentro más que unos pocos segundos y no le duele, pero aun así...

Gin se va a lavar las manos de nuevo y al regresar se sienta en el borde de la cama. Mira fijamente a la hija.

—Tienes los dientes muy bien alineados —le dice.

—Aparatos —responde la hija, sin estar segura de por qué Gin siente la necesidad de comentar nada al respecto—. Todavía uso paladar.

—¿Creciste en Newville?

—En Salem.

—¿Cuándo te mudaste aquí?

—El año pasado.

Gin toca la piel del lado derecho de la cadera de la hija.

—¿Cómo te hiciste esta cicatriz?

—Me caí de la bici.

—¿Y este lunar? —pregunta apretando uno con forma de manzana en su muslo izquierdo—. ¿Cuándo te salió?

—Lo tengo desde que nací, creo.

El dedo de Gin gira alrededor del lunar, sus cejas han dejado de moverse, pero sus ojos, que miran fijamente el lunar, brillan de lágrimas.

Es extraño que observe el lunar tanto tiempo.

—¿Se ve canceroso o algo? —pregunta la hija, alzando un poco la voz.

—No —contesta Gin levantándose—. Ya puedes vestirte.

Baja algo de un estante, ¿las hierbas abortivas?

—Dulces de marrubio —dice, ofreciéndole el frasco.

—Eh, claro, gracias. —El trozo, con sabor entre menta y regaliz, se le pega en las muelas—. Por cierto, me sangran las encías cuando me cepillo los dientes, ¿será que tengo escorbuto?

—El escorbuto sólo se da en los barcos. Tu cuerpo ahora produce más sangre, por eso te sangran. —Gin frunce el ceño, se da unos golpecitos en la mejilla con un dedo—. Puedo interrumpir el embarazo, pero hoy no. Necesito surtirme de ciertos ingredientes.

—Entonces ¿mañana?

—Más tarde. Te dejaré una nota en la oficina de correos.

«¿Más tarde?» Un espasmo de miedo en las costillas.

—Pero no tengo un apartado postal en la oficina.

—Pregúntale a Cotter en dos o tres días.

—¿El tipo con acné?

—Sí. Y el té te sabrá horrible.

El condenado gato está de nuevo en su regazo. Ella lo acaricia.

—¿Como la kombucha?

—Diferente tipo de desagradable, más fuerte. —Gin Percival sonrío. Tiene los dientes amarillos y no muy derechos. No es bonita, decide la hija, pero parece convencida; una persona a la que no le interesa complacer al resto de la gente. En ese aspecto, le recuerda a la señorita/Ro.

—Mejor vete ya, pronto oscurecerá. ¿Sabes cómo irte?

Hay que seguir la vereda hasta la ruta de senderismo, de ahí hacia el acantilado, luego hay que bajar a Lupatia; allí llamará a su padre para que la recoja en la biblioteca, donde se supone que está estudiando. Regresará a casa muy acongojada. No es estúpida, pero lo ha sido. ¿Por qué pensó que se

resolvería hoy?

—Mejor te acompaño. —Gin saca un suéter de color tierra. El gato salta del regazo de la hija.

—No es necesario.

—Es fácil perderse. Te llevaré hasta el sendero.

—¿Está segura?

—Estoy segura, Mattie Matilda.

Entre los diferentes nombres para el hielo polar, el que me gusta más es «compacto».

Me recuerda a los perros y lobos. Cosas que cazan.

Ser perseguido por el hielo y que te despedace.

La curandera

La curandera mintió. Tenía un buen abastecimiento de marimonia y poleo, bastante tusilago. Pero quería tiempo para pensar. Por lo menos, tiempo para hacerse a la idea de que se acercaría a un cuerpo que ella hizo para deshacer un cuerpo futuro.

Cuando hace meses vio a la muchacha fuera de la biblioteca, fue como ver un espejo, no a sí misma sino a toda su familia reunida en un rostro. La agencia le había garantizado que colocarían al bebé por lo menos a ciento veinte kilómetros de distancia, y sin embargo ahí estaba ella, saliendo de la biblioteca de Newville, con la cara llena de la madre y la tía de la curandera.

La muchacha es un espejo; repite, dobla el tiempo por la mitad. Cuando la curandera tuvo el mismo problema, ella no lo resolvió como Temple le había aconsejado. Los abortos eran legales entonces, pero la curandera quería saber cómo se sentiría al hacer crecer a un ser humano con su propia sangre y minerales, en su propio reloj rojo.

Hacer crecer, pero no conservar.

Los padres de la muchacha la habían mantenido bien. El aliento era dulce y su cabello lustroso, su lengua rosa salmón y los ojos húmedos. La piel del color de la luna la tenía por naturaleza y, desde luego, la estatura.

Se despidieron en la ruta de senderismo. Ella espera hasta que Mattie Matilda se pierda de vista, un minuto, en el aire que se hace púrpura, dos minutos, bajo el ulular de los búhos, tres minutos, sobre la tierra con venas congeladas; después la sigue: se asegurará de que ningún demonio toque a esa muchacha. Se para como un gato, sin ser oída, en un suelo vivo de hexápodos ciegos que ingieren hongos y raíces. *Malky* reconoció a la muchacha por sus aceites; se sentó directamente en su regazo porque por debajo del brillo labial y el desodorante olió los aceites de una Percival.

Desde las sombras de los abetos, la curandera observa que la muchacha llega al camino del acantilado y se dirige a la izquierda, hacia el pueblo y la gente. La curandera va a la derecha, hacia el mar, y la noche se desliza a través de los huecos de su suéter. Más y más cerca del borde del acantilado. El campo de tiburones descansa. Una franja de luna sobre el agua plana. En el horizonte, una aleta negra. Y el faro. La casa tiene luz para que el barco no choque. La luz tiene un haz para que el mar no se lo trague. Los barcos tienen vigías, observadores recelosos, hombres con impermeables que tienen miedo de morir. La luz les dirá «No vengáis aquí»; la luz los dirigirá hacia otros caminos en el agua negra y llena de huesos con los que estos hombres no se quieren reunir. En los barcos da mala suerte mencionar ahogados, conejos, cerdos e iglesias. No digas «ahogado» en los barcos; di «perdido».

El día de la conferencia para padres, la maestra dijo:

—Pero ¿dónde está tu madre?

Y la curandera respondió:

—Tomó un barco.

Sin embargo, en realidad se fue en un taxi que pagó con dinero robado de la caja de Goody Hallett's. Y la curandera, de ocho años, esperó hora tras hora. Día tras día. El invierno. Después Temple la llevó a Salem y obtuvo su custodia legal.

Ocho inviernos atrás, encontró el cuerpo de Temple derrumbado al pie de un abeto plateado y nunca estuvo segura de la razón. ¿Infarto? ¿Apoplejía? Su tía había salido a recoger lechuga de minero y tardó tanto que la curandera empezó a preocuparse. Fue a ver. Ahí estaba. Su piel lucía azulada, pero por lo demás parecía dormir.

Para entonces, Goody Hallett's había cerrado porque no llegaban suficientes turistas que compraran velas y cartas de tarot. Temple vendió el edificio. Se mudaron del apartamento de arriba de la tienda a una cabaña en el bosque, y Temple le dijo a la curandera, que desde que había salido del instituto se había limitado a ir a la biblioteca y a los acantilados: «Es hora de que trabajes».

La curandera no quería que nadie se llevara el cuerpo. No podía entregar a su tía a una funeraria para que la rellenaran y la enceraran; la tierra era dura y a Temple nunca le había gustado el fuego, así que la curandera le arrancó las uñas, el cabello y las pestañas, rasuró la piel de cada yema de los dedos y puso el cuerpo en el congelador grande, bajo el salmón y el hielo.

El invierno anterior, la curandera había cumplido treinta y dos: dos veces dieciséis (la edad de la muchacha en febrero) y la mitad de sesenta y cuatro. Sesenta y cuatro es el número de los demonios en el *Diccionario infernal*. De

las casillas en un tablero de ajedrez. Sesenta y cuatro es el cuadrado de ocho, que es el número de la regeneración y la resurrección: volver a empezar, otra vez.

¿Cómo podía dormir cuando no dejaba de ver la cara de la muchacha?

Antes pasaba meses, años, sin pensar en eso. Después, algo (el olor a cerezas, la palabra «pronto») se lo recordaba. Después lo volvía a olvidar, dejaba que el pececito se le escapara. Sin embargo, después de ver su cara fuera de la biblioteca no pudo dejar de pensar. De preguntarse si era ella realmente. «¿Eres tú?»

Sí, lo es.

—*Malky*, ven aquí.

Corta un pedazo de la hogaza de Cotter y le ofrece la primera mordida al gato. Se unta una gota de aceite de píceca negra en el metatarso derecho.

Y se duerme.

Alguien llama a la puerta, *Malky* bufa y los pollos de la familia gritan con todas sus fuerzas. Ella se levanta con estupor. Se aclara la garganta. Se tira un pedo.

Alguien llama a la puerta. *Malky* pasa de un bufido a un gañido.

—Cállate ya. —Lo aparta de la puerta con un pie.

Hombres con uniformes azules. Uno de cabello negro, otro rubio.

—Qué —dice.

—Soy el oficial Withers y él es el oficial Smith. ¿Es usted Gin Percival?

—pregunta el de pelo negro.

¿La han visto observando? ¿La acusarán de acoso? La muchacha, al encontrarse con ella, ¿recordó haberla visto entre los árboles de la escuela y se lo dijo a sus padres?

Ella sólo quería mirar su cara. Oír su voz. Ver en qué se había convertido.

—Gin Percival —dice el de cabello negro—, está bajo arresto por negligencia médica.

La curandera se queda boquiabierta.

—¿No habla inglés? —pregunta el rubio.

El de pelo negro se aclara la garganta.

—Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra ante un tribunal. Tiene derecho a hablar con un abogado y a tener un abogado presente durante cualquier interrogatorio. Si no puede pagar un abogado, se le designará uno. ¿Comprende estos derechos como le han sido leídos?

Espera en un banco cerca del escritorio del policía rubio. Le dan un paquete de galletas y agua en un vaso encerado.

¿Quién les dará grano a *Pinka* y *Hans*? ¿Quién cargará a la gallina tullida hasta el refugio? ¿Quién le dará pescado a *Malky*? Y si abren...

—Quiero llamar a alguien —dice la curandera.

—Ya ha hecho su llamada —dice el policía rubio.

—No, no la he hecho.

El policía grita sobre su hombro:

—¡Jack, ¿ésta ha hecho su llamada?!

—Ni idea —responde alguien que la curandera no puede ver.

—Adelante, supongo —dice el rubio.

Ella se para frente al escritorio y pone los dedos sobre el auricular de plástico.

—Adelante, señora.

No ha usado un teléfono desde que Temple vivía.

—Se me ha olvidado el número —dice.

¿Cuántos salmones ha descongelado recientemente? ¿Cuántos hay aún en el congelador? ¿Cuántas bolsas de hielo?

—Todos sus contactos están en su móvil, ¿verdad? —dice el policía—. La excusa habitual.

—Necesito el número de la oficina de correos.

—¿De la de Newville?

Ella sonrío, porque si asiente le saltarán las lágrimas de los ojos y le correrán por la cara.

Al hielo que me perseguirá los inupiaq lo llaman *ivu*, los europeos «ola de hielo», y nunca avisa. Galopa hacia la playa desde la profundidad del mar, una arcada de agua atrapada y afilada en una corriente como una ola de acero. Pero seré más rápida que el *ivu*. Me convertiré en un venado polar y correré más rápido.

LA ESPOSA

Baja la calle Lupatia a pie con los niños para matar el tiempo. El viento es veloz, azul y cortante a finales de noviembre.

Frente a la heladería Cone Wolf piensa en los hoyuelos de Bryan, en los muslos de Bryan, en cómo la miró.

—¡Buenos días, Susan! —dice la bibliotecaria al pasar.

—Buenos días.

Ya no está Goody Hallett's, Snippity Doo Dah es nuevo, pero aparte de eso, las tiendas, el bar, la biblioteca y la iglesia han estado asentados aquí, en el viento salado, durante décadas.

¿Morirá en Newville la esposa?

Cuando van a cruzar Lupatia, una bicicleta le pasa tan cerca que se le eriza el vello del brazo.

—¡Ten cuidado, joder! —grita el de la bici, reduciendo la velocidad y volviéndose a mirar a la esposa—. Ya es bastante malo que procrearas en un planeta moribundo.

—¡Idiota! —le grita ella.

Es cierto que no iba por las líneas peatonales.

Es cierto que ha agregado más gente a este tremendo hervidero.

El aroma a nuevo, calentito y sedoso del cuello de Bex.

Su boca vehemente en el pezón de la esposa para hacer bajar la leche que cosquillea en los conductos.

Cómo durmió John sobre su pecho con una confianza inconmensurable.

Puede que este planeta se esté asfixiando hasta morir, desangrándose por

cada orificio, pero los escogería igual a ellos, siempre.

—Mamipli, ¿hay cole mañana?

—Sí, corazón. —Pone el intermitente, frena y sale del camino pavimentado.

—¿Por qué?

—Porque mañana es lunes.

Suben por la colina bajo un techo ondulante de alisos rojos y madroños.

«Tú y yo deberíamos tomar un café alguna vez.»

Podrían verse en Wenport, para tomar un café.

Ella solía pasar por Wenport en esos interminables viajes para lograr que Bex se durmiera —la bebé Bex, que nunca quería cerrar los ojos— cuando Didier daba clases y la esposa no sabía cómo dormirla.

El aire en Wenport apesta a huevo, por la fábrica de celulosa.

Ella y Bryan podrían tener sexo en el asiento trasero de este coche.

Tal vez no en el asiento trasero; Bryan es demasiado grande.

Un motel, pagando en efectivo.

Los árboles abren paso a una cuesta abierta, moteada con grama salada y lavanda. La entrada de terrazo. La casa.

—¡Ya llegamos a casa, pequeñajo! —le dice Bex a John, que estará traumatizado de por vida porque la esposa le ha gritado que se calle de una vez, con un *joder*. John, por quien daría la vida para que no le pasara nada.

Desabrochar, desenredar, levantar, bajar.

Deja caer las llaves del coche en la mesa del vestíbulo. Su esposo está tumbado en el sillón de la sala.

—Te toca —le dice—. Me voy a caminar un rato.

—¿Y el almuerzo?

—He comido con los niños en el pueblo.

—Pero yo no he comido.

—Pues... come.

—Te esperaba —responde él—. No hay nada en la casa.

—No es cierto.

—Entonces ¿qué se supone que he de comer?

La esposa se dirige hacia la cocina, pero luego se detiene.

—De hecho, no es mi trabajo pensar qué tienes para comer.

—¿Podrías por lo menos sugerirme algo? En la nevera básicamente no hay *rien*.

—Te sugiero que metas de nuevo a los niños en el coche, que vayan a algún lado y que compres algo.

—Estoy exhausto —responde.

La esposa se quita los zapatos sin tacón, se pone las zapatillas de tenis, mira las agujas. El reloj ya está corriendo, es su tiempo a solas.

—Papi, te puedo hacer un pastel si quieres.

—Me encantaría un pastelillo *espacial*.

—¿Qué ingredientes lleva ese pastel? —pregunta Bex.

Didier le echa *la* mirada a la esposa; la ha pulido durante años, la deja como una arpía mojigata y a él como un chico de catorce años, culpable pero que no se arrepiente.

—Pensándolo bien, Bex, ¿me prepararías un sándwich dulce? De mantequilla y azúcar moreno.

—¡Un sándwich, a la orden! —dice la niña saltando.

—Nos vemos en una hora y cincuenta y siete minutos —dice la esposa.

Baja por la colina entre la sombra verde tenue.

Hace menos frío en el bosque que en la casa. Si Didier ganara más dinero, les alcanzaría para arreglar el desastre de las corrientes de aire, pero nunca cobrará más, así que no podrán.

«Y entonces ¡¿por qué no ganas algo de dinero tú?!», grita Ro.

«¿Por qué no retomas la carrera de Derecho?», plantea la esposa, más joven.

No debió dejar la universidad.

Claro que tuvo que hacerlo.

¿Y si no la hubiera dejado?

Su facultad no era de las mejores, pero era respetable. A los dos años,

salió a beber con una amiga de su grupo. Cuando ya iban a cerrar el bar, la amiga le dijo que conocía una tienda de donuts abierta toda la noche.

Si la amiga no hubiera sabido de esa tienda de donuts, si hubiera estado cansada o si nunca hubiese existido, la esposa habría terminado la carrera, habría sido admitida en el colegio de abogados, la hubieran contratado en algún bufete y, tal vez, sí, aun habría tenido tiempo para concebir.

Pero tal vez no. Y de cualquier manera, esos hijos, aunque hubiese tenido tiempo para engendrarlos, no serían Bex y John.

Este hecho les gana a todos los demás.

La esposa pisa una mano, suave y gomosa.

Una mano muerta en el suelo del bosque.

Una mano arrancada de su dueño, suelta.

Una mano muerta que también es un hongo.

Una bolsa de plástico negra que también es un animal.

No puedes creer a tus ojos.

En su momento, se convenció de que era una bolsa porque no quería que fuera un animalito retorciéndose.

«Quería ayudarlo, pero ya estaba muerto.»

¿Cómo ayudar al medio muerto, calcinado?

Lo atropellas con rapidez para detener la quemazón.

Podría dejar de estar casada con Didier.

Meter a John en una guardería y terminar la carrera de Derecho.

¿Con qué dinero?

Meter a John en una guardería y conseguir un empleo en la heladería Cone Wolf.

O en Central Coast, donde alguien con una licenciatura y sin experiencia puede dar clases de historia, y alguien que se graduó en una universidad local con pretensiones y que carece de experiencia puede dar clases de francés.

Podría dejar de estar casada con Didier.

En terapia, los niños la culparán por sus infancias destrozadas y por los nocivos mecanismos de ajuste que les arruinaron la adultez.

Sus terapeutas les preguntarán: «¿Crees que algún día la podrás perdonar?».

Primero, prensadora en la lavandería del astillero; después, sirvienta en la casa del director del astillero. Le servía té al mayordomo y al cocinero, aprendí inglés, oía por encima las clases que le daban al hijo mayor del director. Frascos de criaturas para alfiletear y diseccionar. Un volcán hecho de papel maché. Navegación marítima con un astrolabio.

La exploradora polar pidió sentarse en la sala donde daban clase con ellos.

~~El joven tutor estuvo de acuerdo y no quiso nada a cambio.~~

~~El joven tutor estuvo de acuerdo, pero quiso la mitad de su paga mensual a cambio.~~

~~El joven tutor estuvo de acuerdo, pero quiso sexo a cambio.~~

El joven tutor, Harry Rattray, estuvo de acuerdo si ella le prometía caminar con él los domingos entre los crocos púrpura del recién inaugurado parque Victoria de Aberdeen.

La biógrafa

Conduce durante dos horas para darle su sangre a la clínica. Medirán sus niveles de gonadotropina y la llamarán con los resultados. No se ha hecho una prueba casera antes, lo que hace normalmente. Quiere que todo sea diferente en esta prueba final de embarazo, para que el resultado también sea diferente.

Si este ciclo falla, no tendrá un hijo biológico.

Para adoptar en China, tu índice de masa corporal debe ser menos de treinta y cinco y tus ingresos anuales superiores a ochenta mil. Dólares.

Para adoptar en Rusia, tus ingresos anuales deben ser por lo menos de cien mil. Dólares.

Para adoptar en Estados Unidos —a partir del 15 de enero—, tienes que estar casada.

«¿Está casada, señorita?»

Cuando la primera trabajadora social en la agencia de adopciones le dijo «Espero que tenga en cuenta que un hijo no es un sustituto de una pareja romántica», la biógrafa casi se marcha de la entrevista. No se fue porque quería entrar en la lista de espera. Esa noche lanzó contra la nevera un cactus con su maceta y todo.

La última vez que tuvo sexo fue hace casi dos años, con Júpiter, del grupo de

meditación.

—Tu chocho huele deli —dijo, prolongando la primera sílaba de «deli» con un chillido horripilante. Se limpió el semen de los rizos oscuros de su vello abdominal y dijo—: ¿Estás segura de que no te estás apegando?

—Palabra de exploradora —contestó la biógrafa.

—No es que el apego siempre sea algo malo —dijo Júpiter—, pero en realidad no nos visualizo teniendo eso. Creo que conectamos bien sexual e intelectualmente, pero no emocional o espiritualmente.

—Voy a por una chocolatina —dijo la biógrafa, rodando fuera de la cama—. ¿Quieres una?

—A no ser que me estés usando en secreto para esto. —Alzó cinco dedos brillantes—. ¿Estás teniendo un momento de *Torschlusspanik*?

—No hablo alemán.

—El pánico a que se cierre la puerta. —El miedo a que las oportunidades disminuyan conforme uno envejece. Como cuando las mujeres se preocupan por hacerse demasiado mayores para...

—¿Quieres chocolate o no?

—No —dijo Júpiter, y ella pudo percibir que se preguntaba, «ahora que él lo menciona...», si podía ser verdad. Que tuviera miedo a marchitarse en su propia vid y hubiera decidido robarle su semen vegano.

Mordió con fuerza el chocolate congelado, que estalló en sus nervios dentales, y él dijo:

—Esas cosas te hacen mucho daño.

Aunque no menciona el sexo en sus cuadernos, es posible que Eivør Mínerudottír se acostara con muchos hombres. Con muchas mujeres. ¿Quién puede saber lo que hacía con otras sirvientas en Aberdeen, o con sus compañeros en los viajes oceánicos?

También es posible que pasara toda su vida (aparte de, o incluidos, los dieciocho meses de matrimonio) sin sexo. Por necesidad. Por elección.

Pero ¿cuántas personas navegaron al Círculo Polar Ártico, durmieron en tiendas atadas a témpanos de hielo, vieron que a un hombre se le caía la piel por comer el hígado tóxico de un oso polar?

En la sala de espera de la clínica, la biógrafa se echa un chorrito de alcohol en gel en las manos. Las noticias murmuran en una pantalla plana montada en una pared y algunas caras las observan, pero nadie habla.

—¿Para qué has venido hoy?

Alza la mirada: una mujer rubia con coletas le sonríe desde la silla opuesta.

—Una prueba de embarazo.

—¡Guau! ¡Entonces puede ser el día!

—Es poco probable —dice la biógrafa. Sin embargo, sí, de hecho podría ser. Si este ciclo funciona, la victoria en el último momento será una historia para contarle al bebé. «Apareciste justo a tiempo.» Se fija en que la mujer lleva un anillo sencillo y ninguna alianza de compromiso con piedra.

—¿Y tú?

—Revisión del noveno día —dice la mujer—. Éste es mi segundo ciclo. Mi maridín dice que deberíamos adoptar, pero yo... no sé. Es... —Se le llenan los ojos de brillo.

La palabra «maridín» anula la ausencia de diamante.

—Por lo menos vosotros podéis adoptar —dice la biógrafa, más fuerte de lo que habría querido.

La mujer asiente sin perturbarse. A lo mejor nunca ha oído hablar de Todo Niño Necesita Dos, o ha olvidado esa ley rápidamente al saber que no es válida en su caso.

Compara y desespera.

La biógrafa se desabotona la manga, la levanta y aprieta el puño. La

enfermera Crabby frota la piel amoratada. Archie estaba orgulloso de sus pinchazos y se negaba deliberadamente a usar mangas largas.

La enfermera, como siempre, tiene problemas para encontrar una vena.

—Están muy enterradas.

—La que está más cerca del codo por lo general va mejor...

—Primero hay que ver qué tenemos aquí.

El coche de la biógrafa llega a la cima del acantilado y el océano se extiende abajo. Un mar vasto, oscuro, luminoso, peligroso, con un lecho blanco por los huesos de los marineros, con mareas más fuertes que cualquier esfuerzo humano. Las rocas en el mar duermen como pequeñas montañas entre las olas. Ella adora el simple hecho de que el agua contenga millones de criaturas: microscópicas y gigantescas, vivas y hace mucho muertas.

Al ver semejante mar, uno puede fingir que las cosas están bien. Percibir sólo las preocupaciones con posibilidades de solución. Los coyotes en la calle Lupatia. La colecta para efectuar reparaciones en el faro. Por eso a la biógrafa le gusta esta región de abetos puntiagudos: por lo fácilmente que puede olvidar uno el mundo atronador. Casi puede dejar de ver los labios azules de su hermano, la mandíbula gris de su madre en la cama del hospital.

Mientras la biógrafa se escondía en aquella Arcadia lluviosa, cerraron las clínicas de salud para mujeres que no podían afrontar las reformas que establecidas.

Prohibieron los abortos en el segundo trimestre.

Ordenaron que las mujeres esperaran tres días antes de la intervención y que hiciesen un tutorial en línea bastante largo sobre el umbral de dolor fetal y las celebridades cuyas madres habían planeado abortar.

Empezaron a hablar sobre esa cosa llamada Enmienda de Estatus de Persona, que durante años había sido una idea marginal, una farsa.

En la mesa de la cocina, se come un plato con trozos de piña.

Bebe agua.

Espera la llamada.

Cuando el Congreso propuso la Enmienda 28 a la Constitución de Estados Unidos y se envió a los estados para su votación, la biógrafa escribió correos electrónicos a sus representantes. Participó en protestas en Salem y Portland. Donó dinero a Planned Parenthood. Sin embargo, no estaba tan preocupada. Tenía que ser teatro político, pensó, puro mostrar músculo por parte de la Casa Blanca y el Senado, controlados por los conservadores, en contubernio con un nuevo presidente amante de los fetos.

Treinta y nueve estados votaron para ratificarla. Una mayoría de tres cuartos. La biógrafa vio aparecer las noticias en la pantalla del ordenador, pensó en los carteles de las marchas (¡ALEJA TUS ROSARIOS DE MIS OVARIOS! ¡MÉTETE EN MI CABEZA!) y en las peticiones en línea, las columnas de opinión de las celebridades. No podía creer que la Enmienda de Estatus de Persona se hubiera vuelto real con todos esos ciudadanos en contra.

Lo cual (el escepticismo) era estúpido. Ella sabía —como profesora de historia era su trabajo saberlo— cuántos horrores se legitiman a la luz del día en contra de la voluntad de la mayoría.

Haciendo que el aborto fuera ilegal, dijeron los congresistas, habría más bebés susceptibles de adopción. No perjudicarían a nadie, dijeron, si prohibían la fertilización *in vitro*, porque la gente con úteros defectuosos y espermatozoides vagos simplemente podría adoptar a todos esos bebés extra.

Lo cual no ocurrió así.

Se termina la piña.

Se toma el resto del agua.

Les dice a sus ovarios: «Por tu paciencia, por tus óvulos, gracias».

Le dice a su útero: «Que seas feliz».

A su sangre: «Que estés a salvo».

A su cerebro: «Que estés libre de sufrimiento».

Suena su teléfono.

—Hola, Roberta. —Le habla el propio Kalbfleisch. Por lo general lo hace

una enfermera.

—Hola, doctor.

¿Él mismo la llama porque las noticias son diferentes esta vez?

Se para con la espalda contra la nevera. Por favor por favor por favor por favor por favor por favor por favor por favor.

Los abetos tiemblan y se estremecen sobre la colina.

—Lo siento, pero tus resultados han salido negativos —dice.

—Ah —dice ella.

—Sé que es decepcionante.

—Sí —responde.

—Las probabilidades simplemente no estaban, ya sabes, a nuestro favor.

—El doctor se aclara la garganta divina—. Me pregunto si..., bueno, has... Déjame decirlo de esta forma: ¿viajas mucho?

—A veces a Florida, para ver a mi padre.

—Viajes internacionales.

¿Irse de vacaciones para consolarse?

«Vete. Al. Infierno.»

Espera.

No.

Está diciendo algo más.

—Entonces, ¿usted recomienda —dice titubeando—, a la luz de mis... «dificultades», que debería ir... a algún lugar donde la fertilización *in vitro* sea legal?

—No estoy recomendando eso —dice.

—Pero acaba de decir...

—No te estoy dando ningún consejo en contra de la ley y por el cual podría perder mi licencia médica.

¿Sin darse cuenta ha estado hablando con un ser humano?

—¿Me comprendes, Roberta?

—Creo que sí.

—Muy bien entonces.

—Gracias por...

—Felices vacaciones.

—Igualmente. —Aprieta el botón para terminar la llamada.
Toca el trapo que cuelga de la manija del horno.
Mira la colina llena de abetos, la onda de un verde profundo.
A lo mejor genuina, sinceramente, cree que ella tiene dinero para hacer
«viajes internacionales».
«Ve a bañarte», se dice a sí misma.
Pero está demasiado triste para bañarse.

Quería estudiar el hielo marino, que

comienza como una fría sopa de cristal

Harry Rattray, el tutor escocés, no sabía nada acerca

forma una corteza bamboleante ~~lo suficientemente fuerte como~~
~~para sostener a un frailecillo~~ más gruesa que la estatura de
un hombre

puede bloquear, atrapar, arrancar o

aplastar rotundamente
un barco

demasiado triste

La hija

Mientras realizan el examen, la señorita/Ro hace algo raro con los dedos a los lados de su cara. Se frota de forma algo violenta, con los ojos cerrados. ¿Un fuerte dolor de cabeza? La hija no está de acuerdo con su padre en que la señorita/Ro sea una radical de izquierdas; simplemente es lista, es una solterona lista. Si la hija dijera esa palabra frente a la señorita/Ro, recibiría un sermón: «¿Qué tiene la palabra “solterona” que no tenga la palabra “soltero”? ¿Por qué implican significados distintos? ¡Chicos, esto son comportamientos del lenguaje!».

La bruja también es una solterona. Es valiente y fría, y no le causarían ninguna agitación las Nouri Withers de este mundo. Si estuviera en la situación de la hija, en lugar de angustiarse por cualquier detalle relacionado con lo que Ephraim prefiere, a Gin Percival dejaría de importarle o se vengaría de él. Inventaría una poción que haría que las puntas de los dedos de Nouri fueran insensibles durante el resto de su vida; así, si de vieja perdiera la vista, no podría leer braille.

Pero no puede hacer pociones en la cárcel.

—¿Ya habéis terminado todos? —pregunta la señorita/Ro—. Si no, pues muy mal.

Según el periódico, Gin hirió a la esposa del director.

—Ash, deja de escribir, ahora. Dame la hoja.

Pero no le pareció el tipo de persona que haría daño a alguien.

¿Les dan tampones en la cárcel? Tal vez Gin Percival no haya llevado. ¿Y qué pasa si le dan del tamaño equivocado, uno delgado cuando necesita uno

superabsorbente?

Una vez, cuando la hija perdió un tampón en su interior, Yasmine le dio instrucciones por teléfono para que encontrara los músculos que lo expulsarían. «Imagina que estás tratando de no orinar.»

Un bloque de hielo puede atrapar, arrancar o aplastar rotundamente un barco de trescientas cincuenta toneladas. Mínerudottír quería conocer a ese bruto.

La curandera

Regresó de caminar por el fondo del mar. Ahí, los pequeños sin ojos y los sin pies caminaron con ella. Corrió con los de aletas y con los planos, navegaron con ella los que no tienen pulmones; se meció con los pastos fantasma, con los peces linterna, con las anguilas lobo. En el norte, se bañó con peces que ni siquiera la veían; en el sur, nadó con tiburones duende que no se la comieron. Rozó con el pie una anguila, acarició una mantarraya, tocó la ventosa de un calamar tuerto.

Y volvió, al despertar, a la cama.

Como la celda de cualquier colmena.

—Aquí está tu bandeja —dice la guardia del turno de día, que tiene seis dedos en la mano inhábil. La polidactilia es un signo de los visionarios—. Y te ha llegado una carta.

Sobre papel blanco, a lápiz:

Querida Ginny:

Todo estará bien. Estoy alimentando a los animales, y ya me hice cargo de la otra cosa.

Espero que te guste este tipo de chocolate.

C.

Tan amable, Cotter. «Ya la voy a meter, ¿está bien?», dijo la primera vez que tuvieron sexo. Amable hasta que las vacas regresaron a casa. Adentro, y adentro, y adentro. Después, le dolió la vagina.

Había sentido curiosidad por probarlo. Lo hicieron cinco veces, en cuatro días diferentes, sobre una manta en el suelo del sótano de los padres de Cotter, hasta que ella decidió que ya no quería seguir haciéndolo.

Cotter se puso triste, pero siguió acompañándola a su casa al volver de la escuela, aunque no hablaban mucho, a veces nada. La vagina dejó de dolerle. Escuchaba el cruf y el bap de sus zapatos sobre la acera. La sirena de tsunami sonó tan fuerte que la curandera cayó de rodillas.

—¿Nos ahogaremos? —Odiaba nadar, tenía miedo de los tiburones.

—No, es sólo una prueba —dijo él, y se puso en cuclillas para abrazarla.

Cotter no era su futuro esposo, aunque, en esos tiempos, como que quería serlo. Las vírgenes escocesas empapaban turba chamuscada con orina de vaca, la colgaban en el umbral de su puerta y pensaban que el cabello de su futuro esposo sería del color que el moho orinado tuviera al día siguiente.

¿Mattie Matilda habrá resuelto ya su problema? ¿O el pececito seguirá adentro?

—La carta menciona chocolate —le dice a la guardia.

—No tienes permitido que te demos chocolate.

—Pero me lo han mandado a mí.

—Estás en la cárcel, bonita. Aquí nada es tuyo.

—Por lo menos dígame de qué tipo era —pide a la espalda de la guardia.

Ella sabe que los otros guardias se están comiendo el chocolate. Que se lo untan por toda la cara.

También le quitaron sus linternas de Aristóteles. Su bufanda.

—Si vamos a juicio, te ayudaría mostrar una apariencia lo más normal posible —le dijo el abogado—. Los estudios muestran que el aspecto y el atuendo influyen en el jurado.

Su aspecto no cambiará un centímetro de como es, y no permitirá que le lleve ropa de unos grandes almacenes. Su tía grita desde el congelador: «Muéstrales a esos listillos cómo lo hacen las Percival». La curandera ha estado rechazando el puré de patatas instantáneo y los *nuggets* de cerdo; se come sus propias uñas y la piel dura que tienen alrededor. El abogado le prometió llevarle comida mejor.

—Te sacaré para Navidad —dijo.

La Navidad, su criminal favorito. Se cuelgan calcetines, se cortan árboles, se dispara a los gansos, se amenaza a los niños con carbón.

La Navidad es la próxima semana.

Negligencia médica: ¿quién creará a la rarita del bosque antes que al director de la escuela? Naturalmente, ese imbécil se convirtió en director: hay muchos pequeños a los que mandar por allí. Para él no era suficiente con mandar a Lola.

«Si te divorcias de mí a tu edad, nunca conseguirás otro hombre; sólo son

números, nena, estás en el extremo equivocado de los números», le contó Lola que él había dicho.

Ellos creen que la curandera la hirió de gravedad. Piensan que sacudió su escoba hacia la luna, que guardó su propia sangre menstrual en el cráneo de un gato, que zambulló un sapo vivo en esa sangre, que desgarró una de las patas del sapo y que se la metió a Lola en el ano.

Nadie sabe por qué el dedo de hombre muerto (dañino para los cascos de los barcos, las ostras y los sueldos de los pescadores) regresó a Newville. Nadie lo sabe, así que decidieron que había sido culpa de la curandera. Ella había hechizado el alga. La había invocado a la playa con su silbido especial para hechizar. ¿Y sus razones? ¿Qué razones, desgraciados?

Algunas cosas son verdaderas; otras no.

Que Lola se cayó por las escaleras.

Que se dio un golpe tan fuerte que se le inflamó el cerebro.

Que se cayó porque había bebido una «poción».

Que la «poción» que tomó antes de caerse era directamente responsable de la caída.

Que entregarle la «poción» suponía una negligencia médica.

Que el titular del periódico dice CONMOCIÓN POR POCIÓN.

Que el aceite que le dio a Lola era para calmar su cicatriz.

Que el aceite era tópico, no debía tragárselo.

Que, incluso tragados, la flor de sauco, el limón, la lavanda y el fenogreco no hacen que la gente se caiga.

Que nadie creerá a la rarita del bosque antes que al director de escuela.

—¡Percival! —Una guardia a través de la ventanilla—. Vístete. Tu abogado está aquí.

El abogado lleva traje, como la última vez. Como para hacerse más real. Como si vestido con traje pareciera fuerte y real, y no el regordete raro y tembloroso que es. Entre los humanos, la curandera prefiere a los raros y a los temblorosos, así que le gusta.

De su portafolios saca dos cajas de dulce de regaliz.

—Como me pediste.

La curandera abre uno. Se llena la boca con el sabor negro y le ofrece a él.

—No. No como de esto. —Saca una botella de alcohol en gel y se echa en las manos—. Bueno, pues tu amigo Cotter ha cuidado de los animales y dice que todo está bien.

—¿Se aseguró de que las cabras no fueran hasta el sendero?

El abogado asiente. Se rasca la nuca.

—Me temo que tengo algunas malas noticias.

¿Mattie Matilda?

¿Fue a una clínica de abortos clandestina y murió?

—La oficina del fiscal ha agregado un cargo —dice el abogado.

—¿Ha agregado?

—Ha añadido un cargo. Pondrán un nuevo cargo en tu contra.

—¿Qué cargo?

—Conspiración para cometer asesinato.

Un frío plateado le quema el vientre.

—Como los óvulos fertilizados ahora se consideran personas —continúa él—, la destrucción intencionada de un embrión o un feto constituye asesinato en segundo grado. O, si estás en Oregón, «asesinato» más que «asesinato con agravante».

—¿Qué te dijo la maestra de música?

—¿Quién?

—La...

—Deja de hablar —dice él, tajante.

Ella lo mira de reajo.

—Señorita Percival, es mucho mejor que no me diga lo que estaba a punto de decirme. ¿Comprende? El cargo fue añadido por el abogado de

Dolores Fivey. La señora Fivey asegura que usted consintió en poner fin a su embarazo. ¿Hay algo de verdad en ello?

—No.

—Muy bien, bueno. —Busca en su portafolios un bloc y una pluma—. ¿Alguna vez mencionó que estuviera embarazada o que quisiera abortar?

Ese reloj nunca tuvo fruto.

—Lola miente —dice la curandera.

—¿Por qué iba a mentir?

—Haga que un médico la examine. El vientre ha estado silencioso.

El abogado levanta la vista de la libreta.

—¿No tiene un vientre comunicativo?

Él la está ayudando aunque ella no tiene dinero para pagarle, así que finge una risa.

—Nunca estuvo embarazada.

—Bueno, ella puede testificar que creía estarlo. —Se rasca el antebrazo bajo la manga y después se aplica más alcohol—. Sobre nuestra última conversación, no he podido reunir pruebas que impliquen violencia doméstica por parte del señor Fivey. No hay registros en hospitales, denuncias a la policía, no hay amigos ni doctores preocupados. Cero.

—Pero le rompió el hueso de un dedo —dice ella—, le quemó el brazo y la golpeó en la mandíbula.

—Sin pruebas que lo corroboren, no podemos presentar esta información en el juzgado.

«Soy descendiente de un pirata. De un pirata. Soy...»

—Señorita Percival, quiero que comprenda que una conspiración para cometer asesinato tiene un mínimo de prisión obligatoria de noventa meses.

Siete años, seis meses.

—Y eso es lo mínimo. Podrían añadir más tiempo en la sentencia.

—Pero no lo hice —dice ella.

—Yo la creo —dice el abogado—. Y haré que el jurado también la crea. Pero necesito revisar cada detalle de su relación con la señora Fivey.

Quiere saber lo que Lola le pagó por los tratamientos para la cicatriz. Si la fiscalía demostrara que hubo intercambio de dinero o bienes, entonces el

jurado podría plausiblemente llegar a la conclusión de que el dinero o los bienes fueron un pago anticipado por un aborto. Al aceptar la compensación, la curandera conspiró para cometer un asesinato.

—Ésta es la narración que construirán para el jurado —dice el abogado—. Tenemos que atajar eso. Será útil cualquier cosa que pueda poner en duda esa versión.

—No puedo recordar —dice la curandera. Hablarle del sexo sería peor. El método de pago más viejo del mundo.

En siete años y seis meses las gallinas y las cabras habrán muerto, *Malky* se habrá olvidado de ella y los escarabajos comedores de madera se habrán comido todo el techo.

La piel de las manos de la exploradora se endureció por las labores domésticas.

Ella se aburrió del ~~pago con sexo~~ las caminatas en el parque Victoria con Harry Rattray, el tutor escocés.

La esposa

El auditorio de la escuela, húmedo y repleto de oropeles.

«Todos sus compañeros se reían sin parar.»

—¿Santa? —pregunta John.

—Pronto.

—Santa no viene a la presentación navideña —corrige Bex, absolutamente segura.

—Tranquilos, *chouchous* —dice Didier al otro lado de John.

La esposa observa el auditorio en busca de Bryan, hace una pausa en los pechos de Dolores Fivey, cubiertos de lentejuelas plateadas. Se ven más pequeños, así como el resto de su cuerpo, las largas semanas en el hospital la han encogido; ya no es tan sexy. Penny bosteza. Pete revisa su móvil. Ro, derrumbada en su silla, parece furiosa.

«Pero Navidad llegó, Santa Claus bajó, y a Rodolfo eligió por su singular nariz.»

Aplausos y reverencias, luego Bryan sube al escenario con una chaqueta deportiva verde Grinch. No se pueden ver sus hoyuelos desde allí.

—¡Gracias al coro! —exclama, más aplausos—. ¡Y gracias a todas y a todos por asistir a, eh, a nuestra celebración de temporada!

Didier se inclina hacia John para susurrarle:

—Ese hombre es tan tonto como un melón en un calcetín.

—Que las fiestas de todos sean alegres y brillantes —dice Bryan. ¿Dónde pasará la Nochebuena? Ha de comer como un caballo con lo grande que es.

Fuera del auditorio, ella está con Didier y Pete, posponiendo el momento en que tendrá que asegurar a los niños en sus asientos, conducir de vuelta a la casa de la colina, desabrocharlos, lavar manzanas, untar crema de almendras sobre pan integral, servir vasos de leche de vacas que sólo comen hierba silvestre.

Pete: «Ese disco no salió hasta 1981».

Didier: «Perdóname, pero fue en 1980, exactamente dos meses después de que se ahorcara».

Pero no puede acordarse de darles el suplemento de flúor a los niños.

—Y exactamente cien años después de que se construyera nuestra casa — agrega la esposa.

—Apuesto a que fueron trabajadores chinos los que pusieron cada clavo —dice Pete—, y por un salario criminalmente bajo. *Jodieron* a mi gente en Oregón, en especial a los que trabajaron en el ferrocarril, pero también a los mineros. ¿Has oído hablar alguna vez de la masacre de Hells Canyon?

—No —responde la esposa.

—Pues deberías buscarlo.

Pete a duras penas disimula el desdén que siente hacia ella. Una señora blanca mimada que no trabaja y vive en una propiedad de su familia..., ¿qué hace todo el día? Mientras tanto, Didier lo agasaja con historias de su infancia paupérrima en viviendas de asistencia social en Montreal, y él lo idolatra.

Su móvil vibra; número desconocido. Ella prepara su guion para el vendedor telefónico: «Retire mi número de su directorio de inmediato».

—¿Susan MacInnes? —El apellido que tuvo durante treinta años—. Soy Edward Tilghman, de la facultad de Derecho.

—Claro, Edward. Te recuerdo.

—Bueno, eso espero. —No ha perdido el tono formal, tampoco la congestión nasal. Edward, inteligente para los libros y tonto para la vida.

—¿Cómo estás?

—Lo sobrellevo —responde Edward—. Mira, la cuestión es que estoy en tu pueblo.

Ella se vuelve, como si él la estuviera observando desde los escalones del

auditorio.

—Represento a una clienta en la zona, y quería que supieras que estoy aquí. Sería un poco extraño e inesperado que de pronto nos encontráramos por ahí.

—¿Tienes donde quedarte? —pregunta ella.

Edward sería un visitante limpio pero quisquilloso; querría mantas extra y haría algún comentario sobre las corrientes de aire y los grifos que gotean.

—Sí, estoy en el Narval —responde.

—Pues serías muy bienvenido si...

—Gracias, ya estoy instalado.

Ella ha seguido un poco su carrera. Era un estudiante excelente, pudieron haberlo contratado de inmediato en un bufete de primera; sin embargo, trabaja en la oficina jurídica pública de Salem, no ha de ganar prácticamente nada.

—Deberías venir a cenar alguna noche.

Cuando la vea, pensará: «Se ha engordado bastante, antes era delgada, pero ahora... Aunque eso es lo que suele pasar cuando tienen hijos, la grasa se endurece».

—Mmm, lo tendré en cuenta.

Recuerda que ése era uno de sus distintivos: refunfuños suaves.

Ha habido noticias de chinches en el Narval.

—¿Entonces...? —dice. Se percata de que él ya ha colgado.

Didier choca levemente su hombro contra el de ella.

—¿Quién era?

—Un compañero de la facultad de Derecho.

—Espero que no fuera Chad el Empalador.

—Un *nerd* con el que trabajé en la revista legal.

Fiel a su estilo, su esposo no le pregunta nada más.

John gimotea agarrándola de la mano, se le ha olvidado traer el libro del puercoespín, además de la bolsa de uvas. Hay manchas de sus propias heces en el baño de arriba; ha cogido miedo al cepillo del baño, húmedo y oxidado en su recipiente.

Bryan está rodeado de jóvenes entusiasmados que se dan empujones,

deben de ser sus jugadores. ¿Pero no había terminado ya la temporada? Aunque, por supuesto, ellos no dejarán de adorarlo después del último partido.

Ro también está rodeada por una multitud de estudiantes, se ha borrado la furia de su rostro y efectúa gestos teatrales, los hace reír. Ellos la adoran, ¿y por qué no? Es una buena persona. A la esposa le gustaría ser una buena persona, alguien que se pusiera contenta si Ro se quedara embarazada o adoptase un bebé, alguien que no albergara la esperanza de que no lo logre.

Cuando Ro mira a los hijos de la esposa, ¿sentirá envidia? ¿Y si nunca se queda embarazada? ¿Si no puede adoptar? ¿Qué la motivará y dará sentido a su vida entonces? Cuando la esposa va caminando por la calle, con John en el cochecito y Bex agarrada de su mano, es obvio a los cuatro vientos cuál es su cometido. La esposa cría a estos animalitos, los alimenta, limpia, resguarda y ama en su camino de convertirse en personas independientes. La esposa hizo personas, ya no hay ninguna necesidad de justificar qué hace en este planeta.

Enormes ojos castaños, cabello con destellos de sol y barbillas perfectas. «Sabes que todos los niños pequeños son encantadores, ¿verdad?» El típico comentario de D. para destruir su felicidad. Bueno, está bien, los niños son adorables para que no los abandonen a su suerte antes de crecer lo suficiente para poder valerse por sí mismos, sí; pero también es verdad que algunos niños son más adorables que otros. A Didier le gusta decir «*Jambon sur les yeux*». Tienes jamón sobre los ojos.

Levantar, acomodar, poner los cinturones.

Gotitas de lluvia sobre el parabrisas; pronto, el mar.

—¡Me muero de hambre! —anuncia Bex.

—Ya casi llegamos —responde la esposa.

Casi llegan a la curva más cerrada, con su mísero muro de contención. Soltar el volante. Saldrían disparados entre las ramas, volarían pasando las rocas y desgarrarían el agua.

Los periódicos de mañana: MADRE E HIJOS PERECEN TRÁGICAMENTE EN EL ACANTILADO.

—Mamipli, ¿los renos duermen? —pregunta Bex.
Conforme se acercan a la curva, quita el pie del acelerador.

Hace tiempo Didier sintió celos de Chad, un estudiante de tercer año con quien la esposa salió un par de veces antes de conocer a su esposo.

Si alguna vez ella le dijera «Me acosté con Bryan», ¿reaccionaría de golpe, aceptaría ir a terapia de pareja y lucharía por recuperarla? ¿O sólo diría, sin levantar la vista de la pantalla, «Felicidades»?

Ella es demasiado cobarde para dejar su matrimonio.
Quiere que Didier se vaya primero.

En el verano de 1868, a los veintisiete años, Mínerudottír abandonó Aberdeen con una mensualidad extra (le gustaba a la esposa del director del astillero) y cuatro candelabros de plata guardados en las profundidades de su maleta.

Se fue a Londres.

Vendió los candelabros.

Obtuvo una entrada para la sala de lectura del Museo Británico, que no requería una cuota de socio.

Compró un cuaderno con la tapa de piel de color café.

Llenó el cuaderno de datos.

La hija

Detrás de los basureros enciende el primer cigarrillo del día, que normalmente es el mejor pero últimamente no le han sabido bien. Una suave eclosión química en el paladar.

¿Por qué a unas morsas de Washington DC, que no conocen a la hija, les importa lo que hace con el bulto? No parece molestarles que desde helicópteros disparen a matar a cachorros de lobo. Esos bebés ya respiraban por sí mismos, corrían, dormían y comían por sí mismos, mientras que el bulto ni siquiera es un bebé aún. No podría sobrevivir dos segundos fuera de la hija.

Las morsas tienen la culpa de lo que le pasó a Yasmine.

Que cantaba en la iglesia.

Cuya iglesia era la Episcopal Metodista Africana. Cada vez que la hija iba al servicio con los Salter después de las fiestas de pijamas se sentía extraña.

Yasmine decía: «Bueno, Matts, yo me siento extraña todo el tiempo».

«Ignorante niña blanca.»

Empieza a llover. La hija enciende un segundo cigarrillo y decide faltar a matemáticas, aunque ello signifique enojar al profesor Xiao, a quien no quiere enojar, y que la próxima vez que la vea le diga «¿Qué demonios, Quarles?». Nouri Withers estará en la clase de matemáticas y quién quiere ver a esa birria. Cierra los ojos, fumando, y la lluvia le salpica las pestañas.

—¿Tratando de desarrollar un cáncer? —La señorita/Ro está parada justo frente a ella.

—No. —La hija machaca el cigarrillo bajo su bota.

—Recoge eso, por favor.

La hija se lo mete en el bolsillo del chaquetón para evitar la falta de elegancia de caminar hasta el basurero y luchar con la tapa llena de suciedad. Su chaquetón apestará a cigarrillo muerto.

—Dime qué te pasa, Mattie.

—Nada.

—Nunca habías sacado menos de un ocho en un examen.

—Estudí el capítulo equivocado.

—¿Todavía estás triste por las ballenas?

La hija escupe una risa. Mira más allá del campo de fútbol, hacia los bosques escarpados y el cielo que se oscurece detrás de ellos.

—Puedes hablar conmigo, ya lo sabes. Te ayudaré si puedo.

—No puede —dice la hija.

—Inténtalo —dice la señorita/Ro.

«Tengo demasiado miedo de ir a Canadá por el Muro Rosa, pero la bruja está en la cárcel y necesito un plan, no tengo un plan; ¿usted qué haría en mi lugar?»

Pero ¿y si su contrato de profesora estipula que tiene que informar obligatoriamente de un abuso infantil o, en su caso, de un asesinato infantil?

La hija no es una asesina.

Sólo son células que se multiplican.

Todavía no tiene cara. No tiene sueños u opiniones.

«Una vez tú tampoco tuviste cara.»

Si la señorita/Ro informa de ello y el director Fivey la echa de Central Coast...

La Academia de Matemáticas no se entusiasmará con eso.

Las universidades no se entusiasmarán con eso.

Mamá y papá serán los menos entusiastas de todos.

—Tengo clase en un minuto —dice—, y el profesor Xiao dijo que a la siguiente persona que llegara tarde le abriría un segundo esfínter.

—La salud emocional tiene prioridad. Yo me encargo de Xiao.

A lo mejor puede.

—No es nada —dice la hija.

—Ponme a prueba.

A la señorita/Ro no le importaría lo que dijese su contrato. Es más valiente.

La hija habla mirando hacia los árboles:

—Pues... estoy embarazada.

—Ay, Jesús...

—Pero me encargaré de ello.

—¿Cómo? —dice bruscamente la señorita/Ro, roja como un motor encendido, sus pecas como estrellas marrones.

¿Está enfadada?

—Me estoy ocupando de ello —dice la hija.

—¿Cómo puedes estar fumando?

¿Cómo puede estar enfadada?

—No importa.

—Ah, ¿de verdad?

—El humo no...

—¿Qué planeas hacer, Mattie?

—Abortar —dice la hija.

La señorita/Ro frunce el ceño.

—Es sólo un embrión, señorita. No puede hacer una oferta por una casa aunque tenga el derecho legal de hacerlo.

No hay ni siquiera el más mínimo atisbo de sonrisa al oírse citada.

—¿Y qué pasa si te descubren?

Ésta no es la señorita/Ro que adora.

—No me descubrirán —dice la hija, abotonándose el chaquetón. La lluvia cae con más fuerza.

—¿Y si lo hacen?

—No me descubrirán.

¿Qué ha pasado con la señorita/Ro que dice que hay mejores cosas que hacer con nuestras vidas que tirarse por las escaleras?

—¿Ya sabes que te pueden acusar de un delito? Lo que significa el reformatorio hasta que tengas dieciocho, y después...

—Ya lo sé, señorita.

La mandarían a Bolt River.

¿Quién es esta monstruosa impostora?

La señorita/Ro se quita la capucha de la chaqueta y empieza a mesarse el cabello con los diez dedos, de las raíces a las puntas, de las raíces a las puntas, como un actor que interpreta a un paciente de un hospital mental.

—Tengo el nombre de una clínica abortiva —miente la hija—. Dicen que es buena.

Mesando, mesando, de las raíces a las puntas.

—¿Estás bromeando?

—Eh, ¿no?

—Las clínicas clandestinas cobran un montón —dice la señorita/Ro—. Y toman atajos porque, obviamente, nadie las regula. Usan equipo anticuado, no desinfectan los instrumentos entre pacientes, administran anestесias sin estar preparados. —Suenan el primer timbre. Los dedos se detienen a medio arar.

—Por favor, no les diga nada a mis padres o al profesor Fivey.

Hay lágrimas en los ojos de la señorita/Ro. Como si este momento fuera a empeorar.

—¿Les diré algo? —bala la hija—. ¡Por favor, no les diga nada!

Es extraño tenerle miedo a una persona por la que siempre se ha sentido lo opuesto del miedo.

La señorita/Ro vuelve a ponerse la capucha. Aprieta el cordón alrededor de su cara afligida y llorosa.

—No lo haré. —Se limpia los ojos con la manga de la chaqueta—. Es sólo que... Esto de verdad es, no sé...

—Está bien —dice la hija, tocándole el codo.

El codo permanece contra su mano.

La señorita/Ro parpadea y se estremece.

Se quedan de pie, mano con codo, durante lo que parece mucho tiempo. Las dos se están empañando y a la hija empieza a dolerle el brazo.

Suena el segundo timbre.

—Tengo matemáticas —dice la hija, y quita la mano del codo.

—Claro. Sí. —Sorbe—. Pero, Mattie...

La hija espera.

La maestra niega con la cabeza.

Caminan juntas por el campo de fútbol, sin hablar, y suben los escalones, sin hablar, hasta que entran por las puertas azules.

Gritó «Ayuda» en tres lenguas.

Las cabras degolladas colgaban en el cobertizo, las gargantas rojas.

La biógrafa

Hay cuatro naranjas en el frutero de la mesa. Las arroja una por una contra la pared de la cocina, dos rebotan, una se parte en dos y otra revienta. Abre la nevera: queso suave, brócoli, natillas de chocolate. Lanza el queso y las natillas por la ventana al patio del vecino; no oye que caigan porque el viento sopla muy fuerte. Recuerda que el chocolate es fatal para los perros; nunca ha visto un perro en ese patio.

Palabras que detesto:

33. maridín

34. sándwich dulce

35. diagnóstico

36. en estado

Dejará las naranjas donde están, tiene que irse a la maldita cena de Nochebuena.

Mattie irá pronto a que le practiquen un aborto.

Eso significa que antes de la biógrafa, en la lista de espera habrá una pareja casada más que no conseguirá un bebé.

Lo que no es problema de Mattie.

Se frota los antebrazos fríos.

Sus venas están escondidas, las de Archie estaban colapsadas.

Un amigo de Archie se puso unas alas negras de alambre y malla para el funeral.

La biógrafa vio una vez en la tele a un grupo de una iglesia que gritaba «¡Hurra!» fuera del funeral de la esposa de un político que había recurrido a la fecundación *in vitro* para tener dos hijos y, por tanto, había atraído (según la declaración de prensa que hizo la Iglesia) a su propia muerte por cáncer. Ella y su esposo codiciaron cosas que no eran suyas; llenos de furia, decidieron mostrarle a Dios quién mandaba y se metieron en cuestiones del útero. La esposa del político ahora estaba en el infierno. Evitad su ejemplo.

El exterapeuta de la biógrafa le preguntó:

—¿No es tu afirmación de que no necesitas una relación romántica una protección contra la desilusión y el rechazo?

—¿Le preguntarías eso a un paciente hombre?

—Tú no eres un paciente hombre.

—¿Pero lo harías?

—Tal vez, seguro. —Dobló las manos manchadas sobre su regazo de pana ancha—. Simplemente me pregunto hasta qué punto tu cruzada por tener un bebé es una defensa contra el dolor de estar sola.

—¿Has dicho «cruzada»?

—Estoy recordando el periodo en el que dormías con... ¿Se llamaba Zeus?

—Júpiter —respondió ella.

—Sí, Júpiter. Y me dijiste que antes apoyarías la pena de muerte que tener una relación con él, pero te lo estabas tirando —dijo «tirando» con un deleite que molestó a la biógrafa incluso más que cuando dijo «cruzada»—. Y, por supuesto, también está el problema de tu hermano, que te abandonó de una forma bastante terrible.

La biógrafa nunca volvió a poner un pie en esa consulta.

Cosas en las que he fracasado:

1. Terminar el libro
2. Tener un bebé
3. Mantener vivo a mi hermano

Comienza a marcar para llamar a Susan y cancelar la cena, y luego piensa en lo que será estar sola toda la noche, oliendo las naranjas destrozadas.

Bex se encuentra con ella en los escalones del pórtico.

—No te has vestido muy elegante —la acusa la niña, que lleva puesto un vestido rojo con peto y zapatos negros de charol—. ¡Es Nochebuena!

—Discúlpame —dice la biógrafa apretando los puños.

—He hecho palomitas para los renos —dice Bex apuntando a la ensaladera que hay sobre el césped.

En la época de Mínerudottír, se hacían sacos de dormir con el cuero de los renos, una piel lanuda muy buena para calentar a los náufragos sobre los témpanos de hielo.

—Para Navidad he pedido un gatito, aunque mi mamá dice que Santa Claus no puede traerme un gatito, pero eso no es cierto porque a una niña de mi clase le trajeron uno por Hanuká.

La biógrafa se sienta junto a ella sobre el escalón húmedo.

—Pero es que Santa Claus no trae regalos de Hanuká, sólo regalos de Navidad.

—¿Por qué?

—Porque así funciona.

—Pero yo quiero un regalo de Hanuká —dice Bex, toqueteando un botón bermellón.

—Tú no eres judía.

—Quiero cambiarme a judía. Y además, ¿qué es un coño?

La biógrafa se acerca para examinar el patrón en forma de ojos tallado en la barandilla.

—Mmm, ¿ya se lo has preguntado a tu mamá?

—No, porque esa palabra va en la caja especial.

—¿Le has preguntado a tu papá?

—Él ha dicho que lo hablaremos más adelante. Búscalo en tu móvil.

—Mi móvil no puede buscar cosas, es demasiado viejo. *Coño* es simplemente otra forma de decir vagina.

En feroés: *fisa*.

—Bueno —responde Bex, tomándola de la mano.

Los adornos están colgados con desgana; el ponche parece un fluido corporal. Da la impresión de que Susan preferiría estar en cualquier otro lado. Los invitaron porque se supone que es lo que hay que hacer, y Susan es una persona que hace lo que se supone que hay que hacer. En el pícnic de los maestros, el verano pasado, le dijo a otra madre: «No te conviertes realmente en adulto hasta que tienes hijos». La otra madre le respondió: «Definitivamente». La biógrafa, que estaba cerca de ellas con un perrito caliente ablandado por tanta mostaza, dijo «¿En serio?», pero nadie la oyó. Susan es una experta en la adultez: cosas para niños, cosas para cocinar, saber qué tenedor se usa para el pescado en un restaurante elegante. Y los Korsmo viven en lo que básicamente es una mansión, aunque se construyó como casa de verano, porque una casa de verano en 1880 era más lujosa que la casa de invierno promedio en la actualidad. Los padres de Susan son los dueños, aunque sin duda las escrituras pasarán un día a ella.

«Tú ni siquiera quieres una casa», se recuerda la biógrafa.

Didier está agachado sobre un horno abierto, rociando chorritos del jugo de la bandeja del asado sobre un crepitante trozo de carne.

—Prepárate para una carne de res fabulosa —saluda a la biógrafa.

John va corriendo hacia el horno, pero su padre lo levanta a tiempo («Nada de bebés quemados durante mi guardia») y lo baja («Ve a buscar tu libro del puercoespín») antes de que salga corriendo de nuevo.

—¿Sabes? Yo quería llamarlo Mick, debí haber insistido más en la discusión. John Korsmo es un agente de bienes raíces, aunque Mick Korsmo es un cabrón total.

—Pero —replica la biógrafa— casi cada palabra monosilábica en inglés que rima con Mick tiene una connotación negativa, grosera o despectiva: *ick, sick, lick, prick*.

—¡Guau! —responde Didier.

—*Kick, brick, trick...*

—¿Por qué es negativo *brick*, eh? —pregunta—. A no ser que se trate de un ladrillo de heroína; sin embargo, para algunas personas sin duda sería algo muy positivo.

Gota.

Vaso.

Ella realmente no está de humor.

—Didier, ¿hay alguna razón en particular por la que menciones tanto la heroína?

Él frunce el ceño.

—¿La menciono mucho?

«Mueve las piernas, Stephens.»

—Pues sí, la verdad. Y alguien importante para mí murió por eso, así que me gustaría que dejaras de trivializarlo cuando yo esté presente.

—Oh, perdona. —Juega con los dedos con un mechón grasiento de cabello rubio; párpados morados envuelven sus ojos azul grisáceos. Guapo de tan feo—. ¿Un novio?

El rostro de la biógrafa le pica de calor.

—Alguien importante —responde.

—¿Como un novio?

—Entonces, ¿tenemos un trato? —esquiva la pregunta—. ¿Ya no la idealizarás?

—Está bien, pero espera, eh..., necesito saber más.

—En otra ocasión.

—Te lo sacaré tarde o temprano —dice—. Soplaré y soplaré, y tu historia te sacaré.

Didier desgraciado. Penny bostezando. Bex lloriqueando por un gatito. La

suerte de Mattie. El ponche que parece semen. Los quistes de sus ovarios. Su padre comiendo vegetales blandos en la Casa de Retiro Ambrosia Ridge. Susan creyendo que la biógrafa todavía no es una adulta. La ley Todo Niño Necesita Dos entra en vigor en tres semanas.

Han comenzado a comer el asado de Didier cuando entra un invitado que llega tarde, un hombre blanco y regordete con la cabeza rasurada.

—Escuchad todos —dice Susan—. Éste es Edward Tilghman. Fuimos compañeros en la facultad de Derecho. Por cierto, no era necesario que te vistieras tan elegante.

—No me he vestido elegante —responde sacudiéndose las de lluvia del abrigo con las manos—. Éste es mi traje del trabajo.

—Edward tiene un cliente en el pueblo —explica Susan.

El invitado se acomoda en la mesa entre Penny y la biógrafa, toma un sorbo de agua y abre su servilleta de tela.

Algo tibio y húmedo le da a la biógrafa debajo del ojo izquierdo, lo encuentra sobre su regazo: un pedazo de carne.

Otro golpecito húmedo: también le da a Bex.

—¡Coño! —exclama la niña.

—¡Maldita sea, John! —dice Didier—. Si no puedes sentarte a la mesa sin tirar comida, ya no te sentarás a la mesa.

Susan mira fijamente a Didier.

—¿Por qué sabe la niña esa palabra?

—¿Y yo cómo lo voy a saber?

—¡Coñito McGee era un pequeño coño muy feliz! —canta Bex.

—¡Por Dios! —exclama Edward.

—No es una buena palabra, Bexy —dice Didier, pero se ríe.

—¿Va en la caja especial? —pregunta la niña.

—¿Qué caja especial?

—No es nada, mamipli.

—¡Mami! —llama John—. Un niño y un pescado son amigos.

—¿A quién estás defendiendo, Edward? —pregunta Penny.

—No puede decirlo —responde Susan.

—Sus nombres no son confidenciales —responde Edward—. No es Alcohólicos Anónimos.

Susan recibe el impacto de la corrección directamente en la cara.

—Pero el hecho de la representación —insiste Susan— es información privilegiada en algunas jurisdicciones...

—A una mujer llamada Gin Percival —contesta Edward, sirviéndose una cucharada de nabo.

—¡La bruja! —exclama Didier—. Ha estado brindando el tipo equivocado de servicios de planificación familiar.

—Shhh, cállate —ordena Susan.

—Mamipli, eso es grosero y tienes que pedir perdón.

—Yo creo que es papá quien tiene que pedir perdón, por ser un idiota.

Didier mira a Susan con una expresión que la biógrafa no le había visto nunca.

Penny se levanta de la mesa y aplaude.

—¡Es hora de que todos los niños que viven en esta casa le escriban una carta de bienvenida a Santa Claus! Los niños de la casa, haced el favor de venir conmigo a la estación de escritura de cartas.

—Primero tienen que darnos permiso para retirarnos —dice Bex.

—¡Tenéis permiso, caramba! —responde Susan.

Los niños siguen a Penny a la sala y Susan se lleva los platos a la cocina. Didier, en silencio, sale a fumar.

La biógrafa se siente mal por que Gin Percival esté en la cárcel, pero no tan mal como debería. Gin ya no puede ayudarla y la biógrafa no puede empatizar con nadie en esos momentos.

A no ser que una mujer o una chica embarazada decida, en las próximas tres semanas, que le encantaría que su bebé fuera criado por una madre soltera con un salario de maestra y saquen a la biógrafa de la lista de la agencia de adopciones. «Para restaurar la dignidad, la fortaleza y prosperidad de las familias estadounidenses.»

Pueden dejarla en la lista de acogida; pero la TNN2 estipula que en hogares de un solo padre o madre, su estancia no puede derivar en una adopción legal y permanente.

La biógrafa estornuda, se limpia la nariz con la servilleta de lino rosa.

Edward se aparta de ella.

—¿Podría taparse la boca, por favor? —le dice.

—Sí me he tapado la boca.

Él se cambia de lugar a tres sillas de distancia.

—¿Es en serio?

—Disculpe, pero mi sistema inmunológico no es muy fuerte y no puedo permitirme el lujo de enfermarme ahora.

La biógrafa empuja la punta de la servilleta dentro de una de sus fosas nasales.

Aspira.

Quiere irse a casa, donde nadie pueda verla.

Espira.

Escabullirse ahora, sin despedirse.

Aspira.

Susan le guardaría rencor por esa grosería.

Espira.

Pero y si...

Y si en lugar de...

¿Y si Mattie le diera su bebé?

¿Y si simplemente se lo regalara?

Pero eso es una locura.

Demento dementarium.

¿Y si Mattie dijera: «Sí, bueno, aquí está, es para usted. Cuídelo. Cuídese. La veo luego, señorita, me voy a hacer mi vida. Háblele de mí algún día»?

¿Y si le preguntara y Mattie dijera que sí?

Obviamente, jamás se lo preguntaría.

No sería ético, sería una conducta inapropiada. Y patética.

Pero ¿y si lo hiciera?

Niebla de hielo = pogonip
Cristal de hielo = frazil
Plumas de hielo = cencellada

La esposa

Qué alegría caminar desnuda después de tomar un baño y oír que tus labios vaginales chasquean. Levantarse del retrete y oír que tus labios chasquean.

El estiramiento y el aflojamiento es permanente, sin importar los milagros que dicen que pueden obrar los ejercicios de Kegel. Los Kegel no pueden arreglar los labios. La compañera de habitación de la esposa en la universidad se operó después del tercer hijo. «¡No más colgajos!», informó en un correo masivo. La esposa recuerda que pensó que era extraño anunciar tu labioplastia a setenta y nueve personas (las direcciones no estaban ocultas); sin embargo, las respuestas fueron incluso más extrañas: «Felicita a tu vagina». «¡Seguro que tu hombre está en éxtasis!»

Se abrocha los tejanos, tira de la cadena, vuelve con sus hijos, que están tirados en el sofá. Didier se ha escondido arriba, fingiendo que está preparando las clases.

—Estoy muy aburrida —se queja Bex.

—Pues juega con tus regalos de Navidad.

—Ya he jugado con todo.

—¿Ya has leído todos los libros que te regaló la abuela?

—Sí. —Está acostada boca abajo en la alfombra turca, con los brazos en cruz.

—Lo dudo. —La esposa ve que John empieza a sacar, uno por uno, los bloques que ella acaba de guardar.

—¿Dónde está Ro?

—En su casa. John, deja éstos en la cesta, por favor...

—¿Por qué duermes en el cuarto de costura y no con papi? —Sigue boca abajo pero ha dejado de moverse, como si esperara una respuesta con todas sus fuerzas.

—Papi ronca.

—Tú también.

—No, yo no ronco. —La esposa le quita dos bloques a John y los echa en la cesta con sus compañeros.

—Además, si tienes otro bebé...

—No tendré otro bebé.

—Pero si tienes otro bebé, ¿otra vez se te pondrán morados los pezones? ¿Se te caerá el pelo y morirán tus pechos?

—No murieron. Cambiaron de forma después de que John dejara de amamantar.

—Se pusieron planos —dice Bex.

«Sólo espera a llegar ahí, corazón.»

—No te pegaré —murmura.

Nunca les ha pegado a sus duendecillos, y nunca lo hará.

Quince minutos después está sola en el coche, va rápida. El camino está mojado y desdibujado por la niebla, pero es buena conductora; su pie es firme y capaz.

Dentro del Acme se vuelve más lenta, se demora en las elecciones. En el departamento de chocolates tiene sus marcas y sabores preferidos, las compañías orgánicas de la selva, las mentas y las almendras con sal de mar; sin embargo, a veces le gusta mezclar uno de avellana con cilantro o de pimienta negra, hinojo y cardamomo.

Pone seis barras (tres de cardamomo, tres de menta) y un paquete familiar de galletas con virutas de chocolate sobre la cinta de la caja, junto con un paquete de esponjas para cocina que no necesita.

—Así que tendrá una noche divertida —dice la cajera.

—Es para la clase de mi hija —responde la esposa.

—Claro —dice la cajera.

De camino a casa, aparca en el mirador panorámico con un muro de contención robusto.

Llama a Bryan.

Escucha su mensaje seco: «Ya sabes qué hacer y cuándo hacerlo».

—Hola —dice alegremente—, espero que hayas tenido una buena Navidad. Te llamo para ver si quieres que vayamos a tomar un café algún día. Ah, soy Susan. Muy bien, bueno, ¡llámame! ¡Gracias!

¿Qué hará Bryan con sus labios que chasquean?

Las barras de cardamomo van al cajón de la cocina, bajo los mapas.

Las de menta se quedan en el forro rasgado de su bolso.

Las galletas de chocolate se han acabado en los ocho minutos que hay entre el mirador y su casa.

Ve a su esposo y a los niños a través de la ventana, tirados en el césped seco que hay detrás del garaje. Por lo menos les ha dado un tentempié, aunque no ha recogido los platos.

Juntar las migajas en la palma.

Rociar la mesa.

Limpiar la mesa con el trapo.

Enjuagar las tazas y los platos.

Colocar las tazas y los platos dentro del lavaplatos.

Tirar la caja de galletas de tamaño familiar en la bolsa de reciclaje.

Si ella se va primero, romperá la familia.

Hacer un nudo en la bolsa de reciclaje y llevarla al contenedor azul.

Echar compost y agua del aclarado en la maceta del ficus.

Rociar las serpientes verdes de la cabeza de medusa.

Si se acuesta con Bryan, no sería una relación.

Ordenar los libros.

Poner los disfraces de hada en la caja.

Sólo sexo.

Ignorar el polvo negro de los zócalos.

Acostarse con un caballo de carga.

Ignorar las bolas de pelo rubio en todas las esquinas.
Ignorar las camas de los niños, pero hacer la suya.
Ese motelito rojo en la 22...
Mientras hace su cama, encuentra un calcetín del esposo entre las mantas.
Oler el calcetín; sorprenderse de que no huela mal.
Pasar un trapo sobre el polvo de la cómoda.
Dejaría el estado de la cuenta de la tarjeta de crédito abierto sobre la mesa del comedor.
En el baño de abajo, ignorar las costras de jabón del lavabo.
Pero Didier no se molestaría en leer los gastos.
Levantar el asiento del váter
Contar tres vellos púbicos.
Bajar el asiento otra vez.
Entonces simplemente se lo dirá, directamente.
Y él se irá primero.

Cuando Londres era más frío, se celebraban «ferias de escarcha» sobre el Támesis. Se colocaban encima del hielo contenedores con fuego y escenarios de marionetas, leones enjaulados y puestos de galletas de jengibre; había carreras de trineos, cerdos que daban vueltas en asadores, adivinadores, toreros. Se podían ver marsopas y lenguados atrapados a medio nado a través del cristal de hielo. Sin embargo, desde 1814 el hielo no ha estado lo suficientemente sólido como para soportar estas fiestas. Llegué a Londres demasiado tarde.

La curandera

En la cárcel lavan las mantas con tanto cloro que la curandera tiene que arrojarlas a la esquina más alejada de la celda. Duerme con su ropa, sobre un colchón delgado, y finge que es el suelo del bosque. Cuando despierta, le duele el pecho y tiene las fosas nasales llenas de químicos. Los muros siguen siendo grises.

Lanza el exterior al interior de su mente. El cielo lleno de agua, nubes llenas de montañas. El llano de los tiburones lleno de huesos. Estufas llenas de árboles, árboles llenos de humo, humo lleno de invierno. El mar lleno de algas, los peces llenos de peces.

Aquí dentro le dan *nuggets* y refresco de cola, pero no pescado.

Las desgraciadas son activas como ardillas: le mandan cartas, quieren consejos a distancia. Exigen que les dé recetas. ¿Qué pasará con los ungüentos para sus sexos? ¿Y los tés apestosos para su sangre? Oh, desgraciadas. ¿Podría, por favor, darles la curandera el nombre de la farmacia que vende los ingredientes? No, no puede, porque la farmacia es el bosque. Son sus helechos, sus hongos, su fauna. Son los cabellos de Temple muerta machacados.

Mattie Matilda no le ha escrito. Un aborto clandestino que salió mal, enfermeras mal preparadas, utensilios sucios. Si la niña tuviera una hemorragia, estarían demasiado nerviosos para llevarla al hospital.

—El desayuno —llama la guardia de día.

—No lo quiero —responde la curandera, sin estar segura de haberlo dicho en voz alta.

La guardia ha abierto la puerta de la celda, está de pie con la bandeja en la mano.

—Cereales y salchichas.

—Veneno. —Cuando come cereales se le queda la lengua pastosa, y esa salchicha podría estar hecha de cualquier cosa.

—Tu juicio comenzará la próxima semana, flaca, piensa en eso. Te recomiendo que comas.

¿Acaso puede ver esta guardia, con un sexto dedo en su mano mala, lo que pasará la próxima semana? ¿Acaso ve que la curandera se desmayará de hambre en el estrado?

—Pues aquí lo dejo, por si cambias de opinión. —Pone la bandeja en el suelo y la cajita de leche se tambalea.

Exprimir limón. Moler lavanda seca y semillas de fenogreco en el mortero. Abrir el frasco de aceite de sauco.

Después el esposo de Lola coge la botella y sirve la mezcla de plantas molidas; le obliga a beberla o ella se la toma por voluntad propia. La baja con whisky escocés.

Noventa meses son dos mil setecientos treinta y nueve días. Todos ellos dentro de una celda como ésta. Las paredes de sus fosas nasales se le pondrán blancas por el cloro. *Hans* y *Pinka* y la gallina tullida morirán; *Malky* se olvidará de ella.

Para dejar de temblar, se recuerda a sí misma: «Eres una Percival, descendiente de un pirata».

25 de enero de 1875

Querido capitán Holm:

Permítame ofrecerle mis servicios en el próximo viaje del *Oreius* de Copenhague al Polo Norte. Soy un hidrólogo especializado en el comportamiento del hielo en bloque. Sería un honor para mí asistirlo en la recolección de datos magnéticos y meteorológicos.

Aunque soy escocés de nacimiento, hablo y escribo en danés fluido.

Soy, señor,
su humilde servidor,
HARRY M. RATTRAY

La biógrafa

Una no puede simplemente decirle a una persona: «¿Me darías tu bebé, por favor?».

«Permítame ofrecerle mis servicios.»

Eivør Mínerudottír hizo cosas que no se esperaba que hiciera. Corrió riesgos.

«No funciona para todas —le dijo el doctor Kalbfleisch en su primera cita—. Y ya tienes más de cuarenta.»

Mujer delgada y fea. Cruel y fea mujer vieja. Mujer parecida a una bruja. Mínerudottír tenía cuarenta y tres cuando murió; la biógrafa cumple cuarenta y tres en abril. Viejas hasta la médula.

«Necesitas cultivar la aceptación —le dijo el maestro de meditación—. Quizá la maternidad no sea tu camino.»

La aceptación, piensa la biógrafa, es la capacidad de ver lo que es. Sin embargo, también lo es de ver lo que es posible.

Se pone las zapatillas de correr. Los guantes. Fuera está oscuro: irá sólo por las calles iluminadas. Trota colina arriba, concentrándose, como su entrenador le enseñó una vez, en que los metatarsos presionen el asfalto, presionar y soltar, presionar y soltar. Su respiración es fuerte. El sudor le hace cosquillas en las axilas y encima de las nalgas. Está en demasiada baja forma para que correr le sienta bien, pero intuye que es lo correcto, un correctivo: lanzar la sangre a través de cada vena, revolver el sedimento,

limpiar los canales, pedirle al corazón que haga más.

Corta por Lupatia y regresa hacia el océano. Pasa por el restaurante chino y la iglesia. Si gira a la izquierda terminará, después de uno o dos zigzags, en la calle de Mattie. Se detiene. Se apoya en el tronco de un madroño, jadeando. En el viaje familiar a la capital de la nación hizo carreras con su hermano por los escalones de *El exorcista* y ganó. Archie dijo: «Sólo porque eres mayor». «Bajad, carajo», gritó papá.

«Mattie, ¿puedo preguntarte algo?»

La biógrafa no sabe a qué hora cena la gente corriente, pero supone que hacia las ocho de la noche ya habrán terminado la mayoría de las cenas en Newville.

Cuando su madre cocinaba un pollo entero, exigía una pata para ella, y papá y Archie se peleaban por la otra; la biógrafa era la niña buena que comía pechuga.

«Mattie, si pago todas tus revisiones y vitaminas, ¿podrías...?»

Sus pies giran a la izquierda.

«Si te llevo a todas tus citas, ¿me...?»

En realidad no lo hará.

No está de más preguntar, ¿o sí?

¿Pero cómo conseguirá pronunciar siquiera las palabras?

El bebé de la biógrafa siempre será el niño bueno, incluso cuando pintarrajee las paredes con un rotulador permanente. Incluso cuando tire su pata de pollo por la ventana al patio del vecino.

La llave del candado de la bicicleta en la garganta, los dedos enguantados apretados contra el frío. Le duelen los dedos, pero no tanto como le dolieron a Eivør Mínervudottír hace tiempo. Todos los riesgos que esa mujer corrió — riesgos gigantescos—; la biógrafa también puede correr uno.

Empieza a correr a toda velocidad.

Querido bebé:

Tienes un abuelo vivo. Se mudó a Orlando cuando murió tu abuela. Tu tío está muerto, así que no tienes suerte en cuanto a los primos. Como suplentes tendrás a Bex y a Plinio el Joven.

Querido bebé:

Ya te quiero. No puedo esperar a que llegues aquí. Tu pueblo es uno de los lugares más hermosos que he conocido. Lleno de océano, acantilados, montañas y los mejores árboles de Estados Unidos. Ya lo verás por ti mismo, a no ser que nazcas ciego, en cuyo caso te amaré todavía más.

La casa de los Quarles tiene guijarros grises y está flanqueada por pinos de playa. Las luces están encendidas detrás de las cortinas de las ventanas. En realidad no lo hará. Pero sí lo hará. Sube los escalones de madera del porche de madera lleno de platos de cerámica con tierra escarchada. Lo hará. La convencerá. Lo hará. Murmura las frases de su discurso preparado. Mientras lleva un dedo hacia el timbre, le viene a la cabeza que como resultado lógico de este plan la echarán de Central Coast.

«Mattie, llevaré al bebé en un tren a Alaska.»

«Navegaré con el bebé hacia el faro de Gunakadeit.»

Su dedo flota sobre el botón de plástico blanco, el corazón le retumba frenéticamente en los oídos, la lluvia escupe sobre su frente. «Mueve las piernas, Stephens.»

Se lanza.

El capitán no comprendió que llevaba a una mujer a bordo hasta que el barco de vapor *Oreius* rodeó la península de Jutlandia hacia el mar del Norte.

Le dijo a la exploradora: «No tenemos más opción que tolerarte».

La biógrafa

Ocho segundos después de apretar el timbre, la madre de Mattie abre la puerta, sonriendo.

—¿Señorita Stephens?

—Disculpe que haya venido sin previo aviso.

—No se preocupe. Por favor, pase.

La sala está abarrotada de fotos de la niña: en las paredes, las mesas, las estanterías; parece que cada año de su hija ha quedado bien capturado.

—Nos hemos vuelto un poco locos con las fotos —dice la señora Quarles al ver cómo las mira la biógrafa.

—Tienen una niña fabulosa, así que ¿por qué no?

—Dudo que Matilda esté de acuerdo. Dice que la cantidad de fotos es, y cito: «demencial». ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Oh, no, gracias. No me quedará mucho tiempo, sólo... necesito... —Respira—. Antes de Navidad, Mattie me pidió que le hiciera más comentarios sobre el ensayo que está escribiendo, pero yo estaba tan ocupada que, bueno, ahora que ya han acabado las fiestas quisiera echarle una mano con él.

—Eso es poco común —responde la señora Quarles.

—Cuando una alumna se esfuerza tanto como ella, yo también estoy dispuesta a apoyarla más.

—Pero ella no está aquí.

—Oh.

—Se ha ido a la conferencia.

Queda claro que la biógrafa debería saber a qué «conferencia» se refiere la señora Quarles.

—Usted sabía que iba a la conferencia, ¿no?

—¿A la... conferencia?

—Ella nos dijo que usted la propuso.

—Por supuesto. Creo que me he confundido con las fechas.

—Debo comentarle —dice la señora Quarles— que ella no nos ha dado ningún detalle sobre el evento.

—¿Qué les ha dicho?

—Que era una conferencia de historia de Cascadia para estudiantes y que solamente se designa a uno por escuela.

—Eso es correcto —dice la biógrafa.

—Nos dijo que no es algo tan prestigioso como la Academia de Matemáticas, pero que quedará bien en sus solicitudes a las universidades.

Un húmedo crujido atraviesa la garganta de la biógrafa y baja hasta sus costillas.

¿Ya no hay bebé?

Su boca está llena de pedacitos del discurso que había planeado, lugares comunes masticables. «Le puedo dar un buen hogar, sea niño o niña. Tienes toda tu vida por delante.»

—Sí —masculla la biógrafa—. Dará una buena impresión.

—¿Y todos se quedan en el mismo hotel en Vancouver? ¿Hay adultos que los supervisen?

La biógrafa se pone de pie.

—Estoy bastante segura de que están bajo supervisión, sí. Discúlpeme por interrumpir su velada.

—¿Está «bastante» segura o está segura? Mattie no ha respondido a mis llamadas y no he podido encontrar nada en internet sobre la conferencia.

—Eso es por sus, eh, ¿principios? Las personas que realizan la conferencia están comprometidas con hacer que los estudiantes pasen menos tiempo ante el ordenador, así que trabajan sólo en papel, por medio del correo.

La madre de Mattie es una mujer inteligente; sin embargo, parece que

acepta esta excusa.

La biógrafa camina lentamente de vuelta a su apartamento.

Puede que Archer Stephens no tenga un tocayo.

Los labios azules de su hermano en el piso de la cocina.

El áspero gemido en su voz cuando dijo que no estaba drogado.

—Sí lo estás.

—No lo estoy.

—¡Sí lo estás!

—¡Por Dios! No lo estoy, qué paranoica.

Pero sus pupilas eran los puntos más visibles en el verde pálido; la boca entreabierta y la lengua lenta. Ella conocía los síntomas, se iba volviendo una experta; pero incluso así, la negación de Archie la desmontaba. Papá dijo: «¡Te está engañando!», pero él nunca fue de mucha ayuda, excepto la vez que puso cinco mil dólares para la fianza. Ella le respondió: «No estoy paranoica, ¡estás rojo!», y Archie contestó: «Porque está soleado, amiga». Posiblemente el día no estaba soleado, pero la biógrafa quería creerle. Su Archie, su querido hermano, todavía estaba ahí, sin importar que ya estuviera enterrado.

Cállate, le dice a su mente enloquecida. Por favor cállate ya, tú que haces escocer las heridas, que aprietas los moretones, que cuentas las pérdidas, que le temes a los fracasos, que coleccionas agravios pasados y futuros.

Sobre la mesa de la cocina, abre su libreta en la página de «Cosas por las que estoy agradecida» y agrega:

28. Por dos piernas que funcionan.
29. Por dos brazos que funcionan.
30. Por dos ojos que funcionan.
31. Por el océano.
32. Por Penny los domingos por la noche.
33. Por Didier en la sala de maestros.
- 34.

Pero... ¡al carajo con esa lista de mierda! Está harta de estar agradecida. ¿Por qué mierda tendría que estar agradecida? Está enfadada: enfadada con las enmiendas de ley, las agencias, el doctor Kalbfleisch, sus ovarios, las parejas casadas y los abortos caseros. Enfadada con Mattie por quedarse embarazada a la primera; con Archie por morirse; con su madre por morirse; con Roberta Louise Stephens por intentarlo demasiado.

Arranca la lista de agradecimientos de la libreta, le prende fuego en el fregadero con una cerilla. Todavía no ha arreglado la alarma de humo.

Mattie le dijo a su madre que la conferencia era en Vancouver. Pudo haber dicho Portland o Seattle.

A estas horas ya debe de haber llegado a la frontera. Si logra cruzar, consigue encontrar la clínica y presentar una identificación canadiense convincente, abortará mañana.

Por supuesto, puede que no logre cruzar.

Puede que la detengan.

¡No desees que la detengan, monstruosa mujer!

Pero lo desea.

He sido desprendida de la tierra para navegar por el océano con hombres cuyas vidas no se parecen en nada a la mía y, sin embargo, sus sueños despiertos son idénticos: trajes toscos de piel de caribú, nuestros dedos entumecidos, este tajo de amanecer rojo como las llamas. Si naufragamos en esta nave, naufragamos juntos.

La hija

Mira por la ventana manchada por la lluvia del autobús que cruza el estado de Washington. Árboles, árboles y árboles. Una llanura húmeda o dos. Por enésima vez abre su pasaporte: fecha de expedición aún válida. Sólo está viajando, eso no es un crimen.

Según los foros de internet, uno debe llevar pruebas de su objetivo en Canadá. Ella y Ash crearon una cuenta de correo para Delphine Gray, una persona dulce pero con mala ortografía, y le enviaron varios mensajes a la hija. «¡No puedo esperar a que llegues, Mattie, te encantará Raincouver, visitaremos todos los lugares!»

Para la clínica, tiene un permiso de conducir de Columbia Británica que le compró al novio de Clementine. Ash tiene suerte de tener una hermana mayor que la aconseje, hermanos gigantes que la defiendan. Una pandilla bulliciosa que huele a pescado.

Deja su bolso en el asiento del pasillo para que ningún pasajero amistoso pueda preguntarle sobre su destino. Se pasa un dulce de regaliz por la lengua. El azúcar y los químicos corren por sus venas hasta el bulto. Mitad Ephraim, mitad ella.

Una vez fue a Vancouver con la familia de Yasmine. La señora Salter, que representaba a Portland (el distrito 43) en la legislatura estatal de Oregón, iba a dar un discurso sobre el derecho a la vivienda. La hija recuerda una ciudad en un cuenco de montañas y agua oscura plateada. Como se aburrían en el

hotel, ella y Yas empezaron su lista de pesos cardiacos. El corazón de un ganso de Canadá pesa doscientos gramos. De un caribú, tres kilos.

El autobús frena en seco. La hija abre los ojos. Un bosque verde oscuro, cielo color acero, una hilera de casetas de peaje coronadas con hojas de arce rojas.

—Todos abajo —grita el conductor—. Bajen sus pertenencias y saquen las maletas del compartimento de equipaje.

Una mujer grita:

—¿Puedo dejar un suéter para guardar mi asiento?

—No, señora, no puede.

—¿Qué es esto, la Unión Soviética? —pregunta.

Conducen a los pasajeros a través del aire helado hacia un edificio bajo de madera junto a las casetas de peaje. Unos hombres pálidos y jóvenes con uniformes verde oliva están sentados detrás de los escritorios. Un perro musculoso llevado por un oficial camina sobre el linóleo; sus uñas chasquean.

¿Tienen perros que huelen los embarazos?

A las que pretenden abortar las transportan de vuelta en patrullas o autobuses canadienses, la hija no está segura. Cuando llegan a sus estados de origen, se las acusa de conspiración para cometer un asesinato.

Un oficial revisa su pasaporte.

—¿Cuál es su destino en Canadá?

—Vancouver.

—¿La razón de su viaje?

—Visitar a una amiga.

—¿Con qué propósito?

—Vacaciones —responde la hija.

El oficial observa el pasaporte otra vez. Mira su frente, después su pecho.

—¿Cuántos años tiene, señorita?

—Casi dieciséis. Mi cumpleaños es en febrero.

—¿Y viaja sola a Vancouver de vacaciones?

La cara se le está poniendo caliente.

—Mi amiga vive allí. Antes ella iba a mi escuela en Oregón, pero se mudó a Canadá hace unos años y voy a visitarla.

«No deis demasiados detalles», dicen en los foros.

—¿Cuál es el nombre y la dirección de su amiga?

—Delphine Gray. Ella me recogerá en la estación de autobuses.

—¿No sabe su dirección?

—Perdón, sí que la sé. Cuatro-seis-uno-ocho de la calle Laburnum, Vancouver.

—¿Su teléfono?

—Siempre nos comunicamos por internet, así que no... No necesito su número. Es mucho más barato así. Pero tengo impreso un correo electrónico suyo, por si lo quiere ver.

—¿Por qué ha imprimido su correo?

—Tiene su dirección.

—Dijo que la recogería en la estación de autobuses.

—Ya lo sé, pero por si acaso. Por si necesito tomar un taxi.

—Espere aquí, ¿de acuerdo? —dice el oficial.

No puedes decir que fue violación o incesto: a nadie le importa cómo entró en ti.

La hija ve que la mujer del suéter soviético y su esposo pasan la revisión. Una pareja blanca de mediana edad pasa como la brisa después de ellos. Mujer asiática mayor: brisa. Tipo negro más joven: una brisa un poco menos ligera. Le hacen preguntas extra, que él responde con voz inexpresiva e irritada. Pero él, también, finalmente vuelve afuera.

—¿Matilda Quarles? —dice una oficial con rizos rubios y crespos—. ¿Me

acompaña?

—¿Adónde?

—Sólo acompáñeme, por favor.

—Mi autobús se va en un minuto.

—Entiendo. Debe venir conmigo.

—Pero ¿y si pierdo mi autobús?

La oficial cruza sus grandes brazos.

—¿Tenemos algún problema?

—No, señora.

Su destino era degollar carneros y colgarlos para que se desangraran sobre tinajas.

En cambio, está navegando en un barco para reunir información sobre la naturaleza boreal.

La curandera

Se sintió decepcionada al conocer el nombre de la niña, un nombre típico de niña. Aunque el de la curandera no es mejor. A lo largo de los años, la gente le ha preguntado. ¿Es diminutivo de Virginia? ¿De Jennifer? No, es sólo Gin. ¿Te pusieron ese nombre por algún familiar? No, por el licor. Oh, qué chistoso, pero, en serio, ¿de dónde viene tu nombre? Aunque la verdad era que había sido por el licor, el preferido de su madre.

La curandera hubiera llamado a la niña Temple segunda.

Ella no recuerda el dolor, pero sí que hubo dolor; y Temple decía «Pronto terminará, pronto terminará» mientras mecía a la curandera. Comió cerezas a las que Temple les había sacado el hueso; su estómago se sentía esponjoso y colapsado. No recuerda al bebé. Se lo llevaron a otra parte del hospital. Cada dos horas las enfermeras traían la bomba manual, primero para sacarle el calostro y después la leche de los senos hinchados. La mujer de la agencia de adopciones llegó con papeles para que los firmara.

La gente solía creer que las rosas nuevas nacían de las cenizas de rosas quemadas, que ranas nuevas nacían de las que se pudrían. Lo que no es más extraño que creer que la curandera le dio a Lola una poción que la hizo caerse

de las escaleras, o que la madre de la curandera está ahí fuera, en alguna parte, viva.

Cuando la curandera era bebé, su madre se mantuvo sobria. «Nunca usó drogas mientras te dio pecho», le dijo Temple. «Lo que no significa que se merezca una medalla, pero... tú fuiste importante para ella. No olvides eso, ¿eh?»

Una mala madre que a veces no fue mala; que todavía podría andar por ahí, viviendo de las flores en una torre, del heno en un granero.

La madre, la curandera y la niña: descendientes de Goody Hallett, de Eastham, Massachusetts, que ató linternas a las aletas de ballenas.

Una «vía» es un dedo de agua abierto entre placas de hielo oceánico. Tengo una teoría: la forma y textura de una vía puede predecir su comportamiento. La probabilidad que tiene de congelarse por completo o de abrirse más.

La esposa

De camino a encontrarse con Bryan, suena la sirena de tsunami. Se detiene en el camino del acantilado. El gemido, triste y animal, sube y llega a la cima, oscila abajo y arriba repetidamente. Un lobo torturado. Una vez al mes se enciende durante tres minutos, seguida por unas campanillas (todo en orden) o un estallido estridente (evacuar). Si hay un terremoto en el mar, vendrá tras ellos una pared de agua que lo engullirá todo y los minutos serán importantes.

Los duendecillos están en la colina, más arriba de lo que cualquier ola podría alcanzar, jugando a acampar con su padre.

El océano es una superficie verde. Pilares de roca con forma de chimeneas, focas y pajares se elevan sobre el agua.

Escucha campanillas. Están a salvo.

Podría descubrirla: un mensaje de texto enviado al teléfono equivocado.

O podría confesar. Ver la cara de su esposo cuando le diga: «Me he acostado con Bryan».

Ella se queda con la casa y él alquila un apartamento en el pueblo, va a la escuela en el coche de Ro. El apartamento tendrá una segunda habitación para los duendecillos, que se quedarán con él los fines de semana. Durante la semana, las cosas no serán muy diferentes, nadie la ayudará con el baño ni a la hora de acostarlos, como siempre; igual que por la mañana, cuando ella sola hierva la avena, viste los cuerpos y cepilla los dientes. Sin embargo, los fines de semana la esposa los tendrá para ella.

O, por ahora, Didier se puede quedar en la casa. Las corrientes de aire, los grifos que gotean y el feo papel de la pared. La casa ha pertenecido a su

familia desde hace generaciones; ella leyó su primera novela en su sala, tuvo su primer periodo en su baño, vio a Bex dar sus primeros pasos en su porche. Sin embargo, ahora la deja ir por un tiempo.

Es demasiado cobarde para irse primero; así que hará que su vida estalle.

Wenport es una deprimente población adyacente a una planta de celulosa, y nadie de Newville va allí, salvo para comprar drogas. Algunas veces la esposa se pregunta cuál de sus hijos será más propenso a consumir drogas algún día, y la respuesta siempre es: Didier.

Aparca justo enfrente de la cafetería. No será Didier quien vea el coche, desde luego —está agachado en una tienda hecha con sábanas en la sala de casa, alimentándose con malvaviscos cocinados de mentirijillas en fuego de mentirijillas—, ¿pero Ro? ¿Pete Xiao? ¿La señora Costello?

«El otro día me pareció ver el coche de Susan...»

«¿Estaba Susan en Wenport con Bryan Zakile?»

En la cafetería hace demasiado calor. La esposa se quita la chaqueta y le sube el sudor a las mejillas. Son tres minutos después de las dos. Los únicos clientes son dos muchachos con gabardinas que juegan a las cartas.

—¿Qué desea? —pregunta la camarera.

Las galletas de almendra brillan bajo el cristal.

—Un café con leche desnatada en vaso grande, por favor —responde la esposa.

—Para su información, señora, somos un negocio independiente sin ningún vínculo con corporaciones multinacionales. Es decir, una zona libre de sirenas.

—¿Qué? —La esposa tiene un ojo en la puerta y otro en los muchachos. Podrían ser estudiantes de Didier. O de Bryan.

—Tiene que ordenar un café pequeño —dice la camarera.

—Entonces quiero un café con leche desnatada pequeño y agua.

—El agua es de autoservicio.

Se instala en la mesa más alejada de los muchachos, frente a la puerta. Diez minutos después de las dos.

—¡Su hechizo de grifo no me asusta, señor! —grita un muchacho.
Diecisiete minutos después no tiene mensajes ni llamadas perdidas.
A los veinte minutos se irá.

A los veinte minutos se termina el agua de su vaso.

Se irá en un minuto.

A las 2.24 aparece Bryan. No parece apurado.

—Bueno, hola —dice—. ¿Qué tal el día?

—Genial, ¿y el tuyo?

Mientras él está en el mostrador, la esposa, que se ha acomodado frente a la puerta, le oye preguntarle a la camarera si sabe el origen de la palabra *capuccino*; ella se ríe y dice «¿Italia?», y Bryan responde: «Bueno, en un principio».

Cuando se sienta frente a ella, recuerda que su cara no es hermosa, a pesar de los hoyuelos. Una cara de normal a media. Sin embargo, el cuerpo que le sigue...

—Tu pelo es precioso —dice él.

—Ay, ¡gracias!

Sorbiendo espuma de leche:

—¿Te lo has cortado?

—Pues la verdad es que no. ¿Qué tal tus vacaciones?

—Bien bien. Fui a ver a mis padres a La Jolla. Fue como volver a la civilización.

—¿Esta zona te parece incivilizada?

Él se encoge de hombros y se limpia la espuma del labio con una servilleta.

—¿O demasiado remota?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, en términos de, no sé...

Bryan sonríe.

—¿Te refieres a que es difícil conocer mujeres?

—O lo que sea. Sí.

—No quiero sonar engreído, pero eso nunca ha sido un problema para mí.

—Estoy segura de que no.

Él empuja un puño lentamente a lo largo de su muslo.

—¿Lo estás?

—¿Qué?

—Segura. De que no ha sido un problema.

Un grumo de rímel seco cae de sus pestañas del ojo derecho y aterriza en su antebrazo.

—Mira —dice Bryan—, como lo veo yo, el modelo de escasez es una mentira. Cuando la gente se preocupa por no encontrar a alguien, elige a la primera persona que encuentra.

Ella se quita el rímel con la mano. Tiene la boca muy seca.

—Eso le pasó a una de mis primas —continúa él—. Se casó con un imbécil total porque creía que no conseguiría algo mejor. Y quizá no, pero, oye, yo preferiría la soledad a que me moliesen a golpes.

—¿Golpes?

—Como te digo, es un imbécil.

—Pero eso es...

—Todos queremos que lo deje. No tienen niños.

—Y aunque los tuvieran.

—Bueno, tal vez. Aunque la verdad es que los niños necesitan a los dos padres en casa.

La esposa puede ver, oír y sentir, pero ya no está pensando.

Quiere sentir el muslo sentado a seis centímetros de su rodilla. Sentir los dedos que descansan sobre el muslo.

Dedos largos y duros.

Muslo largo y duro.

—¿Y tú, Susan? ¿Newville te parece remoto?

—Me parece... —Gira la boca hacia un lado, algo que Didier le solía decir que era sexy—. Aburrido.

—Me pregunto qué podríamos hacer para que fuera menos aburrido.

—Me lo pregunto.

—Se me ocurren algunas cosas.

—¿Ah, sí? —Ráfaga de humedad en su cavidad.

—Sí.

—¿Por ejemplo?

—Bueno... —Bryan se inclina hacia delante con los codos sobre la mesa y la cara apoyada sobre las palmas. La esposa también se inclina, pero el ángulo es extraño con las piernas cruzadas. Él la mira. Ella le devuelve la mirada. Algo está a punto de ocurrir. Él la besará justo ahí, entre grifos y vapor, a veinte kilómetros de la casa de la colina. Ella hará que su vida estalle.

—¡Equipo de minigolf! —responde, sonriendo tan ampliamente que ve los empastes negros en sus dientes.

—¿Qué?

—Una competición de minigolf, es algo actual. Hay un lugar, justo en la 22. Entrás en equipos de cuatro. Pienso en ti, en mí, Didier y Xiao. Incluso se puede ganar dinero.

Como si una mano gigante la hubiera soltado, la esposa se hunde en su silla.

—Soy pésima en el golf —dice.

—¡Por favor!

—Pon a Ro en tu equipo.

—¿La policía de la gramática? No, gracias.

Él no la desea.

¿Por qué ha pensado que la deseaba?

—Oye —dice Bryan—, compartamos un bollo de canela. Aquí son buenísimos.

Empastes negros en toda su boca.

—Por qué rayos no —responde la esposa.

En noviembre de 1875, en el océano Ártico al norte de Siberia, el hielo empezó a cercar el *Oreius*. Las franjas de agua abierta fueron alejándose; las vías se encogieron hasta volverse listones negros. Mínerudottír vio que las más rectas al parecer se mantenían abiertas más tiempo que las onduladas, con forma de anguilas: ¿había algo en los márgenes irregulares que hacía más rápida la formación del hielo?

Se lo sugirió al capitán, quien dijo: «¿Y señalarás también a las hadas de la nieve?».

La biógrafa

Ese día se da cuenta de lo grande que es el escritorio del profesor Fivey. Él se agarra a su superficie pulida con las manos muy separadas, como un magnate. Detrás de él cuelga su título de una universidad de la Ivy League y varias fotografías de la señora Fivey, que dan pie a que la biógrafa diga:

—Me alegra que su esposa se esté recuperando.

—Muy amable, Ro. Pero vayamos al meollo del asunto: desde el comienzo del año escolar has llegado tarde al menos catorce veces.

«Al menos.»

—Y te has ausentado cinco.

—De hecho, fueron cuatro.

—Da lo mismo, esto se ha vuelto un problema. Estos chicos no se van a enseñar a sí mismos. En lugar de aprender historia, están memorizando los carteles antidrogas de la sala de estudio. Quisiera saber cómo vas a solucionar este problema.

—Pues... —responde la biógrafa.

—A no ser que prefieras dejar de dar clases aquí.

Ella descruza y vuelve a cruzar las piernas.

—Sí que quiero dar clases aquí, sí que me importa. Lo que ocurre es que he tenido problemas de salud que...

—Sea lo que sea, Ro, esto no puede seguir así: o te tomas un permiso por razones de salud, o renuncias, o llegas al trabajo a la hora. —Su saliva vuela hasta la cara de la biógrafa.

¿Acaso se ha vuelto más cretino porque su esposa estuvo en coma? ¿O

porque el juicio de Gin Percival comenzará pronto? Fivey tendrá que sentarse en el juzgado y escuchar que su esposa presuntamente buscó a la bruja para que le practicara un aborto, aunque presuntamente ni siquiera estaba embarazada; y también que presuntamente tuvo una aventura con Cotter en la oficina de correos. Y que los pechos de su esposa son presuntamente naturales. Hasta la biógrafa, que no está al tanto de los chismes, ha oído estos rumores.

—No volveré a llegar tarde —responde.

—Así es, no lo harás, porque te estoy haciendo una advertencia oficial. Una falta o retraso más y tendrás que llamar a tu representante sindical.

—No tenemos sindicato.

—Es sólo una forma de hablar, no pretendo ser intransigente —agrega—. Cuando vienes, eres buena en tu trabajo.

Fivey es un pez de ligas menores en un estanque de ligas menores.

Y estos chicos sí que se van a enseñar a sí mismos.

Ella está aquí sólo para darles algunos empujones y pistas. Ella está aquí para decirles que no tienen que casarse o comprar una casa o leer la lista de naufragios en el bar cada sábado por la noche.

Diez días para que entre en vigor Todo Niño Necesita Dos.

Debió preguntarle a Mattie antes.

Debió lanzarse más rápido.

Cuando el año pasado el maestro de meditación supo de su deseo de tener un hijo, él le sugirió que consiguiera un perro.

Mezcla con un cuchillo la crema de su tercera taza de café. Heredó los cubiertos de la familia, pues papá no tenía ningún interés en cargar con ellos hasta Ambrosia Ridge, pero tuvo que tirar a la basura la mayoría de las cucharas: las mismas que alguna vez entraron en las bocas de la biógrafa y de Archie cargadas de helado, natillas o sopa, y que fueron usadas después para calentar la heroína con agua que una jeringa succionaba de una bola de algodón y que después entraba en la piel de Archie. Era útil encontrar las cucharas chamuscadas (debajo de las camas, entre los pliegues de los

sillones) cuando la biógrafa necesitaba enfrentarse a él con una evidencia irrefutable e indiscutible; aunque, para su sorpresa, él a veces discutía.

«¿Has oído hablar alguna vez de los lavaplatos? Arruinan las cucharas.»

O «Ésa probablemente lleva ahí unos dos años, no es de un acto reciente, amiga».

Archie era un jodido tonto.

Y era su persona preferida en el mundo.

Ella llamará Archie a su hijo en su honor, si alguna vez tiene un hijo.

¿Por qué quiere tener uno?

¿Cómo puede decirles a sus estudiantes que rechacen el mito de que su felicidad depende de tener una pareja si ella cree lo mismo acerca de tener un hijo?

¿Por qué no está contenta, como lo estaba Eivør Mínervudottír, por ser libre?

Toma un sorbo de café. Martillea con el talón al ritmo metálico del radiador de la cocina. Abre la libreta, escribe en una nueva página: «Razones por las que siento envidia de Susan». Le da vergüenza escribir la palabra «envidia», pero una buena investigadora no puede detenerse al encontrar datos desagradables.

1. Fuente de esperma conveniente/gratuita
2. Tiene dos

Hace tiempo la familia de la biógrafa se parecía a la de los Korsmo: madre padre hermana hermano, una familia estadounidense de cuatro. Tenían un patio con maleza, una casa. La biógrafa no quiere una casa, pero sí quiere un niño. No puede explicar por qué, sólo puede decir «Porque sí».

Puede que simplemente esté programada, tal cual, por la publicidad: la

inundaron de imágenes de la madre con los hijos, la mamá oso y su osito, y aprendió, sin darse cuenta de que lo estaba aprendiendo, a desearlos.

Puede que haya mejores cosas que hacer con la vida que ya tiene.

Echa un vistazo a la pálida parte interna de sus codos: los rastros de las agujas se van desvaneciendo. Se asemejan a Archie evaporándose. Han pasado ya semanas desde la última vez que le sacaron sangre, desde la última vez que vio las indiferentes mejillas doradas del doctor Kalbfleisch.

Razones por las que ~~siento envidia~~ de odio a Susan:

1. Fuente de esperma conveniente/gratuita
2. Tiene dos
3. No paga renta
4. Me dijo que me distrajera viendo películas
5. Tiene dos
6. Dijo que uno no se hace realmente adulto hasta que, etc.
7. Tiene dos

Una persona menos envidiosa, una que odiara menos, no tendría la esperanza de que arrestaran a Mattie Quarles en la frontera canadiense.

El hielo es un suelo sólido alrededor de nuestra embarcación. Ningún esfuerzo por cortarlo, serrarlo o picarlo aligera su sujeción. El timón es inútil. El *Oreius* está cercado.

LA HIJA

Sigue a la oficial a una habitación parecida a un armario con un escritorio y sillas de color café y ninguna ventana. Se sienta antes de que se lo indiquen. La oficial permanece de pie, con las manos sobre la cadera.

—¿Puedes decirme la verdadera razón de tu visita?

—Voy a ver a una amiga a Vancouver.

—He dicho la verdadera razón.

La puerta está cerrada.

Nadie sabe que está aquí, aparte de Ash, ¿y qué demonios hará Ash?

—Ésa es la verdadera razón, señora.

—Vemos a un montón de chicas como tú que tratan de cruzar. El problema es que Canadá tiene un acuerdo oficial con Estados Unidos. Acordamos impedir que rompáis las leyes de vuestro país en nuestro país.

—Pero yo no estoy rompiendo...

—¿Sabes qué es lo bueno de las pruebas de embarazo? Tienes los resultados en un minuto.

—No sé de qué habla, señora.

—Sección 10.31 de las Regulaciones de la Agencia Canadiense de Servicios Fronterizos. Dice: «Si una menor sin compañía tiene un resultado positivo en una Prueba de Embarazo de Resultado Rápido PRIMERA RESPUESTA y no puede verificar un propósito personal o profesional legítimo en una provincia canadiense deberá ser puesta bajo custodia y entregada a oficiales de la ley de Estados Unidos».

—Pero yo sí puedo verificar mi propósito. ¿Mi amiga Delphine? —La hija abre su bolsa y saca el correo electrónico.

La oficial lo observa con dureza.

—¿De verdad? —le devuelve la hoja.

La hija aprieta más los muslos.

—Esto es lo que pasará, Matilda: te daré un vasito e irás al baño del final del pasillo a orinar en él.

—No puede hacerme una prueba de drogas aleatoriamente. Es ilegal.

—Buen intento.

La hija decide mirar a esta mujer a los ojos.

—Puedo... puedo pagarle.

—¿Por qué?

—Por dejarme volver al autobús.

—¿Te refieres a un soborno?

—No, sólo... —Le tiembla la boca—. Señora, ¡por favor!

—Oye, ¿sabes a quién le encanta que le llamen señora?

—¿A quién?

—A nadie.

—Tengo cien dólares —dice la hija. Puede dormir en la estación de autobuses y comer cuando regrese a Oregón.

—Quédatelo, ¿eh? —La oficial saca del bolsillo de su chaqueta un vaso envuelto en plástico y lo pone sobre la mesa—. ¿Estás lista para orinar o necesitas agua?

—Agua —dice la hija, porque significa un retraso.

Yasmine dijo que no tenía intención de ser el estereotipo de nadie. Madre adolescente negra que se beneficia de los impuestos de ciudadanos que trabajan duro, etc.

Y la señora Salter era la única mujer de color en la legislatura del estado de Oregón. Ella no tenía intención de poner en riesgo la carrera de su madre.

Se practicó un aborto casero.

La rubia con rizos regresa sin el agua, seguida por un oficial de ojos azules que parece estar al cargo. Le sonríe a la hija.

—Yo me encargo a partir de ahora, Alice.

—Ya casi...

— Por qué no vas a almorzar?

La oficial subordinada parpadea lentamente hacia la hija. Arruga la boca.

—Pues claro. —Se va.

— C mo est , señorita Quarles? —dice el tipo, poniendo una bota negra sobre la silla. Su entrepierna le queda al nivel de los ojos.

Ella se encoge de hombros, demasiado asustada para ser amable.

—Entonces  est  de visita en el Verdadero Norte por placer?,  por diversión?

Ella asiente.

— Sabe?, aquí podemos ser amables, pero no nos gusta que nos mientan.

—Yo no...

—Su cara es muy expresiva. Traiciona mucho.

El miedo se extiende por sus brazos, por su pecho.

—Algunas personas tienen rostros indescifrables. Son las duras,  sabe? Las que hacen que uno tenga dudas. Usted no, señorita Quarles. Sin embargo, no la arrestar . —Alza el pie y lo golpea contra el suelo.

— No?

—Tengo dos hijas más o menos de su edad. Digamos que tengo un punto débil.

—Eso es... Guau. Gracias.

—No obstante, tendr  que volver por donde ha venido. El siguiente autobús al sur llega en tres horas y media. Yo me asegurar  personalmente de que se vaya en él. Si no tiene ya billete de vuelta, le puede pagar al conductor.

«¿De vuelta?» Un suave hoyo gris en la garganta.

—Su foto y permiso de conducir —dice el tipo— se distribuirán en todas las oficinas de la patrulla fronteriza de Canadá, así que no trate de volver a cruzar.

No se puede saber al verla (bufandas, suéteres grandes), pero su estómago está más grueso y más duro. Pronto será demasiado tarde.

—Quiero que aprenda una lección de esto. No repita sus errores. Como les digo a mis hijas: que sea la vaca que se tiene que comprar.

—¿Perdón?

—No sea la leche gratis.

En la fresca sala de espera se come unos cacahuets cubiertos de chocolate de una máquina.

Su madre la ha llamado dos veces para preguntarle por la conferencia. Al escuchar sus mensajes («¡Estoy tan orgullosa de ti, cariño!»), a la hija le gotea la nariz.

La hija siente vergüenza de avergonzarse de su madre cuando las cajeras le dicen: «¿Tú y tu abuela ya habéis encontrado todo lo que buscabais?».

Éste es el peor día de su vida.

El segundo peor: cuando su padre pensó que el congresista Salter era el conductor del autobús escolar.

¿El fracaso de este viaje es una señal? Ya lo ha intentado dos veces. A lo mejor debe continuar el embarazo. No ir a la Academia de Matemáticas, expulsarlo y entregárselo a alguna pareja con cabello gris y buen corazón. Es la vía legal. La vía segura. «Piensa en todas las familias adoptivas felices que no existirían.»

Podría pasar por alto la Academia de Matemáticas, expulsarlo y dejar de ir a Central Coast. Terminar el instituto. Dejar que su madre la ayude a bañarlo, vestirlo y alimentarlo. Cuando la hija trata de imaginarse como madre, ve el muro de árboles junto al campo de fútbol, ondulante y sin rostro.

No quiere no ir a la Academia de Matemáticas.

(En cálculo, le pateó el culo gótico a Nouri.)

O expulsarlo.

No quiere preguntarse; y se lo preguntaría.

El niño también: «¿Por qué no se quedaron conmigo?».

¿Su madre era demasiado joven? ¿Demasiado vieja? ¿Demasiado cálida?
¿Demasiado fría?

No quiere que él o ella se lo pregunte.

«¿Eres tú la mía?»

Y no quiere preocuparse de que vaya a encontrarla.

«Egoísta.»

Pero tiene un ego. ¿Por qué no usarlo?

El *Oreius* estará atrapado en el hielo siete meses.

La esposa

Le agradece a la señora Costello que llegue temprano. Besa la oreja perfecta de John y toma su camino.

En dos ocasiones casi da media vuelta al coche para regresar.

No ha estado en un juzgado desde la facultad de Derecho. En éste el ambiente es bochornoso, con las gotas de lluvia llevadas al hervor por los calentadores. En la mesa de enfrente están sentados Edward y Gin Percival, la esposa no puede ver sus caras. La luz fluorescente rebota en la cabeza rapada de Edward. No hay señales de la señora Fivey, pero el señor Fivey está en primera fila mirando su reloj: las 8.45.

La esposa toma asiento en la fila del fondo, junto a la pared. El jurado consta de siete mujeres y cinco hombres de mediana y avanzada edad, todos blancos. Edward debió pedir un juicio sin jurado. La sobrina de Temple no dará una buena impresión ante ningún jurado de por aquí.

—Gin Percival —dice la jueza, que parece un gnomo—, permanecerá de pie mientras se leen los cargos en su contra.

Ella se pone en pie. El cabello oscuro recogido, un jersey naranja holgado en la parte de la cintura. Está más delgada que la última vez que la esposa la vio en el banquito de metal de la biblioteca.

El alguacil declama:

—Un cargo de infracción por negligencia médica en grado de comisión en contra de Sarah Dolores Fivey. Un cargo de delito grave de conspiración para cometer homicidio al acceder a poner fin al embarazo de Sarah Dolores Fivey.

¿De cuánto podía ser su sentencia? La esposa no puede recordar nada sobre la duración de las sentencias.

Recuerda que una vez leyó en voz alta «homicidio pulposo» en lugar de «homicidio culposo», y que Edward fue el único del grupo al que también le pareció chistoso.

Sin poder ver la cara del señor Fivey, se imagina su mortificación. Ahora todo el mundo conoce sus asuntos; la esposa del director y su aborto en lo profundo del bosque. No importa cómo acabe este caso, los Fivey quedarán manchados.

En la mesa de la fiscalía se levanta una abogada delgada y pelirroja vestida con un traje de rayas finas. Se toma su tiempo caminando lentamente hacia el jurado, con las palmas juntas a la altura de la garganta como si rezara. Parece más joven que la esposa.

—Ciudadanos de Oregón, ya han escuchado los cargos en contra de Gin Percival. Su labor es sencilla: decidir si existen suficientes pruebas para condenar a la señora Percival por estos delitos. Durante el curso de este juicio, se les mostrarán una amplia serie de hechos que establecen su culpabilidad en ambos cargos. Escuchen estos hechos, basen su veredicto en estos hechos. Sé que los llevarán a concluir, más allá de una duda razonable, que Gin Percival es culpable de los delitos de los que ha sido acusada.

«Amplia serie», una frase floja. Repite «delitos», «cargos», «culpabilidad» y «hechos», una jugada predecible. Edward le puede ganar.

Éste se aclara la garganta.

—Gracias, jueza Stoughton, y gracias, miembros del jurado, ustedes están cumpliendo con un importante deber cívico. —Hace una pausa para rascarse la nuca por debajo del cuello de la camisa—. Mmm. Mi colega les ha dicho que su labor es sencilla, y estoy de acuerdo. Sin embargo, difiero de su afirmación de que las pruebas les mostrarán claramente lo que ocurrió, porque prácticamente no hay pruebas. Se les presentará información de oídas, especulaciones y pruebas circunstanciales, pero ninguna prueba directa. Y su trabajo, que ciertamente es sencillo, es ver que no existen suficientes evidencias para condenar a mi clienta más allá de cualquier duda razonable por estos cargos espurios.

Sus frases son demasiado largas, tendría que haber dicho «falsos» en lugar de «espurios»; esto es el Oregón rural.

—Gracias, estoy impaciente por trabajar con ustedes los próximos días.
—Toma asiento y se limpia la cara con un pañuelo.

Gin Percival sigue mirando fijamente a la pared. ¿Se atreverá Edward a llamarla al estrado? Por lo que dice la gente —y por lo que la esposa se ha oído en la biblioteca—, Gin es algo inestable.

¿Se ha convertido la esposa en alguien que cree lo que dice la gente?

Más o menos sí, en eso se ha convertido.

Ha estado demasiado cansada como para que le importe.

La Enmienda de Estatus de Persona, la anulación del veredicto Roe vs. Wade, las peticiones para que las personas que practican abortos reciban la pena de muerte; a la persona que ella tenía planeado ser sí que le habría importado este desastre, se molestaría en estar furiosa.

Está demasiado cansada para estar furiosa.

La futura Susan MacInnes del pasado pudo haber sido una litigante combativa que llevara casos cruciales a los más altos tribunales. Edward es combativo, ha ido derecho al desastre; la esposa a duras penas logra leer sobre el caso.

«Oblígate a hacerlo.»

En la biblioteca, el pelo de Gin Percival a veces tenía ramitas enredadas y despedía un olor a cebolla. La esposa se había sentido repelida por su desarreglo animal; sin embargo, ahora comienza a ver el valor de ser alguien que repele a la gente.

Bryan fue una penosa diversión, una excusa. Esto es un ataque desde adentro.

Lo que sea que libera a Gin Percival para llevar el pelo enredado con ramitas, ponerse vestidos de costal sin forma y oler como si no se hubiera bañado, eso es lo que quiere la esposa.

Dos días y dos noches a la semana para ella misma.

«Dile a Didier que te vas.»

Antes de tener hijos se imaginaba la maternidad como una unión dichosa, nunca pensó que desearía pasar tiempo lejos de ellos. Es horrendo aceptar

que no puede soportar esa unión las veinticuatro horas, todos los días. Esa misma culpa es lo que ha evitado que meta a John en una guardería: no quiere que sea verdad que desea estar lejos.

La jueza dice:

—La fiscalía puede llamar a su primer testigo.

La señora Costello, que nunca ha sido de las que ponen su fe en la ciencia, cree que Gin Percival maldijo las aguas, hechizó las mareas y trajo de vuelta las algas marinas. La mitad de la gente del jurado probablemente también lo crea. Y si una bruja puede hechizar las mareas, ¿de qué más puede ser capaz?

La mujer del traje de rayas se levanta.

—Señoría, llamamos a Dolores Fivey.

En la facultad de Derecho, la esposa sobresalió por su actuación durante los juicios, se acostumbró a recibir aplausos por ello; pero aquí, entre el público, viendo la coreografía judicial, no siente el menor deseo de regresar a la facultad. Si mete a John en una guardería será por otras razones, razones que aún no conoce.

¿A qué sabe la carne humana? Según informaron los inuit, los hombres de la expedición de Franklin, extraviados en el Ártico canadiense, recurrieron al canibalismo.

La curandera

Las tetas de Lola ya no están tan gordas, parecen vacías, celdas que se caen como casas de mantequilla. Las lleva apretadas a más no poder, pero son fantasmas de lo que eran. Fantasmas de mantequilla. Se sienta en el estrado de los testigos con su wonderbra, un traje azul de manga larga que oculta la cicatriz, una cicatriz menor (gracias a la curandera) a la que habría tenido.

—Señora Fivey —dice la fiscal—, por favor, díganos cómo conoció a la acusada.

El abogado se levanta.

—Protesto. Señoría, pido que la fiscal se refiera a la señorita Percival con el término menos infamante de «demandada».

—Protesta aceptada —responde la jueza con rostro de nuez, ahogándose en su toga.

—¿Cómo conoció a la demandada?

Lola no deja de mirarse las manos. La curandera ama esas manos, pequeñas y graciosas, de uñas cuadradas. Sostuvieron las nalgas de la curandera con timidez al principio, después sin. Encontraron el camino hacia su vagina húmeda.

—¿Señora Fivey?

Lola responde con voz asustada:

—Recurrí a ella en busca de tratamiento médico.

—¿Aunque la ac..., perdón, la demandada no sea médico? ¿O ningún tipo de doctora, en realidad? ¿Aunque ni siquiera haya terminado los estudios?

—Protesto —dice el abogado—. La fiscal está declarando.

—Retiro la pregunta. ¿Por qué buscó tratamiento médico de, eh, la demandada?

—Necesitaba... —dice Lola, luego se detiene.

—¿Señora Fivey? —dice la fiscal—. ¿Qué necesitaba?

—Tratamiento médico.

—Bueno, eso ha quedado establecido. Concretamente, ¿qué tipo de tratamiento?

Lola se encoge de hombros y se retuerce las manos en la barandilla del estrado de los testigos.

—¿Señora Fivey?

—Responda la pregunta, señora Fivey —dice la jueza.

—Una interrupción.

—¿Una interrupción de qué?

—De...

—Por favor, hable más alto, señora Fivey.

—¿De un embarazo? Pensé que estaba embarazada, pero no lo estaba.

A cambio de testificar, le explicó el abogado, Lola obtiene inmunidad. No la acusarán de conspirar en un asesinato.

—¿Y la señorita Percival estuvo de acuerdo en practicarle un aborto?

Ella mira a la fiscal con sus hermosos ojos pintados. Después vuelve a mirarse las manos.

—Sí, estuvo de acuerdo.

Lola tiene una razón para mentir. Es un animal acorralado. La vida que salvará es la suya propia.

No hay nadie que la contradiga exceptuando la curandera misma, que es una rarita del bosque, una loca que hechiza las algas marinas.

Este argumento no es nuevo. La curandera es una de muchas. Por lo menos

ya no está permitido que la quemen, aunque pueden enviarla a una celda durante noventa meses. Los oficiales de la Inquisición española las quemaban vivas. Si la bruja estaba lactando, sus pechos explotaban cuando aumentaba el fuego.

El herrero arponeó a un oso polar. El cocinero hizo un guiso con el hígado y el corazón. Yo no lo probé, aunque fue un sufrimiento oler el succulento caldo. Después de la cena, los marineros se sintieron cada vez más débiles -durmieron mal-, y por la mañana se les saltaba la piel alrededor de la boca. La piel de sus manos, vientres y muslos empezó a resquebrajarse. No me creyeron cuando les dije que el hígado de oso polar tiene niveles tóxicos de vitamina A. Dicen que maldije el guiso.

La hija

No necesita que la convenzan. ¿Qué es una falta? Siempre ha sido una niña buena, su expediente es impecable. Además, no puede pensar, no dejan de cerrársele los ojos, quiere dormir un año entero.

—¡Bien! —dice Ash—. Nunca he visto una declaración antes.

Cuando la familia Quarles se mudó a Newville, Ash era la única persona dispuesta a pasar el rato con la hija. Ella le advirtió que, en su sopa picante y agria, el restaurante chino usaba chile fantasma (que puede dejarte permanentemente insensibles los labios); la llevó al faro, le enseñó a encontrar criaturas en los charcos que se forman durante la marea baja: anémonas cuya boca también es su ano, lapas estriadas cuyas conchas hacen marcas en las rocas llamadas cicatrices de casa.

Conducen hacia el norte bajo el aguanieve. Piden mocas desde el auto en el café. Lamen las torres temblorosas de crema batida.

—¿Bufanda nueva?

—De Navidad —contesta la hija.

—La morada te quedaba mejor.

A Yasmine no le caería muy bien Ash, pero es lo único que tiene la hija.

Enciende un cigarrillo. Al otro lado de la ventana todo es gris: el cielo, el acantilado y el agua, las frías cortinas de lluvia. Los policías del hospital preguntaban una y otra vez: «¿Cómo lo hizo? ¿Qué utilizó?», y la hija no podía contestarles.

—Esto, eh, tengo una petición —dice. Ash levanta dos dedos, la hija pone su cigarrillo entre ellos—. ¿Puedes pedirle a tu hermana el número de una clínica de abortos?

Ash exhala y devuelve el cigarro.

—De ninguna manera.

—Pero es que no se puede distinguir si las que aparecen en internet existen de verdad o son trampas. ¿No podrías simplemente preguntarle?

—Que no, coño. De todas formas, Clementine no me lo daría.

—Tal vez sí, si supiera que no me... queda mucho tiempo.

—Sí, pero no. Es demasiado peligroso. Clem conoce a una chica a la que le pilló una infección tan grave en un lugar de Seattle que tuvieron que hacerle una cirugía de emergencia y casi se muere.

—¿La arrestaron?

—Claro —Ash estira la mano para recibir el cigarrillo de nuevo—, pero su padre contrató a un abogado muy famoso. La chica le dijo a mi hermana que la clínica clandestina era repugnante. En una cubeta de plástico vio lo que le habían sacado a otra chica, ahí, en medio del cuarto. Era una cubeta transparente.

Una estaca ardiente en las costillas de la hija, un sabor a moneda de cobre en los dientes.

Yasmine tampoco murió, pero perdió tanta sangre que necesitó transfusiones. La hija y sus padres esperaron toda la noche en la sala de emergencias con la señora Salter, que se mecía adelante y atrás con su chaqueta rosa de esquiar. Las luces chirriaban. La hija tenía muchísimas ganas de orinar, pero quería estar ahí cuando el doctor llegara con más noticias.

El útero de Yasmine estaba tan dañado que tuvieron que extraerlo.

Los policías llegaron cuando todavía estaba en el hospital.

La bruja lleva puesto un jersey naranja de presa, no su costal cosido a mano, y su cabello parece peinado, no como en la cabaña del bosque. Qué bien que no pueda ver el rostro de Gin Percival; podría parecer asustado. La hija, que ahora todo el tiempo tiene miedo, quiere que haya personas que no lo sientan.

Clementine tiene que testificar en calidad de testigo. El resto de la familia de Ash piensa que Gin Percival contaminó las aguas; aparecen más peces sin vida en las redes y el dedo de hombre muerto arruina los cascos de los barcos.

—Hagan el favor de poner en modo silencio todos sus dispositivos electrónicos —dice la pequeña jueza.

En esos momentos, la señorita/Ro debe de estar pasando lista y haciendo aquello que hace cuando repite varias veces el nombre de quien no responde («¿Quarles...? ¿Quarles...? ¿*Quarles...*?»), en referencia a una película vieja que la hija no ha visto.

—Doctor —dice la fiscal con boca de limón—, antes de que termináramos la sesión de ayer, usted dijo que Dolores Fivey sufrió una lesión cerebral traumática leve, de grado tres, como consecuencia de una caída por un tramo de escalera de cuatro metros de altura en vertical, que...

—Protesto —dice el abogado de Gin Percival, calvo y redondo—, el doctor ya ha testificado sobre esos detalles; no puedo imaginar por qué necesitamos escucharlos nuevamente.

—La retiro. Por favor, ¿podría decirle al jurado los resultados de la prueba toxicológica realizada a la señora Fivey poco después de que llegara al Hospital General de Umpqua?

—Claro —responde el doctor—. Encontramos alcohol y colarozam en su organismo.

—Como usted sabe, interrumpir un embarazo es un delito grave.

Su ropa le aprieta mucho. Hace demasiado calor en la sala.

«Una cubeta de plástico con lo que le habían sacado a otra chica.»

—Protesto.

—Puede causar mareo y caídas.

—Cuando se mezcla con alcohol.

—Cuando se mezcla con limón, lavanda, fenogreco y flor de sauco.

—Un delito grave.

—Buscaba la interrupción.

—Un delito grave.

Necesita encontrar un baño...

—Mareada, desorientada, proclive a tropezar.

—Cuando Dolores Fivey fue internada.

—Procedimiento estándar.

Las páginas de internet dicen que las náuseas sólo ocurren en el primer trimestre...

—Y cuáles fueron los resultados de...

—Mujeres en edad fértil.

La hija necesita un baño. No puede pensar. Hace demasiado calor.

Colarozam.

«Una cubeta de plástico.»

Evitar a un jabalí.

Supuestamente creyó.

Cuando se mezcla con alcohol.

Un jabalí evitado.

Esta sudadera con capucha tan apretada, esta sala en que hace tanto calor...

El aliento a moca de Ash sobre su mejilla.

—Chica, ¿estás bien?

—¿Qué?

—Estás sudando como una loca. Vamos a por un poco de agua.

—Baño.

—Shhh —dice Ash, y la empuja del banco resbaladizo hacia la puerta.

Mínervudottír vio que un narval salía a respirar por uno de los agujeros abiertos en el hielo cerca del barco para tener agua rápidamente en caso de que se iniciara un incendio. Pronto se le unieron otros; sus colmillos helicoidales arponearon el aire. Los marineros también observaban los agujeros para incendios y gritaban «¡Unicornio!» cuando aparecía una ballena.

LA BIÓGRAFA

De los narvales pasa a las notas sobre la expedición Greely. En agosto de 1881, el explorador estadounidense Adolphus Greely y su equipo de veinticinco hombres y cuarenta y dos perros llegaron a la bahía de Lady Franklin, al oeste de Groenlandia. Iban a reunir datos astronómicos y magnéticos del Círculo Ártico y a tratar de conseguir un nuevo récord «lo más lejos al norte».

El segundo verano, la expedición esperó el barco de suministros programado para llevarles alimento y cartas. Nunca apareció. (El *Neptuno* quedó bloqueado por el hielo.)

El tercer verano: ningún barco. (El *Proteus* fue aplastado por el hielo.)

Entre 1882 y 1884, varias embarcaciones fueron en busca de Greely y su tripulación; primero para reabastecerlos y después para salvarlos.

Cada vez que escribe la palabra «hielo», la biógrafa piensa en «juicio».

Botas. Chaqueta. Guantes. La lluvia ha limpiado la escarcha de su parabrisas. En lugar de conducir colina abajo hacia la escuela, conduce hacia arriba: hacia el camino del acantilado y la carretera, el tribunal del condado. Si Fivey intenta despedirla, contratará a Edward para demandarlo.

Ya ha estado dos veces antes en un juicio, en Minnesota, por cargos de posesión de drogas contra Archie. «¿Cómo sabes cuándo miente un abogado?», le murmuró él volviéndose. «Cuando abre la boca», dijo ella, consternada por lo obvio del chiste.

Los Fivey están enfrente; Cotter, de correos, detrás de ellos; Susan, en una fila central; Mattie y Ash, al fondo. Mattie parece descompuesta y mareada. Como nunca ha tenido que interrumpir un embarazo, la biógrafa no sabe cuánto tarda una en recuperarse. Una diminuta astilla de vidrio duro en ella tiene la esperanza de que la muchacha esté sufriendo.

Las nuevas leyes convierten a la muchacha en una delincuente, a Gin Percival en una delincuente, y a la biógrafa misma, si le hubiera pedido su bebé a Mattie y falsificara su certificado de nacimiento. Delincuente.

Si no fuera por su mente comparativa y su corazón codicioso, la biógrafa podría sentir compasión por sus compañeras delincuentes.

En cambio, siente una astilla de vidrio.

En el estrado, Gin Percival se sienta absolutamente quieta. Su expresión es plana como un cuchillo.

FISCAL: Señorita Percival, el lunes escuchamos el testimonio bajo juramento de Dolores Fivey de que usted le ocasionó heridas significativas. Que usted le dio una droga potente asegurándole que interrumpiría su embarazo, pero que tuvo como resultado que cayera por un tramo de escaleras, y...

EDWARD: Protesto. ¿Hay una pregunta escondida ahí?

FISCAL: Lo retiro. ¿Administró una mezcla de colarozam, fenogreco, lavanda, limón y flor de sauco a Dolores Fivey?

GIN: No.

FISCAL: Le recuerdo que está bajo juramento, señorita Percival. Se encontró una botella que contenía rastros de esos ingredientes en el hogar de la señora Fivey, con sus huellas digitales por todas partes.

GIN: Era mi botella. Aceite para cicatrices. Sólo las últimas cuatro cosas. No la primera.

FISCAL: Perdón, señorita Percival, no está siendo muy coherente.

EDWARD: Protesto.

JUEZA: Se acepta.

FISCAL: Señorita Percival, dígame: ¿es usted una bruja?

EDWARD: ¡Protesto!

FISCAL: Es una pregunta razonable, señoría. Habla del conocimiento de la demandada sobre medicina herbolaria y sobre su estado mental. Si, incluso de una manera delirante, se identifica a sí misma como proveedora de cuidados de la salud...

JUEZA: Haga la pregunta.

FISCAL: ¿Es usted una bruja?

GIN: [Silencio.]

FISCAL: ¿Hace cuánto tiempo que se considera bruja?

GIN: [Silencio.]

JUEZA: La demandada debe responder.

GIN: Si usted conociese los verdaderos poderes, si supiera, estaría...

EDWARD: Señoría, solicito un breve receso.

FISCAL: Señoría, exijo terminar mi línea de interrogatorio.

JUEZA: ¿«Exige»? No está en posición de exigir nada aquí, señorita Checkley. Suspendemos la sesión durante treinta minutos.

En el siglo XVII, las acusadas de brujería eran sumergidas en ríos o estanques. Las inocentes se ahogaban. Las culpables flotaban y sobrevivían para que se las torturara o matase de otra manera.

«¡No estamos en 1693!», quiere gritar la biógrafa.

Niega con la cabeza.

«No te limites a sacudir la cabeza.»

Mientras se escondía en Newville, cerraron las clínicas, le quitaron la financiación a Planificación Familiar y enmendaron la Constitución. Lo vio en la pantalla de su ordenador.

«No te quedes ahí sentada.»

Mientras se escondía en su libro, imaginándose las muertes de ballenas piloto nórdicas en el siglo XIX, doce cachalotes murieron, por razones desconocidas, en la costa de Oregón.

Busca a Mattie, pero ella, Ash y sus abrigos han desaparecido.

—Hey, Ro —le dice Susan desde el pasillo.

—Hola —responde la biógrafa, absorta en su antiguo teléfono celular, que ni siquiera puede conectarse a internet. No quiere hablar con Susan, la no delincuente, la adulta buena.

Fuera, en el pasillo de suelo de mármol, ve que Mattie sale del baño de mujeres y se dirige a la salida.

—¡Espera! —La biógrafa trota detrás de ella.

Mattie no se detiene.

—Ash ha ido a buscar el coche.

Está nevando. Se quedan en los escalones, parpadeando hacia las pequeñas estrellas húmedas.

—¿Cómo te sientes? —dice la biógrafa—. ¿Cómo ha ido el procedimiento?

La muchacha se pone sus mitones azules.

—Me tengo que ir.

—Espera, ¿sí? No se lo contaré a nadie. Haz como si no trabajara en la escuela.

—Sí que trabaja en la escuela.

—¿Fuiste a Vancouver?

Los labios de Mattie son púrpuras a la luz de la nieve. Sus ojos, verde lago.

—No ocurrió.

—¿Por qué no?

—El Muro Rosa.

«Quieres decir...» La biógrafa brilla por dentro.

—Pero por qué... ¿Por qué no te arrestaron?

—Una iba a arrestarme. Después pensé que otro abusaría de mí sexualmente a cambio de dejarme ir. Pero en realidad sólo me dejó ir.

¿El bebé no ha desaparecido?

La astilla está emocionada.

—¿Tuviste miedo?

Mattie se limpia la nieve del labio superior.

—Sí, pero ¿la verdad? —Respira entrecortadamente—. Tengo más miedo ahora.

Llevaré al bebé en tren a Alaska.

Navegaré con el bebé al faro de Gunakadeit.

«Pregúntale.»

—¿Avisaron a tus padres?

—No. —Una mirada de terror—. Y usted tampoco lo hará, ¿verdad?

—Palabra de niña exploradora.

—Ya me voy, ahí está Ash.

«Pregúntale ahora.»

Sin embargo, la biógrafa se queda parada, muda.

Da palmaditas en el hombro de Mattie.

El bebé verá el océano negro con vetas de plata.

Cenaré con el bebé todas las noches.

«PREGÚNTALE. PUTA. MADRE.»

Su boca no puede pronunciar las palabras.

—Bueno, dime si necesitas algo.

—Gracias, señorita.

La muchacha baja los escalones, su bufanda azul vuela detrás; la biógrafa ve bebés envueltos en azul disparados por cañones sobre la frontera canadiense y después arrojados de regreso, todavía envueltos y entre arrullos, a suelo estadounidense.

~~La importancia de la investigación de Eivør Mínervudottír estriba~~

~~Mínervudottír fue importante porque~~

~~¿Fue importante?~~

~~Del latín: ser de alguna consecuencia; de peso. Traer consigo, aportar.~~

~~Aportó:~~

- ~~1. Rechazo a someterse a una vida en el campo~~
- ~~2. Medición de cloruros en el hielo y temperaturas marinas del Ártico~~
- ~~3. Análisis métricos de respuestas del hielo a la velocidad del viento y las mareas~~
- ~~4. Una teoría sobre los factores de predicción del recongelamiento en las vías del hielo marino, valioso para la navegación en aguas heladas~~

~~Por consiguiente, ayudó a aportar:~~

- ~~1. Navegación y comercio por medio del Paso del Noreste, que en un tiempo se consideró impenetrable~~
- ~~2. Más formas para que los piratas blancos robaran a los no blancos, los no ricos y los no humanos~~
- ~~3. Extracción de petróleo, gas y minerales en el Ártico~~
- ~~4. La reducción del hielo~~

Es posible que Mínerudottír se sintiera libre; sin embargo, fue un engranaje en la máquina imperialista que arrebató tierras, chupó recursos y jodió el clima.

~~¿No lo fue?~~

~~¿Lo fue?~~

NO SÉ
QUÉ ESTOY
DICIENDO SIQUIERA
SOBRE ESTA PERSONA DE LA QUE NO HAY
UNA SOLA FOTOGRAFÍA CONOCIDA

o por qué no pude decidirme
a pedírselo

mis labios no funcionan

La esposa

Los cirujanos que hacen labioplastias ganan hasta doscientos cincuenta mil dólares al mes.

Un animalito —¿una zarigüeya?, ¿un puercoespín?— trata de cruzar la senda del acantilado.

Chamuscado, quemado, achicharrado hasta parecer caucho.

Temblando, tratando de cruzar.

Ya tan muerto.

Tras pagar los impuestos estatales y federales, la seguridad social, el fondo de jubilación y el seguro médico, Didier trae al hogar dos mil quinientos setenta y tres dólares al mes. No tienen que pagar renta ni hipoteca, pero incluso así no es suficiente.

Clap, clap, suenan sus labios.

Si la esposa fuera mejor administrando el presupuesto, sería suficiente. Si fuera más organizada.

La esposa ha dejado «ir» la casa.

También se ha dejado «ir» a sí misma.

Nos iremos si nos dejan.

La esposa y la casa se escapan juntas, con la mano en la puerta, la mano en la ventana de la buhardilla.

«Preferiría estar sola a que me moliesen a golpes.»

Se imagina a la prima de Bryan, sea quien sea, en una choza en el bosque, tirada contra una pared mohosa de aglomerado. El esposo tiene barba larga y un cabello salvaje, rara vez sale del bosque o deja que su esposa salga. Van

en coche al pueblo para abastecerse una vez al mes. En uno de esos viajes, la prima de Bryan lleva gafas de sol y un sombrero de ala ancha.

¿Por qué Bryan no hace nada y deja que suceda? ¿Acaso no debería correr a ese bosque, encontrar la choza y poner fin a las palizas? ¿No deberían llamar a la policía él y la madre a la que visita en La Jolla, si tanto les importa?

No puede pensar en Bryan sin arder de vergüenza.

—Mami.

—¿Sí, duendecillo?

—Frío —dice su querido niño, al que no le interesa hablar mucho, que es tan distinto de su hermana charlatana.

—Vamos a ponerte un suéter —dice cargándolo sobre la cadera.

Después de que se separen, ¿comprará Didier gomitas de marihuana y las dejará fuera, sobre la mesa del café, para que los niños las encuentren?

«Tienes que decírselo.»

Arriba encuentra un suéter de lana azul.

¿Se puede tener una sobredosis con ellas?

—¡No! —grita John.

—Se me ha olvidado, odias este jersey, perdón. —Le quita la lana azul y coge del cajón uno de algodón rojo que pica menos.

¿Recordará darles a los niños su vitamina D?

«Díselo.»

Abajo, la esposa se sienta a la mesa del comedor con los ojos cerrados.

—¡Mamipli!

—No grites, Bex.

—Entonces pon atención.

—¿Qué?

—Te he preguntado: ¿qué le regalarás a papi por el día de San Valentín?

—Falta más de un mes.

—Sí, pero yo ya sé qué tarjetas regalaré. Las de las tortugas, ¿recuerdas las que vimos?

—Pues yo no le daré nada a papi.

—¿Por qué?

—Ese día no lo celebramos.

—Pero es el día del amor.

—No para nosotros —responde la esposa.

—¿Quieres a papi?

—Claro que sí, Bex.

—Entonces ¿por qué no lo celebráis?

—Porque es una tontería.

—Oh. —La niña se mira los dedos entrelazados y piensa en las tarjetas de las tortugas, firmadas y selladas en sobres blancos, una para cada uno de sus compañeros de clase.

—Me refiero a que es una tontería para los adultos —agrega la esposa—, no para los niños, para los niños es genial.

—Bueno —dice Bex, apartándose distraída.

Dos días y dos noches de soledad a la semana, la casa para ella sola.

«Pero primero tienes que decírselo.»

Se sentirá tan bien estando sola que enseñará a John a que le gusten otras comidas que no sean espaguetis con mantequilla y *nuggets* de pollo, horneará los panecillos de cebada y nueces que Bex come en casa de los Perfect. Volverá a limpiar la casa, a mantener las habitaciones limpias y sin polvo, frotará los bordes del váter semanalmente, comprará un deshumidificador para el desván, pedirá una cita para que les revisen a los niños el nivel de plomo en la sangre.

O puede que ni siquiera viva en esa casa: alquilará un apartamento que prácticamente no requiera limpieza.

Tal vez el apartamento esté en Salem.

«Después de que se lo digas.»

—¡Ya ha llegado papi! —chilla Bex, corriendo hacia el porche.

—Papi —gimotea John.

—¡Fi fai fo fu! —llama Didier.

«Los niños necesitan tener a ambos padres en casa. Todo niño necesita dos.»

Eso es lo que dicen los legisladores, los anuncios y Bryan, el niño sin hijos cuyo propósito en la vida es ganar dinero en competiciones de minigolf.

Jessica Perfect le sacará mucho jugo: «¡Por Dios! ¿Os habéis enterado? Los Korsmo se han separado. Me siento tan mal por los niños, ellos son los que realmente lo pagan».

La madre de la esposa, que nunca ha sido admiradora de Didier, le dirá: «Estaba clarísimo que esto pasaría, lo veía venir».

Hurga en el cajón de la cocina para ver cuántas barras de chocolate le quedan.

—¿Mamipli?

Dos.

—¿Sí?

—He perdido la hoja de mis deberes.

—Busca en tu cuarto.

—¡Quemadlas! ¡Quemad todas las hojas de deberes! —canta Didier.

El verano pasado, en el pícnic de los maestros, Ro le preguntó por qué había tomado el apellido Korsmo, y la esposa respondió: «Porque quería que todos tuviéramos el mismo apellido».

—Pero ¿por qué?

—Porque sí.

—Estamos en el siglo XXI.

—No me sentaré aquí a justificarte mis decisiones —contestó la esposa.

—¿Y por qué no?

—Porque no tengo que hacerlo.

Ro apretó los dientes.

—¿Por qué no está permitido criticar la decisión de una mujer de renunciar a su apellido y adoptar el de su esposo? ¿Sólo porque es su decisión? Se me ocurren otras malas decisiones que...

—Cállate, por favor —respondió la esposa, y ése fue el comienzo del fin de su amistad con Ro.

En el calendario de la cocina, en el recuadro del sábado, la esposa anota una «D».

«Díselo.»

No puede hacer trampa para salir de esto.

No puede esperar con la cabeza metida en la arena a que suceda.

Ella misma es quien tiene que decirlo.

—¿Mamipli?

—¡Por Dios, Bex! Debe de estar en tu cuarto. ¿Ya has buscado debajo de la cama?

—No es eso —responde la niña.

—Entonces, ¿qué? —La esposa está de pie, sosteniendo la pluma con la que acaba de escribirse un recordatorio para informarle a su esposo de que lo dejará. De golpe, quiere clavarse la pluma en el cuello.

—¿Estoy gorda?

—¡No!

—Peso cuatro kilos más que Shell —dice la niña con voz temblorosa.

—¡Ay, corazón! —Se arrodilla en el suelo de la cocina, acomoda a Bex en su regazo—. Tú tienes exactamente el peso adecuado para ti. ¿A quién le importa cuánto pesa Shell? Eres guapa y perfecta tal como eres.

Como madre, la esposa fracasa en muchos frentes.

—Tú eres mi querida y preciosa niña perfecta.

Pero hay una cosa que sí que hará bien.

Odio la carne chiclosa y grasienta llamada *penmican*; y admito que temo el ataque de un oso polar; y los dedos me duelen todo el tiempo. Pero prefiero estar aprisionada en estos páramos espectrales a un asiento junto al fogón más cálido.

La curandera

Una bruja que le dice no a su amante y no a la ley tiene que morir asfixiada en una celda del panal. La que le dice no a su amante y no a la ley tiene que sangrar sal por la cara. Dos ojos de sal en la cara de una bruja que le dice no a su amante y no a la ley tienen que ser vistos por los policías que llegan a la cabaña. Los rostros de las brujas que dicen no se parecen a los de los búhos atados con correas a estacas. *Venefica mellifera*, *Venefica diabolus*. Si un pueblo sufre la plaga de una bruja que dice «No, no dejaré de curar» y que dice «No, no te puedes esconder en mi casa», y Lola, la amante, siente pena y vergüenza, y el esposo de Lola, de puños fuertes, descubre la traición de su esposa, y Lola, la amante, para salvar su propia vida, cuenta una mentira sobre la bruja, el cuerpo de la bruja tiene que ser atado a una hoguera. Sus dientes de búho se encenderán primero con la llama, chispas azules en el blanco antes de que la lengua roja también se encienda. Al arder, el cuerpo de una bruja huele a leche quemada; el olor hace que los que miran vomiten, pero no por ello dejan de mirar.

Los dedos me duelen tanto que siempre
estoy tarareando.
El contramaestre dice que me golpeará en
la boca si no paro.

La biógrafa

El cubículo de la trabajadora social de adopciones está adornado con coronas de ramas de cedro y tarjetas de renos colgadas de un hilo. Lleva pasadores de un verde menta en el cabello.

—¿Qué tal sus navidades?

—Bien, gracias —responde la biógrafa—. He pedido esta cita para... Perdón, ¿y las tuyas?

—Superdivertido. Fuimos a casa de mi hermana en Scapoose. Bebí demasiado ponche del fuerte, por supuesto, pero, como dicen, cuando estés en Roma...

Ésta es la cuarta trabajadora social de la biógrafa en la agencia, cambian de personal constantemente. Recién salida de la universidad, tiene una capacidad de atención muy pequeña y piensa que «porshupueshto» es una respuesta adecuada a una revelación con carga emocional. Sin embargo, es mejor que la que le preguntó a la biógrafa si era consciente de que un niño no era un sustituto de una relación romántica.

—La próxima semana es 15 de enero. Estoy aquí, literalmente, para rogarle que me encuentre un niño al que pueda adoptar antes de esa fecha.

A la trabajadora social le lleva algunos segundos de extrañeza comprender el significado de la fecha.

—Entiendo su preocupación —responde—. Veamos qué novedades hay en su archivo. —Teclea, espera y observa fijamente; la biógrafa no puede ver la pantalla—. Bien, desde la última vez que actualizó su perfil, el 2 de septiembre, su página de inicio ha tenido seis visitas y cero clics en «más

información».

—¿Seis? ¡Oh, Dios!

—Para algunas madres biológicas es difícil ver más allá de la edad. Usted es mayor que algunos de sus propios padres, lo cual...

—Bueno, sí, gracias, lo sé. Pero ustedes dijeron que si enfatizaba mi carrera como profesora y el hecho de que estoy a punto de terminar un libro tendría más entradas.

—Porshupueshto, pensé que eso ayudaría. Aunque hemos notado que el estatus y los ingresos relacionados con la ocupación pueden marcar una diferencia, lo que para usted puede que no sea necesariamente bueno. Eso sumado a que está soltera.

—¿Y si sólo les mostraran un perfil?

—¿Qué quiere decir?

—A la próxima madre biológica. Usted podría mostrarle sólo mi perfil. Las parejas casadas de la lista de espera tienen mucho tiempo por delante, mientras que a mí sólo me queda una semana.

La trabajadora social sonríe.

—Lo que usted sugiere no es ético.

—Es muy ético, de hecho. Usted manipularía sólo un poco las reglas, de forma temporal, para dar una oportunidad a alguien que se la merece pero que de otra manera no tendría la más mínima posibilidad. Usted tomaría una decisión moral. Piense en todas las personas que han cambiado las cosas a lo largo de la historia, que...

—Yo no soy una de sus estudiantes, señorita Stephens.

—¿Qué? No, disculpe, no trataba de darle una lección.

—Pues como que lo estaba haciendo.

—Perdóneme. Sería tan sólo una gota microscópica en el...

—Una gota por la que podría perder mi trabajo.

—¿Y si...? —La biógrafa no tiene ni idea de cómo expresarlo, así que toma prestadas frases de películas—. ¿Y si hiciera que su molestia valiera la pena?

—¿Eso qué significa?

—Si yo le ofreciera un incentivo para que usted corriese ese riesgo.

—Disculpe, ¿qué?

—Me refiero a un incentivo financiero.

Una luz de incompreensión ilumina el rostro de la trabajadora social.

—¿Qué tal si yo le diera a usted, personalmente, mil dólares? —susurra la biógrafa, mencionando una cantidad que podría pedir prestada de manera realista: a su padre, Penny, Didier...

—¡Oh, por Dios! ¿Intenta usted sobornarme? ¡Éste es mi primer soborno! Soy la única persona en la oficina a la que no le habían ofrecido un soborno, hasta hoy.

Alentada por su falta de indignación, la biógrafa medio pregunta:

—¿Enhorabuena?

—¡Qué locura! O sea, claro que no puedo aceptarlo, pero gracias.

—¿Por qué no? Nadie se enteraría. Se lo daría en efectivo; le enseña mi perfil a una madre biológica antes del 15, me dan en adopción al bebé y usted sigue con su vida.

—Señorita Stephens, me solidarizo totalmente con usted, pero no puedo formar parte de una transacción ilegal.

—Sí puede, sólo que no quiere. —La biógrafa trata de respirar con normalidad, pero sus pulmones se sienten mojados y fibrosos, como madera mojada por la lluvia—. ¿Por favor? Esto... esto cambiaría mi vida. Nunca se lo contaría a nadie, mentiría bajo juramento si fuéramos a juicio. —Decir eso ha sido un error: los ojos de la trabajadora social se entornan—. Lo que por supuesto no ocurriría, nunca pasaría. Si nadie se enterará, no sé por qué he dicho eso, supongo que ha sido para enfatizar cuánto significaría para mí, y para el bebé, que tendría un buen hogar conmigo, un hogar verdaderamente bueno.

La plata negra salpicada por el mar.

En un tren al faro Gunakadeit.

—¡Por favor! —implora—. ¡Por favor!

«Respira, Stephens.»

—Mi supervisor no se encuentra aquí hoy —dice la trabajadora social, lenta y cuidadosamente—, pero ¿le gustaría que le diga que la llame?

—¿Él puede darme una prórroga del plazo?

—Todo Niño Necesita Dos es una ley federal. Incluso si nosotros hiciéramos una excepción con los solicitantes solteros, las adopciones no serían válidas, lo que provocaría más dificultades para todos los involucrados. Sin embargo, usted puede seguir en la lista de espera de acogida, porshupueshto —agrega.

Los pulmones empapados de la biógrafa luchan para respirar plenamente.

Conduce el coche de vuelta a Newville, sin aliento.

En la playa, el viento le mete el pelo en los ojos. Le lanza una zapatilla de deporte a una gaviota que vuela bajo. Maldice su mala puntería. Recupera su zapato. Salta sobre un viejo tronco. La playa es un buen lugar para la furia: el cielo y el mar la pueden aguantar. Las rugientes olas, los campos de ostiones colmados de bruma absorben sus gritos. Como esto es Oregón en enero, no hay ni un ser humano alrededor que pueda oírla.

El doctor informó de que le robaron el botiquín de medicamentos. Lo encontraron en la nieve, a unos cuantos metros de las tiendas; faltaban las píldoras de morfina y de opio. Se culpó del hurto a un marinero apto y se le fusiló.

La hija

—El jurado la condenará —dice papá.

—¿Ahora eres adivino? —pregunta la hija.

—Ha perdido la cabeza completamente en el estrado, según he oído. Parece que irá a la cárcel una buena temporada.

—¿Y por qué estás contento? —Esa noche se siente de manera especial mareada.

—Simplemente es justo que pague su deuda con la sociedad.

Toma agua para ayudar a superar las náuseas.

—¿Y si no ha hecho lo que dicen? Y si...

—¿Quieres más arroz, Mattie?

—Es como si aceptaras lo que sea que digan en las noticias. Ni siquiera has ido al juicio.

—Tu madre te ha preguntado si querías más arroz.

—No, gracias.

—¿Estás segura, cariño? —pregunta mamá sosteniendo el plato.

—¿La señorita Stephens os ha dicho que esa mujer es inocente? No tiene por qué hablar de política en el aula, y si lo está haciendo, entonces...

—Puedo tener mis propias ideas. La señorita Stephens no ha dicho una mierda.

—¿Y ese lenguaje? —dice mamá.

—Ocurren toneladas de injusticias a plena luz del día —añade la hija—, y los ciudadanos comunes están al tanto pero no hacen nada.

—Por ejemplo... —dice papá.

—El efecto espectador: nadie ayuda a una víctima de un crimen cuando hay otras personas alrededor porque todos creen que alguien más lo hará.

—De acuerdo. ¿Qué más?

Su padre la ha preparado para que dé más de un ejemplo en cualquier debate; y sabe que los números que no terminan en cero son más convincentes en una negociación porque suenan menos arbitrarios.

—Por ejemplo —continúa ella—, todo el mundo sabe de la matanza de ballenas piloto en las islas Feroe, pero nadie es capaz de...

—La gente tiene todo el derecho a practicar sus propios rituales culturales. —Observa su pequeña chuleta rosa de cerdo—. Los feroeses han cazado ballenas de esa forma durante siglos.

—Las ballenas piloto técnicamente son delfines. Delfines oceánicos.

—Eso no lo sé.

—Bueno, papá, yo sí lo sé, y lo son.

—El asunto es que ellos se comen lo que matan, y sólo matan lo que se pueden comer. La caza se reparte con justicia entre la comunidad.

—Bien por ellos —murmura la hija.

—¿Te pasa algo? —pregunta mamá—. Te veo...

—Estoy bien.

—No quiero que te estreses por la Academia de Matemáticas —dice mamá—. Si entras, entras. Si no, lo intentas el próximo año.

—No hay razón para que no entre este año —dice papá.

—¿Puedo retirarme? —dice la hija.

Tiene que limpiar su cuerpo. Dejar de estar mareada. Evitar que las venas azules se esparzan por sus pechos, cada vez más tensos. «No seas la leche gratis.»

Extraña terriblemente a Yasmine.

El correccional juvenil Bolt River es una prisión estatal de seguridad media para mujeres de doce a veinte años.

Total de cartas, tarjetas y paquetes que la hija envió a Bolt River durante el primer año que Yasmine estuvo dentro: sesenta y cuatro.

Número de palabras que recibió de vuelta de Yasmine: cero.

Siempre que hablaba con la oficina le decían: «La infractora se niega a recibir su llamada».

La madre de Yasmine dijo: «No tengo ni idea, Matts. Simplemente no lo sé».

Después de un año, la hija dejó de intentarlo.

La piel congelada, que al principio le picaba de un modo intolerable, se ha vuelto cerosa e inerte. Unas ampollas negras y púrpuras desprenden pus de olor rancio. El doctor me ofreció cortarme los dedos, pero me dijo que sin morfina u opio sería el peor dolor que hubiera sentido jamás. Rechacé el ofrecimiento.

La esposa

Guarda la ropa limpia mientras las niñas juegan a Amelia Earhart en la cama de Bex. Didier está en el bar con Pete, llegará a casa para la hora de la cena. La cena consistirá en un guisado de tacos, y Shell preguntará si los frijoles se remojaron en casa o si son de lata.

—¿Qué es ese ruido?

—¡Oh, no! ¡El avión se está quedando sin gasolina!

—¡Mi única opción es caer al mar!

—¡Estoy cayendo! Plop.

—Plop.

—¡Qué asco! ¿Por qué hay polvo en el suelo? —dice Shell en un tono de voz que ya no es de juego.

Bex mira el suelo y luego se vuelve a mirar a la esposa.

—Mi mamá dice que sólo vale la pena vivir en una casa limpia —agrega Shell.

«Hasta ahí, Perfect. Ya es suficiente.»

—Me parece que tu mamá no sabe mucho de polvo —dice la esposa—. Si supiera, sabría que contiene fibras de polen que son muy buenas para la salud.

Bex sonrío. Y Shell pregunta:

—¿De qué forma son buenas para la salud?

Este papel de pared es horrendo, flores de un morado oscuro sobre un fondo café. No debería ser la primera cosa que su niña ve cada mañana.

—Cuando las inhalas, crean en tu cuerpo más glóbulos blancos que te

ayudan a que no te enfermes. El polvo es extremadamente saludable.

Es la hora de la cena y su esposo no ha llegado, así que sirve a los niños, lleva su plato de vuelta al horno a noventa grados, da prisas a Shell para que se vaya y entre en el coche de Blake Perfect, les da a Bex y a John un baño, trata de recordar cuándo fue la última vez que Didier los bañó. Mientras les lee sobre la familia de los peluditos («Calentitos como panecitos, más chiquitos que los demás»), la puerta principal se abre y se oye el sordo ruido de voces en la entrada.

—¿Papi vendrá a darnos las buenas noches?

—No lo sé, depende de él.

—¿Puedes decirle que venga?

En la planta baja, ella ve que él ha encontrado el guisado y todo lo que quedaba se lo ha servido en su plato y en el de Pete.

—¡Esto está muy bueno! —dice éste a manera de saludo, y engulle lo que su tenedor pesca.

—Sí que lo está —agrega Didier—. ¿Le has puesto más salsa de lo habitual?

—¿Ya no queda más? Yo no he comido nada.

—Pensaba que habrías comido con los niños.

—Te estaba esperando.

Didier mira su plato.

—¿Quieres lo que queda del mío?

—Me haré un sándwich.

Unta queso crema en pan integral, añade rodajas de pepino y sal. Un sándwich virtuoso, un sándwich que podría necesitar un complemento más tarde, como galletas con virutas de chocolate.

Galletas tiernas..., mirador panorámico..., Bryan Zakile...

Algo le pica en los recovecos de su mente.

Se vuelve a mirar el ficus, que, aunque algo enclenque, todavía está vivo

(¿acaso no lo regó ayer?), así como la cabeza de medusa, siempre insegura en invierno, sus serpenteantes brazos verdes se pudren rápidamente cuando le falta sol.

Algo que Bryan le dijo.

—Literalmente, estoy pasmado —dice Pete, lo más probable que sobre algún asunto de la escuela; la esposa no puede participar en la conversación.

—Pensaba que odiabas que la gente dijera «literalmente» —comenta ella. Él le echa una mirada de tiburón.

—Me refería al mal uso y abuso que hace la gente del término. En este caso, sí estoy literalmente pasmado.

—¿De qué?

—La noticia de que mi colega ha conseguido un agente literario para su libro de quinta.

A la esposa le duele la cara.

—¿Ro ha conseguido un agente?

Venderá la historia de la exploradora polar, le pagarán, escribirán reseñas, incluso puede que se vuelva...

—No, Penny Dreadful.

—Bien por ella —responde la esposa, aliviada y repugnante.

—Y malo para la literatura —replica Pete.

Algo le da vueltas en el cerebro: algún gancho, algún vínculo, dos cosas que se supone que debe conectar.

Bryan..., las galletas..., la cabeza de medusa...

—Necesito salir a fumar.

—Discúlpame si te aburro, Didier —dice Pete—, pero da la casualidad de que creo que es importante hacer una crítica de la hegemonía de las publicaciones comerciales. Si no, nos tienen justo donde quieren.

—¿Quiénes?

—Las corporaciones que generan los gustos. El complejo industrial del romanticismo. ¡Baila, títere! ¡Baila!

—Ve a darles las buenas noches a los niños —dice la esposa.

—Ahora, después de que haya...

—Para cuando termines, ya estarán dormidos.

Didier tira el cigarrillo sin encender sobre la encimera y se dirige a las escaleras.

En el baño, la esposa orina, se limpia, se levanta, pero no se sube las bragas; mira más allá de su barriga, que mete, a su peludo monte de Venus. ¿Cuántos pelos individuales habrá en ese montículo? ¿Más de cien o menos? Agarra uno con los dedos y lo arranca, duele un poco. Coge otro, duele. Luego un tercero, un cuarto, un quinto. La esposa levanta el asiento del retrete y coloca los vellos, uno por uno, en el borde.

¿Qué es lo que le pica en la mente?

Es algo sobre Bryan.

Ir tras él fue un movimiento cobarde.

Necesita entender cómo llegó a convertirse en semejante cobarde.

Pero es algo más, no sólo Bryan.

¿Pero qué?

Mira el calendario de la cocina, justo donde ha escrito y luego tachado la «D», escrita y tachada, escrita y tachada.

Está parada frente al fregadero, lavando la cazuela donde ha cocinado.

Didier y Pete regresan de sus cigarrillos.

—¿Quieres una cerveza, Peetle-juice?

El animalito calcinado, negro, tratando de cruzar. Derretido y tembloroso.

—¿Puedes creer que ella no los ha escuchado nunca?

—Amigo, la suma total del conocimiento musical de Ro cabría en los calzoncillos deportivos de Bryan Zakile.

Derretido y tembloroso.

—¿Y los hacen en talla extra pequeña?

Calzoncillo. El calzoncillo de Bryan. Huevos. Las joyas de la familia. Padre. Madre. Primo. *Prima...*

—Él, de hecho, usa una talla para niños.

«No tienen hijos, así que, ¿por qué no irse?»

La prima molida a golpes.

Oh, no.

La esposa deja caer la cazuela. Un estrépito en el fondo del fregadero.

¿Dónde está su móvil? ¿Dónde...?

—¿Dónde está mi teléfono? —pregunta mientras se sacude con furia el agua de las manos.

—Justo aquí, en la mesa. ¡Por Dios!

Lo agarra y va corriendo al comedor a oscuras mientras marca.

Él contesta al primer timbre.

—¿Susan?

La sangre le palpita con fuerza en el cuello.

—Edward, escúchame —dice hablando más rápido que nunca—, tienes que entrevistar a un nuevo testigo, su nombre es Bryan Zakile. Él me contó, de primera mano, que el esposo de su prima la golpeaba, y su prima es Dolores Fivey. Creo que él podría...

—Espera —responde Edward.

Siente la cabeza aturdida y que le falta el aliento.

—¿Presenció él mismo que fuera golpeada?

—Bueno, pues no directamente, pero...

—Es decir, es algo de oídas —replica.

—Lo cual es admisible si constituye material de evidencia exculpatoria, y si hay circunstancias corroborantes que claramente apoyen la confiabilidad de lo dicho.

—¡Demonios, Susan! ¿Después de siete años?

Siente que le estalla un resplandor en el pecho y continúa apresurada su explicación.

—Al menos introduciría cierta duda convincente en el caso...

—Espera. Mmm.

Silencio mientras él piensa.

Todo su cuerpo palpita, esto es algo que importa.

—Eso corroboraría la declaración de la señorita Percival —dice Edward— de que la señora Fivey le reveló que su esposo la maltrataba físicamente. Lo que a su vez sugiere un motivo para que la señora Fivey mintiera sobre...

Mmm.

—Debes hablar con Bryan esta noche —agrega ella—. Te voy a mandar un mensaje con su número.

—Espera un momento. Has dicho «Él me contó que el esposo de su prima la golpeaba», pero la gente suele tener más de una prima.

—Él no lo especificó, pero es la señora Fivey, Edward. Tiene que ser ella.

—¿Cuándo te dio esta información?

—Hace un par de semanas.

—¿Y me lo dices ahora?

El resplandor baja.

—Yo no... no había hecho la conexión.

—Mmm. No sé si algo de esto cambiará las cosas, pero dame su número.

Buenas noches.

Le envía el mensaje y se sienta, temblorosa y eufórica, en la silla de su abuela a oscuras.

Tras el regreso del *Oreíus* a Copenhague, en el verano de 1876, a Eivør Mínerudottír le amputaron los gangrenados dedos anular y meñique de la mano izquierda. Su cuaderno de notas no abunda en la pérdida: «Me quitaron dos, con anestesia. Me quedan otros ocho».

Escribió los datos del *Oreíus* con la mano derecha. Aun antes de terminar el borrador del artículo, ya tenía el título: «Sobre los contornos y tendencias del hielo marino del Ártico».

La curandera

No deja de pedir otras mantas, pero le dicen arréglatelas con lo que tienes, flaca. No ha podido dormir. Le duele la garganta. Extraña a Temple, que quemaría las mantas rasposas y herviría un jarabe para la garganta con raíz de malvavisco y le diría «Muéstrales que no tienes miedo».

Pero sí que tiene.

En el jurado hay un hombre con los ojos vivos. Mira a la curandera como a una persona. Sonrió cuando Clementine dijo en la sala «Gin Percival salvó mi vagina». Los otros once la observaron como si fuera una chiflada.

Loca. «A la gente le gusta poner etiquetas.»

Rara. «No permitas que te definan.»

Excéntrica. «Eres auténticamente tú misma, eso es.»

«Temple, ojalá no te hubieras ido.»

El abogado está emocionado ese día. Su rostro se mueve más rápido. Ha traído dulces de regaliz y lechuga, una hogaza de Cotter y mantequilla en una bolsa de plástico. Le habla sobre el nuevo testigo, el primo de Lola, que no quiere testificar, así que se le considerará hostil.

—Sólo mentiré —dice la curandera mordiendo el pan con los dientes.

—No, si lo abordo de la manera correcta. —Toma la porción con mantequilla que ella le entrega y la deja sobre el banco de metal, es demasiado amable para rechazarla—. Y si dice lo que creo que dirá, entonces llamaremos a Dolores Fivey al estrado de nuevo.

—¿Y a mí también? Podría decirles lo que ella me dijo. Después de romperle el dedo le dijo que sería mejor que tomara suplementos de calcio.

—Tú... —El abogado sonríe—. Tú no.

—¿Por qué?

—Eres demasiado tú misma, Gin. Y algunas personas del jurado podrían sentirse... inquietas por ello. La gente tiende a sentirse más cómoda con el discurso y el comportamiento que ya esperan. Tú no eres así y yo lo respeto, pero tengo que pensar en las percepciones del jurado.

Ella lo mira de reojo. ¿Es falso? ¿Condescendiente? Con este abogado no es fácil saberlo.

Clementine la saluda desde la galería. Cotter también está ahí, y la señora rubia y malcarada de la biblioteca que no baja la voz cuando habla con la bibliotecaria.

La curandera no puede recordar si ha visto antes al primo de Lola. Su aspecto es el de cualquier hombre trajeado, con el cabello cruelmente oscuro.

—Señor Zakile —dice el abogado—, ¿es verdad que fue una estrella del fútbol en la universidad?

La boca del primo se abre con sorpresa.

—No sé si «estrella», pero sí, hice una contribución.

—¡Más que una contribución, diría yo! Según el periódico estudiantil de la Universidad de Maryland, *The Diamondback*, obtuvo honores All-Conference con su «exquisito control del balón y agresividad de pantera».

—Protesto —dice la fiscal—. ¿Adónde quiere llegar el señor Tilghman?

—Señoría, establezco el contexto y el trasfondo de este testigo. Señor Zakile, *The Washington Post* lo describió como «una revelación» en una victoria sobre Georgetown en la cual anotó tres goles.

Una sonrisa dudosa del primo.

—Fue un gran partido.

—Después Central Coast tuvo la fortuna de contratarlo como entrenador de su equipo masculino de fútbol. Me han dicho que es un entrenador eficaz, ¿estaría de acuerdo?

—Hicimos catorce y cuatro la última temporada. Estoy orgulloso de mis muchachos.

—Señoría, ¿qué? —pregunta la fiscal.

La curandera observa cómo su abogado conduce a Bryan Zakile al agua. Conforme se desarrolla la historia de lo maravilloso que es —como atleta, entrenador, profesor de lengua y ciudadano del mundo—, el testigo se va animando. Se va volviendo comunicativo. Desde luego que ama a su familia. Desde luego que quiere contar la verdad como ejemplo para sus alumnos. Por supuesto que no tiene ningún motivo para difamar al señor Fivey. Por el contrario —como señala cuidadosamente el abogado—, más bien tiene motivos para protegerlo, incluso si eso requiere que mienta, porque el señor Fivey tiene el poder de echarlo; por lo menos, tenía ese poder. Ahora, desde luego, el señor Fivey no puede despedirlo, diga lo que diga Bryan en el estrado: eso se vería como tendencioso, ¿no es así? Francamente, merecería un juicio. Así que si Bryan tuviera la libertad, como la tiene, de decir toda la verdad y nada más que la verdad —la libertad de actuar como corresponde a un hombre de su carácter—, ¿qué nos diría de la relación de su prima Lola con su esposo?

19 de febrero de 1878

Estimada señorita Mínerudottír:

Recibí su artículo «Sobre los contornos y tendencias del hielo marino del Ártico», un texto que, evidentemente, usted no escribió. A pesar de los sensacionales descubrimientos que contiene, a no ser que se reconozca a su verdadero autor, la Real Sociedad no puede publicarlo.

Atentamente,

SIR GEORGE GABRIEL STOKES
Secretario de Ciencias Físicas
Real Sociedad de Londres
para mejorar el conocimiento de la
naturaleza

La biógrafa

A las 20.40 del 15 de enero ella espera, sudando y temblando, al otro lado de la puerta de la clase de latín de última hora.

Tendrá que ser un parto en casa, para evitar los registros del hospital. Mattie es joven y fuerte, no habría razón para que corriera peligro. La biógrafa podría llevarla en coche a urgencias si algo saliera mal. Conseguirá una comadrona para que las ayude. Ellas firmarán el acta de nacimiento.

La chica tendrá todo el verano para recuperarse.

La biógrafa lidiará con la señora y el señor Quarles de alguna manera.

Mattie sale, atándose la bufanda azul alrededor del cuello. Sus mejillas están más llenas, pero fuera de eso no se le nota; las bufandas, las sudaderas holgadas y los abrigos de invierno hacen un buen trabajo ocultándola.

—¿Podemos hablar un momento? —dice la biógrafa.

Hace demasiado frío para caminar. Se meten en la sala de música, que se utiliza como bodega desde que no hay clase de música. Carteles de tubas y flautas sobre sillas rotas, montones de papel carbón.

—¿Viene a ver si estoy bien? —pregunta Mattie.

—Y bien, ¿cómo estás?

—Aquí huele a jamón.

La biógrafa sólo puede oler su propia ansiedad sudorosa.

—No ha cambiado nada —dice Mattie— desde que me preguntó el otro día.

La biógrafa abre la boca.

«Dámelo a mí.»

El aire se mueve ligeramente por su lengua y dientes. Le seca los labios.

—¿Mattie?

—¿Sí, señorita?

—Quiero ayudarte.

—Entonces no se lo diga a nadie, ¿de acuerdo? Ni siquiera al señor Korsmo, sé que son amigos.

Se prepara para darle forma a las palabras: «Pagar las vitaminas. Llevarte a cada cita con el doctor. Si me lo das».

La chica tose, se traga la flema.

—Por cierto, he pedido una cita en un... un lugar en Portland. Tengo que hacerlo pronto porque ya casi estoy de veintiuna semanas.

Veintiuna semanas significa que le quedan diecinueve, cuatro meses y medio.

¡Sólo cuatro meses y medio, Mattie!

—Eso ya es muy avanzado, el proceso podría ser peligroso. —La astilla de vidrio es la que escoge las palabras—. Muchas de las clínicas clandestinas no tienen ni idea de lo que hacen. Sólo quieren ganar dinero.

—No me importa —responde Mattie.

—He oído hablar de... errores fatales. —Toda la biógrafa es una astilla.

—¡No me importa! Aunque el lugar sea horrible y tengan en cubetas lo que les sacaron a otras chicas, no me importa. ¡Quiero que esto termine!

Comienza a pegarse en ambos costados de la cabeza con los puños, bam bam bam bam bam bam, hasta que la biógrafa le sujeta los brazos y se los baja suavemente.

—Sólo trato de decirte que tienes otras opciones —dice agarrando las muñecas de Mattie.

Puedes esperar cuatro breves meses, y medio.

—¿Opciones? —Su voz tiene un nuevo filo.

—Pues, por ejemplo, la adopción.

—No quiero hacer eso. —Mattie se zafa de la biógrafa y se vuelve.

—¿Por qué no? —«Dámelo a mí.»

—Porque no quiero.

—Pero ¿por qué? —«Dámelo a mí, lo he estado esperando.»

—Usted siempre nos ha dicho —la voz de la muchacha se convierte en un quejido— que cada uno hace su propio camino y que no tenemos que explicárselo a nadie.

—Así es. —Mattie la mira con furia, la biógrafa agrega—: Sin embargo, quisiera asegurarme de que lo has pensado bien.

La muchacha se agacha y se sienta apoyándose en un archivo verde. Se sostiene la cabeza con ambas manos, con las rodillas dobladas contra el pecho; se mece un poco.

—Sólo quiero que ya no esté en mi cuerpo. Quiero dejar de estar infiltrada. ¡Dios, por favor, sácamelo del cuerpo! Haz que esto termine. —Se sigue meciendo y meciendo.

La biógrafa se da cuenta de que la chica está aterrada.

—Y no quiero traer al mundo a alguien —susurra Mattie— por el que voy a preguntarme toda la vida. Con preguntas como ¿dónde está ese alguien? ¿Estará bien?

—¿Y si supieras quién lo está criando?

La biógrafa se imagina la cumbre de un acantilado vasto y soleado; más allá, el cielo azul y el mar azul, y Mattie con un vestido floreado, protegiéndose los ojos del sol con la mano, y la biógrafa en cuclillas junto al bebé, diciendo «¡Ahí está tu tía Mattie!», y el bebé gateando hacia ella.

—Simplemente no puedo —contesta la muchacha en tono áspero—. Lo siento.

Un golpe seco de horror en el pecho de la biógrafa: ha hecho que la muchacha se disculpe por algo por lo que no necesitaba disculparse.

Mattie es una niña de huesos ligeros y mejillas suaves. Ni siquiera puede conducir legalmente.

Cuatro meses y medio.

De hinchazón, dolores, ardor, desgaste, preocupación, espera, y de sentir que su cuerpo se desbordará. De esconderse de las miradas en el pueblo, de las preguntas en la escuela. De ver las caras, cada día, de sus padres mientras ven crecer a su nieto que no será su nieto. Tener que preguntarse, más adelante, dónde está ese alguien que ella hizo crecer en su cuerpo.

La astilla de vidrio dice: «¿Y a quién coño le importa?».

Mattie dice:

—¿Usted iría conmigo?

A las revisiones médicas y a yoga prenatal.

A la tienda, a comprar hortalizas de hojas verdes.

A la limpia y cómoda cama preparada en el apartamento de la biógrafa cuando sea el momento.

Por un instante deslumbrante, ella tiene al bebé, que será alto y de cabello oscuro, bueno en el fútbol y las matemáticas. Llevará al bebé en un bote de remos al faro, en tren a Alaska, resolverá problemas de matemáticas con el bebé en una cancha de fútbol. Ella amará tanto al bebé.

Excepto que, claro, no es eso a lo que se refiere Mattie.

Un alambre le pica por la espina dorsal.

Si la biógrafa admitiera sus propios motivos para sentir *Torschlusspanik*, si aclarara que el bebé sería para ella, Mattie podría terminar por aceptar. Mattie quiere complacer, ser complaciente. Quiere que su maestra preferida esté contenta.

La biógrafa estaría pidiéndole algo que no cree que deba pedírsele a nadie. Sus más profundas convicciones pisoteadas.

Sin embargo, aquí está, a punto de pedirle a una niña sollozante que le dé lo que crece en ella.

La astilla de vidrio dice: «Ésta es tu última oportunidad.

»Lánzate».

La biógrafa responde: «Bueno».

Mattie levanta la vista, sus ojos verdes están rojos y rebosantes.

—¿Iré conmigo?

—Sí. —Siente que quiere vomitar.

—Perdone que... No hay nadie que... Ash no...

—Lo entiendo, Mattie.

—Gracias —responde, y agrega—: ¿Sabe si hay más de un correccional juvenil en Oregón?

—¿Tienes...? —Pero claro que tiene miedo. Torpemente, la biógrafa le da unas palmaditas en la cabeza—. Todo saldrá bien.

«¿Saldrá bien?» Podrían arrestarlas a las dos. La biógrafa podría

convertirse en un titular del periódico: PROFESORA SOSPECHOSA DE SER CÓMPLICE EN UN ABORTO. Siente un espontáneo éxtasis de amor puro por quienes son atrapadas, por quienes saben que podrían serlo.

La joven se levanta, se echa el bolso al hombro y se ajusta la bufanda. No mira a los ojos a la biógrafa.

—¿La veré mañana? —dice saliendo por la puerta.

Semilla y tierra. Huevo y cascarón.

Un tapón de bilis sube y baja por el fondo de su garganta.

«La clave de la felicidad es no albergar esperanzas», dice el maestro de meditación.

Como un tiburón: sigue moviéndote.

La biógrafa camina hasta un cartel del club de música [¿CUÁL ES EL MEJOR LUGAR PARA CANTAR? ¡DONDE SEA!], lo arranca de la pared y lo rompe por la mitad.

La exploradora le escribió al tutor, Harry Rattray, que seguía trabajando para el director del astillero de Aberdeen:

Tras muchas semanas de reflexión sobre mis dificultades con la Real Sociedad, he tomado la dolorosa decisión de solicitarle que publique mis hallazgos con su nombre. De otro modo, el mundo jamás los conocerá.

La curandera

El testimonio del primo Bryan, aunque dañino para el señor Fivey, sólo importa si Lola lo corrobora. Cuando el abogado le explica esto a la curandera, advirtiéndole que podría haber sido un rodeo inútil, ella sonríe y dice:

—No para Lola.

—¿A qué te refieres?

—A que ahora lo saben otras personas —dice—. Fuera de su familia. Es libre.

El abogado se acaricia pensativamente la piel rosada y limpia sobre su cráneo.

—Ahí vamos —murmura.

Ese día Lola no lleva mucho maquillaje en los ojos, con lo que su cara parece más lejana.

—Señora Fivey —dice el abogado—, gracias por regresar al estrado.

—Bueno, me han enviado una citación. —Pero mira al abogado. La vez anterior, sólo se miraba las manos.

—Ya conoce el testimonio de su primo, Bryan Zakile. Quiero preguntarle, señora Fivey...

—Prefiero Lola.

Sí, los miembros de su familia han presenciado discusiones entre ella y su esposo. Sí, esas discusiones pueden calentarse. No, su primo no mentía

cuando describió un altercado el Día de Acción de Gracias que terminó con su esposo estampándole la mano en la boca de una manera extremadamente fuerte. No mentía cuando testificó que su esposo le había amoratado la mandíbula. O que, en otra ocasión, le confió que su esposo le había roto una falange. Y sí, la cicatriz del antebrazo derecho se la provocó su esposo cuando sostuvo una sartén caliente contra su piel. No denunció ninguno de esos incidentes porque ambos eran responsables. Ella tampoco es perfecta. Algunos miembros de su familia expresaron preocupación, sí, pero como dice su madre, uno no se mete sin invitación en los matrimonios de otras personas.

Cuando el señor Fivey encontró el aceite para cicatrices en la bolsa de Lola, la hostigó hasta que aceptó haber ido a ver a la señorita Percival por la quemadura. ¿No había sido una idea mejor que ir al Hospital General de Umpqua, donde le habrían hecho preguntas? El señor Fivey no estuvo de acuerdo. Vio a una bruja loca que ni siquiera se había sacado el bachillerato y que no tenía nada que ver en los asuntos de su esposa.

Lola fue a hacer su maleta. Tenía planes de conducir hasta Nuevo México (tiene una amiga ahí que hace dulces de piñón) para pensar las cosas.

El señor Fivey entró en la habitación con un vaso de vodka y la botella de aceite para cicatrices. Había molido (se enteró después) varias tabletas de colarozam y las había mezclado con el aceite. Se lo dio y le dijo «Tómatelo». Cuando ella se negó, él la abofeteó. Ella se lo bebió. Y después del aceite se tomó el vodka. Se puso tan borracha que, de camino a la cocina, cayó por las escaleras.

No estaba embarazada cuando consultó a la señorita Percival, ni creía estarlo. Era lo último que tenía en mente.

—¿Alguna vez estuvo embarazada?

Una vez, hacía trece años, antes de conocer a su esposo. Preferiría no hablar de eso.

—¿Por qué se retracta de su testimonio anterior?

Esa pregunta la deja en silencio. La jueza tiene que recordarle que está obligada a responder.

Finalmente, Lola dice:

—Porque ya me he hartado de lavarle la ropa sucia.

Esperan en la sala adyacente mientras el jurado delibera. El asistente del abogado les lleva una caja de moras azules cubiertas de chocolate y dice:

—¿Un poquito de energía?

La curandera las prueba: deliciosas.

Lola no ha dicho: «Estoy cambiando mi testimonio porque no sería justo que Gin Percival pase siete años en prisión». Apenas ha mencionado a Gin Percival.

El abogado se rasca, como siempre: las muñecas, las orejas, la nuca.

—¿Sarpullido? —pregunta la curandera.

—Chinches —dice—. Cortesía del hotel Narval. Mi departamento en Salem ahora también tiene. Estoy en la segunda fumigación.

—Conozco algunos métodos. Si salgo...

—Cuando salgas. —Alza los brazos al aire para secarse las axilas empapadas.

—¿Adónde irá Lola? —pregunta ella—. No puede quedarse en casa.

—Su abogada dice que ya se ha mudado con sus padres. —La pregunta que queda es: ¿dónde se quedará el señor Fivey?

La curandera se come la última mora azul.

—O sea, ¿en qué celda?

Cuando el portavoz del jurado se levanta, ella cierra los ojos.

—Damasicaballeros.

—Hanllegado.

—Síseñoría.

—¿Cómoncuentran?

«Deja de temblar. Eres una Percival.»

—Encontramos a la demandada...

«Descendiente de un pirata.»

—... inocente de ambos cargos.

Un ruido de celebración entre la audiencia. Ella tiembla demasiado como

para volverse, pero suena como la voz de la mujer malcarada de la biblioteca.
Toma la mano húmeda del abogado.

En el primer cuento de hadas que el tío me contó, una astilla de vidrio en el ojo hace que todo el mundo parezca feo y malo. Tengo esa astilla en el ojo ahora. Veo el nombre de Harry en mi artículo en *Actas filosóficas de la Real Sociedad de Londres* y me encojo de furia. Es mío, pero nadie lo sabe. Ahora conocen los hechos que explica, que son más valiosos que mi pequeño ser; sin embargo, esa astilla alojada en mí no me deja descansar. Me gustaría encontrarme con sir George Gabriel Stokes en la Real Sociedad, mostrarle los muñones de mis dedos y decirle: «Los di a cambio de mis datos».

La hija

El viernes por la noche explora la página web de la Academia de Matemáticas, relee las descripciones de los seminarios e inserta su propio rostro en las fotos de los empollones que se ríen sentados alrededor de las mesas. Si es que logra entrar, porque el proceso de solicitud ha sido difícil. Todos los candidatos tendrán calificaciones muy altas y muy buenos resultados en los exámenes. El profesor Xiao le dijo: «Tienes que sobresalir. Cobrar vida en las respuestas del ensayo».

¿Cómo ves las matemáticas en tu futuro?

~~Mi futuro incluirá~~

~~Las matemáticas serán importantes en mi futuro porque~~

~~En mi futuro, yo veo~~

~~Noto que hay un juego de palabras en la pregunta~~

Si logra entrar, planea hacer el seminario sobre recursividad: estructuras autosimilares, variabilidad por repetición, fractales, teoría del caos.

Pensar en fractales, no en succiones y tubos chapoteando, ni en la puerta de la clínica clandestina derribada por la policía.

No tendrá dieciséis hasta dentro de casi un mes, así que no sería juzgada como adulto; pero incluso a los no adultos pueden mandarlos lejos.

Cuando Yasmine se operó su bulto, la mayoría de las clínicas clandestinas todavía no existían. Fue justo después de que la prohibición federal entrara en vigor. Para ayudar a que ésta se afianzara, el fiscal general ordenó que los fiscales de distrito de todo el país intentaran obtener las sentencias más duras posibles para quienes pretendieran abortar. Había que mandar un mensaje: encarcelaron a chicas de hasta trece años con sentencias de tres a cinco años. Incluso la hija de Erica Salter, legisladora de Oregón, fue encerrada en el correccional juvenil Bolt River. El mensaje tenía que ser claro.

Un día antes de la autointervención, Yasmine le dijo que nadie podía saber que había estado embarazada, y que si la hija se lo decía a alguien no volvería a dirigirle la palabra nunca más.

—No les daré una razón más para que piensen que no soy inteligente.

—¿Por qué alguien pensaría que no eres inteligente?

—¿Es broma?

—No —respondió la hija.

—Eres una niña blanca muy ignorante —contestó Yasmine.

Cuenta cada mosaico del baño del piso de arriba para no pensar en eso.

El sábado por la mañana le recuerda a su madre que después de ir al acuario pasará la noche en casa de Ash. Nos vemos mañana. Sí, sí, ha cogido su paladar.

Cuando Ash la lleva al aparcamiento de la iglesia, parece que la señorita/Ro no está del mejor de los humores: el rostro frío, silencio absoluto. La hija le ofrece dinero para la gasolina y la señorita/Ro pone los ojos en blanco. ¿Cómo harán para encontrar temas de conversación? Por suerte, la señorita/Ro enciende la radio. La hija se sumerge en el asiento mientras atraviesan el pueblo: ¿cómo se vería una alumna en el coche de la maestra? Piensa en los chismes de Newville, no en el proceso.

Mientras pasan por una ladera talada, deforestada y estéril cuyos tocones parecen lápidas, la hija ve los brillantes suelos de madera de abeto de su casa; huele humo en su cuerpo, Chimenicienta. Un día dejará de fumar, cuando haya obtenido su título en Biología Marina y esté trabajando en temas de cetáceos. Su futuro incluirá el estudio de las toxinas que afectan a las ballenas y que el ser humano ha vertido en el mar. Un viaje a las islas Feroe para interrumpir la masacre de las ballenas piloto, que técnicamente son delfines. Un viaje al templo japonés en el que cantan réquiems por las almas de las ballenas, donde dan nombres a los fetos de las madres capturadas.

Se encaja ambos pulgares en el vientre, la casa del infiltrado sin nombre que se va amontonando y agrandando. Por favor, que no lo dejen por ahí en una cubeta.

El lema de la Real Sociedad de Londres: NULLIUS IN VERBA. No te quedes sólo con lo que alguien dice.

La biógrafa

Las indicaciones de Mattie las llevan a una calle estrecha y tranquila en el sudeste de Portland. Hay casas de techo plano y prados amarillentos. La que buscan está oculta detrás de una valla metálica cubierta de enredadera y un roble del que cuelgan figuritas de metal. No se puede ver la puerta principal a través de los arbustos, y la verja tiene candado.

—Vamos por la parte de atrás. —La biógrafa avanza por el camino de grava. Entre el garaje y la casa hay una cerca alta de madera, también cerrada con candado.

—¿La he cagado? —pregunta Mattie—. He revisado la dirección cinco veces.

—Vamos a llamar, por lo menos.

Antes de que una de ellas lo haga, la verja se abre.

—Las he visto en las cámaras de seguridad —dice una joven con los ojos delineados al estilo gato y los brazos tatuados.

—¿Tú eres Delphine?

—Sí —dice Mattie—. Y ella es mi...

—Madre —contesta la biógrafa rápidamente. La cuidarán mejor si su madre observa.

Mattie mira al suelo con la cara roja.

—Yo soy L. Vamos a la camioneta. —La mujer hace un gesto hacia el garaje.

—¿A la camioneta? —dicen a la vez.

—No hacemos las intervenciones aquí, en la oficina principal. Usamos

emplazamientos temporales que no dejamos de cambiar por razones de seguridad. Y tengo que pedirlos que os pongáis máscaras durante el camino.

La biógrafa se ríe.

—¿En serio?

L. sube la puerta del garaje.

—Sí, nos tomamos la legislación de supremacía machista y la vigilancia del Estado muy en serio. Aunque nos llamen locas.

—No, está bien —dice Mattie.

—Poneos los cinturones, por favor. Después os daré las máscaras. ¿Habéis cerrado el coche?

—¡Sí, señora! —dice la biógrafa.

Mattie se da la vuelta desde el asiento del copiloto para hacerle un gesto de disgusto y el mundo se pone al revés, el orden se invierte.

Las máscaras de algodón para los ojos resultan absurdas. Las ventanas de la camioneta están ahumadas. Sin embargo, la biógrafa no quiere avergonzar más a Mattie.

—En el mensaje que mandaste por teléfono —dice L.— calculabas que estás alrededor de las veintiuna semanas. —La camioneta pasa por encima de un tope—. En condiciones óptimas, un aborto a finales del segundo trimestre requeriría un mínimo de dos días para dilatar tu cérvix adecuadamente antes de la evacuación, pero no estamos en condiciones óptimas.

Forma de tratar a las pacientes casi tan encantadora como la de Kalbfleisch.

L. repasa unas cuantas cosas más, ultrasonido, sedante, anestesia. La biógrafa apenas la escucha: lo cierto es que le encantaría estar en otro lugar. Lo mejor que puede hacer es ser un cuerpo cerca de Mattie, un cuerpo capaz de llevarla a casa. Con la palabra «espéculo» se estremece y siente los muchos espéculos que Kalbfleisch deslizó dentro de ella. Cuenta sus aspiraciones, cuenta sus espiraciones.

Mattie no tiene preguntas para L.

Sólo efectivo, pago después, ningún formulario que firmar, por razones

obvias, pero llevan expedientes de las pacientes confidenciales, utilizando alias.

—Delphine, tu nombre en nuestros archivos será Ida.

—Okey —dice Mattie.

—Oye, mamá —plantea L.—, ¿tienes preguntas allá atrás?

—Por ahora no —responde la biógrafa.

Se quitan las máscaras y salen de la camioneta al patio trasero de un bungalow, con maleza demasiado crecida. El cielo está alto y silencioso. L. pone las manos en sus hombros y les da prisas. Junto a la pantalla de la puerta cuelga un pedazo de madera pintado con letras negras: COLECTIVO POLIFONTE. La biógrafa se esfuerza en recordar su mitología griega. Polifonte... Afrodita... ¿Artemisa?

L. abre tres cerrojos con tres llaves y las conduce hacia una cocina brillante de paredes púrpura que huele a chile. Libros, frascos de especias, macetas con cactus, una tabla de picar con pimientos amarillos a medio cortar.

—Arriba —dice su capitana.

Se ha reemplazado la cama por una camilla de exploración cuyos estribos tienen calcetines rojos. Junto a la silla hay una máquina de ultrasonido. Durante un escalofriante instante la biógrafa piensa que es ella la que subirá a la silla, la que pondrá los talones en los estribos, la que esperará que una varita lubricada azul lea las formas de su interior. «Vas a sentir una ligera presión.»

—Ésta es Delphine, y ella es su madre —anuncia L.

—Soy la doctora V. —responde una mujer pequeña y guapa con una bata de médico verde—. Voy a cuidar de ti, ¿de acuerdo? —Parece surasiática y tiene la voz de las señoras de Queens que viven en la residencia de jubilados de su padre—. Empezaremos con tus constantes vitales.

—¿Ha hecho esto muchas veces antes? —pregunta la biógrafa.

La doctora V. se quita de la frente un mechón de cabello negro plateado.

—Miles. —Pone un brazalete para tomar la presión sanguínea alrededor

del bíceps de Mattie—. Trabajé en Planificación Familiar durante casi veinte años, hasta el día que cerraron.

Mattie dice:

—Ya te puedes ir, eh, mamá.

Sus proveedoras son hábiles. No cobran una millonada.

Quiere que Mattie sea feliz. Que esté a salvo. Que esté libre de sufrimiento.

También: no la soporta.

La odia por poder experimentar las veintiuna semanas de embarazo que ella misma jamás podrá vivir.

Hay millones de cosas que la biógrafa jamás hará y que no lamenta haberse perdido. (Escalar una montaña, descifrar un código, asistir a su propia boda.) Entonces ¿por qué esta cosa?

Ha ido preparada para esperar, se ha llevado un montón de exámenes para corregir, pero ante la idea de pasar todo el día en esa habitación de sillones de mimbre y almohadas de cebrá, con un olor de frijoles picantes que llega desde la cocina, la biógrafa se siente incómoda. Se pasea por un pasillo donde hay carteles y panfletos que describen los otros servicios que ofrece el Colectivo Polifonte. Orientación psicológica a distintas escalas. Servicios legales para mujeres sin casa, sin documentos, maltratadas o con adicciones. Cuidado infantil durante comparecencias ante los tribunales. Vigilancia a la policía en protestas. Esta casa debe de ser su oficina central. Seguramente, la primera dirección era el señuelo.

El cartel más grande dice:

¡RECHAZO A LA ENMIENDA 28!

CONFERENCIA/PROTESTA POR LOS DERECHOS
REPRODUCTIVOS

ORADORES:

REP. ERICA SALTER (DEMÓCRATA, PORTLAND)
Y DOCTORES DE WOMEN ON WAVES
1 DE MAYO, CAPITOLIO DE OREGÓN

En la oscuridad gomosa de su pecho, entre la autocompasión y el resentimiento, siente pequeños pinchazos de gratitud. Los Polifontes no se limitan a negar con la cabeza.

Empieza a leer exámenes, bolígrafo en mano. «Los acontecimientos que llevaron a la guerra de Independencia estadounidense incluyeron.» ¿Y los acontecimientos en el segundo piso? ¿Mattie está asustada? «Las tres causas principales de la guerra fueron...» ¿Debería ir la biógrafa a echar un vistazo? «Los colonizadores realmente odiaban los impuestos... ¡y aún los odian!»

De la mesa de café toma una novela gráfica sobre las mujeres de la resistencia cretense durante la segunda guerra mundial. Colegialas de ojos oscuros y ancianas con cartucheras meten paquetes de municiones en gastadas mochilas de montaña. Les disparan a los paracaidistas alemanes cuando aterrizan. No se quedan ahí observando.

La biógrafa se duerme con la cara sobre un almohadón de cebra.

La doctora V. la sacude para despertarla.

—Es hora de irse, mamá.

—¿Quién?

—Delphine está bien. Todo ha salido bien, ya os podéis ir.

El futuro bebé, el niño por nacer, su propio...

«Nunca fue tuyo.»

—L. os llevará de vuelta al coche. Cuanto más pronto os marchéis, más seguros estaremos todos. A ver, se sentirá un poco atontada un rato, por los sedantes. Esperamos sangrado, coágulos incluidos. Puede tomar ibuprofeno para los cólicos. Nada de alcohol, tampones o sexo por lo menos durante una semana. Afortunadamente es Rh positiva y no necesita una inyección de inmunoglobulina. Debería tomar antibióticos una temporada, pero el colectivo no se los puede permitir y no podemos recetarlos, así que estate pendiente, ¿de acuerdo? Si tuviera más de 38 de fiebre, llévala directamente a urgencias. ¿Ésta es tu bolsa? —La doctora V. le pasa a la biógrafa su mochila y hace un gesto hacia la puerta—. Os están esperando.

En la cocina, Mattie está sentada con su chaquetón, tomando un vaso de agua. Se la ve adormilada, cansada y más joven. Al ver a la biógrafa sonrío de oreja a oreja.

—Bueno —dice con un alivio inconfundible—, ya ha pasado.

L. no puede evitar dejarlas demasiado rápido. La calle a medianoche hace sonidos chirriantes. ¿Las estarán vigilando desde un coche aparcado?

—¿Tienes hambre? —La biógrafa ayuda a Mattie a ponerse el cinturón.

—*Nix nought nein.*

Viene a su mente: Polifonte era una de las vírgenes seguidoras de Artemisa. Afrodita la castigó por... algo.

Ningún coche las sigue.

Probablemente la policía ni siquiera sepa que el colectivo existe.

A no ser que esté siendo estúpida. Que ingenuamente piense que la gente en el poder tiene un mínimo de decencia, como pensaba antes de que la Enmienda de Estatus de Persona mostrara todos sus dientes.

Afrodita hizo que Polifonte se enamorara de un oso.

NECESITAMOS VIGILANTES DE LA POLICÍA EL 1 DE MAYO, decía un volante en la sala principal. ¡POR FAVOR, PRESENTATE COMO VOLUNTARIA!

«Deja de ser estúpida», escribió una vez en su cuaderno, en la lista «Acciones inmediatas».

Para cuando lleguen a Newville serán casi las tres de la madrugada.

Después de dar a luz a unos osos gemelos, Polifonte se convirtió en búho.

¿Es el camino correcto?

—¿Señorita? —llega una vocecita adormilada.

—¿Sí? —Pensaba que este camino las llevaría a la rampa de acceso a la autopista, pero sólo sigue adelante, sin ninguna rampa.

—Perdón, pero tengo que ir al baño.

—¿No puedes aguantar un ratito? —La biógrafa se esfuerza en leer un letrero, difuso en la oscuridad. ¿No podría haber una maldita luz en esta ciudad?

—Bueno, en realidad es una especie de emergencia, a menos que sea otra sensación de, ya sabe, y en realidad no tengo que ir pero siento que tengo que ir.

Por favor, que no se hayan perdido. Su teléfono no sabe nada.

El gobierno canadiense financia una nueva misión de búsqueda del teniente Adolphus Greely y sus hombres. La supervivencia no está garantizada: otros barcos de reabastecimiento no consiguieron llegar a la expedición durante dos años seguidos. Un rompehielos de vapor llamado *Khione* sale de Terranova en dos meses. Yo iré en ese barco, lo prometo.

La hija

El corazón de un ganso canadiense pesa doscientos gramos; el de un caribú, tres kilos.

El corazón de la hija no pesa nada, al menos esa noche; no tiene sangre. Toda la sangre de la parte superior de su cuerpo está abajo, reemplazando la que ha perdido. Lleva puesta una compresa sanitaria y unos pantalones gruesos, y extiende una toalla sobre la cama de la señorita/Ro. La toalla es beige, pero parece que una toalla manchada es más perdonable que una sábana. La compresa sanitaria es un pequeño pañal para sangre. En su casa hay una foto de ella de bebé mientras le cambian el pañal, las piernas gorditas al aire, y mamá le hace una mueca a la cámara con una toallita limpiadora en la mano.

¿Eres mío?

La hija se está vaciando.

No vio ninguna cubeta.

Resulta extraño estar en el baño de una maestra, es como escuchar a escondidas; pero este cuarto no revela mucho. No hay pósteres ni un estéreo. En la pared sólo hay un mapa de estilo antiguo —de los que tienen dragones dibujados en las olas— del Polo Norte. Sobre la cómoda, dos fotos enmarcadas: una de sus padres, deben de serlo, y otra de una señorita/Ro más joven junto a un tipo guapo que lleva una camiseta con una calavera. ¿Un novio? ¿Un exprometido?

Hay tostaditas saladas y una naranja pelada sobre el mueble, pero su boca no quiere tener nada dentro, ni siquiera un cigarrillo. No puede decidir cómo

llamar a esa sensación; no es tristeza, es más como marchitarse, desinflarse, como un globo después de que se le escape todo el aire salvo un par de soplidos.

Cero semanas con cero días.

Alguien llama suavemente. La cara de la señorita/Ro se asoma por la puerta entornada.

—¿Cómo te sientes?

—Tengo retortijones.

—¿Quieres más ibuprofeno?

—¿Está segura de que no le molesta que use su cama?

—Mi sillón es muy cómodo.

La señorita/Ro desliza dos cápsulas del frasco en la palma de la hija, que las traga sin agua.

—¿Estás lista para dormir? Ya es muy tarde.

—¿Cómo se llama una frutería que viaja en el tiempo?

La señorita/Ro levanta una ceja.

—Volver al maduro —responde la hija.

—¿Hora de dormir?

—Tengo una idea para un invento —dice la hija—. Puede que no funcione, pero será increíble si lo hace. ¿Quiere que se la cuente?

La señorita/Ro cruza los brazos sobre el pecho.

—Claro.

—Bueno, usted sabe que el mundo se quedará sin energía a no ser que dejemos de quemar petróleo y hagamos más campos eólicos.

—Entre otras cosas.

—Mi idea es ponerles un arnés a las ballenas. Podrían hacerse arneses muy ligeros pero fuertes, como de hilo de acero, y engancharlos a unas riendas de acero superlargas. Estas riendas, unidas a unas turbinas que estarían sobre plataformas flotantes, capturarían la energía. También habría generadores sobre las plataformas para convertir la energía en electricidad.

—Eso es... mmm.

La hija se retuerce por una punzada de calor oscuro sobre el hueso púbico.

—Todavía no he trabajado en los detalles, pero el asunto es que ya no matarán a las ballenas porque estarán generando energía. Serían protegidas.

—No por las grandes compañías petroleras o de carbón, pero sí..., es interesante.

—Cree que es una tontería.

—No, no lo creo. Creo que probablemente deberías dormir, querida.

La hija no quiere que se vaya.

—¿Me leería algo antes, por favor?

La señorita/Ro suspira.

—¿Qué quieres que te lea?

—Lo que sea, excepto poesía o libros de superación personal.

—¡Pues déjame decirte que no encontrarás un solo libro de superación personal en esta casa! Bueno, no, no es cierto; puede que haya algunos. —Le recoloca la manta hacia arriba, hasta los hombros de la hija—. ¿Estás calentita?

Ella asiente.

La señorita/Ro sale del cuarto y regresa. Apaga la luz de la habitación y enciende la lámpara de lectura al lado de la cama.

—Cierra los ojos.

Todas las personas de Newville duermen profundamente junto al mar.

«Tu nombre en nuestros archivos será Ida.»

Se aclara la garganta y se oye al hojear el libro.

—«De niña me encantaba (¿por qué?) ver el *grindadráp*. Era una danza de la muerte. No podía dejar de mirar. El olor de las fogatas encendidas en los acantilados llamando a los hombres a la caza. Ver los botes conducir la manada hacia la caleta, las ballenas agitándose más rápido conforme sentían el miedo. Hombres y muchachos entrando en el agua con cuchillos para cortarles la médula espinal. Tocan el ojo de la ballena para asegurarse de que está muerta. Y la espuma...»

Quién es esta agua... niña... Ida... cuchillo...

—«... del agua se vuelve roja.»

Duerme.

Por la costa de Groenlandia vieron los montes Crimson:
hombros enormes de nieve manchada de rojo.

-La sangre de Dios -dijo el herrero.

-Algas -lo corrigió Mínerudottír.

La esposa

Llega temprano al bar, se para frente a una pared donde hay nombres de barcos hundidos. *Antelope. Fearless. Phoebe Fay.*

Por favor, permítele dejar de ser cobarde.

Pilots Bride. Gem. Perpetua.

Permite que sus niños no queden con cicatrices.

Onward. Czarina. Chinook.

Didier llega de la escuela, creyendo que su propósito es tomar una cerveza y comer sándwiches de pescado frito. La esposa sugiere que esperen a que disminuya la multitud de después del trabajo. En el parquecito de detrás de la iglesia, caminan entre parterres de flores llenos de tallos jóvenes. Los primeros botones de un febrero cálido. La tierra está negra y suave por la lluvia de ayer.

Ella es una cobarde egoísta.

—¿Tienes ganas de jugar a dardos esta noche? —dice Didier—. Te fue mal la última vez, es cierto, pero...

—Tenemos que hablar de algo. —Deja de caminar. «Dilo, Susan.»

—¿Tienes dinero para Costello?

—Creo que... —«Dilo.»

—Porque yo no tengo nada. Podemos parar de camino a casa.

—Creo que tenemos que darnos un tiempo.

—¿Eh?

—El uno al otro.

Él entrecierra los ojos.

—Como una separación —añade ella.

—¿Por qué?

—Porque ya no... ya no está bien. —Falta aire en sus pulmones.

Demasiado asustada para mirarlo a la cara, se concentra en la piel azul de sus zapatos.

—Susan, estoy buscando la broma con un microscopio.

Ella niega con la cabeza.

—Tenemos cosas que podemos mejorar, de acuerdo, pero les pasa a todos. Podemos trabajarlo.

—Tú no has querido trabajarlo —dice ella.

—¿Te refieres a la terapia? Pero es que eso es...

—De cualquier manera, es mejor así.

—¿Por qué? —pregunta él en voz baja.

—Lo siento —dice la esposa.

La cara de Didier se vuelve de goma. Los ojos fijos en las cuencas oscuras. Ella ve qué aspecto tendrá de viejo.

Él saca sus cigarrillos.

—Si sigues apretando así los ojos —dice la esposa— se te pueden quedar atorados.

—Y si tú sigues comiendo así, tus nalgas se quedarán atoradas. En cada puerta.

—Mañana me voy a casa de mis padres —dice ella—. Por ahora, te puedes quedar en la casa.

—¿De verdad? ¿Me puedo quedar? ¿En esa trampa para incendios burguesa y estropeada?

Pero sí que se quedará. Ése es el asunto. Hará juicios y críticas, insultará y herirá; sin embargo, por pura pereza, se quedará allí.

Fuma su cigarrillo.

—No tenemos que decidirlo ahora.

—Didier.

—Hablemos de esto mañana, ¿te parece? —Le tiembla la voz en la última palabra.

—Mañana no habrá cambiado nada.

Ella no tiene ningún plan.

Ni para decírselo a los niños, ni para establecer un calendario de custodia, ni para encontrar un trabajo.

Su madre le ha dicho por teléfono esa mañana: «Espero que por lo menos hayas abierto una cuenta en el banco», y la esposa ha tenido que mentir.

La única idea en su cerebro dolorido y ahogado era: «Díselo».

Él pisa el cigarrillo en el camino de grava.

—¿Sabes qué no echaré de menos?

«A mí.»

—Tus comidas de mierda.

—Y yo no echaré de menos tener tres hijos —responde la esposa.

—Vete a la mierda, Susan.

La esposa se arrodilla en el camino.

Alquila un coche. Abre una cuenta en el banco. Ve a terapia.

Toma un puñado de tierra negra.

Su cuerpo anhela, inexplicablemente, probarla.

Se lleva un puñado a los labios. Los minerales chispean en su lengua, ricos por la esencia de flores y huesos.

—¿Qué coño haces? —dice Didier.

Minerales brillantes. Plumas hechas polvo. Conchas viejas.

—Por Dios, ¡para!

Ella sigue probando. La tierra es corteza, agujas y pedazos de cerebro, pequeños animales quemados y muertos.

Adiós, naufragios.

Adiós, casa.

Adiós, esposa.

Los hombres de Greely les dispararon a los perros de trineo que quedaban. Mantuvieron vivos a sus favoritos todo lo que pudieron, pero no tenían comida. Los animales, muertos de hambre, ya se habían comido sus arneses de cuero. Primero mataron al que se llamaba *Rey*, un sinvergüenza y un caballero. Sus hermanos, que esperaban en el iglú de los perros, sabían que también los matarían. *Tejón, Patas, Grillo, Aullador, Odiseo, Sansón*: una bala para cada uno. El marinero más joven lloró, y para cuando las lágrimas llegaron a su barba rala eran botones de hielo. Cuando se rescató a la expedición de Greely, en junio de 1884, este marinero joven ya había muerto de

La biógrafa

Golpea la taza sin querer, ésta se ladea y se derrama café por toda la mesa hasta el suelo.

Cuando el marinero más joven murió de inanición y frío, probablemente sus compañeros del barco se lo comieron; ella sólo puede especular. «Voy a insertar el espéculo en tu vagina; sentirás una ligera presión.» Después de que los seis sobrevivientes regresaran a la civilización, corrieron rumores de que la expedición de Greely había recurrido al canibalismo. Se exhumó el ataúd de uno de los muertos, un tal Frederick Kislingbury. El cadáver no tenía piel; los brazos y las piernas estaban unidos al cuerpo solamente por los ligamentos. Greely declaró que habían desollado a Kislingbury para hacer carnada para atrapar camarones y peces, no para comérselo.

La biógrafa limpia el café con servilletas de papel.

Susan le dijo una vez que no debía concluir precipitadamente que la vida de Mínervodottír fue más significativa porque se fue de las islas Feroe.

—Es la narrativa más predecible —dijo Susan—, pero ¿acaso no es posible que tuviese una vida igual de significativa si se hubiera quedado?

—Eso depende de a qué te refieras con «significativa» —repuso la biógrafa—. No veo cómo destripar pescado y lavar a mano los pantalones de seis niños puede ser equivalente a investigar en el Círculo Ártico.

—¿Por qué no?

—Porque una actividad es repetitiva y mecánica, la otra es emocionante, valiente y beneficia la vida de muchas personas.

—Si hubiera criado a seis hijos —replicó Susan—, habría sido benéfica

para sus vidas.

Mínervudottír no tuvo que criar niños envueltos en lana, alimentados con cordero.

Y Susan no tiene ningún libro, ninguna carrera de abogada, ni, de hecho, empleo alguno.

La biógrafa, técnicamente, tampoco tiene un libro. La mesa de su cocina está llena de libros sobre la cacería de ballenas y el hielo que ya debería haber devuelto a la biblioteca; ha leído una docena de veces la traducción de los diarios de viaje de Mínervudottír. Sin embargo, su manuscrito tiene más huecos que palabras. Quiere contar la historia de una mujer que el mundo debería haber conocido mucho antes, pero entonces, ¿por qué no puede terminar de contarla?

La biógrafa se come el borde seco de una tortita de mora azul que ha encontrado en la nevera de la sala de maestros. Se obliga a sí misma a decir:

—No hemos hablado sobre tus buenas noticias.

Penny resplandece.

—La señorita Tristan Auerbach quiere tener el privilegio de venderle *Arrebato en Arenas Negras* al mejor postor.

Podría convertirse en una escritora publicada antes de su septuagésimo cumpleaños; y si ese libro se vende, podrían seguir los otros ocho que ha escrito.

—Me alegro por ti.

—Oye, querida, tú deberías enviarle tu libro a Tristan, puedo recomendarte personalmente.

Debió felicitar a Penny antes, ya han pasado semanas. Enredada en sus propios asuntos, ha evitado la sala de maestros y dado excusas baratas para no asistir a las noches de *Grandes Misterios*. Si la biógrafa hubiera encontrado un agente para *Mínervudottír: Una vida*, Penny le habría hecho un pastel ese mismo día.

—No estoy muy segura de que a una agente de novelas románticas le interese un libro carente de romanticismo.

—¡El romanticismo de los naufragios! —replica Penny—. El romanticismo de la gangrena.

Penny amaba a su esposo, ya fallecido. Ama su casita, ama escribir sus entretenimientos. No tuvo hijos porque nunca lo deseó. Cuando la biógrafa compara ese grado de satisfacción con su propio anhelo pegajoso, es tentador caer en la desesperación.

—Me disculpo, Pen.

—¿Por qué?

—Por ser una mala amiga.

Penny asiente.

—Has tenido años mejores.

—De verdad lo siento.

Penny comienza a abotonarse el suéter turquesa.

—Te perdono, pero más te vale no faltar a la presentación de mi libro.

—No lo haré, lo juro.

—Y creo que deberías solicitar el trabajo de Fivey.

—Sí, cómo no.

—Pues fíjate que no bromeo. Eres una buena candidata.

La biógrafa se ríe de todas maneras, arrojando pedacitos azules de tortita por toda la sala de maestros.

Sube a lo alto de la escalinata este, se sienta apoyada en la pared.

La emoción que alguna vez sintió por el esperma de un muchacho de diecinueve años que estudiaba Biología, su disposición a tomarse un asqueroso pero mágico té, sus locas esperanzas cuando corrió esa vez a casa de Mattie...

Todo eso se ha ido.

Juega con los cordones de sus zapatillas de tenis.

Todas las puertas se han cerrado; al menos, todas las que ha intentado abrir.

¿Qué parte de su feroz añoranza es instinto primario y qué educación social? ¿De quién son las necesidades que ha sentido?

Su vida, como la de cualquiera, podría resultar de una forma que nunca deseó, que nunca planeó, y aun así ser maravillosa.

Jugueteadando con los cordones, oye la primera campanada.

Piensa en su hermano cuando lo aceptaron en la universidad que más quería, alardeando: «Lo logré».

¡NECESITAMOS VIGILANTES DE LA POLICÍA!, decía el folleto del Colectivo Polifonte.

La segunda campanada.

Se hace camino al andar, suele decirles a sus estudiantes.

La mañana después de lo de Portland, Mattie señaló la foto que había sobre su cómoda.

—Es guapo, ¿quién es?

—Mi hermano favorito y único —le respondió.

Él usó durante años esa camiseta, le dijo a Mattie. Era de una banda que le encantaba, pero ya se le ha olvidado cuál. La biógrafa nunca ha tenido buena memoria para los nombres de bandas ni para los títulos de canciones o para la música en general, cosa que le preocupaba cuando era más joven: ¿acaso se perdía algo crucial?

No le contó a Mattie que, aunque Archie se graduó con honores en la universidad que quería, no estaba preparado.

No le contó a Mattie que lo encontró, hace ocho años, en la cocina de su apartamento. Con tejanos negros y sin camisa; con los labios azules y las mejillas planas y blancas. Sobre la encimera había un plato de cereales a medio comer, un tarro de miel, una cuchara quemada, un encendedor y una bolsita de celofán. La jeringa estaba tirada en el suelo, junto a él.

—¡Hola, niña! —dice su padre—. ¿A qué se debe esta llamada?

—Pronto van a ser las vacaciones de primavera —contesta— y pensaba en ir de visita.

—¿De visita a quién?

—A ti, genio.

—¿Al duque de la dentadura postiza? ¿Al rey de hemorroidelandia?

—¿Podrías simplemente responder «Hija, me encantaría verte»?

—Me encantaría verte, pero ten en cuenta que la primavera en Orlando es un infierno.

—Lo soportaré —contesta ella.

El hielo es demasiado duro para seguir adelante. La tripulación martillea la banquisa para mantener la vía. Estamos a más de cien kilómetros de Fort Conger, donde se cree que se encuentra la expedición de Greely.

La vía ha desaparecido. Se arrastra la comida y el equipo hasta un témpano, se levantan las tiendas junto a los trineos. El cocinero llena tazones de sopa de chícharo y tocino hervido.

Despertamos con el sonido de los témpanos que se amontonan alrededor del barco. Enormes capas de hielo blanquiazul, verticales por el impulso del viento y de la marea, saltan rugiendo fuera del agua y chocan contra la quilla. A mi cúmulo de conocimientos podría añadir ahora el ruido que hace el hielo cuando destruye un barco. Crujidos atronadores de armas, después un gañido más ligero; y por la vibración, las campanas del barco empiezan a repicar de manera macabra. Dentro de unas horas, dice el capitán, el *Khione* se habrá hundido.

La curandera

Tras la inmovilidad de semanas en la cárcel, la caminata al pueblo le parece terrible. Las rodillas se le rinden cuando llega al Acme.

Mantiene la cabeza agachada ante las luces, ante las miradas. Una caja de dulces de regaliz. Una botella de aceite de sésamo. ¿Se estará inventando las miradas? Quizá su mente también está rindiéndose. No ha dormido bien; el recuerdo del cloro no deja de despertarla.

Cuando la soltaron, el abogado estaba allí para llevarla a casa.

—Agárrate de mi brazo, ¿de acuerdo? —dijo—. No te sueltes. —Salieron de la prisión del condado hacia un alboroto de cámaras y micrófonos, y todos los micrófonos se dirigían hacia ella. Uno le pegó en la cara.

—¿Qué se siente al estar libre, señorita Percival?

—¿Está enfadada con sus acusadores?

El abogado le puso la boca contra la oreja:

—No digas ni una palabra.

—¿Planea demandar a Dolores Fivey?

Clics y flashes.

—¿Qué hará ahora?

—¿Tiene alguna opinión sobre la plaga local de algas marinas y las pérdidas económicas que ocasiona?

—¿Alguna vez ha practicado un aborto?

Clic flash clic flash clic flash.

—¿Con sus acusadores?

—¿Ser libre?

Clic. Flash.

—¿Hola? ¿Gin? —Una voz alegre detrás de ella.

La curandera se detiene en el pasillo. Tomates enlatados son soles rojos y estridentes en su campo de visión.

—Soy yo... Mattie.

Ella se da la vuelta y parpadea al ver a la muchacha, que empuja un carrito; y a su madre, que tiene un cabello gris largo y dientes grandes cuando sonrío. La curandera las ha visto juntas en la calle Lupatia.

—Mamá, ella es Gin. Gin, ella es mi madre.

—Encantada de conocerla —dice la madre, atónita. Extiende la mano y la curandera la saluda; su piel está seca—. ¿Cómo es que os...?

—Nos conocimos en la biblioteca —dice Mattie Matilda.

—Ah. —Los ojos de la madre se relajan un poco. Ojos de color café y amables. Ha mantenido a la niña sana y salva.

—Hola —dice la curandera con frialdad.

Observa el vientre de la muchacha: plano, con un suéter ajustado. Su cabello: menos lustroso. Su piel: sin manchas oscuras. ¿Cómo y dónde se han ocupado del asunto? Ha conseguido que no la atrapen. Ha seguido un camino distinto. No se preguntará y olvidará, olvidará y se preguntará otra vez. O se preguntará, pero no del mismo modo que la curandera.

—Me alegro mucho de su veredicto —dice Mattie Matilda.

El verde de sus iris no es el mismo verde que el de la curandera.

Mía y no mía.

—Qué terrible lo que ha tenido que pasar —dice la madre.

La curandera asiente.

—Han despedido al director Fivey —dice Mattie Matilda.

La curandera asiente.

—Tenemos que irnos —dice la madre—, pero ha sido un placer conocerla, señorita Percival. —Empieza a avanzar con el carrito.

—¡Adiós! —La muchacha se despide con la mano.

La curandera le devuelve el saludo.

Pronto será 15 de febrero: el festival romano de Lupercalia. Y el cumpleaños de la muchacha.

Ella y Cotter empezaron a la muchacha. La curandera, con su cuerpo, continuó a la muchacha. Durante un tiempo su reloj estuvo lleno de agua, de sangre y de un pez que pateaba. Lo cual es importante y no importante.

Es posible que él lo descubra por sí mismo, una vez que la haya visto suficientes veces en el pueblo. Sin embargo, es posible que no lo haga. ¿Debería decírselo? Todo lo que hace Cotter por ella. El pan en su puerta; el pastel de nuez moscada en Navidad. Transportar el cuerpo de Temple envuelto en plástico en la caja de su camioneta hasta el puerto, depositarlo en un bote prestado, manejar el bote en la oscuridad más allá del muelle y más allá del rompeolas hacia el mar abierto. Hizo esas cosas sin dudar.

La muchacha está continuándose a sí misma. No necesita a Cotter ni a la curandera.

Sin embargo, si alguna vez regresa a la cabaña por voluntad propia, será bienvenida. Le dará té que sepa bien. Le presentará a *Hans* y a *Pinka* y a la gallina tullida. (Ya conoce a *Malky*.)

La curandera paga los dulces y el aceite de sésamo.

Camina de regreso al bosque.

Cuando el camino se estrecha en un sendero de tierra, cubierto por helechos, rododendros y marah de Oregón, busca el abeto plateado con la ampolla de resina.

«Hola, Temple.»

Vive en las mujeres que tomaron mezclas hechas con su piel, su cabello, sus pestañas.

Enterrada en el mar.

La curandera se frota unguento de acónito en las pantorrillas, que le arden. Se acuesta en la oscuridad con el gato sobre el pecho. No hay más voces humanas durante el resto del día. Sólo quiere el ronroneo de *Malky* y el «bee» de *Hans* y *Pinka*. El ulular del búho, el chillido del murciélago, el gemido del fantasma de la liebre. Así es como lo hacen las Percival.

Empaquetó el anemómetro y el barómetro aneróide en su bolsa de lona, junto con un termo de té y dos galletas. Informó en una tienda llena de miembros de la tripulación que jugaban a las cartas que regresaría en unas horas.

—Si no, te silbaremos —dijo el contraataca, y provocó risas tontas.

No llevaba mucho tiempo caminando cuando llegó la niebla.

Hay muchos nombres para la niebla. Pogonip. Bruma. Nubes de tierra. Tiempo gris. Mínerudottír los había escrito todos en su cuaderno de piel marrón. En ese momento estaba parada dentro de una neblina densa y cremosa, la peor cellisca que había visto nunca.

¿Se le había estropeado la brújula? ¿Se le había olvidado llevarla?

Campanadas y mazazos = aviso de niebla.

Gritó «Ayuda» en tres lenguas.

Cuando las piernas se le entumecieron y le temblaron tanto como para impedirle mantenerse en pie, se sentó.

No tenía ni un saco de reno en el que meterse.

Pensó que oía las campanas del barco, pero no podía ubicar la dirección.

Bebió diez sorbos de té.

Era como estar sentada en una nube.

«Hermano, ¿dónde están las campanas?»

Eivør trató de caminar otra vez, pero no veía nada más que blancura frente a ella. Temía pisar una grieta en el hielo y caer al mar.

Volvió a sentarse.

En el cobertizo colgaban corderos degollados, con la garganta roja.

«Yo sé de qué colina.»

No tenía un saco de reno.

«Se alimentó este cordero.»

La supervivencia no estaba asegurada. Se le cerraban los ojos. Se tumbó ~~y se durmió hasta~~. Saboreó el frailecillo hervido en leche: masticaba sus propios carrillos.

«Hermano Gunni, ¿dónde están las campanas?»

Si no se movía, la sangre se le detendría.

Persiste, se dijo Eivør a sí misma.

Se levantó y caminó tambaleándose.

La hija

Queridísima Yasmine:

Te escribo esta carta desde la Academia de Matemáticas. No es tan genial como nos la imaginábamos, pero está bien.

Te echo de menos. Siempre me pregunto cómo estarás. ¿Qué tipo de situación escolar tienes allá? ¿Todavía quieres estudiar Medicina? Mi plan es estudiar Biología Marina. Toqué el ojo de una ballena en la playa.

Por favor, créeme, Yas: yo nunca se lo conté a nadie. Pensé que iban a morir, por eso les llamé. Ésa fue la única razón.

También tuve ~~que pasar por un proceso~~ un problema. Hace tres meses.

Cuando salgas de Bolt River, ¿podremos volver a ser amigas?

Con cariño,

MATTS

Encontraron a Mínerudottír bajo una fina placa de hielo. Primero vieron su cara, como apretada contra un cristal, con una mejilla aplanada y blanca. Más tarde, el herrero le escribió a su esposa: «Nunca había visto un ojo más abierto». Se había quitado el abrigo para liberarse y luchar contra la corriente y romper el hielo. De tanto rascar, casi habían desaparecido sus uñas.

El grupo de búsqueda no rompió el hielo para recuperar el cadáver de la exploradora. Quizá se persignaron o dijeron plegarias, o simplemente se sintieron aliviados de tener una boca viva menos que alimentar. «Es abominable abandonar el cuerpo de una mujer en estos parajes —le escribió el herrero a su esposa—, pero no teníamos fuerza para recuperarlo.»

La biógrafa

¿Dónde termina el libro?

Tiene que terminar en algún punto.

Tiene que salir de él.

«Mínervudottír: un hueco.»

La mayoría de las ballenas, cuando mueren, no terminan en las playas. Sus cadáveres caen al suelo oceánico, donde a lo largo del tiempo son consumidos por recolectores grandes y pequeños. Una ballena que ha ido a parar a las profundidades marinas puede alimentar a los carroñeros durante cincuenta años o más.

«El *osedax* —escribe la biógrafa en su ordenador— es un gusano que come huesos.»

Se asoma entre las cortinas cerradas a los prados bañados por el calor, las palmeras y las zarzas. El aire acondicionado está tan alto que se estremece. El apartamento de su padre es una caja de estuco apilada en una fila de otras cajas, cada una con una terracita diminuta que da al centro comunitario. No está tan mal, dice él. El centro tiene barbería y ponen películas. Cada 4 de Julio sirven un ponche de whisky decente.

Archie nunca puso un pie en Florida. La idea de un complejo residencial para jubilados lo agobiaba, y Ambrosia Ridge le sonaba a pornografía. Una

de sus últimas discusiones fue porque se negaba a ir de visita. A la biógrafa tampoco le gustaban esos complejos, pero papá estaba en uno ahora. Archie la llamó burócrata piadosa y colgó.

Ella grita hacia la habitación:

—Voy a apagar el aire acondicionado, ¿vale?

—Salgo en un segundo. —Los resortes de la cama rechinan.

—No te apures. Todavía estoy haciendo el desayuno.

Le llevará un tiempo salir. Cuando camina su dolor es evidente, se encorva y hace una pausa cada pocos pasos. Evita las preguntas de la biógrafa sobre opciones de tratamiento. Ella misma tendrá que llamar al médico.

Cuando su padre entra, ella le explica en qué consiste la comida de las islas Feroe expuesta en la encimera de color coral: huevos de frailecillo hervidos (huevos de gallina), grasa de ballena deshidratada al viento (tocino de cerdo) y panecillos Shrovetide (bizcochos de masa prehorneada).

—Mi doctor dice que no puedo comer tocino. —Se mete una tira en la boca—. Pero grasa de ballena sí.

—¿Por qué no puedes?

—Porque cuando eres viejo les gusta prohibirte cosas. ¿De qué otra manera podrían llenar esas visitas de veinte minutos? Nada de tocino, nada de azúcar. Y nada de ejercicio amoroso.

—Papá.

—Ay, relájate.

La biógrafa mastica y observa el estanque artificial. Como muchas cosas en Ambrosia Ridge, el estanque es deprimente y reconfortante en igual medida. Un dispositivo impulsa una fuente las veinticuatro horas del día, prueba de fraudulencia; sin embargo la fuente pequeña, que arroja gotas de luz solar verde, es bastante bonita.

—Brindemos por tu madre.

Ella alza su taza.

—Por mamá.

Papá alza la suya.

—Por mi querido corazón.

La nevera suena. Un cortacésped acelera el motor a lo lejos.

—También deberíamos... —dice la biógrafa.

Él asiente.

—Por Archie —dice ella.

—Por Archie, el niño más dulce. —Se aclara la garganta—. Que fue de esa dulzura a...

Rematar la joyería de su madre muerta.

Hundir un cuchillo de carne en la grasa del brazo de papá.

—Paz —dice la biógrafa.

Alzan sus tazas.

Papá se baja del taburete alto.

—Esta maldita silla es un infierno para mi espalda. Mejor me levanto.

Realmente tiene que llamar a su médico.

—Pues hoy es mi cumpleaños —dice ella.

Él se palmea la frente.

—¿Qué? Dios, ¿me he olvidado?

—No tenemos que celebrarlo, yo sólo...

—Respuesta: no me he olvidado. —Saca un sobre doblado del bolsillo de su camisa—. Feliz cumpleaños, corazón.

—Guau, papá, ¡gracias!

Dentro del sobre hay un bono de regalo de Solteros Rose City, válido por dos meses de socio en línea y tres tardes de citas rápidas. ENCUENTRE SOLTEROS EN OREGÓN MAYORES DE CUARENTA AÑOS.

—Okey. —Toma un largo sorbo de café.

—Sé que es un regalo poco convencional, pero podría ser útil.

Él vive en Ambrosia Ridge. La mayor parte del tiempo tiene un dolor físico agudo. Ella dice con voz tenue:

—Gracias. —Y deja el bono junto a su plato.

—Soy un fanático de los panecillos Shrovetide —dice papá, untando mantequilla en su tercero.

—Te compraré más masa antes de irme. Sólo tienes que abrir el paquete y

se hornea sola.

—Ojalá pudieras quedarte más tiempo, niña.

—Ojalá. —A pesar del bono de regalo, no es mentira.

Razones por las que no puedo:

1. Trabajo

El curso escolar termina en junio. Sin embargo, quizá se presente para el puesto de Fivey. Hay algunos cambios que no le importaría hacer. Menos exámenes, más clases de música. Justicia social y meditación en el plan de estudios. «Directora Stephens.» ¿Un buen trabajo para una burócrata piadosa?

O podría trabajar fuera del sistema, como los Polifontes.

Cuando el cuerpo de Eivør Mínervudottír se hundió en el fondo de la bahía de Baffin, al oeste de Groenlandia, entró en muchos otros cuerpos.

Está menstruando cuando muere. Jirones de tela metidos en su entrepierna se desenredan en el agua, lo que provoca una breve nube roja. Un tiburón de Groenlandia huele la sangre a tres kilómetros de distancia; se vuelve en un arco lento y silencioso, y dirige su masa hacia la sangre.

Pedazos de su piel flotan hacia los canales del océano. Pelo de reno y hebras de franela quedan atrapadas en las dendritas de hielo situadas en la capa inferior.

Una vez que los principales predadores se quedan llenos, los más pequeños tienen su festín: peces bruja, langostas, lapas, ostras, estrellas de mar. Después los anfípodos, los gusanos que comen huesos, las bacterias.

Un narval que busca huecos de aire proyecta su sombra sobre su cuerpo.

El kril roe brotes de alga del techo de hielo.

Con el tiempo, la exploradora se reparte.

Semanas después de que digiera la carne de Mínerudottír, atrapan al tiburón de Groenlandia cerca de la costa oeste de Islandia. Los pescadores le cortan la cabeza y entierran su cuerpo en grava y arena; le ponen encima un montón de piedras que extraen los venenos naturales de la carne (urea y óxido de trimetilamina). Después de dos o tres meses, el pescado, ahora fermentado, se corta y se cuelga en un cobertizo para que se seque. Las tiras generan una corteza de color café de un olor impactante. Cuando los ciudadanos de Reikiavik se comen el tiburón, el 25 de diciembre de 1885, se están comiendo a Eivør Mínerudottír.

No dejó atrás dinero, propiedades, un libro o un hijo, pero su cadáver mantuvo vivas a criaturas que, a su vez, mantienen vivas a otras criaturas.

Entró en otros cuerpos, pero también en otros cerebros. La exploradora cambió a la gente que leyó «Sobre los contornos y tendencias del hielo marino del Ártico» en *Actas filosóficas de la Real Sociedad de Londres*. Al

traductor al inglés de sus diarios. Mattie, al oírla hablar del *grindadráp*, cambió. La biógrafa, desde luego. Y si su libro tiene lectores, Mínervudottír permanecerá en ellos.

Ella realizó investigaciones que ayudaron a los barcos piratas a penetrar en el norte: se amartillaron armas, se afilaron taladros.

Y ella aportó: «Si naufragamos en esta nave, naufragamos juntos».

Y ella aportó: «La palabra que más me gusta es “grupo”».

En lugar de solicitar el trabajo de directora, la biógrafa podría pasar el verano en Ambrosia Ridge horneando panecillos Shrovetide, llamando a los doctores y empezando su próximo libro. Podría ir como pareja de su padre al pícnic el 4 de Julio.

Podría quedarse en las montañas cubiertas de niebla, pedir el puesto o no pedirlo, respirar el abeto Douglas y el pino escocés. Las nubes se alzan, se derraman, se vuelven a hundir.

Quiere más de una cosa.

Escribir la última frase de Mínervudottír.

Escribir la primera frase de algo más.

Ser educada pero enérgica con los médicos de su padre.

Ser madre adoptiva.

Ser la próxima directora.

No ser ninguna de esas cosas.

Quiere expandir su mente más allá de «tener uno».

Más allá de «no tener uno».

Dejar de reducir la vida a una casilla tachada, a un recuadrado en el calendario.

Dejar de negar con la cabeza.

Ir a protestar en mayo.

Hacer más que ir a una protesta.

Aceptar no saber.

«Mueve las piernas, Stephens.»

Ver lo que es. Y ver lo que es posible.

Agradecimientos

Estoy inmensamente agradecida a Lee Boudreaux, cuya brillante edición ha llevado este libro a un territorio más audaz y profundo; y a la extraordinaria Meredith Kaffel Simonoff, que ha sido la agente de mis sueños en todos los sentidos. Mi más sincero agradecimiento también a Suzie Dooré, mi editora en Reino Unido, por sus inteligentes sugerencias y excelente sentido del humor.

Quedo en deuda, por su talento y experiencia, con Carina Guiterman, de Lee Boudreaux Books; Charlotte Cray, de The Borough Press; Lauren Harms, Karen Landry, Sabrina Callahan, Katharine Myers y Julie Ertl, de Little, Brown; la observadora Dianna Stirpe; Alice Lawson, de Gersh, y Reiko Davis, Colin Farstad, Linda Kaplan y Gabbie Piraino, de DeFiore and Company.

Gracias por su generosidad a Money for Women / Barbara Deming Memorial Fund y al Regional Arts and Culture Council, así como a los editores de *Columbia: A Journal of Literature and Art* y *Winged: New Writing on Bees*, donde aparecieron fragmentos de este libro de una forma muy diferente.

Por su aliento, apoyo e inspiración, mi agradecimiento a Heather Abel, John Beer, Liz Ceppi, Paul Collins, Sarah Ensor, Brian Evenson, Jennifer Firestone, Michele Glazer, Adria Goodness, Amy Eliza Greenstadt, Noy Holland, Alastair Hunt, Michelle Latiolais, Elena Leyva, Nanci McCloskey, Tony Perez, Peter Robbins, Shauna Seliy, Sophia Pfaff Shalmiyev, Anna Joy Springer y Adam Zucker. Siento especial gratitud con los primeros lectores

del manuscrito: Zelda Alpern, Kate Blackwell, Eugene Lim y Diana Zumas.

Gracias a mi familia: Kate, Felix, Diana, Casey, Bridget, Greg y el pequeño Charles. *E grazie ai miei amici e alla mia famiglia in Italia:* Lucia Bertagnolli, Pietro Dipierro, Chiara Berattino e Federico Zanatta.

Y, sobre todo, gracias a Luca, por su amor profundo y maravilloso; y a Nicholas, por ser auténticamente él mismo.

Notas

Algunos detalles de los ensayos con animales en Europa fueron tomados de E. P. Evans, *The Criminal Prosecution and Capital Punishment of Animals*, William Heinemann, Londres, 1906.

Fragmento «Ciudad que nació del terror a la vastedad del espacio»: W. G. Sebald, «And If I Remained by the Outermost Sea», en *After Nature*, trad. al inglés de Michael Hamburger, Random House, Nueva York, 2003; primera publicación en alemán de Eichborn AG [Fráncfort del Meno], 1988. Existe edición en español, *Del natural*, Anagrama, Barcelona, 2005.

Detalles de la cura de la ceguera y la perforación de oído fueron tomados de Francesco Maria Guazzo, *Compendium Maleficarum*, trad. al inglés de E. A. Ashwin, John Rodker, Londres, 1929; primera publicación en latín de Apud Haeredes August [Milán], 1608.

«Tú has estado donde jamás llegó campana o buzo [...] Y no dices una sílaba»; «Se ha movido entre los cimientos del mundo [...] cuando los piratas lo tiraron de la cubierta a medianoche»: Herman Melville, *Moby-Dick*, Austral, Barcelona, 2015.

«A remo y vela parte a la ligera, que es el viento de amor el que lo inflama, y deseoso de gozar de su dama afondó aquella noche en su ribera [...]. El cañón de la cruzía se dispara, y al descargar las perlas que traía quedó la nave de sus ojos rota»: John Davies of Hereford, «Wits Bedlam» (1617), en *A Dictionary of Sexual Language and Imagery in Shakespearean and Stuart Literature*, vol. 1, Gordon Williams (ed.), Athlone Press, Londres, 1994.

«Ellos roban a los pobres bajo al amparo de la ley [...] y nosotros saqueamos a los ricos bajo la protección de nuestra propia valentía»: capitán Samuel Bellamy, como se registra en *A General History of the Robberies and Murders of the Most Notorious Pyrates*, del capitán Charles Johnson (seudónimo), Lyons Press, Guilford, 2010; publicado originalmente en 1724.

«Me gusta más la manera antigua, la sencillez / del veneno, cuando nosotras también somos fuertes como los hombres»: *The Medea of Euripides*, trad. al inglés de Gilbert Murray, Oxford University Press, Nueva York, 1907; estrenada en el 431 a. C. Existe edición en español: *Alceste; Medea; Hipólito*, Alianza editorial, Madrid, 2015.

«La geografía nos hizo vecinos... Aquellos a quienes tanto ha unido la naturaleza, que el hombre no los separe»: John F. Kennedy, discurso ante el Parlamento canadiense en

Ottawa 17 de mayo de 1961, transcripción en línea, página web de The American Presidency Project, <<http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=8136>>

«La mañana roja presagia naufragio al mariner [...] y al ganadero»: William Shakespeare, «Venus y Adonis», en *The Works of William Shakespeare*, vol. 2, Charles Knight (ed.), George Routledge and Sons, Londres, 1875, libro electrónico.

«Somos los dinosaurios, marchando, marchando... Somos los dinosaurios. ¡Ponemos la tierra al revés!»: Laurie Berkner Band, «We Are the Dinosaurs», *Whaddaya Think of That?*, Two Tomatoes Records, Nueva York, 1997.

«He sido desprendida de la tierra para navegar por el océano...», tomado prestado de una línea de Virginia Woolf en *The Voyage Out*, Duckworth, Londres, 1915: «*how strangely they had been lifted off the earth to sit next each other in mid ocean...*». Existe edición en español: *Fin de viaje*, Caralt editores, Barcelona, 1991.

«Calentitos como panecitos, más chiquitos que los demás»: Margaret Wise Brown, *Little Fur Family*, Harper Brothers, Nueva York, 1946.

Algunos detalles de la investigación sobre el hielo de Mínerudottír fueron tomados de Adolphus Washington Greely, *Handbook of Arctic Discoveries*, Roberts Brothers, Boston, 1896.

Relojes de sangre

Leni Zumas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Red Clocks*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de portada: «Changer la vie» (María con Tijeras). Salustiano

© Leni Zumas, 2018

© por la traducción, Mariana Hernández Cruz, 2018

© Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-233-5435-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

